

La cruz de neón ilumina la noche de la ciudad de los mil campanarios. La Iglesia del Mesías, la de San Andrés y San Pablo, la Iglesia Erksine y Americana, la Catedral de María, reina del Mundo, incluso la preciosa aguja de piedra de la Iglesia de Cristo. Todas ellas en el centro mismo de la urbe. Por no hablar de la basílica de Notre-Dame o la Iglesia solidaria de San Jaime. Montreal. La ciudad de los milagros, también la llaman. De los milagros Oscuros diría yo. Pues ni toda la fe que se profesa en ella la salva de la corrupción.

Escribo esta nota en mi diario, el día en que he descubierto que ni esquivar la muerte nos aleja de la infinita lucha que se desata en el universo. El tigre blanco y el dragón azul, el Yin y el Yang. Los eternos contrarios de la vida y la muerte, del bien y el mal. Soy un vampiro, un muerto en vida. Hace tiempo fui un cazador de demonios allá en el reino medio, lo que aquí en occidente se denomina cazador de vampiros, aunque en un sentido más amplio. Ahora, en mi nueva condición, busco la raíz del mal, más allá de lo que nunca había llegado a concebir. Un desequilibrio que amenaza con desestabilizar la paz que había encontrado en mi nuevo y singular estado. Y cuanto más cerca estoy de la verdad, más peligro corre mi vida, o, mejor dicho, mi no-vida y la de mis hermanos.

Mi ciudad es un eterno bullicio de fluctuaciones sobrenaturales. Del Feng shui aprendí la existencia de las líneas de 'ley', que componen las venas, arterias y ramas de las fuerzas opuestas, pero inocentemente creí que estas líneas eran fijas y eso me ha estado cegando a la verdad durante años. Ahora sé que fluctúan. Emigran estacionariamente como las aves, a un ritmo que aún me es imposible de entender. Pero lo cierto es que esos movimientos generan cruces. Intersecciones de energía que conforman el poder de la entidad. Ese ser. Un ser que habita bajo la ciudad. En el corazón mismo de Mount Royal. Está despierto, está vivo de alguna forma y aunque mis hermanos crean que fue derrotado... Ahora lo sé. Y este conocimiento me hace blanco de su mirada.

He escondido todos mis descubrimientos y estudios por toda la ciudad. He dibujado mapas y pistas en las zonas en las que se hallan mis manuscritos. Sólo un experto taoísta podrá descifrarlas, ya que no me fío de la influencia que aquel al que no quiero nombrar pueda ejercer sobre mortales y vástagos de mi sangre, que pudieran traicionarnos. Ahora debo partir. Mi trabajo en la Inquisición del Sabbat me reclama en Nueva York. Espero que allí encuentre alguna pista más sobre la adoración y el culto que estos seres ultra terrenos inspiran en sus débiles seguidores. Si no, mi siguiente paso será viajar a Haití y buscar a Cedilia de la Lengua, solo ella puede conocer dónde habita el demonio. Ella le sirvió en el pasado. Muerto Sangris, es la única pista que me queda.

Zhou.

Prólogo.

Nueva York, Manhattan, cerca de Central Park. 21:35 horas.

Una limusina de cristales tintados resaltaba en un extraño cuadro flanqueada por un viejo jeep desvencijado y un par de negras customs. El quinto piso del edificio de aparcamientos, estaba vacío a aquella hora de la noche por ser una zona de oficinas. El varón blanco de casi un metro noventa, de gabardina de cuero larga y gafas oscuras que hacía un momento había salido de la limusina, chupaba con deleite un cigarrillo mientras observaba detenidamente a la panda que tenía delante. Su acompañante y chofer, un hombre de raza mezclada, de oscuros cabellos largos y abrigo guardapolvos gris, se colocó detrás cubriéndole las espaldas.

-Así que vosotros sois los así llamados Silver Rockets, ¿no? - Su acento era sureño, pero su negra melena recortada sobre los hombros, confundía sobre su origen.

Frente a él, seis figuras permanecían observándolo en actitud despreocupada. Como una banda de jóvenes delante de un profesor el primer día de clase. Unas antinaturales sombras jugueteaban sobre sus rostros, confundiendo a cualquier observador poco habituado.

- ¿Quién lo pregunta? - Respondió un esbelto personaje. Vestido completamente de cuero negro, observaba por encima de sus negras gafas mientras efectuaba con las manos una serie de signos, aparentemente, algún tipo de contraseña. Dos pozos de oscuridad asomaban tras aquellas gafas y una pantera tatuada parecía saltar desafiante en el lado izquierdo de su cabeza. Sobre ella, un lacio cabello negro se recogía en una pequeña coleta sobre el rapado cogote.

- ¡Oh vamos!, esto es Nueva York, nenes. – Una sonrisa asomó a las comisuras del alto interlocutor. – ¿Tengo pinta de ser una puta ventrue?, ¿Por la limusina? – Contestó con su propia serie de signos.

Un extraño personaje del este de Europa y mediana edad, con arcaico traje de noble coronado por un sombrero de copa, respondió con marcado acento extranjero, mientras se colocaba los puños de la chaqueta:

-Las viejas costumbres, señorr Corben, las viejas costumbres. - Repitió - Al igual qui las

tradiciones, no están ahí por caprichio.

- ¿No estará intentando darme lecciones, verdad vejatorio? – Contestó despectivo Corben. Su cara adoptó una mueca de repugnancia mientras miraba de abajo a arriba al espigado extranjero. – No sé quién será “su merced” en su tierra, pero aquí, en mi territorio, yo soy el que impone las reglas. En Nueva York solo hay sabbats y putas ventrués y yo no os la voy a chupar, así que repetiré mi pregunta. ¿Sois vosotros los Silver Rockets? -

El hombre del sombrero de copa dio un paso al frente, pero detrás de él, la figura de cuero negro avanzó interponiéndose entre ellos y con una encantadora sonrisa concluyó:

-Así nos hacemos llamar, señoría. Y usted debe ser el señor Roger Corben, uno de los obispos del Sabbat. Mi nombre es Francisco Vázquez o si lo prefiere, Pantera, a su servicio. En estos momentos ductus de la manada. -

Los ojos de Corben no se apartaron del extranjero que seguía en actitud retadora. El acompañante del Obispo había sacado una escopeta recortada y miraba preparado para responder a cualquier movimiento en falso.

-Será mejor que comencemos las presentaciones. - Prosiguió Pantera, tratando de suavizar los ánimos - Este Señor tan Fiel a las costumbres del Sabbat es conocido como ‘La Bestia’. - Palmeó suavemente la pechera del raído traje del voivoda, lo que hizo surgir una pequeña nube de polvo - Viene de la vieja tierra y es muy celoso de su legado tzimisce. Le ruego excelencia que no malinterprete su rugiente fervor por la secta.

-Pues yo te ruego que ates bien a tu bestia si no quieres quedarte sin ella. No acostumbro a permitir este tipo de actitudes en mi presencia. – Corben respondía despacio, irradiando un aura de autoridad que pocos seres resistían. Sin embargo, su oponente debía pertenecer a esos pocos privilegiados.

- ¿Es que no se permite acaso el fervor por el Szabbat en vuestra presencia?, - Pregunto remarcando el ‘vuestra’ - ¿O por las tradiciones?, ¿Tampoco por los ritos, señor Obispo? – La cara de La Bestia era una máscara de odio y desprecio.

Roger Corben desabrochó su guardapolvo con un rápido movimiento y sacó dos pistolas que

hizo girar al estilo de Búfalo Bill mientras espetaba:

-Tu bestia me está insultando. O le controlas o aquí va a haber más que palabras.

Pantera se giró y trató de captar la mirada de su compañero mientras andaba hacia los otros buscando una manera de aplacarle:

-Eh, no monopolices al señor Corben, Bestia. Quisiera terminar de presentar al resto de la manada antes de que empecéis a intimar. Después de todo, tienen tanto derecho como tú a saludar a su señoría.

Aunque la tensión podía cortarse con un cuchillo, la atención de los presentes fue dirigiéndose hacia las palabras y descripciones del ductus de Silver Rockets.

-Pese a que somos una cofradía relativamente joven, contamos con un elenco nada despreciable de miembros: Quatemoc, el bajito de los tatuajes. – dijo señalando a un joven muchacho indígena. Musculoso y de corta estatura, mostraba un cuerpo totalmente tatuado cubierto solo por un pequeño chaleco y pantalones de tela. - Me acompaña desde México y es un fiero guerrero en todas las especialidades. Su cimitarra es temida desde Tijuana hasta Alamut.

Quatemoc saludó haciendo un ademán con la cabeza. Seguidamente, Pantera dirigió un movimiento de su mano hacia un fornido varón con abundante vello en las mejillas que lucía una cazadora de cuero marrón, vieja y raída, claveteada con unos enormes dientes caninos. Su cabeza estaba afeitada a excepción de un grueso mechón en forma de cola de caballo que le surgía del centro del cráneo. - Mi amigo Lupus, el de la chupa con dientes de lupino, no le queda a la zaga y es nuestro más entusiasta cazador de perros, con 4 cabezas en su palmarés.

El acompañante de Corben se animó a hablar, nervioso como estaba, ante la posibilidad de tener que pelear contra esos seis desconocidos.

- ¿Caza chuchos?, ¿Es que se alimenta de animales?

-Todos en esta manada cazamos perros. – Respondió Lupus sonriendo. – Pero de los grandes, de los que te arrancan las pelotas y se las ofrecen a la Luna si no te andas con cuidado.

- ¡Ja!, Eso sí que no me lo creo. – La risa fingida del acompañante del Obispo, no aportaba seguridad a lo que decía. – Apuesto mis colmillos a que no habéis visto un lupino a menos de 100 metros en vuestras patéticas no vidas.

Los derroteros de la conversación lograron distraer por un momento a la Bestia del particular duelo que mantenía con el obispo:

-La sangre de hombre lobo es utilizada en algunos viejos y poderosos ritos que los Voivodas enseñaron a las primeras cofradías, allá por los años de las revueltas. – La Bestia engalanaba cada palabra con una potente voz que silbaba convirtiéndose en algo antinatural. - Las pruebas de valor e iniciación contra nuestros viejos enemigos de los bosques sienten siendo magníficos retos para mantener activos nuestros instintos y habilidades hasta que lleguen los días importantes... los días del levantamiento.

Corben pareció tranquilizarse y bajó sus armas aún alerta.

-Si me permitís, termino de presentar. – Interrumpió Pantera. - Nuestro ojo de halcón, el tirador de élite de la manada, capaz de acertarle a un culo de bruja acelerado por un saco puesto de speed, el señor Antonio de Paso. - Un enjuto y bajo personaje de pelo rizado rojizo y de barba recortada a la moda de principios de siglo saludó con modales de su época, escondiendo una esquiva mirada.

-Y finalmente, nuestro recién adquirido amuleto. La encantadora Atram. Versada en magia de la sangre y rituales arcanos, es una de esas pocas rarezas antitribu de las que podemos contar entre los tremere. - A la derecha del obispo, posaba una muchacha aparentemente muy joven, voluptuosa, maquillada y vestida a la moda gótica que, mostrando un prominente escote, le guiñó un ojo provocativa -. Sin duda una guinda en el pastel.

El ductus de Silver Rockets se volvió a dirigir con pausa hacia el obispo.

-Así pues, excelencia, puede apreciar que somos, esencialmente, una manada nómada cuyo hobby principal, cuya marca, es la caza de lupinos. Nos dijeron que andaba buscando algo parecido.

Corben meditó durante unos instantes mientras observaba como la Bestia mascullaba palabras

de desaprobación por la definición de su líder. Le hacía gracia pensar en la poca vergüenza que poseía esta cofradía prácticamente desconocida más al norte de Nuevo México. Se reiría con ganas si las cosas que Kyle Strathcona había dicho de ellos no eran más que exageraciones y cuentos, quizás habían logrado engañar incluso al viejo cardenal.

Pero había algo en ellos que lo intrigaba de veras; el tanteo inicial indicaba que el miedo no era el punto débil de este grupo, aunque posiblemente su líder adoleciera de la autoridad suficiente para dirigir una manada de guerra. La disciplina era una importante virtud cuando se trataba de misiones de incursión, espionaje o tanteo y el que estos jóvenes talentosos fueran lo suficientemente valientes o estuvieran lo bastante locos para dedicarse a jugar con lupinos no era óbice para pensar en ellos como en 'el arma perfecta para nuestros planes lealistas'. La Mano Negra y la Inquisición, no tardarían en intentar influenciarlos, sin duda. De hecho, había oído que el tal Quatemoc ya poseía algún contacto en la Mano, aunque estas cosas, por supuesto eran secretas y casi no había información al respecto.

Su cometido era someter a la manada a una prueba de supervivencia lo suficientemente dura como para que ninguna cofradía normal lo consiguiese y en caso de que lo logaran, enrolarles en una misión especializada en la que él mismo estaba implicado, Atlanta. Un trabajo importante, con un objetivo crucial. A partir de ahí, el resto sería trabajo del Cardenal. Pero primero... un aperitivo para abrir boca y ver si era verdad aquello de lo que se jactaban.

-A ver nenitas, - empezó desafiante – si tan valientes sois y tanto os gusta jugar con pulgosos, a lo mejor no os importaría ayudarme a mí y a mi amigo de la escopeta, Peter Doubois, con un pequeño trabajo de desparasitación que hace falta aquí al lado, en Central Park. Así, como presente, ya que no me habéis traído ni una botella de tequila.

-En la vieja tierra la hospitalidad de nuestro líder no había que comprarla sino que...- comenzó a decir La Bestia, pero fue rápidamente interrumpido por el obispo.

- ¡Me importa una mierda si en la vieja Europa os hacéis pajas con vuestros pomposos y vegetativos voivopollas!, si vuelves a interrumpirme o simplemente a abrir la puta boca en mi presencia voy a adornar la avenida con tus huesos, al gusto de vuestra tierra. Estoy hablando con el ductus de la manada y espero, Pantera, que seas capaz de atar en corto a este vejestorio.

Pantera escrutó con seriedad a Roger Corben, casi pidiendo comprensión, intentando hacer caso omiso de la mirada fría que le dirigía el tzimisce, que en cierto modo le retaba en silencio a que lo intentase.

Era un ritual muchas veces repetido, una lacra con la que, de momento, no era capaz de enfrentarse. El viejo tzimisce, no era líder de la manada debido a su arisco, aburrido y cargante carácter, pero su conocimiento, su fuerza y su edad, hacían de él posiblemente el más poderoso de todos ellos, y eso, no le ponía las cosas fáciles a un ductus.

-Vamos Bestia, - intervino Lupus – solo nos están ofreciendo un poco de diversión como bienvenida. ¿Una cacería?, eso no es un regalo para él, sino para nosotros. Lo que pasa es que aún no captas el tono festivo americano. No seamos desagradecidos con nuestro anfitrión, ¿eh? – Tras una ligera reflexión, las cejas de la Bestia se alzaron en un gesto exagerado de complicidad y cambiando el gesto, dirigió una profunda reverencia al obispo.

Pantera, aliviado por la sagaz intervención de su colega, comenzó a hablar antes de que el viejo volviera a estropearlo todo.

- ¡Bueno gente! Chinguemos a unos cuantos perritos y dejémonos de tanta charla, somos hombres de acción, la palabrería se la dejamos a la Camarilla. Señálenos el camino, excelencia, ¡han llegado los exterminadores a su ciudad!

Capítulo 1: En el parque con los perros.

Lo primero que sorprendió al señor Doubois era la cantidad de plata que llevaban encima los de la manada nómada. Puñales, clavos, balas, tachuelas, incluso una espada y una gran cimitarra, todas relucientes y por lo que explicaron, perfectamente forjadas con aleaciones de acero junto al rico metal argénteo, ya que de otro modo habrían resultado algo endebles.

El Líder de los Gangsters trataba de controlar la curiosidad de sus hermanos que se movían intranquilos estirando el cuello para poder ver a aquel peculiar grupo dando consejos y preparándose para la caza. Su propia cofradía, una de las más temidas de Brooklyn, conocida por la violencia y el duro trato al rebaño neoyorkino, no daba crédito a lo que iba a ocurrir. Estos últimos años habían tenido algún encuentro ocasional con los habitantes de Central Park, incluso alguno de los más aguerridos de la manada de los Escaldados, había decidido por su cuenta y riesgo que esos malditos lupinos no tenían derecho a ocupar un territorio que los hijos de Caín habían reclamado y conquistado. Los resultados en todos los casos habían sido los mismos. Era mejor no jugar con esas fieras salvajes y menos en su hábitat. Uno no podía recordar ninguna historia de las manadas de guerra que no hablara de cómo habían evitado el contacto con lupinos y sus territorios habituales como norma estratégica esencial. Y lo cierto era que, en algunas ocasiones, demasiadas, los líderes de la secta hacían desaparecer o restaban importancia a grandes pérdidas sufridas a manos de estos seres, sin más motivo que el hecho de que los asuntos de la secta no podían atender en estos momentos a esas vicisitudes, cuando la guerra con la Camarilla estaba en marcha. Se limitaban a poner de manifiesto la incompetencia de aquellos que se dejaban matar por incautos o incompetentes.

Así que este repentino giro en la actitud del obispo le resultó como mínimo inquietante. Pero no sería él quien volviese a dudar de Corben. En tres ocasiones había desafiado al actual obispo, cuando éste residía en NY, antes de su traslado a la cruzada de Atlanta. Su posición como ductus de la cofradía más brutal y despiadada de Brooklyn le hizo pensar que le daba todo el derecho a luchar por ocupar su puesto. En el primer intento, atacó al Obispo a traición y pensó que, aunque había sido derrotado, era porque era un cainita joven y falto de experiencia, pero que le había faltado poco para conseguir golpearle al menos una vez y que, de haberlo conseguido, otro gallo hubiese cantado. La segunda ocasión, solo fue una discusión y un golpe rápido. Se dijo a sí mismo que si lo hubiese visto venir, no hubiese tenido que estar una semana en el refugio comunal sacándose plomo del cuerpo, que Corben se había ocupado de introducir con sus revólveres para enseñarle a todo el mundo quién mandaba. Y eso le llevó

a la tercera, en la que reclamó formalmente su derecho a Monomacia, tras conquistar el último reducto de Queens y decidir que ya era hora de ser recompensado. Aquel día conoció a Kyle Strathcona: el Cardenal que había venido a supervisar las operaciones junto con un oscuro personaje al que algunos señalaron en susurros como un miembro de la Mano Negra. No cambió el rictus de su cara cuando aceptó la petición de Doubois y reconoció su derecho. Ofreció a Corben, como exigían los ritos, la elección de la forma de duelo o la posibilidad de declinarlo y éste, bastante crispado y notoriamente disgustado, bramó que se enfrentaría a toda la manada de Doubois él sólo si era necesario para demostrar lo que ya debería ser una evidencia. A Doubois no le gustó la bravata. No le gustaba Corben, era antiguo, había venido de fuera y había sido impuesto desde arriba; así que aceptó los términos y dispuso a sus hermanos para destruir a aquel engreído que sólo sabía dar órdenes y casi nunca se ensuciaba las manos.

Esa noche, descubrió quién era Roger Corben en realidad, un cainita de más de cien años acostumbrado a la guerra que podía pelear como un titán si la situación lo exigía. Un brujah antitribu y lo que eso conllevaba. Los vástagos de este clan eran rápidos, fuertes y muy dados a la ira. Perdió a media manada y debería haber perdido la cabeza, pero el Obispo por razones que aún no había llegado a comprender, no lo destruyó.

Ya llevaban más de diez minutos en el interior del parque y entre la excitación del momento Doubois se fijó en que sus hermanos y él iban armados como siempre, con armas automáticas, bates de clavos y cuchillos. Rowan, el *sacerdote* de la cofradía, se acercó y le susurró:

-Esto... ehem, Pitt, ¿el tema de la plata?

- ¿Qué coño buscas Row? ¿Un amuleto? ¿Quién se cree esas mierdas?

El mismo Doubois una vez había intentado usar un arma de plata. Fue la noche que un hijo de puta bastardo le mordió y le convirtió en un cabeza de pala. Su cuchillo se había partido al chocar con la chupa de cuero de aquel marica al que Doubois estuvo temiendo hasta el día en que lo diabolizó. Pero nunca había pensado en aquello de las aleaciones, la verdad es que Peter Doubois no destacaba por pensar mucho precisamente; era valiente, tenía labia y sus bravatas lograban hacer dudar a sus adversarios, al menos a los que estaban a su altura.

Pese a todo, se acercó con decisión al que le había sido presentado como Lupus que se hallaba

agachado cosiendo una especie de letra plateada a su cazadora y habló en alto para que sus hermanos de manada pudieran oírle.

-Oye tú. ¿Qué tenéis para nosotros? ¿Os sobra alguna lanza de plata de esas? ¿Un arco quizás?

Con su sonrisa socarrona y su tono de burla pretendía ridiculizar el asunto, pero por si acaso, no quería perder la oportunidad de hacerse con lo que fuera que le diese algo de ventaja. Siempre lo hacía cuando iba a enfrentarse a situaciones problemáticas. El tal Lupus, tranquilamente, le tendió un pequeño cuchillo, una hoja de lanzar de apenas cuatro dedos de largo que sacó del interior de su bota tejana y que resultaba ridícula comparada con el gran cuchillo de caza que él mismo llevaba en su cinturón.

-Como experto en lupinos, mi consejo es que os mantengáis en la retaguardia chavales. No es por menospreciaros, parecéis unos tipos duros. Simplemente, este no es vuestro elemento.

Las palabras y la amplia sonrisa de colmillos de Lupus, junto con su imagen asiendo aquel pequeño filo, que apenas servía para limpiarse la mierda de las uñas, le hicieron sentir a Doubois como un estúpido.

-Deja tus consejos para los tuyos, nómada. Esto es Nueva York, nuestro hogar, ¡nadie va a venir aquí a decirnos cuál es nuestro elemento!

Lanzó el cuchillo contra el barro del parque donde quedó clavado vibrando, escupió un cuajarón de sangre y continuó:

-Eso de la plata es una gilipollez, así que voy a quedarme aquí sentado, en la retaguardia – remarcó - viendo, como os destrozan esos lupinos y luego les coseremos a balazos para que se acuerden para siempre de Los Gangsters. Esa chupa tuya de colmillos será mía, si es que queda algo de ella.

Pero la sonrisa de Lupus no desapareció, no cambió ni un ápice su semblante mientras seguía afanado en su tarea textil.

-Cómo quieras, si eso ocurre, tienes mi permiso.

En ese momento, Doubois se percató de una presencia cercana que de algún modo le había pasado inadvertida. Era obvio que el personaje bajito calvo y musculoso, repleto de tatuajes tribales que ahora afilaba su cimitarra sentado en el banco a escasos pasos de su espalda, antes no se encontraba allí. Había utilizado el poder llamado *ofuscación* para confundirse durante la conversación y colocarse en una posición aventajada. Estaba claro que la cofradía nómada llegada de México, había estado en muchas reyertas y conocía y empleaba tácticas de guerra.

Doubois volvió al claro donde estaban Rowan y los demás sin perder de vista al fornido personaje y se sentó usando un árbol como respaldo.

-A la mierda. Aquí voy a quedarme.

Desde su posición, observó como el tatuado, cuyo trabalenguas de nombre no recordaba, dejaba de afilar la cimitarra y se acercaba tranquilamente a recoger el cuchillo clavado en el suelo. Parecía un personaje taimado y callado, el más enigmático de ellos, sin duda un ángel de Caín, como solía llamarse a los assamita antitribu. No le gustaría tener que enfrentarse a él en un callejón a solas. Cerca, en el estanque de la cascada, el tal Antonio de Paso limpiaba con esmero un fusil francotirador que parecía una antigualla y lo cargaba con balas de plata mientras canturreaba una especie de canción triste en español. Junto a él, la voluptuosa cainita vestida con cuero negro que había pasado todo el tiempo hasta ahora riendo y bromeando con él, parecía en estos momentos concentrada y sería mirando el agua caer. Casi podría decirse que era la única de entre ellos que reflejaba preocupación. De repente, el alto personaje de sombrero de copa hizo resonar su viejo gabán con el revuelo de sus pasos acelerados cuando apareció de entre unos setos que adornaban el borde del estanque.

-Querrido ductuss – empezó a decir, con su duro acento extranjero que provocaba escupitajos continuos – Los meados de los chuchios apiestan en trres kilómetros en redondo. Si no nos adelantamos ya, los tendrriemos ensima en menos di lo que canta una gallina.

-Un gallo- le replicó el tal Lupus – se dice ‘en menos que canta un gallo’- apuntilló divertido.

-Como ssea, dibemoss agctuarr ya.

Pantera asintió con la cabeza y miró a Lupus: - Vamos allá.

Los Silver Rockets se desplegaron con las armas preparadas en una media luna, en torno a Atram, avanzando en pos de la espesura que formaban los árboles de más allá del estanque. La tremere antitribu comenzaba a susurrar complejos galimatías mientras se cortaba la muñeca y dibujaba extraños símbolos con la sangre en su brazo. A sus flancos, De paso y Quatemoc se agazapaban para formar una segunda línea a distancia mientras que Lupus con su machete, Pantera con su espada bastarda y La Bestia que iba transformándose a cada paso que daba, formaban la vanguardia cuerpo a cuerpo. Doubois se quedó sentado como había dicho observando el avance de aquellos cainitas. El juego había empezado. No sabía si quería que fracasasen e hicieran el ridículo como le pedía su orgullo o que realmente fuesen tan diestros como aparentaban. Porque el caso es que allí estaban, en territorio lupino, seguramente rodeados y en total desventaja y teniendo que hacer de los ojos de Corben, que se había quedado esperando fuera. La prueba era para los nuevos, pero alguien tenía que verlo de primera mano, no fuera que aquellos extranjeros estuvieran conchabados con los chuchos, si es que eso era siquiera posible. ¿Y quién se ofrecería para tal cometido? No podía quedar como un cobarde. Tenía que demostrar que los Gangsters tenían más cojones que nadie.

Sus hermanos se fueron reuniendo en torno a él como esperando a que les diese la orden de ir tras ellos. Casi habían desaparecido de su vista tras los setos cuando de pronto, como si de una estela se tratase, una mancha blanca irrumpió entre los suyos desde lo alto de la cascada. Las crines lechosas de aquel animal enfurecido se iban tiñendo de rojo según iba lanzando garrazos a diestro y siniestro a una velocidad endiablada y con una fuerza descomunal. Los gritos de sus cofrades se fundían bajo un cántico ritual de aullidos que se entonaba desde todas las direcciones del parque. El tableteo de las armas automáticas parecía marcar el ritmo de la siniestra melodía y Peter Doubois aún no había decidido si estaba soñando cuando se encontró delante de una fiera salvaje de más de dos metros con garras y colmillos abalanzándose enloquecida sobre él.

Antes de que pudiera dirigir la sangre a todos sus músculos y sentidos para prepararse para el combate, la babeante criatura de ojos inyectados y pelo oscuro estaba sobre él moviéndose como una picadora de carne desbocada esparciéndole por la hierba. Todo había ocurrido tan deprisa que solo podía observar pasivamente su propia destrucción, pero cuando pensaba que esa sería la última imagen que verían sus ojos en su decepcionante no vida, el cambiante se detuvo repentinamente y se retorció de dolor con un espasmo. Algo se había clavado en su espalda y debía de abrasarle por la forma en que abandonó todo lo demás para intentar sacárselo. Doubois aprovechó el momento que se le presentaba para apartarse e intentar

recomponerse con su sangre. Retrocedía recogándose las vísceras que le colgaban mientras se regeneraba a duras penas, ya que las heridas provocadas por estas criaturas no sanaban como las demás, ardían y escocían como los rayos del sol o las llamas del fuego y podían causar la muerte definitiva igualmente. Luchando por controlar su bestia interior y no entrar en el pánico cainita conocido como Röstcheck, tan poco decoroso para los integrantes del *Sabbat*, trataba sin embargo de reconducirlo hacia una ira furiosa que le permitiese combatir sin dolor ni lastre proveniente de sus heridas. Usaba toda su fuerza de voluntad en aquella tarea cuando logró percatarse, entre la roja neblina de sus ojos, de que el oscuro bajito tatuado de los Silver Rockets, enarbolaba su fulgurante cimitarra enzarzado en un bravo combate con su atacante que todavía no había conseguido sacarse de la espalda lo que parecía el pequeño cuchillo de plata al que había renunciado él unos minutos antes.

Otro lupino, este en forma de lobo, cayó junto a él con la lengua fuera y sangrando por un agujero entre los ojos. La herida humeaba y hervía como si algo en el interior estuviese corroyéndolo. Doubois siguió la trayectoria de aquel disparo encontrando a Antonio De Paso apoyado en un árbol, aparentemente sereno y en calma. Tras él, el níveo pulgoso que había caído sobre su manada estaba ahora asediado por los mandobles del líder de Silver Rockets, Pantera y las acometidas salvajes de Lupus y retrocedía sin remisión. La plata, no solo parecía herir de gravedad a los cambiantes, sino que además los amedrentaba. Mientras los que quedaban en pie de su propia cofradía, los Gangsters, huían hacia los Jeeps despavoridos, disparando ráfagas ciegas hacia la espesura, el viejo tzimisce llamado la Bestia, transformado en un monstruo amalgamado de carne y reforzado con huesos en forma de pinchos, garras y protecciones óseas, se revolcaba con otro cambiante entre los arbustos y la furia de ambos engendros de la noche, se asemejaba a la de las peleas de gatos callejeros, pero en una dimensión mucho mayor.

Estaba empezando a conseguir recuperar el control de sus músculos y alcanzar el frenesí cuando notó un fuerte tirón de pelo que lo elevaba en volandas con una fuerza desmesurada hacia las alturas del árbol que tenía al lado. Fue volteado en el aire como un pelele hasta quedar colgando de un nervudo y peludo brazo y unos ojos que parecían la encarnación del abismo le miraron fijamente. En ese momento toda la fuerza de voluntad y el coraje que le habían mantenido cuerdo desaparecieron y el mundo se convirtió en un borrón azul y rojo.

Cuando volvió en sí, no podía creer que aún mantuviera el pellejo, pero lo primero que sintió

es que no podía mover ni un músculo de su cuerpo. Su sangre estaba completamente detenida, su mirada fija al frente y en su perímetro de visión había una bonita cara femenina. El cabello azabache cubría unos ojos muy pintados sobre un rostro que le pedía silencio con un dedo sobre los carnosos labios, pintados de carbón. No podía negar que la cainita antitribu de Silver Rockets era atractiva. En aquella posición, el bonito colgante con un Ankh lucía majestuoso entre los dos voluptuosos pechos que lo escoltaban. Su blanquecina piel, resaltaba bajo el cuero negro de la ropa.

Con los brazos cubiertos de sangre hasta los codos la, en apariencia, joven taumaturga, estaba alimentando a Doubois con gotas de la sangre de algo que aún respiraba con dificultad en el suelo, donde sus ojos no alcanzaban. Debía ser uno de esos engendros. Cada gota era como una inyección de adrenalina y poder, pero todo parecía retenido en su interior, de momento solo era capaz de mantenerse consciente. Escuchaba todo como si estuviera dentro de una burbuja. Solo podía estar pasando una cosa, habían atravesado su corazón con un trozo de madera, estaba estacado.

Desde el árbol en el que estaba apoyado podía observar como tres de sus hermanos de manada yacían esparcidos alrededor, la muerte definitiva les había alcanzado y pronto se irían convirtiendo en ceniza. Antonio de Paso se encontraba muy cerca agazapado con su fusil.

-Debes mantenerlo consciente. La concha de su madre, pues no que entró en Röttschreck y casi lo perdemos. Se supone que debe ver lo que pasa para servir de testigo del obispo. Lo necesitamos consciente, che. - Su sombrero le ocultaba el rostro parcialmente, pero parecía agitado y eso acentuaba su deje argentino en el habla.

-Estacado no molestará, y podrá verlo todo... mientras esté en su campo de visión. – Atram hablaba con voz melodiosa, parecía fascinada con todo lo que hacía y veía. Era como si estuviera afectada por alguna droga que disparase sus sentidos. Doubois reconoció el poder llamado auspex en las pupilas de la tremere.

Ella, tras comprobar que la cabeza del estacado cainita se mantenía en una posición desde la que tuviera buena perspectiva se giró y se acurrucó cerca de De Paso, mirando hacia el frente:

- ¿Dónde están ahora?

- Hasta el momento acabamos con dos pulgosos, este al que vos profanabas hace un momento y el blanquito. El otro pelotudo, el que casi destroza a nuestro testigo invitado aquí presente, parece que se escondió. Quate lo acecha desde hace rato. Lupus, Bestia y Pantera acabaron bastante perjudicados. Se ocultaron allí entre esos setos donde escondimos los cuerpos de reserva para el reabastecimiento. Están recuperándose. Yo sigo alerta, pero ese mea arbustos es como si hubiese desaparecido – Antonio De Paso también parecía estar utilizando la disciplina de auspex para mantener todos sus sentidos aumentados.

La taumaturga, que seguía embelesada con su derredor dijo:

- No recuerdo donde leí que algunos lupinos son capaces de saltar entre planos de existencia. Que pueden moverse a través de un mundo paralelo llamado Umbra. Lo llaman caminar de lado –

- ¿Qué?, ¿De dónde diablos sacaste semejante boludez? – Antonio De Paso hablaba a Atram como un padre protector aleccionando a su hijo. – En mi vida escuché nada parecido. Los lupinos son bestias de combate, adoradores de la Luna, coge cabras, asesinos de Vampiros... no más quedaba que se movieran entre planos. Magos peludos... ¡mis pelotas! ¿Oíste también que se reproducen por esporas? Dejate de conchadas y abrí los ojos. Tiene que estar en algún arbusto. Lo que pasa es que se camuflan como camaleones. Están en su terreno.

Nada más acabar la frase, justo delante suyo y como rasgando un velo imaginario sostenido en el aire que se abría de forma imposible, apareció un hombre de torso desnudo repleto de vello cano con una frondosa barba gris. Sus ojos reflejaban infinita ira y asco. Sus manos, en un rictus de rabia absoluta, iban transformándose en enormes garras peludas mientras atravesaban la realidad en dirección a ellos. Su cara iba adquiriendo rasgos lobunos desafiando desagradablemente a la razón y la cordura, pero lo que más aterrorizaba eran aquellos ojos negros, dos pozos de oscuridad que Doubois ya había experimentado antes de perder el conocimiento. Desde su posición podía ver claramente a De Paso y Atram atenazados por la sorpresa y el miedo. El tirador andaba intentando sostener el rifle que se le escurría de las manos temblorosas mientras la tremere había quedado extasiada frente a semejante visión. El cambiante no tardaría en destrozarlos a ellos y luego terminaría de jugar con él.

Ahora sí que parecía que la prueba había terminado. Aquellos engreídos macarras no habían dado la talla, ni toda la plata ni los redaños eran rivales para los monstruos a los que se

estaban enfrentando. Acababa de darse cuenta, un poco tarde para él, de por qué los jefes del Sabbat habían estado evitando y ocultando el hecho del peligro de estos engendros que compartían la vida nocturna con los miembros de la secta. La sabiduría popular de las calles demostraba una vez más su valía. Eran un blanco demasiado duro, una guerra imposible de ganar en el terreno del enemigo y su vida acabaría allí mismo, en pocos minutos, para dejar un nuevo testimonio de esa verdad.

De repente, un sonido como el de la hélice de un helicóptero apagó incluso el bramido de aquella bestia asesina. En el vientre del garou que estaba ya abalanzándose sobre De paso apareció la punta curvada de una gran cimitarra abriéndose camino a través de sus entrañas, y el impacto, una vez que la guarda del arma quedó trabada con la columna vertebral, proyectó al cambiante hacia adelante estampándolo directamente contra Doubois y clavándolo en el mismo árbol en el que éste se encontraba. El lupino tembló con estertores de muerte durante unos segundos mientras su sangre y vísceras resbalaban por encima del estacado cainita hacia el suelo, quedando finalmente inerte sobre él.

Capítulo 2: Partida de Guerra.

El viejo cementerio de coches abandonado vibraba y centelleaba con luces y sonidos que el extraño ocaso abrazaba en su lecho con sabor a óxido. Un olor penetrante rezumaba bajo la lluvia y el barro que se formaba entre los desechados y desvencijados vehículos desperdigados aquí y allá junto a montones de neumáticos quemándose. El comienzo en forma de prólogo blusero de 'Bring it on Home' del disco Led Zeppelin II, arrastraba los ritmos de marcha de tren acompañados por la armónica y el retumbante contrabajo, tocados una y otra vez por los expertos intérpretes que se habían reunido allí para la ocasión, con instrumentos casi improvisados. Los tres cainitas que Pantera aún no conocía, hacían gala de su pertenencia a la gente de la noche, en especial, a aquellos que cabalgaban la vida eterna cogiéndola por los cuernos, al filo de un precipicio, sin miedo a caer. Ser un vampiro y pertenecer al Sabbat, era un orgullo para todos los verdaderos miembros de la secta. Y aquella noche, y las noches como aquella, este orgullo se convertía en fervor.

La canción 'tráelo a casa' y otras que estaban interpretando, hacían referencia a lo que allí se estaba preparando. Una cruzada, la cruzada de Atlanta. Había que traer a la casa del Sabbat a todos los descarriados cainitas que aún seguían perdidos en brazos de sus maestros esclavizadores de la corrupta Camarilla. Pantera sabía que Aquella otra secta, si es que así podía llamársela, contaba con el control de la mayoría de las ciudades en todo el mundo, con la militancia de la mayor cantidad de vástagos y medios existentes. Y, sin embargo, no contaban con lo más importante, la verdad.

Siete de los grandes clanes principales de familias de vampiros que existían según los antiguos escritos: Ventrue, Toreador, Tremere, Malkavian, Brujah, Gángrel y Nosferatu, que descendían de la tercera generación de vástagos, se habían aliado para extender su mentira y su enfermedad por el mundo atrapando y esclavizando a todos los demás en una intrincada pirámide familiar. Mediante vínculos de sangre, hacían siervos a los jóvenes que bebían de sus mayores. Las ciudades eran controladas por príncipes y sus primogenituras formadas por antiguos de cada clan y daban caza y exterminaban a todo aquel que no siguiera sus exiguas tradiciones, basadas en un régimen de subyugación al más antiguo por el hecho de serlo y en esconderse del rebaño que en secreto pastoreaban, los humanos.

Pero existían otros clanes que no habían aceptado semejante yugo y mentira. Unos, los independientes: Seguidores de Set, Assamita, Giovanni y Ravnos, seguían su propio camino y

filosofías que tampoco llevaban a ningún sitio. Y otros, en cambio, los antiguos y poderosos clanes Lasombra y Tzimisce, habían luchado en el pasado por la verdadera sangre de Caín; por mantener su esencia y reclamar la posición que deberían tener en el mundo sus hijos. En la edad media abanderaron las luchas anarquistas, en las que los jóvenes vástagos reclamaron su independencia. Y Aunque estas acabaron con la firma de un tratado que ningún Sabbat reconoce y con la rendición de muchos de los que se rebelaron a los antiguos, los que no lo hicieron, firmaron el Edicto de Milán y perteneciendo como lasombras, tzimisce o renunciando a su clan de origen, convirtiéndose en lo que se llama comúnmente un antitribu, ahora conformaban el Sabbat, la espada de Caín. Distribuidos en manadas o cofradías de dos o más miembros, compartiendo la sangre entre ellos con un ritual llamado Vaulderie, impidiendo así el vínculo unidireccional de vampiros más antiguos, los sabbats, conseguían poder y prestigio según sus propios méritos y logros.

Pantera reflexionaba sobre todo aquello y recordaba cómo se formó su manada. Los Silver Rockets. Muy joven en términos de historia cainita, pero con tanta edad como una generación humana. Lupus y Quate, habían sido sus cofrades desde que se conformara inicialmente el grupo. Amigos y hermanos inseparables, juntos constituían la cofradía de jóvenes vampiros más gamberra de Tijuana. Ninguno tenía un verdadero iniciador en la secta ni una manada que lo protegiera, ya que las circunstancias de sus abrazos habían sido extrañas en todos los casos. Tres jóvenes descarriados y sin guías que querían formar su propio camino, escribir su propia historia.

La suya, la de Pantera, había sido una historia trágica. Aquel lasombra traidor pendejo que le había abrazado y había matado a su familia delante de él para mostrarle lo que debía dejar atrás, se había jactado de ser un ferviente sabbat, pero en realidad, ocultaba sus ansias de poder que le llevaron a traicionar a la secta en favor de un señor infernal que le tenía dominado. Cuando su joven chiquillo demostró su culpabilidad frente a un caballero inquisidor, éste le permitió diabolizarlo como recompensa.

Miró a Quatemoc, allí sentado bajo la lluvia. Silencioso y atento como siempre, con las luces bailando sobre los tatuajes de su rapada cabeza.

- ¿Recuerdas cuando empezamos? ¿Cuándo Lupus nos convencía y jugábamos a perseguir pulgosos y hacerles putadas y salir por patas?

Quate le miró de reojo y sonrió, pero no dijo nada. Siempre economizaba las palabras al máximo, incluso con sus propios hermanos de manada.

-No sé en qué momento se nos ocurrió la puta locura de dedicarnos a la caza mayor, pero ahora sé que fue una idea cojonuda.

Allí estaban, con tres cabezas de hombre lobo clavadas en tres barras de hierro a su espalda que les daban un estatus de prestigio impresionante frente a otras manadas y formando parte de una cruzada, una autentica partida de guerra para tomar una ciudad Camarilla.

La idea inicial de la caza de lupinos, había surgido de la obsesión que Lupus sentía por aquellas criaturas. Su rito de creación había consistido en enterrar a unos cuantos 'cabezas de pala', como se llama en el Sabbat a los humanos recién abrazados, a los que se utiliza como fuerzas de choque contra los enemigos de la secta, y soltar un lupino herido al que habían capturado para ver cómo los destrozaba. Si alguno conseguía sobrevivir a aquello, sería alumbrado como nuevo recluta. Pero lo que no esperaban es que uno de ellos, no sólo sobreviviera, sino que además acabara con el cambiaformas, consiguiendo cabalgar el frenesí de forma prodigiosa. El problema fue que, tras matarlo, su hambre le hizo beber de su sangre como un poseso, lo que le provocó una furia incontrolada y le dio una fuerza y velocidad desmesuradas. Se lanzó sobre la cofradía que había ideado el juego y mató a casi la mitad antes de ser reducido. De ahí le vino su nombre y su reputación, pero la experiencia también lo traumatizó. No quiso saber nada de aquella manada y ellos tampoco estaban muy contentos con la muerte de sus hermanos. Así que perdió el rumbo durante un tiempo, sin saber muy bien si era un vampiro, un hombre lobo o alguna otra criatura de la noche. Hasta que conoció a Quate y Pantera. Pero incluso cuando ya se sentía por fin un cainita sabbat de pleno derecho, habiendo aprendido que sus rasgos y poderes parecidos a los de los lobos le venían por su sangre gángrel y no tenían nada que ver con aquel hombre lobo al que mató y del que bebió su vitae, seguía obsesionado con estas criaturas. Y esto condujo a sus camaradas a meterse en más de un lío en territorio lupino del que apenas salieron ilesos. Una cosa llevó a la otra y al final decidieron que aquello que la mayoría de los vampiros veía como una locura insana, podría elevar su prestigio y reputación como la espuma en la secta.

-Y ahí está el señor Obispo, encantado e impresionado con nosotros hasta el punto de querer involucrarnos en una de las más importantes cruzadas que el Sabbat va a realizar. Cuando Strathcona nos dio su bendición y nos envió al Norte llegué a pensar que en realidad lo que

quería era deshacerse de nosotros.

- ¿Y qué mejor forma de hacerlo que enviarnos a una partida de guerra? - Cuando Quatemoc rompía su silencio era para sentenciar, aunque esto último lo dijera sonriendo y en tono irónico.

El assamita antitribu nunca supo quién había sido su sire, pese a que sospechaba, por su sangre, que una manada de la Mano Negra le había creado para alguna de las cruzadas que se dieron en ciudades Mejicanas y allí le había abandonado dándole por muerto. Había estado sólo, durante años, sin saber realmente quién era ni a qué mundo pertenecía, alimentándose por instinto. Eso le había vuelto desconfiado y se había encerrado en sí mismo hasta que conoció a sus compañeros y volvió al seno del Sabbat. Por eso, cuando el Cardenal Kyle Strathcona se fijó en ellos, Pantera nunca se fio del motivo por el cual había asignado al indio a formarse durante varios meses con una célula de la Mano. Nunca le preguntó a Quate por lo que allí había visto o aprendido, ni por qué ahora escondía en la palma de su mano derecha una media luna tatuada con alguna técnica taumátúrgica. Era consciente de que andaba buscando respuestas a sus orígenes, pero aquella facción dentro del Sabbat era como la CIA en el mundo mortal, difícilmente hallaría las respuestas que buscaba. Habría secretos ocultando otros secretos y cada parte conocería sólo lo que necesitase conocer. Su confianza en Quatemoc, su hermano de sangre, no había sido mermada, pero sabía que habían conseguido abrir una pequeña herida entre ellos, de forma deliberada, para poder controlarles.

La noche acababa de empezar y la canción que ya terminaba sería sólo el principio de las celebraciones y rituales que se producirían hasta el alba. Antes de llevar a cabo un ataque, la secta cuidaba mucho la moral de sus soldados. Las cofradías se conocían, se probaban y se hermanaban durante una o varias noches antes de embarcarse en la misión que les era encomendada. Tomar una ciudad, arrebatándola de los brazos de la Camarilla, en ningún caso era un asunto baladí y mucho menos algo que pudiese resolverse en una sola jornada. Aunque la información y la intendencia se llevaban a unos niveles que posiblemente solo Cardenales y Prisci conocían, se sabía que las ciudades había que trabajarlas durante años. Espionaje, engaños, asedios, desestabilización moral de la población mortal. Eran muchas las líneas que había que controlar y dirigir previo a una cruzada, pues esta sólo era el golpe definitivo a los vástagos principales y los lugares claves que controlaban la columna vertebral de una ciudad Camarilla.

Un cambio en la música volvió a sacar a Pantera de sus reflexiones. Él y Quate se habían quedado a cierta distancia de los músicos, Lupus se había acercado con Atram para escucharles mejor mientras De Paso y La Bestia inspeccionaban el lugar por si a los chicos del Obispo se les había escapado algo. Una de las cosas que habían aprendido en su camino hasta la fecha, era a no fiarse más que de ellos mismos.

Sobre el improvisado escenario, un Negrata con rastas imitaba el contrabajo con un teclado de diseño bajo una sombrilla de playa que hacía las veces de paraguas. Una chica con una armónica tocaba como los ángeles si estos fueran negros, empapada hasta arriba y con el largo pelo rubio pegado a la cara y los vaqueros y el jersey blanco de lana ceñidos al cuerpo. Y, por último, un extraño hombre de gris, con traje de enterrador o de predicador extraviado, allí de pie y firme como un palo en el centro, cantaba estirando la piel de su tráquea haciéndola vibrar y amplificando su voz antinaturalmente como lo haría un micrófono.

Había, en aquel lugar abandonado de la mano de la sociedad, unos treinta chupasangres distribuidos en varias manadas. Los músicos parecían ser una de ellas y tenían pinta de ser unos tíos enrollados. Estaba seguro de que Lupus ya los amaba. El blues y el rock eran otra de las debilidades del gángrel antitribu y el tío lograba transmitir su fervor al resto de la cofradía. Era un hecho que, aunque aún no tenían claro quién debía tomar el rol de sacerdote, sus capacidades para inspirar e insuflar moral y valores a sus hermanos, su espiritualidad y la pasión que sentía por aquellas cosas, hacían de Lupus el más idóneo para hacerse con el puesto en Silver Rockets. En este sentido, en alguna ocasión, ya había propuesto que todos comenzaran a trabajar con instrumentos para convertirse ellos también en una banda itinerante de Rhythm 'n Blues.

El Obispo Corben se levantó del asiento de un viejo Cadillac desmontado que había junto al escenario justo cuando se apagó la última nota de la canción. La lluvia fina escurría por su gabardina y se acumulaba en las alas del sombrero que llevaba para evitar que le empapase su cuidada melena. Levantó los brazos para llamar la atención de los allí presentes. Junto a él, flanqueándole en el Cadillac, había otros cuatro cainitas que debían ser su actual manada. A primera vista, podía reconocerse a un nosferatu antitribu. La deformidad y fealdad propia de este clan, les descubría a los ojos del resto, y por esto mismo, muchos habían desarrollado la disciplina de ofuscación con la que conseguían confundir las mentes de los curiosos para desvanecerse o incluso parecerse a otras personas. Pero esta conducta, típica en la Camarilla, era evitada en el Sabbat, por ser un rasgo vampírico del que sentirse orgulloso y presumir

frente a sus iguales y a las víctimas mortales de las que se alimentaban. El 'nosfe', iba vestido de cuatrero: sombrero, tejanos, guardapolvos y espuelas en las botas y llevaba un pañuelo al cuello que seguramente usaría para taparse cuando quería evitar miradas curiosas. A su lado, había una chica con apariencia ratonil, pequeña y desgarbada. El pelo sucio le tapaba unas extrañas manchas que le marcaban todo el lado derecho de la cara. Llevaba una boina y tirantes, con botas y un largo gabán marrón exageradamente grande en proporción. Además de ellos, un hombretón moreno y alto, con sotana y alzacuellos de cura protestante, se sentaba junto a otro hombre de rasgos que denotaban una edad avanzada y que vestía con el uniforme completo de un general confederado.

Los gritos, aplausos y algarabía reinantes se fueron apagando y Corben por fin comenzó a hablar:

-Mucho se ha dicho hasta ahora acerca de lo que el Sabbat puede y no puede hacer. – Su voz era potente y firme, la voz de un líder. – Mucho se ha perdido, y mucho se ha sacrificado. – A cada pausa que hacía el Obispo, giraba con ceremonia la cabeza mirando a toda su audiencia - Y no podemos compararnos, no podemos escudarnos en que nuestro número es menor o en que ellos son más antiguos y poderosos. – Mientras hablaba, su figura iba desprendiendo una luz especial. Era como si aumentara de tamaño y a la vez fuera adquiriendo más y más relevancia lo que decía. Sin duda estaba utilizando la presencia Vampírica para engalanar su discurso. – Porque nosotros sabemos la verdad. Y esa verdad nos obliga. Nuestra obligación es cumplir con nuestro destino en la gran guerra de la creación. Somos hijos de Caín, es nuestro legado, e igual que a él, nuestra maldición nos hará luchar para sobrevivir, matar para predominar. – Una nueva pausa dramática terminó por atraer la atención de todos los presentes. - Y no nos engañemos, la Gehena está cerca. El libro de Nod dice: 'Y la tercera generación se levantará. Y hambrienta, acabará con toda su progenie igual que acabó con sus progenitores. Y estos Antediluvianos lucharán hasta el final de los días, acabando con la existencia y la creación, con todos los hijos de Caín y de Seth. Y así terminará la maldición de la sangre.' – Nueva pausa. -Pero el Sabbat ha existido desde Milán, para hacer frente a esta verdad impuesta. Para demostrar que el destino no está escrito. Que la sangre que derramamos cada día, es la que escribe y forja el destino que nosotros queramos. – Algunas muestras de aprobación y conformidad se iban sumando con breves exclamaciones al discurso del Obispo. – Y que no somos como el rebaño, no se nos puede domesticar, no se nos puede pastorear y reducir nuestra voluntad al yugo de nuestros verdugos. Somos Inmortales. – La última frase arrancó la euforia de la concurrencia, los gritos y vítores se escucharon alrededor

inflamando a los presentes en un frenesí de orgullo y coraje, en una iluminación colectiva que desembocó en el mantra tradicional coreado por todos: - ¡Sabbat Rules!, ¡Sabbat Rules! *

Cuando el griterío comenzaba a decaer, Roger Corben aprovechó para alzar su voz por encima y azuzar más el fuego de la pasión general.

-Ahora, el siguiente paso de nuestra lucha es tomar Atlanta. Un hito más para escribir en nuestra historia, para decirles a los antiguos que no nos rendiremos, que no nos someteremos a su gran juego. Que hemos venido a este mundo para quedarnos y que, si es necesario, arrancaremos ese derecho de sus viejas y miserables cabelleras. Larga vida al Sabbat, larga vida a la espada de Caín. - En ese momento, el obispo hizo otro de sus perfectamente estudiados movimientos para el discurso: sacó uno de sus revólveres y levantándolo hacia el cielo comenzó a disparar al tiempo que gritaba: ¡Sabbat Rules!, ¡Sabbat Rules! – La audiencia volvió a prorrumpir en el mantra con fuerzas renovadas y el brujah antitribu, aprovechó para indicar a sus cofrades mediante señas que fuesen preparando la primera de las ceremonias de la noche: El tradicional banquete de sangre.

Mientras sacaban del maletero del coche a los tres humanos maniatados y semiinconscientes a los que iban a utilizar como catering, Pantera se levantó y echó un vistazo alrededor para ver por dónde andaban La Bestia y Antonio De Paso. Nunca estaba tranquilo cuando La Bestia se alejaba durante mucho tiempo, lo cual era un verdadero problema ya que pasar mucho tiempo cerca del viejo cainita le resultaba cargante. Aunque el vínculo de sangre entre los miembros de la manada siempre provocaba que los lazos sentimentales fueran más estrechos, por la práctica de la Vaulderie, existían caracteres opuestos y formas irreconciliables de entender la no vida. Y en casi todos los aspectos, el lasombra y el tzimisce solían chocar, presentando un patrón bastante común a la norma entre los miembros de sus clanes. Esto le daba equilibrio al Sabbat, pero también había provocado la mayoría de las guerras intestinas de la secta. Y lo mismo ocurría con la cofradía.

El por qué La Bestia había llegado a formar parte de Silver Rockets, había que encontrarlo en la época en la que Pantera, Quatemoc y Lupus iniciaban sus andanzas y decidieron dedicarse a la caza de hombres lobo. En Tijuana y Ciudad de México no había muchos vástagos en la secta interesados en dedicar su tiempo y esfuerzo en conocer a los lupinos. La norma era no acercarse mucho y evitar meterse en problemas con ellos, ya que solían provocar muertes prematuras poco deseables incluso para cainitas valientes y curtidos como los sabbat. Los

pocos que atesoraban conocimiento sobre los 'chuchos', o estaban locos o morían pronto o no tenían tiempo para dedicar a unos jóvenes novatos a los que aconsejaban una y otra vez que buscasen otro pasatiempo si querían conservar sus cabezas. Pero un día, otra manada nómada, les habló de un viejo tzimisce que llevaba sólo decenas de años en una mina de una montaña del desierto. Se rumoreaba que se había alimentado de sangre de lupino, cuando los humanos habían escaseado en su territorio. Contaban las historias que había llegado casi un siglo atrás al continente y que como no había logrado adaptarse al idioma ni a las convenciones sociales del nuevo mundo, se había confinado en la vieja mina, custodiado por sirvientes Slatza y Vohz que el mismo creaba y alimentaba. La historia de cómo llegaron al lugar, se enfrentaron a los sirvientes y finalmente lograron engatusar a aquel monstruo llamado La Bestia para que se uniera a la manada, aportando sus antiguos conocimientos acerca de los lupinos y de muchas otras viejas tradiciones provenientes de los días de las revueltas, era una fabulosa aventura que les gustaba relatar en los grandes momentos. El hecho de cómo Pantera logró convencerle de que él mismo, debía seguir siendo el ductus de la manada, era harina de otro costal y seguía siendo una herida abierta entre ellos. Una situación que el tzimisce solo admitía a regañadientes y que volvía a salir a colación en cada discusión. Más de una vez se les había ido de las manos, quedando en evidencia delante de miembros de otras cofradías, lo que era visto como una debilidad. Por su lado, Pantera sabía que tanto Quatemoc como Lupus le preferían a él como Líder, y que, si él se lo pidiera, le apoyarían sin pensarlo, pero desde el principio, el lasombra les impidió intervenir debido a los fuertes principios morales que él mismo seguía y se imponía.

Cuando por fin aparecieron los dos tzimisce, el festín estaba preparado. Los músicos habían vuelto a su cometido y bajo la incesante lluvia se habían decantado por el 'Stormbringer' de los Deep Purple. Tras utilizar varias grúas para colgar boca abajo a los 'recipientes' e iniciar la singular 'matanza', los cainitas comenzaron el ritual alimenticio. Para un vástago había muchas formas de beber y todas eran extasiantes, similares a cien orgasmos en un ser humano. La sed de los vampiros era más parecida al mono de una droga que al hambre mortal, y cuando se prolongaba demasiado, podía hacer que perdiesen totalmente el control de su voluntad, y conducirles a un frenesí muy peligroso para cualquiera que permaneciese cerca, pero también para ellos mismos. Por este motivo, la caza y la alimentación eran siempre un punto esencial a tener en cuenta en la noche cainita. Para el Sabbat, la alimentación siempre era un ritual, un juego, una prueba de habilidad, una marca de superioridad frente al rebaño humano. Sólo en las grandes festividades y rituales colectivos, se permitían este tipo de 'facilidades' y siempre se disfrutaban en grupo. Pero como en todas estas cosas, había vástagos que lo disfrutaban

más y otros menos y a Pantera, no solía gustarle demasiado la ostentación en el disfrute de la 'comida'. Tenía que andarse con cuidado, pues rechazar este tipo de ofrendas, podía entenderse, en muchos casos, como una descortesía o insulto. De hecho, en el Sabbat, era un indicio de deslealtad o traición el no beber con tus hermanos, como siempre solía recordar la Bestia a sus cofrades.

-Veo que ya están prreparradass las viandass – comenzó el alto tzimisce con su característico acento. – Bonito disscurro el de su exselencia. Essperremos qui ssea tan aplicado con la esspada como con el pico.

-Supongo que quisiste decir la pluma. – Antonio de Paso, más bajito que el resto de sus hermanos de manada, siempre parecía preocupado. Era un tzimisce bastante atípico. Casi todos los que le conocían solían confundirle con un ventrue antitribu por su aspecto y por su talante. La sangre ventrue que producía vástagos altivos y autoritarios en la Camarilla, por el contrario, hacía de sus contrapartidas sabbat guerreros sagrados, guardianes y paladines de sus preceptos y camaradas. Y estas, eran características que aparecían en De Paso. Protector, caballeroso y presto a servir, cualidades poco comunes en los cainitas de la secta. Y aunque muchos las despreciaban, Pantera no se contaba entre ellos. Era un miembro relativamente reciente de la cofradía, un amigo personal y Templario del cardenal Strathcona, había trabajado para él mientras se preparaba para ser miembro de pleno derecho del *Sabbat* y le buscaba una manada. Él mismo le había enseñado muchas cosas y se había ocupado de su formación buscándole mentores y prestándole su biblioteca personal. Era, a parte de un magnífico francotirador, un erudito impresionante. Sus conocimientos sobre aleaciones metalúrgicas y balística supusieron otro hito en la formación de Silver Rockets. Por otro lado, aunque su carácter era taciturno y solía cantar tangos, su acento y actitud provocaban un punto de humor muy particular.

- ¿La pluma?, ¿Quién habla con la pluma? Me temo mi querrido amigo, quie nunca entenderré este lenguaje bárrbaro con el qui oss comunicáiss.

- ¡chst!, disculpame va, no me expliqué bien, no quise decir...

-Ah, dejadlo ya. –Interrumpió Pantera. – Debemos acercarnos a beber y presentarnos al Obispo. ¿Habéis visto algo extraño por ahí? ¿Está asegurada la zona?

-Podría decirse qui no hay ni un alma porr lo menos a diez kilómetros redondos,

exceptuando, claro esstá, a loss aquí prriesentes. – Dijo La Bestia escupiando. Pantera miró a De Paso.

-Efectivamente, si mis sentidos no me engañan, líder, el guardés del desguace y sus hijos eran las únicas personitas que rondaban el lugar y ahora se convirtieron en los chanchos del banquete, luego parece que efectivamente, no hay nada de qué preocuparse. Lo cual, por otro lado, siempre es un motivo mayor de preocupación. – El enjuto tzimisce de mirada nerviosa, llevaba el fusil francotirador colgado del hombro e imitaba fumar un cigarrillo. Se había puesto una chaqueta militar de campaña para la ocasión y la alisaba de forma compulsiva.

-Entonces al lío. Procuremos evitar problemas con el señor Obispo – Esto último lo dijo dirigiéndose a La Bestia en tono conciliador, pese a que, al mirar por encima de sus gafas de sol, los dos pozos de oscuridad que formaban sus ojos habrían atemorizado a cualquier observador humano. Pantera solía utilizar las sombras para enfatizar y dar color a sus palabras, como complemento a las otras gesticulaciones más humanas. Aunque sabía que al antiguo tzimisce no le impresionaban, había aprendido que todas las muestras de poder cainita eran para él una especie de muestra de respeto entre hermanos.

Quatemoc se levantó y se acercaron al festín donde la manada del obispo ya había empezado la diversión. Pantera le envió a buscar a Lupus y Atram que seguían disfrutando del espectáculo junto a los músicos. Costó despegar a Lupus del escenario, no obstante, cuando estuvieron todos reunidos, se acercaron al banquete.

-Y Aquí están los refuerzos. - El Obispo Corben levantó una botella de cerveza llena de sangre que acababa de extraer de uno de los 'recipientes'. – Un brindis por los recién llegados. – Hablaba para los miembros de su manada. El resto de cofradías estaban ya dispersas junto a los músicos o se acercaban a beber o desarrollaban sus ritae propios. – Espero que vuestro viaje hasta aquí haya sido placentero. Siento no haberos podido acompañar por carretera, pero debía resolver unos asuntos de última hora antes de la gran noche. - Corben parecía más simpático que la última vez.

-Ningún percance ha impedido que estemos donde debíamos estar, excelencia. -Pantera respondió con prudencia y cortesía. No quería estropear lo que parecía que iba a ser una conversación agradable y productiva. Miró por el rabillo del ojo para intentar descifrar el rostro de La Bestia y lo que vio, no le tranquilizó en absoluto. El viejo tzimisce, ya había

adoptado un rictus facial que conocía bien. Era el que adoptaba cuando algo le desagradaba.

-Bien, bien. Me alegro de veras. Quería aprovechar para presentaros a mi manada. Los confederados*. Billy 'el piños' es el 'Nosfe', - Pantera se fijó en que los colmillos de Billy sobresalían en el centro de su boca en el sitio donde deberían estar los paletos, de ahí el sobrenombre, aunque el resto de la cara no estaba mejor ordenada. El feo vástago saludó bajando la cabeza mientras sostenía el ala de su sombrero con la mano derecha. - La pequeña Wyat Herpes, es nuestra experta en 'fuegos artificiales' - prosiguió el Obispo. La cainita del abrigo desproporcionado y su mancha en la cara les sonrió abiertamente mientras disfrutaba extrayendo la vitae de uno de los cuerpos. - Nuestro sacerdote, el Padre Andrés. – Señaló al alto hombre de la sotana que se acercó a estrechar la mano de todos con excesiva formalidad. - Y el viejo General Lee. – El anciano se limitó a levantar la pipa que chupaba sin parar, soltó un silbido entonando la melodía de Dixiland y se rio de forma histriónica con la mirada perdida en algún punto indeterminado. – Nuestro gran estratega.

La experiencia de Pantera le decía que el General Lee tenía pinta de ser un malkavian antitribu, por la forma de saludar, aunque también podría ser que simplemente estuviese loco por alguna otra causa. Todos los malkavian y sus contrapartidas sabbat sufrían algún tipo de enfermedad mental, lo que no hacía de ellos menos peligrosos o inteligentes. Pero los otros dos integrantes de Los Confederados eran más difíciles de catalogar.

-Siempre es un placer conocer a más hermanos sabbat. – Aseveró Pantera. Se sirvió un poco de sangre en una botella vacía que había junto a los cuerpos y la levantó en forma de brindis.

-Fobre todo fi fon ferdaderof fabbat - Parecía que los colmillos del tal Billy 'el piños' le dificultaban la articulación de las palabras, pero excepto para La Bestia, que puso cara de abuela sorda, para el resto de Silver Rockets, el mensaje quedó perfectamente claro. Un silencio incómodo se apoderó de los presentes y la sonrisa de sorna que Corben le dirigía a Pantera le dejó claro que el Obispo no había olvidado el percance de Nueva York.

– Eso es fácil de averiguar, Billy - Intervino cortando el silencio. Las miradas de Quate y Lupus al nosferatu provocaron una tensión entre las dos manadas que podía palparse en el ambiente. La muestra de colmillos y los gruñidos guturales eran un ritual casi animal que se producía con frecuencia en el Sabbat y Lupus era un experto intimidador.

- ¿Perro qui es lo qui ha dichio? – La Bestia, por suerte o por casualidad, aún no dominaba lo suficiente el idioma y no había entendido la afrenta, con lo que se mantenía completamente ajeno al conflicto. Este hecho y que Quate mantenía la calma en una posición de fría alerta, fue lo que ayudó a Pantera a controlar sus instintos y poder pensar con claridad, evitando lanzar a sus cofrades en pos de una pelea que podría ser fatal para todos en muchos sentidos. Pero la provocación, viniendo del Obispo, le hacía pensar que seguían a prueba de algún modo.

- ¿Cuántas veces vamos a tener que demostrar nuestra valía? – Soltó desafiante.

-Las que sean necesarias. - Desde el asiento del Cadillac del que no se había levantado, el General Lee escupió su discurso, como si tratase de las palabras de un viejo sabio. - Al menos hasta que hayáis participado en una cruzada, con mayor o menor éxito. Algunos aquí ya somos veteranos de varias batallas.

- ¿Acaso quiere su excelencia que juguemos a indios y vaqueros? – Antonio De Paso era conocedor de algunas tradiciones que se habían desarrollado en la secta desde su llegada al nuevo continente y había relatado sus pormenores en más de una ocasión a los miembros de Silver Rockets. Este juego sabbat que hacía que dos manadas se enfrentasen en combate, para demostrar su coraje y determinación, según unas reglas previamente estipuladas, era un ritual al que nunca se habían enfrentado. Era un juego peligroso, en el que podía haber bajas definitivas y la manada de un Obispo que ya había participado en otras cruzadas, seguramente sería un rival muy duro, por no decir excesivo. Pero la convicción y posición de Pantera no le permitían mostrar miedo o dudar y mucho menos rechazar un desafío como aquel:

-Estaremos más que encantados de hacerlo. – Dijo.

-Tranquilo Pantera, no es algo personal. Di a tus chicos que templen sus nervios. – La sonrisa que el brujah antitribu ostentaba, dejaba claro que sabía que manejaba la situación desde una posición de superioridad, lo que a la vez molestaba y admiraba a Pantera. - Nada tan dramático. Además, eso solo conseguiría mermar nuestras fuerzas antes de la batalla. Creo que una danza del fuego será suficiente para mostrarnos el coraje individual de cada soldado. Me gusta saber con qué armas cuento– El Obispo volvió a levantarse e hizo señas para que parasen la música. -Una última prueba antes de confiar a mis hombres las importantes misiones que cada cofradía habrá de realizar. – Sus palabras volvieron a alzarse para ser escuchadas por toda la concurrencia. – Bailaremos sobre las llamas para armar nuestro valor y

reforzar nuestra confianza en nuestros hermanos. – Roger Corben se dirigió con una sonrisa a Wyatt Herpes, hablando ya en voz más baja – Haz tu magia.

Los músicos invocaron a los Doors con el ‘Light my Fire’ y Lupus, que siempre cabalgaba sus instintos a través de las emociones, consiguió rápidamente deshacerse de la tensión acumulada y volver a disfrutar de la música. – ¡Hey!, que gran elección, esta gente sí que sabe. Se llaman ‘Los cosechadores’ y me han dicho que el rastas es un assamita antitribu ‘fumeta’ muy enrollado. - Cogió a Atram por la cintura, se giró hacia el escenario y se puso a beber de la botella que le ofreció Pantera.

- ¿Alguien puede explicarme qué ha dicho el nosfierratu y qué demonios es jugar a indios y vaquerros? - La Bestia seguía intentando entender qué había sucedido y De Paso decidió explicárselo cogiéndole del brazo y llevándolo más lejos de la música.

Media hora después, el camino de brasas estaba listo y los cainitas se preparaban para su actuación estelar de la noche. La pericia de la pequeña Wyatt, hizo que incluso bajo la lluvia, las pequeñas llamas iluminaran un perfecto corredor de rescoldos rojizos. La potente luz que desprendía el fuego era algo que molestaba a Pantera desde siempre, de hecho, todas las luces potentes desagradaban al lasombra, por alguna jugarreta del destino, ya que su debilidad de clan no era esa, sino el no reflejarse en los espejos, cosa que también sufría. Pantera sabía que caminar sobre el fuego era más una cuestión de convencer a los demás de que no era el miedo lo que te preocupaba sino la ejecución más o menos artística. Desde siempre había sido así y en ello radicaba el espectáculo y la gracia de este ritae. Además, muchos vampiros del Sabbat, trabajaban su escenografía a fondo para concentrar su voluntad en algo que les impidiera caer en el temido Röttschreck.

Bajo la tormenta y entre los retumbantes ritmos tribales que ahora interpretaban Los Cosechadores, los distintos miembros de cada manada fueron pasando con mayor o menor maestría por la peligrosa prueba y cuando le llegó el turno, Pantera utilizó la fuerza sobrehumana que le otorgaba la disciplina vampírica llamada potencia, para realizar un ejercicio de gimnasia deportiva atravesando el camino de fuego. Esto le dio un toque espectacular y vistoso a su ejecución y le permitió evitar el estar demasiado tiempo en contacto con las brasas y el fuego, algo para lo que ni sus pequeñas debilidades ni sus disciplinas le favorecían. La cosa no fue mal para Silver Rockets en general, pero mejoró mucho en el momento en el que Lupus, que contaba con un poder más adecuado para este tipo de

situaciones, como era la fortaleza, se pasó varios minutos bailando y regodeándose dentro del camino llameante e incluso llegó a tumbarse mientras se rociaba con una botella de whiskey.

La manada de los músicos, desfiló tocando sus instrumentos todos juntos, haciendo rugir a la concurrencia y como colofón, la pequeña cainita encargada del fuego, que fue la mejor representante de la manada del obispo, rivalizó con Lupus, haciendo el gusano sobre las llamas mientras iba perdiendo pelo y capas de piel que luego tardó un buen rato en regenerar. Al final del ritual, todos los sabbat allí presentes habían inflamado su moral y su confianza de forma visible, y la relación entre unos y otros, había sufrido una transformación incluso mayor a la que produciría una Vaulderie. Era un efecto quizás más efímero y transitorio, pero para una cruzada, era la elección perfecta. El respeto que Pantera sentía por Corben quedó reforzado y no dudó en apuntarse la lección de aquella noche en su cabeza.

Lupus, al final consiguió presentarles a todos a los Cosechadores. El Estirado, el Teclas y la bella y silenciosa Sid, con la que Quatemoc pareció conectar. E hicieron muy buenas migas con los músicos, pero cuando parecía que ya iba a empezar la diversión y que no tendrían que preocuparse más por nada hasta el amanecer, el nosferatu de los Confederados, apareció por allí con sus espuelas tintineando.

-Silfer Rockefs. El Ofisfo of frequiefre. Hay que haflar de eftratefiaf. – Su mirada era seria, mas había un brillo especial en ella. Una invitación a que alguien hiciese un chiste a cerca de su pronunciación o de sus dientes. Sin embargo, aunque Lupus no podía reprimir una media sonrisa, y que el fruncimiento de cejas de La Bestia reflejaba que de nuevo no había entendido ni una palabra, nadie en la cofradía de Pantera aceptó el desafío, era un momento demasiado importante.

Cuando se reunieron en el Cadillac, la lluvia había empezado a escampar y las manadas se habían dispersado entre diferentes hogueras de neumáticos quemados, continuando con sus particulares reuniones y celebraciones. Los músicos ya no tocaban y un murmullo de voces disonantes se hacía eco entre los cadáveres de los coches allí abandonados. Corben parecía serio, observando sus mapas y papeles junto al cainita que se hacía llamar General Lee, que sonreía con la mirada perdida mientras canturreaba una vieja canción sudista por lo bajo. Wyat y el padre Andrés estaban ayudando a Billy a colocar una lona y atarla con cuerdas para cubrir un espacio donde habían colocado una improvisada mesa de reuniones.

-Hay varios puntos que me preocupan, anciano. Pero está claro que después de lo de ayer, nosotros debemos encargarnos de mi hermano. Lo que deja un cabo suelto demasiado importante. - Corben hablaba con su cofrade como si los Silver Rockets no estuvieran allí.

-Más que eso, yo diría. Un asunto fundamental, sin duda. Algo fundamental. ¿Y si nos dividimos? – El presunto malkavian antitribu también parecía distraído, pero sobreactuaba, dejando claro que sabía que estaba siendo observado.

-Imposible. Os necesito a todos. Aunque el príncipe haya desaparecido, Rake es ahora el sheriff y ha reunido a todos los tipos duros que ha encontrado. Me estarán esperando. – Corben seguía concentrado en los mapas.

-Pero si la capilla no cae, el resto no servirá para nada. – Lee actuaba como un dibujo animado, se giró hacia lo que él parecía pensar que era su público, guiñándoles un ojo, en una interpretación que solo él entendía.

-Lo que nos lleva a...- En este momento, el Obispo levantó la mirada hacia Pantera.

-Están verdes, es una locura, puro azar, en mi opinión, jijiii. - Ahora, los dos contertulios les observaban sin tapujos.

- ¿Tenemos alternativa? – El Obispo no dejaba de mirar severamente a los ojos de Pantera.

-Claro que no. Las alternativas son ilusiones que nos hacemos para creer que podemos actuar de forma distinta a como debemos hacerlo.

-Ehem. – Pantera carraspeó visiblemente incómodo. Roger Corben se acercó a ellos despacio y habló pausadamente, dejando que el peso de sus palabras se hiciese notar.

-Bueno, bueno, bueno. Parece que finalmente vais a tener la oportunidad de demostrarnos lo duros que sois. Vuestro cometido será asaltar la capilla tremere de Atlanta y créeme cuando te digo, Pantera, que no será una tarea fácil. Si no cae, el resto de la cruzada no habrá servido de nada. Lo que hagamos los demás, la Camarilla podrá deshacerlo. Espero, por el bien de todos los aquí presentes, que estéis a la altura.

Capítulo3: La Capilla

Atram se alisaba el pelo frente al espejo manchado y desgastado de un cuartucho de baño cutre, de un piso cutre, de un edificio cutre, de un barrio esencialmente cutre. Su blanquecino rostro, perfectamente pintado y acicalado, con la cabellera azabache igualmente impecable reposando sobre él, aparecía en el reflejo diferente aquella noche. Era como si sus ojos no fueran los mismos, como si otra persona le mirara desde el otro lado y nada fuese a ser igual tras lo que sucediera en las próximas horas.

No le gustaba esa sensación. Era un estado incómodo, algo con lo que nunca había tenido que lidiar. Era cierto que el piso que habían ocupado era deprimente y que la misión que tenían por delante le resultaba en exceso peligrosa, de una responsabilidad que la sobrepasaba. Tampoco era exagerado decir que, tras lo sucedido en Nueva York, cuando estuvo a punto de palmarla, se había replanteado la esencia de su vida, su pertenencia a la cofradía y en general su inmortalidad. Hasta entonces, nunca había estado tan cerca de la destrucción desde su abrazo. Pero nada de todo eso justificaba aquella sensación. Era como percibir el advenimiento de la propia muerte definitiva.

Llevaban una hora discutiendo el plan a seguir en aquel apartamentucho que habían ocupado al final de la noche anterior. Desde que cayera la noche y se hubieron ido levantando, Pantera había fijado la prioridad en darle forma a su estrategia. Ella no tenía mucho interés en si utilizarían uno o dos tráileres, en si tenían que hacerse con un grupo mayor o menor de rebaño como cabezas de pala o si habría suficiente gasolina y explosivo como para hacer un agujero en la pared del edificio. Lo que preocupaba a la nerviosa cainita, era el odio que los tremere de la Camarilla profesaban hacia los antitribu.

Era sabido que los antiguos de entre los 'Usurpadores', como les gustaba llamarlos al resto de los vampiros de otros clanes, eran férreos dirigentes con fuertes lazos en sus principios y políticas. Lo que el clan se fijaba como objetivo, se llevaba a cabo, o por lo menos todos los miembros del clan, eran impelidos a ello y dirigidos hacia el objetivo común y normalmente, tenían bastante éxito. Si la Camarilla era un gran instrumento de control político dentro de los vampiros, el clan Tremere era el espejo en el que el resto de clanes se fijaban a este respecto. Las continuas peleas intestinas, eran cuidadosamente estudiadas para evitar la interferencia con los fines generales. La propia existencia de este clan de Vampiros surgió de un plan, un complejo y trabajado complot de una vieja casa de magos de la orden de Hermes, que decidió

hacerse inmortal asesinando a un cainita de la tercera generación, uno de los padres de los clanes llamado Saulot. Utilizaron arcanos rituales con su sangre y su alma para transformar a todos sus miembros. El único error con el que no habían contado, fue que, como vástagos, aunque inmortales, habían perdido la capacidad para hacer magia que poseían como mortales y tuvieron que estudiar desde aquel momento las disciplinas vampíricas para sustituir sus antiguos poderes.

En toda esta vorágine, cuando llegaron las revueltas, surgieron los clanes antitribu, y aunque todos los clanes nombraron anatema a sus traidores, ninguno los persiguió con la perseverancia y la minuciosidad de los tremere. Ellos reforzaron sus lazos con la Camarilla utilizando su taumaturgia, la nueva magia de sangre, para potenciar los vínculos entre maestros y chiquillos, para atacar a los odiados y temidos tzimisce y para conseguir controlar a los assamitas; clan que, por aquel entonces, acababa con las no vidas de los vástagos impunemente a su discreción o la de sus aliados. Los derrotaron subyugándoles a una maldición que permitía mantenerlos aplacados. Todos estos logros y favores, hicieron del clan de los 'Usurpadores' una familia de pleno derecho de la Camarilla, dándoles además una de las posiciones preeminentes en la política de la Estirpe. Se distribuyeron en Capillas por todas las ciudades principales del mundo, dirigidas por un Regente de confianza, nombrado por el círculo interior de confianza del propio Antediluviano. Y su férrea disciplina y control dentro del clan, era apoyada por sus aliados en cualquier lugar donde la Camarilla tuviese poder, lo que provocaba que muy pocos tremere antitribu, miembros del Sabbat, pudiesen campar a sus anchas por el mundo y los pocos que había, casi siempre eran sospechosos de estar controlados en secreto por sus antiguos amos y de ser espías para la Camarilla.

Atram había sido protegida desde su conversión. El propio Strathcona, la había tutelado desde que él mismo se pasase al Sabbat, y ahora que ya era miembro de una cofradía y había volado del nido, aún mantenía siempre a su lado a un Templario que cuidaba de ella, como si se tratara de un animal en vías de extinción. Lo cierto era que sus conocimientos sobre los secretos del clan Tremere eran bastante valiosos. Era de las pocas en la secta capaz de identificar y tratar con rituales y códigos que sólo ellos atesoraban. Estaba segura de que este conocimiento, era el verdadero motivo que se escondía en la estrategia del Obispo Corben, aunque no lo hubiese mencionado y aunque algunos dentro de Silver Rockets, no parecieran haberse dado cuenta.

En general, la manada no daba mucho valor a sus capacidades, bien porque era una de las

últimas en llegar y no terminaban de confiar en ella o bien porque la mayoría de ellos eran gente de acción y preferían una buena pelea al estudio o al conocimiento teórico. El caso era que, si bien Lupus siempre despertaba su lado más gamberro y la hacía disfrutar en los momentos de asueto y que sabía que podía contar con Antonio De Paso a su lado para lo que fuese, en general, sus cofrades no parecían apreciar su potencial y la trataban como a una inútil becaria.

El hecho de ser la única alma femenina del grupo también era un hándicap a superar. La sociedad vampírica y sobretodo el Sabbat, parecía andar por encima de muchos de los prejuicios que aquejaban a las sociedades humanas actuales. De hecho, la más alta dignataria de la secta, la Regente, era una mujer. Pero esto no quitaba para que muchos de los aspectos humanos que quedaban adheridos a la personalidad de los hombres convertidos, por mucho que quisieran dejar atrás los últimos vestigios de humanidad, fueran lastres que permanecían vigentes. Atram creía que existía el machismo en la secta y que su propia manada era un ejemplo de ello.

-Entonces, lanzamos el primer camión con los explosivos y una vez abierta la brecha, el segundo con los cabezas de pala, que irán entrando en tropel activando todas las alarmas y trampas que los tremere hayan colocado en el interior del edificio y atacando a los posibles defensores primarios: ghouls, neonatos o cualquier criatura o ser que hayan invocado o creado los hechiceros. Una vez las defensas exteriores del perímetro hayan caído, entraremos nosotros y limpiaremos lo que quede.

La voz de Pantera sonaba segura y firme, aunque había trazas de orgullo en su elocución. Se le veía muy contento con su plan y aun así parecía que buscaba complicidad entre su audiencia. Lupus y Quate asintieron con la cabeza. De Paso dijo:

-La explosión alertará a las autoridades mortales y pondrá en peligro la mascarada, lo que supondrá un gran esfuerzo de recursos y poco margen de maniobra para la Camarilla. Es poco sutil, pero de esta forma evitaremos tener que jugar su juego y no tenemos tiempo para planificar algo más sofisticado. ¿Qué pensas vos, Atram? Estás muy callada.

La pregunta sorprendió a la distraída tremere antitribu que intentó recomponer las últimas palabras de su amigo en la cabeza, pero antes de que lograra articular algún pensamiento coherente, La Bestia interrumpió.

- ¿Safemos quién dirrige la capilla? Es muy imporrtante conosser a nuestrrio eniemigo. Y no mienos imporrtante saber quie recompensa nos aguarrrda. ¿Ess un antiguo el riegente?

-No sabemos nada más, aparte de que se trata de una vástago llamada Rebecca, a la que los tremere tienen en alta estima, por lo que nos comentó el Obispo. Creemos que son conscientes de que podría producirse un ataque desde el momento en que se dieron cuenta de que el Príncipe había desaparecido. Por lo que seguramente, se habrán cuidado de no dejar nada de valor para nosotros. La recompensa será la gloria y el honor del deber cumplido. - Sentenció el ductus.

- Por no hablar de la diversión de machacar camarillas, en especial tremere... jajaja. - apuntilló Lupus mientras Quatemoc volvía a asentir sonriente aprobando sus palabras.

Atram, que ya había decidido no intervenir, pues su momento en la conversación había pasado, ignoró la mirada preocupada que Antonio De Paso le dirigía. Estaba claro que a nadie le importaba lo que ella pudiera opinar o saber. Y aunque en realidad no sabía nada de la tal Rebecca, ni de los planes que pudieran tener los tremere, ni siquiera si el plan de Pantera era acertado o no, o cómo abordar las defensas de esta capilla en concreto, lo que sí había captado es algo que a otros en la habitación parecía haberseles pasado por alto.

La pregunta de La Bestia acerca de la recompensa y su guardián, no se refería a ningún tesoro que los tremere pudiesen ocultar en la capilla. La sonrisilla que aún asomaba en los labios del viejo tzimisce confirmaba sus sospechas. De pronto, como si pudiera escuchar sus pensamientos, la miró y ella rápidamente apartó sus ojos que, sin darse cuenta, había mantenido, durante demasiado tiempo, fijos en él. Un error de principiante. Ni siquiera había tenido que utilizar su disciplina de auspex para darse cuenta de aquello y, sin embargo, posiblemente se había descubierto a sí misma. En realidad, no le importaba. Pese a que el tzimisce le infundía bastante miedo, e imaginaba que habría averiguado que ella sí había entendido sus palabras, tampoco parecía muy preocupado por ocultar sus deseos, sino más bien divertido de que no le hubiesen entendido.

La Diablerie era la recompensa de la que había hablado la Bestia. Desde los tiempos de los Antediluvianos, los cainitas se habían dado muerte entre sí por muchos motivos, pero uno de los principales y más importantes, era que la consunción y postrera destrucción del alma de un vástago mayor en generación, provocaba que el asesino, obtuviese el poder de su presa. Su

sangre adquiriría el potencial de su víctima y en ocasiones, incluso algunas de sus capacidades y disciplinas. Desde los albores de la historia, los vástagos se habían matado para ascender de generación y acercarse al poder de Caín y aunque la Camarilla y los tratados que con ella se firmaron, pretendían detener esta antigua y despiadada práctica, en el Sabbat, la caza y consunción de antiguos era muy habitual y se consideraba incluso fundamental y sana.

Lo que en realidad quería saber La Bestia, era si la antigua tremere sería lo suficientemente 'antigua', como para proporcionarle un ascenso de generación. Y el caso es que había alguna posibilidad, aunque pequeña de que así fuera, ya que los tremere solían mantenerse en generaciones que podrían llamarse altas debido a que no eran muy dados a conceder muchos permisos para abrazar, como sí ocurría en otros clanes. Aun así, por lo que ella sabía, y quizás fuese la que más sabía de sangre en la cofradía, debido a sus conocimientos de la senda de la sangre taumatúrgica, - y a que ayudaba en la preparación de las Vaulderies - el viejo tzimisce poseía la generación más alta de todos y por tanto lo tenía más difícil que cualquiera de los otros a la hora de encontrar una presa con la vitae lo suficientemente poderosa.

-Pues en marcha. – Mientras Atram cavilaba sobre estos asuntos, Pantera zanjó la conversación que había continuado discurriendo por diversas ramificaciones del plan que a unos y a otros les parecían con mayores o menores posibilidades de funcionar. Antonio De Paso, todavía con cara de preocupación, se acercó cuando todos se levantaban para salir:

- ¿Estás bien?

-Perfectamente. - Atram, exhibió una perfecta sonrisa cargada de ironía y se levantó dando la espalda a su siempre sobreprotector camarada y dirigiéndose con determinación hacia la puerta.

Una hora después, la explosión había dejado parcialmente sorda a la tremere antitribu. Un pitido constante le trepanaba el cerebro cuando avanzaba tras De Paso, que se había hecho con un extintor e iba apagando los pequeños incendios que aún crepitaban en los alrededores de la grieta abierta en el edificio. Los reventados tráileres habían quedado empotrados contra la pared del edificio tras llevarse por delante las vallas de fuera, árboles y cuidados setos que adornaban un jardín colindante. El fuego había ennegrecido la hierba y los muros y volutas de humo subían hacia la noche.

Los cuerpos de varios cabezas de pala yacían aquí y allá, entre los escombros y la sangre de muchos de ellos y de algunos defensores, dibujaba curiosas formas en las paredes y el suelo. Parecía que alguna especie de glifo protector arcano había hecho pedazos a la primera horda de atacantes, pero el resto había conseguido abrirse paso frenéticamente en busca de alimento. La improvisada abertura era lo suficientemente grande para que pasasen de dos en dos. En silencio, los Silver Rockets se adentraron con cuidado en lo que parecía un pasillo tenuemente iluminado. Fuera, la luna alumbraba la calle que ahora había quedado en sombras tras haberse extinguido el fuego, pero en el interior, todas las ventanas parecían hallarse selladas a cal y canto y la luz que había, provenía únicamente de unas pequeñas velas colocadas ordenadamente cada 3 metros, en candelabros posados sobre pequeñas aberturas de las paredes del pasillo.

Atram se concentró y fue sintiendo como su sangre viajaba rauda por todas las venas de su cuerpo y provocaba que sus sentidos se aguzasen al máximo. Entró en comunión con su ojo interior y notó su auspex activo. Por fin consiguió apagar el pitido provocado por la explosión. A partir de ahora, su capacidad perceptiva se multiplicaría y sería capaz de captar hasta los más mínimos detalles de cualquier fenómeno que se produjera dentro de su radio sensitivo, que también sería mayor de lo habitual.

Escuchó a lo lejos las sirenas de los servicios de emergencias que seguramente, se dirigían hacia allí. No sabía cómo haría la Camarilla para tapar todo aquello e intentar mantener intacta su mascarada, pero eso ya no era su problema. Ahora debía concentrarse en lo que tenían delante y alrededor. Ella era la guía de la manada, y su mejor protección, aunque no se lo reconociesen.

Pantera se colocó a un lado para que todos le pudiesen ver e hizo señas para que los que tenían alguna capacidad perceptiva la activasen y reconocieran los alrededores. Lupus podía ver en la oscuridad con su disciplina gángral llamada protean y De Paso y La Bestia, también eran capaces de conectar su auspex, como la mayoría de tzimisce. Aunque estas disciplinas no se reducían solo a aquellos poderes concretos que servían para aumentar los sentidos, éstos, sí eran los más comúnmente utilizados y los que primero aprendían a usar los que las poseían. En casos como éste, eran capacidades indispensables ya que los tremere habrían ocultado decenas de trampas y protecciones de todo tipo para protegerse de sus enemigos y cualquier indicio visual, sonoro, olfativo o táctil que pudiera revelarlos sería, sin duda, de gran ayuda.

Lo primero que Atram pudo observar era un perfecto equilibrio entre adorno y sobriedad. Los

enmoquetados suelos de un granate intenso, combinaban a la perfección con los dorados candelabros y cuadros de áureos marcos y con cortinas también grana, todo enmarcado por muros y techos empapelados color hueso. Los pocos muebles que habitaban los pasillos, variaban entre la caoba y el negro y muy de cuando en cuando, detalles en oro. Eran relativamente modernos, elegidos posiblemente por una persona práctica, pero con buen gusto. Esos detalles podían darle pistas a cerca del tipo de personalidad de la Regente, incluso trazos de su carácter, algo seguramente inapreciable para sus camaradas. Pero debía tener cuidado con tomar demasiado en consideración las apariencias, ya que algunos de los motivos más llamativos, podían estar ahí colocados solo para distraer la atención de un observador desprevenido, ocultando alguna trampa. De hecho, en cuanto fijó su atención en cuadros y esculturas, se dio cuenta de que habían sido especialmente escogidos para provocar un efecto perturbador. Los rostros parecían contener vida y movimiento, sus expresiones se mostraban exageradas e inquietantes, incluso algunas parecían estar comunicándose entre ellas, como si se informaran de la presencia de intrusos, mientras pasaban a su lado.

Aun así, Pantera y Quatemoc, que iban a la cabeza, les obligaban a avanzar deprisa, quizás debido a la presencia de cuerpos de cabezas de pala y defensores, que presuntamente ya habrían activado las trampas que pudiera haber por donde habían pasado, quizás porque no eran vulnerables a los efectos producidos por aquella extraña atmósfera o, como ella prefería pensar, debido a que su incapacidad para captar los detalles, les hacía naturalmente inmunes a aquellas sutiles defensas. Era una de las pocas ventajas con las que el Sabbat contaba. El ser tan directos y simples en sus acciones, les proporcionaba mayor presteza y les evitaba caer en los enrevesados planes y triquiñuelas que se traían entre sí los vástagos camarilla cuando se enfrentaban entre ellos. Por este motivo, un ataque contra secta rival nunca era demasiado difícil, lo complicado siempre era mantener lo conquistado. Defenderse de sus lentos y aburridos planes dentro de los planes, sus movimientos ocultos e indirectos y en definitiva su cobarde, pero efectivo juego de títeres.

Así que, casi en cuanto se quiso dar cuenta, ya estaban subiendo al segundo piso sin haber encontrado ningún obstáculo. Pero al llegar al rellano se pararon todos en seco. Lo que desde allí se podía ver no era nada halagüeño. Un amasijo de cabezas, torsos, brazos y piernas y una ingente cantidad de sangre, se amontonaban nada más empezar el pasillo hacia la derecha, y las luces más allá de la montaña de carne se habían extinguido, lo que no permitía ver nada detrás. Hacia el otro lado, sin embargo, el pasillo avanzaba en perfecta armonía hasta el final donde giraba el recodo.

El olor aquí era intenso, lo cual no sorprendía mucho a la taumaturga, teniendo en cuenta el esperpento. Pero había un sutil aroma a azufre que impregnaba la escena, un toque de claro cariz arcano. Antonio De Paso, apuntando lo obvio, mostró su decepción en voz baja:

- Pues creo que hasta aquí llegaron nuestras avanzadillas.

- Demasiado pronto – Añadió Quatemoc.

- No está tan mal, si nos hemos evitado esto. – Lupus, sacó su habitual sentido del humor a relucir, cogió una cabeza de la pila y poniendo una estridente voz aguda mientras le movía la mandíbula dijo:

- Seréis cabrones, no os quejéis, que yo no quería venir a esta fiesta.

La broma arrancó las sonrisas de casi todos, La Bestia todavía no parecía capaz de entender el humor macabro de los cainitas modernos y desde luego no se le veía cómodo en territorio tremere. Para los suyos, los Usurpadores habían sido el principal y más odiado enemigo desde que éstos se inmiscuyeron en la vida vampírica.

-No deberriamos quedarrnnoss quietoss en un liugarrrr quiomo essste. No safemosss si noss vigilan.

-Yo estoy segura de que lo hacen. – Atram rompió su silencio por primera vez desde que entraran a la capilla y su voz sonó fría y distante hasta para ella misma. – Si queremos llegar hasta la Regente vamos a tener que hacer algo más que enviar un puñado de marionetas sin cabeza.

Todos la miraron con seriedad. Pantera, en tono paternalista y conciliador dijo: - ¿Y qué propones? Soy todo oídos. - Antonio De Paso la miraba con los ojos muy abiertos con expresión de ‘vamos, esta es tu oportunidad’

- Necesitamos hacernos una idea de la distribución de este edificio, saber a dónde llevan los pasillos y las puertas, para no vernos encerrados o dando vueltas sin sentido. Tenemos que movernos con más cuidado si no queremos caer en alguna de sus trampas. Y, sobre todo, pensar antes de actuar, por lo menos esta vez, hagámoslo a mi manera. – Se notaba que

llevaba mucho tiempo queriendo reivindicarse, tenía guardados unos cuantos reproches que querían salir todos a la vez, pero logró parar ahí y al parecer, la cosa funcionó porque se quedaron todos mirándola esperando mientras Pantera decía:

- De acuerdo, este es probablemente tu terreno. ¿Qué hacemos ahora? ¿A través de los cuerpos o por el pasillo despejado? –

Atram, que no esperaba que le fueran a dar la razón tan fácilmente, se quedó atónita durante unos instantes:

- Ehm.

- Serra miejorr que te dess prrissa en pensarr, tú misma has dichio que nosss están vigilando.

-La Bestia, cargante e insufrible como siempre, retorciéndose las manos enguantadas como si tuviese frío se encargaba de elevar el nivel de estrés en los peores momentos.

- Está bien, está bien, dadme un segundo. – Dijo la tremere antitribu mientras trataba de concentrarse.

- Chsss... - Antonio de Paso hacía un gesto pidiendo calma con las manos a los demás, al tiempo que observaba preocupado en todas direcciones. Su habitual paranoia y preocupación se acentuaba por momentos.

Atram miró al pasillo perfectamente iluminado y despejado, había dos puertas antes de llegar al recodo que se perdía a la derecha y ningún mueble ni cuadro adornaba las paredes. Demasiado limpio, pensó, demasiado luminoso, demasiado fácil. Al otro lado, en cambio, más allá de los cuerpos se podía observar un oscuro corredor que hacía el mismo recorrido en el sentido contrario y al final giraba a la izquierda. También había dos puertas. Pero en este caso, la explosión había reventado una mesilla, una estantería y un par de cuadros que habían estado adornando las paredes a semejanza del piso de abajo. Algo no encajaba. Desplegó todos sus sentidos hacia el pasillo despejado y notó algo...una reverberación, como un susurro en el aire que vibraba alrededor.

-Lupus, échate hacia atrás, no te acerques más hacia ese lado. – dijo en un susurro. – Creo que será mejor que sigamos por el camino más oscuro, despejemos esto.

De Paso, con cara temerosa, la agarró por el brazo.

– ¿Estás totalmente segura? Mirá lo que les pasó a esos pobres diablos –

-No creí que fueses a ser el primero en dudar de mí. – Dijo Atram decepcionada. – Pero sí, estoy segura. Lo que sea que defienda estos pasillos, en este, ya ha sido profanado y en aquel sigue latente. Así que será mejor que lo intentemos por aquí.

Tras apartar los cuerpos, avanzaron por el pasillo con cuidado y atentos. Las dos puertas que encontraron daban a habitaciones vacías que dejaron atrás con una leve e infructuosa inspección. Al doblar el recodo, pudieron observar otro largo corredor que acababa en otro giro a la izquierda. No existía iluminación en esta zona y solo la luz que provenía de sus espaldas ayudaba a los que no contaban con sentidos especiales a poder ver algo del entorno, pero, aparte de otras dos puertas que quedaban a la izquierda y las ventanas selladas a la derecha que circundaban todo el lado exterior de los pasillos que daba a la fachada, no había nada relevante.

Pantera les indicó por gestos a Atram y De Paso que se ocuparan de las habitaciones mientras ellos avanzaban por el pasillo. Aunque la tremere antitribu no estaba del todo de acuerdo con aquella decisión de separarse, su curiosidad terminó de convencerla del plan. La primera estancia era algo diferente de las que habían visto hasta entonces. No parecía una habitación, sino más bien un estudio o laboratorio, lo que terminó de despertar su interés. Aunque también parecía que había sido limpiada y abandonada, quien lo hubiese hecho, no había tenido tiempo de hacerlo convenientemente. Tras revisar que no hubiese ningún peligro evidente, De Paso y Atram se pusieron a investigar entre los libros y frascos que quedaban en los estantes, por si hubiera algo útil que pudiera ayudarles a saber más de la capilla o sus habitantes. No podían detenerse demasiado, no cabía duda de que iban contrarreloj, pero la taumaturga sabía que no podían dejar ningún cabo suelto. Cualquier detalle podía ser fundamental y resultar la diferencia entre el éxito y el fracaso de su misión.

Ella encontró un frasco que contenía una esencia azul, un cartelito rezaba: Djinn, Silfo, espíritu del aire. Estudio experimental. Insuflar Vida. 'Lilith'. Le resulto altamente interesante para un momento en el que pudiese investigarlo con más detenimiento, pero no era lo que estaban buscando. Por fin, De Paso descubrió, en el cajón de un viejo mueble, el diario de un joven aprendiz llamado Oakland que, entre mucha paja, apuntaba diversos códigos numéricos y reglas mnemotécnicas para descifrar claves de entradas y salidas de varios lugares pertenecientes a la capilla.

Atram se lo arrebató con impaciencia de las manos y comenzó a buscar ávidamente: - ¡Eureka! Esto es lo que necesitábamos. Vayamos con los demás.

El resto, volvía por el corredor justo cuando ellos salían del laboratorio. Pantera les dijo:

-Será mejor que hayáis descubierto algo. El pasillo tiene algún tipo de protección mágica que hace que al girar la esquina volvamos a aparecer en él, pero mirando en sentido contrario. Y la otra puerta, parece importante, pero no tiene picaporte ni cerradura y no cede al empujarla.

-Malditos hechicierros, sson peorresss que prestidigitadorresss de fierria. - La Bestia parecía cada vez más fuera de sí –fuegoss fatuosss y aciertijos... ¡Quié fengan carra a carra!.

Atram volvió a mirar el diario por donde lo había dejado: -Eso debe de ser la ‘Entrada del espejo’ de la que habla Oakland en su diario. Los demás la miraron expectantes.

-Encontramos el diario de un acólito. Parece que podría contener claves para moverse por la capilla. – Explicó Antonio De Paso.

- ¡Oh vaya!, ¡qué conveniente! – dijo Pantera con ironía, de pronto parecía contrariado.

- ¿Es que piensas que podría ser una trampa? - Atram captó rápidamente los pensamientos del ductus.

-Solo digo que es una casualidad algo sospechosa, ¿no crees? Esta gente no es descuidada, no va dejando por ahí sus secretos a la vista. Odio cuando intentan jugar conmigo como si fuera un títere y esto me huele mucho a jueguito Camarilla.

- ¿No estaremos exagerando? – Intervino Lupus. - No creo que se esperasen un ataque como este, quizás no estaban tan preparados como creían y les hemos cogido en pelotas.

-El texto es tan real... su vida, sus miedos. - Atram se resistía a creerlo.

Antonio De Paso, sacó un pitillo y lo encendió: – ¡La puta que la parió! El caso es que nos vemos de nuevo en la misma diatriba. Sea o no una trampa, no parece que tengamos alternativa, ¿cierto?

- Aquí dice que para abrir la puerta al corazón hay que atravesar la entrada del espejo y pedirle al guardián la llave. Y en esta otra página, explica que, para cruzar el espejo, lo único que hay que hacer es andar hacia atrás con los dedos índice y anular de la mano derecha cruzados. Y que pocos lo han hecho y han regresado...- Atram se movía por las páginas a gran velocidad, con una destreza adquirida tras años de vivir entre volúmenes de biblioteca.

-Menudas gilipolleces. Se nota que estos estirados se pasan la no vida con la cabeza metida en su propio culo. Sin ánimo de ofender, preciosa. – Lupus, siempre tan espontáneo, se rascaba la patilla derecha pensativo. – Vamos pa allá, y si es una trampa nos aseguramos de morder el anzuelo tan fuerte que nos comamos también al trampero.

La reticencia de Pantera era ostensible, pero como había dicho De Paso, tampoco tenían más alternativas, y Quatemoc y La Bestia estaban tan dispuestos a demostrar que no tenían miedo de los tremere, que ponerle pegas al temerario plan de Lupus, sería meterse en un problema aún más grande. Por tanto, Atram no se sorprendió al ver cómo el ductus de la manada guardaba silencio, mientras todos se dirigían hacia el mágico recodo.

Ella cruzó en penúltimo lugar. Cuando De Paso apareció a sus espaldas, la taumaturga ya se había girado y había podido observar que la sala en la que ahora se encontraban, no podía estar allí. O por lo menos, no en ese tiempo y lugar. Se trataba de una inmensa habitación llena de estanterías, mesas y otros objetos arcaicos. Grandes tomos abarrotaban aquellos muebles, volúmenes de otra época. Las paredes circundantes eran de gruesa y tosca piedra, adornadas con telares y tapices que sólo podían encontrarse en tiendas de antigüedades en el presente siglo, pero no parecían viejos ni desgastados. Era como si hubiesen cruzado un túnel del tiempo, si es que aquello fuera posible, y se encontrasen en un viejo castillo medieval de la vieja Europa, en la torre de algún erudito buscador de misterios. Todos estaban boquiabiertos.

-La concha de su madre...- El enjuto templario no podía creer lo que estaba viendo. – ¿Me golpee la cabeza?

Quatemoc se acercó desde un lado e indicó que se mantuvieran callados con el dedo índice sobre su boca. Según se acercaba, un cono de silencio de unos tres metros de radio, les rodeó e hizo desaparecer cualquier sonido que se produjera dentro de él absorbiéndolo. Era una capacidad que, prácticamente, dominaban solo los assamitas y que siempre que los Silver Rockets necesitaban ser sigilosos, el fornido cainita de los tatuajes utilizaba.

Fueron avanzando lentamente entre las enormes estanterías dirigiéndose hacia el centro de la estancia, donde un fulgor de luz azulada reverberaba y una especie de energía parecía crepitar en el ambiente atrayendo su atención. Según lo que el acólito Oakland había escrito, se suponía que tendrían que encontrar a un supuesto guardián que poseería una llave que ellos debían recuperar para abrir la puerta al corazón de la capilla. Aquel lugar y la misteriosa luz, consiguieron invocar, en la mente de la taumaturga, sus más oscuros miedos, con visiones de monstruosas criaturas y maquiavélicos hechiceros. La sorpresa de Atram fue mayúscula cuando lo que vieron, en el centro mismo de aquella estancia, era un gato negro sobre una mesa llena de papiros y frascos de toско cristal, tumbado, lamiéndose la pata delantera con parsimonia, al tiempo que les miraba curioso, con las orejas alzadas en su dirección. Una llave de plata brillaba colgando de su collar. La extraña luz surgía del propio animal.

-Acercaos, caminantes silenciosos. No os quedéis ahí. - Del gato provenía también, por extraño que pareciera, aquella profunda y melindrosa voz. La tremere antitribu había visto cosas extrañas en su vida: los vampiros, la vida nocturna, no eran como las vidas mortales. Pero lo bizarro de aquella situación la superaba por completo. Lo mismo parecía ocurrir con sus cofrades, que observaban atónitos la escena, cada uno a su manera.

-Autoproclamados herederos de la maldición de Caín. Venís a mí, para reclamar una llave que no es vuestra y que no sabéis realmente dónde os llevará. – El gato continuaba con su afanoso lameteo y acicalamiento ritual.

Atram tomó la iniciativa y respondió rápido: - Nos conducirá a nuestro destino, el corazón de la capilla tremere de Atlanta, refugio de su Regente al que seguramente servís.

La Bestia farfullaba nervioso bajo su bufanda mientras Pantera permanecía en un discreto segundo plano, atento a lo que pudiera suceder. Lupus y De Paso flanqueaban a la tremere y este último la había agarrado del brazo en el momento en el que comenzó a hablar como pidiéndola que parase.

- ¡Jajajaja! Yo no sirvo a ningún ser de tu dimensión, renacida. Tu tiempo es ajeno al mío, tu no vida insignificante para mí. Y aunque me sigue sorprendiendo vuestra efímera visión de las cosas, te diré que tu destino, efectivamente, es el corazón de la capilla de Atlanta. Un final y un principio. Pero no me estaba refiriendo a eso.

Atram, intentó averiguar qué podía querer decir aquel ser con aquella afirmación, pero no había tiempo para enredarse en acertijos y encrucijadas. Quatemoc, se movía intentando rodearlo y buscando el posible ardid que hubiese tras el escenario. Las sombras provocadas por la luz azulada hacían que sus tatuajes cobraran vida.

- ¿Cuál es tu nombre, poderoso guardián? – la taumaturga pretendía distraerlo, sabía que toda la información que pudiera sacar de un ser de semejantes características podría ser muy valiosa, y conocía el poder que los nombres podían ejercer en los ámbitos arcanos.

-Poseo más de mil nombres, pequeña embaucadora. Ninguno de ellos a tu alcance. Pero no es eso lo que habéis venido a buscar, ¿no es así? - El gato medio se incorporó sorprendiendo al assamita antitribu que se paró en seco. Pero simplemente comenzó a bostezar a la vez que estiraba totalmente sus patas delanteras echando hacia atrás el culo, mientras clavaba las uñas alternativamente en un tapete que había sobre la mesa. La llave se meneaba de un lado a otro con el bamboleo.

Quatemoc hizo señas indicando que allí no había nadie más.

-Yo solo veo un gato parlante. – Interrumpió Lupus- A lo mejor podíamos tomárnoslo como un chupito antes de la cena y llevarnos la llave. – Pese a la bravata, la actitud del gángrel antitribu era cautelosa, parecía que estaba tanteándolo. Pero Atram, intentó no perder la iniciativa de la conversación y le pidió calma con la mano:

- ¿Nos darás la llave si te la pedimos? ¿Quieres algo a cambio? – Su mente trabajaba de forma frenética, intentando elegir lo mejor posible las palabras que pudieran conseguir su objetivo.

El gato azabache se sentó tranquilamente sobre las patas traseras y la miró fijamente:

- Aunque la otra embaucadora chupasangre me pidió que guardase la llave sólo para ella y sus aliados, y a que sé perfectamente que vosotros no lo sois. Como ya te he dicho, yo no sirvo a los tremere, ni a ningún cainita. Mi propósito y mis acciones van más allá de la comprensión de los mortales. Y sí, digo mortales, puesto que vuestra supuesta inmortalidad es solo una mera ilusión, como ya aprenderéis con el tiempo, vuestro tiempo... pero no me desviaré más del tema. El caso es que os daré la llave, sí. Y con ella os llevaréis una verdad atemporal: Sabed, nómadas de la noche, hijos de Caín, enemigos sin par de la Luna y su progenie, adalides de la destrucción, aliados casuales del Wyrn y plaga entre los humanos, que vuestros pasos os

guiarán a algunos a una temprana muerte y a otros a enfrentar poderes a los que no podéis derrotar. Una entidad extraterrena aguarda vuestra llegada bajo la húmeda calma de la tierra y la cruz, y el refugio del olvido. Es vuestro sino descubrirla y por ello no puedo yo reteneros aquí, ni impedir vuestra cruzada. Volved ahora a vuestra dimensión y cumplid vuestro cometido.

El gato dio una vuelta sobre sí mismo y desapareció, quedando la argéntea llave reposando sobre el tapete. Atram, que cuanto más pensaba en lo que había escuchado, menos le gustaba, decidió seguir actuando deprisa y se acercó a recoger la llave. En cuanto la tocó, todo el entorno comenzó a girar frenéticamente y la realidad se convirtió en un remolino que envolvió a los seis cainitas durante unos segundos y que finalmente se transformó en el pasillo desde el que habían hecho su entrada. La puerta cerrada seguía allí, pero el recodo del pasillo había desaparecido y acababa ahora en una pared.

- ¡Menuda movida, colega! – Lupus sacudió la cabeza como si fuera un perro intentando secarse. – Brutal. No había visto algo así en mi puta no vida. ¡Ha!

La cara de Quatemoc era un poema, no le gustaba nada no dominar el espacio en el que se movía. La Bestia, por su parte, parecía que iba a estallar de rabia:

-Estia magia no esss naturrral como la fieja hechicerría Koldun, no tiene ssientido. Ifa a desstrrrriparr a esse esstúpido añimal jussto cuando dessaparrreció.

-Esto cada vez se pone peor. Puertas mágicas, viajes en el tiempo, oráculos. Nos están llevando a su terreno. - Pantera parecía igual de preocupado que Atram ante las palabras del guardián felino, pero hacía terribles esfuerzos por ocultarlo. – No me parece que debamos prestar la menor atención a todas esas distracciones y enredos. – Cuando dijo esto miró a Atram a los ojos directamente. - Sigamos adelante concentrados y sin dudar. Hemos venido a tomar la Capilla.

Atram, despejó su mente de preguntas y decidió hacer caso del ductus para desprenderse de la sensación que seguía atosigándola desde el principio de la noche. Se puso en marcha y descubrió que, al acercar la llave de plata a la puerta, aparecía una cerradura que hasta entonces no podía verse. Por el chasquido del mecanismo, los sentidos aumentados de la taumaturga, detectaron una estancia abierta al otro lado, un eco especial que hacía rebotar el sonido hacia el cielo nocturno. Una vez entraron, pudo ver una especie de patio interior

ajardinado, que formaba un cuadrado limitado por los altos muros del edificio y con columnas de estilo Jónico, adornadas con enredaderas en flor que se iban cruzando y encaramando a las estructuras. Bancos de piedra y una pequeña fuente, dibujaban un escenario de cuento de hadas, rematado por la luna y las estrellas. En el centro del patio, destacaba una edificación piramidal acristalada, que recordaba al famoso museo del Louvre en miniatura y en la que había tallados complicados signos arcanos. Pero todo parecía abandonado y en silencio.

Pese a su determinación, Atram se encontraba demasiado afectada por lo sucedido y el contraste del paisaje no ayudó en el momento crucial. La quietud del lugar y la familiaridad de la noche despejada, en un entorno, de nuevo real, le hicieron relajarse. Avanzando reticente por el camino empedrado, se sintió poderosamente atraída por la estructura central y parecía que todos sus hermanos de manada sufrían el mismo hechizo. Por eso cuando la tremere antitribu levantó la cabeza vagamente alertada por una fugaz sombra que había cruzado la luna, solo pudo abrir la boca en un silencioso grito antes de que casi doscientos kilos de criatura rocosa le aterrizaran encima. El picado de la gárgola había sido perfecto. Los demás sólo pudieron escuchar el sonido del impacto contra el suelo de la roca y del cuerpo de su frágil compañera al quebrarse antes de percatarse de lo que había sucedido.

Todo se volvió borroso y color sangre. La mayoría de los huesos de su cuerpo se habían roto y la consistencia de su carne y sus órganos debía estar a punto de deshacerse. A consecuencia del impacto, estaba literalmente hecha papilla y la sangre comenzó a fluir más hacia fuera de lo que podía controlar. Tenía que intentar reconducirla para poder reconstruirse lo más rápidamente posible, era su única posibilidad de sobrevivir. Y entonces la vio. Parecía la cara de la muerte. Fría, distante, literalmente tallada en piedra. Su expresión era impertérrita, milenaria, como si de una máscara de un dios se tratase. Era un monstruo de venganza, un esclavo, un ejecutor de los tremere. Condicionadas para defenderlos de sus enemigos, estas bestias marmóreas, eran creadas por los usurpadores a partir de otros cainitas a los que vejaban, torturaban y corrompían con sus experimentos. Se decía que usaban gángrels y otras líneas menores en el proceso, pero sólo ellos atesoraban semejante conocimiento. Había ido directamente a por ella. Los antitribu eran un objetivo primario obvio para sus amos y este ataque estaba pensado para matar definitivamente. Lo demostraba la garra que se había aferrado a su garganta y hundía unas uñas de muerte en ella. Aquel ataque mortal sería definitivo si no conseguía zafarse pronto. Pero para ella era completamente imposible en su condición y contra aquella fuerza claramente superior. Su única esperanza radicaba en la reacción de sus hermanos de manada.

Pudo ver, desde su percepción que se iba desvaneciendo, la espada de Pantera rebotando inútil contra la rocosa piel sin cabello de la cabeza de la gárgola. Varios disparos, seguramente del fusil de Antonio De Paso, impactaron, sin efecto, en aquella cara inexpresiva que seguía segundo tras segundo arrancándole el alma del cuerpo. Tras una eternidad bajo el peso de su ejecutor, la presión cedió y la criatura fue levantada en volandas por la Bestia, transformado en un monstruo espinoso con miembros alargados mientras la cimitarra de Quatemoc, impregnada de sangre venenosa, levantaba esquirlas de la rocosa piel de aquel poderoso cuello, y las garras de Lupus le abrían surcos en el costado y las alas. Cayeron hacia atrás y Atram los perdió de vista. Ahora, solo el cielo nocturno y la Luna podían ver como se desvanecían los últimos resquicios vitales de su falsa inmortalidad. Demasiado tarde, pensó. Ya no hay vuelta atrás. El temor que llevaba azorándole toda la noche y que el maldito gato guardián había terminado de desatar con sus rebuscados malos augurios, se convertía en realidad. Aquel era su destino. Su final...

Su consciencia se apagaba y perdía contacto con la realidad, escuchando los últimos sonidos que provenían del furioso combate que se desarrollaba a pocos metros, cuando una vocecilla comenzó a colarse entre los resquicios de su mente. Era una voz azul, o al menos así le pareció a ella, sibilante, alentadora:

-Podemos ayudarnos la una a la otra. Déjame entrar en ti y viviremos las dos.

-Pero, ¿quién eres? – Preguntó Atram sin hablar, en su mente.

-Soy Lilith, un silfo, un aliento de vida. Puedo ser tu salvación. Pero de ahora en adelante tú ya no serás sólo tú. – La taumaturga, recordó la etiqueta de la botellita que había recuperado en el laboratorio. Tenía que ser todo un sueño, una alucinación previa al final. – Desde hoy serás más Lilith y menos Atram, pero seguirás aquí. Formarás parte de algo mayor y yo podré tomar parte en tu existencia. Es sencillo. Pero debes dejarme entrar. Date prisa, no queda mucho tiempo. Has de decidir. – La cainita no lo dudó ni un segundo.

Capítulo 4: Diablerie

Furia. Rabia. Sangre y dolor. Las vértebras crujían al transformarse, creciendo y tomando la forma del monstruo, La Bestia. Todos los componentes óseos de su cuerpo se retorcían y adquirían puntas y filos. Algunos se abrían paso fuera de la piel para cubrirla o abrazarla en forma de exoarmadura calcificada, de escudo hiriente. El daño era inocuo, el dolor, inimaginable. La habilidad de los tzimisce para alterar su cuerpo y convertirse en criaturas horrendamente eficaces en la muerte, era una característica muy útil en la lucha por la supremacía nocturna. La visicitud era un poder temible que sólo ellos dominaban y guardaban celosamente. Latente en la sangre, podía transferirse como cualquier otra disciplina vampírica, pero esto no era suficiente para dominar el arte de la carne y la sangre y el dominio de la monstruosidad.

Esta transformación no era simplemente física, la otra cara de la moneda era mental. Cabalgar el frenesí era algo que ahora casi todos los miembros del Sabbat aprendían a controlar. La furia bestial que para otros vástagos podía resultar fatal, llevándoles a atacar y dañar a sus seres queridos o aliados, era sólo un estadio especial para estos seres, capaces de controlar los impulsos a nivel instintivo. Sin las ataduras recatadas de la ética y los principios humanos, los cainitas más amorales de la secta, combatían imbuidos por una rabia desatada que podían conectar y desconectar a placer, mejorando ostensiblemente su rendimiento en combate.

El viejo tzimisce había adoptado su nombre en honor a este aspecto, abandonando y olvidando el que tuvo en vida. Lo cual era una muestra del carácter que lo definía en su máxima esencia.

En aquel extraño lugar, La Bestia se sentía en peligro continuo. El estar lejos de su tierra natal ya era un hándicap para los de su clan, pero el terreno defendido por sus enemigos naturales, los Usurpadores, era como pisar suelo consagrado.

La odiosa gárgola había surgido de la nada y les había cogido sorprendentemente desprevenidos. Aquellas marionetas rocosas eran estúpidas y poco imaginativas, pero su tenacidad y fortaleza física, las convertían en molestos contratiempos. Había caído sobre Atram y el ataque podría resultar fatal. Así que, no le había costado reaccionar instintivamente en cuestión de segundos y tomar la forma de combate. No es que la antitribu le gustara especialmente. Era en su opinión: inocente, vanidosa, caprichosa, superficial y bastante débil, pero era parte de su manada y los vínculos de sangre funcionaban a nivel emocional, más allá

del juicio y el entendimiento. Además, el hecho de ser una traidora del clan al que tanto odio profesaba, otorgaba algunos puntos extra a su favor.

Pese a toda la fuerza y a su armamento corporal, el viejo tzimisce sabía que no podría herir a la gárgola fácilmente, así que, su instinto le hizo cogerla y levantarla para dejarla en una posición más vulnerable a los ataques de sus cofrades. Pantera y De Paso ya se habían mostrado incapaces de superar las defensas que la fortaleza proporcionaba al falso vástago, pero sabía que tanto Lupus como Quatemoc, contaban con las armas necesarias para acabar con ella. La diferencia fundamental era que las garras afiladas que el protean le proporcionaba al gángrel antitribu provocaban daño agravado, tan mortífero como el fuego o la luz del sol para los vampiros. Lo mismo ocurría con la disciplina de extinción que manejaban los assamitas, eran capaces de transformar su sangre en un veneno mortal para otros cainitas y lo untaban en sus armas para acabar con ellos. No se hicieron esperar sus mortíferos ataques que provocaron que la marmórea mole se retorciera de dolor e hiciese caer hacia atrás a La Bestia. Aunque se resistió y revolvió cual demonio del averno, consiguiendo dejar dolorido al tzimisce, la celeridad de sus hermanos hizo el resto del trabajo. Este poder, muy común entre los vástagos del Sabbat y en general, los que se dedicaban a combatir, hacía que sus poseedores se moviesen a una velocidad mayor de la que cualquier humano podía hacerlo.

Cuando hubieron acabado, la gárgola era una burda imagen de un ángel caído, desgarrado y sanguinolento.

En cierto sentido, La Bestia había sido el instructor de la manada en cuanto a combate y disciplinas. Él había proporcionado a Silver Rockets el conocimiento del uso de la plata contra los despreciables hombres lobo. Les había proporcionado las claves idóneas de la Vaulderie, para que, con el tiempo, el intercambio de su sangre, hiciera que compartiesen sus poderes de clan y pudiesen desarrollar los de sus cofrades y las claves principales para usarlos en la lucha.

No podía dejar de revolverle las entrañas cada vez que el alfeñique de Pantera se adueñaba de los éxitos de la cofradía en alguna refriega. El lasombra siempre intentaba que coordinasen sus habilidades en equipo y las pocas veces que la cosa salía medio bien, creía que su método resultaba determinante.

El tzimisce era inflexible en la opinión de que los instintos individuales dirigidos por la bestia interior de cualquier descendiente de Caín eran lo principal. En general, para el viejo voivoda,

cuando tenía que elegir entre los rasgos humanos como la racionalidad y la reflexión y las características instintivas de los depredadores naturales, siempre se inclinaba hacia los segundos. Pensaba que eran las fuerzas y capacidades individuales las que, unidas fortuitamente, marcaban la diferencia. Ninguna planificación ni coordinación manipulada por un estratega manejando sus hilos podía cambiar eso. A parte de que esos métodos coincidían demasiado con los utilizados por sus más odiados enemigos, la Camarilla y sus maestros los Antediluvianos.

La Bestia seguía fervorosamente la senda de Caín. Una corriente de pensamiento y acción de las más antiguas y más comunes entre los miembros de la secta. Esta senda de Iluminación que, como las otras, les servía a los sabbat para alejarse de la humanidad que los ataba a su pasado y abrazar su nueva condición, promulgaba los preceptos de aceptación y comunión con todo lo que tuviera que ver con Caín y la maldición de la sangre. El conocimiento y erudición de la historia cainita, así como la plena sintonía con la bestia interior y con las demás características y disciplinas vampíricas. Antonio De Paso y Atram habían sido sus aprendices en la senda desde que entraran en la manada, en cambio, el resto de integrantes de Silver Rockets, seguían otros principios claramente inferiores en importancia.

Por todo aquello y por una infinidad de motivos más, no entendía cuál era la razón de que él no fuese el ductus de la cofradía. O al menos el sacerdote. Lupus y Quatemoc apoyaban al débil lasombra y le negaban lo que le pertenecía. Él era más viejo, más sabio y más poderoso que Pantera y su militancia en el Sabbat, se remontaba casi a la época de su fundación. Le correspondía el puesto y además podía ejercer su derecho de Monomacia para demostrarlo. Sin embargo, sabía fehacientemente que el vínculo que unía a los tres cainitas mejicanos, parecía incluso rebasar su lealtad hacia la secta y que, sólo el que ellos cambiaran de opinión por sí mismos, o que un lance fortuito acabase con el lasombra, podría cambiar la situación. Pero si de algo se vanagloriaba La Bestia, era de ser paciente cuando había que serlo. La recompensa llegaría por sí sola, era solo cuestión de tiempo que todo se pusiera en su sitio. Y la misión en la que ahora se encontraban parecía estar llevándoles al límite.

Tras asegurarse de que no existía ningún otro peligro inmediato, Lupus, Quatemoc y él mismo se acercaron a los otros. De Paso sostenía el cuerpo de Atram entre sus brazos, parecía en shock. La tremere antitribu yacía lánguida y aparentemente sin vida. Pantera la inspeccionaba muy serio buscando algún signo que le indicara si había alguna posibilidad de que se recuperara:

- ¿Cómo está? - Estaba preguntándole a De Paso.

-No tengo ni repajolera idea. Creo que se nos va, maldita sea mi estampa. No lo vi venir. – Una lágrima roja recorría la mejilla del templario que sujetaba a la malograda cainita entre sus brazos. No parecía que Atram estuviera recuperándose pese a que el abrumado tzimisce le estaba dando a beber de su propio brazo. Un vampiro podía regenerar heridas fatales usando la sangre con su sola voluntad. Y sangre había mucha, pero había algo más. Un líquido azul fosforescente se entremezclaba con toda la vitae que manaba del cuerpo y estaba provocando algún tipo de alquimia desconocida. La Bestia controló fácilmente sus instintos ante la vista de tal cantidad de alimento, pero se dio cuenta de que Quatemoc apartaba la mirada rápidamente.

- ¿Qué es esa cossa viscosa y azul? –Preguntó. Cuando se agachó para tocarlo, su propio cuerpo estaba regresando a su tamaño y forma normales. La ropa que llevaba estaba toda desgarrada y agujereada por el cambio, sólo le había dado tiempo a tirar el viejo guardapolvos al suelo antes de la transformación. Tendría que volver a hacerse con algo por ahí si no quería ir dando el espectáculo por la calle. Las cicatrices, crestas, venas y ampollas que asomaban no le daban un aspecto precisamente saludable, por no decir humano.

-Me viene que es una conchada de líquido de un frasco que recogió por ahí, en la habitación aquella de los libros. Mirá, el frasco se quebró bajo la túnica. ¡La puta que la parió, se borró la etiqueta, che! –

Como tantas veces, observó La Bestia, De Paso sucumbía a su debilidad dejándose llevar por la desesperación y se podía percibir la impaciencia que iba acusando el semblante de Pantera. La situación se complicaba más y más y seguramente, de un momento a otro, el lasombra se vería definitivamente sobrepasado y perdería el control.

-Quédate tú con Atram, Antonio. De momento, no podemos hacer nada. Intentaremos sacarle algo a la Regente antes de acabar con ella. Si se recupera, nos alcanzáis – El semblante aparentemente sereno del ductus no convencía al viejo voivoda, sabía que le estaba matando no poder ayudar de ninguna forma y que el tiempo se le acababa. Sus palabras estaban vacías, las utilizaba para guardar las apariencias. Al final tendría que rendir cuentas y ese sería su momento. Pero ahora, como el lasombra había dicho, lo importante era ver qué podían sacar de la Regente. Y él tenía algunas ideas.

Mientras La Bestia se ponía su raído guardapolvo recogiendo del suelo, Lupus, que no había guardado aún las garras y Quatemoc con la cimitarra chorreando sangre venenosa, se adelantaron hacia la misteriosa pirámide.

Medía unos cuatro metros de alto, por lo que en su interior solo podría haber otros cuatro metros cuadrados de habitáculo. Tales medidas no podían albergar nada más que una pequeña sala, a no ser, claro está, que lo que veían solo fuera la punta del Iceberg. Cuando descubrieron la escalera que descendía al más puro estilo de los dibujos de Escher, hacia las profundidades, el voivoda se temió lo peor. No obstante, tras una primera toma de contacto, se dio cuenta de que tan solo se trataba de otro truco más. Sólo tuvieron que bajar dos tramos de peldaños y ya alcanzaron lo que parecía la base de la estructura.

El tzimisce comenzó a rezongar, harto como estaba de tanto subterfugio, pero quedó en silencio cuando sus sentidos aguzados captaron el peligro del lugar al que habían llegado. Aquella era una sala mucho más grande de lo que se percibía en un principio, formada por paredes y techos de cristal transparente en muchos casos y de espejo en otros, albergaba pasillos y recodos que conformaban una imagen imposible de dimensiones y proporciones incalculables. Tardó unos segundos en percatarse de que se trataba de un laberinto. Los malditos tremere, esos sucios y tramposos embaucadores creían que podían tratarles como ratones de feria. La furia del viejo voivoda se iba incrementando con cada nueva afrenta y ya apenas podía contener sus ganas de tratar con la responsable de todas aquellas injurias. Le haría desear no haber desafiado su honor, es más, le haría suplicar para que le diera su final definitivo.

Lupus avanzó sin pensárselo hacia la entrada. De pronto, la imagen de una joven mujer con gafas y una toga gris con entramados jeroglíficos se le apareció cuando estaba a menos de un palmo y le susurró con una voz extrañamente lejana:

- ¡Vomita!, monstruo.

La arcada fue instantánea. El gángrel antitribu comenzó a expulsar sangre por la boca como si estuviera explotando por dentro. No tardó en quedar arrodillado en el suelo y ciertamente incapacitado. Cuando Pantera se lanzó hacia él para sujetarle y protegerle, la Bestia, en cambio, se enderezó y comenzó su transformación de nuevo. Si esa zorra iba a intentar robar sus reservas de sangre, no le permitiría que lo hiciera antes de utilizar toda la que necesitaba

para el combate.

Mientras la furia roja invadía su visión, pudo observar a Quatemoc abalanzándose a toda velocidad, contra el lugar donde la imagen de la tremeré había aparecido y descargando su cimitarra contra aquella superficie. Pero lo único que consiguió fue hacer estallar en mil pedazos la entrada del laberinto. Allí no había nadie y los sentidos del viejo voivoda se resintieron con el estruendo, impidiéndole concentrarse en la situación de su enemigo.

Había muchas incógnitas a resolver para preparar la batalla en ciernes. ¿Estaba sola la Regente?, ¿Contaba con ayuda preparada de algún tipo más allá de sus propias disciplinas vampíricas? Los tremeré eran conocidos por haber desarrollado rituales especiales, predominantemente defensivos, que les protegían en circunstancias en las que se hallaban en aparente desventaja.

La usurpadora había utilizado la disciplina de dominación para darle una orden inevitable, valiéndose además de algún truco con espejos e imágenes. Debían andarse con mucho cuidado y él lo sabía. Se debatía entre decírselo a sus camaradas o guardárselo para sí. Lo cierto es que el momento era casi ideal para sus planes de ascenso, si la regente había podido doblegar la voluntad de Lupus, significaba que su generación vampírica era mayor que la del gángrel y eso la hacía potencialmente una buena pieza para él, pero sus vínculos de sangre con Lupus y Quatemoc, incluso con el maldito lasombra, le torturaban. Y, al fin y al cabo, tenía sus dudas al respecto de si podía lograr vencer a la tremere él sólo.

El frenesí invadía ya su mente a niveles conscientes haciendo que todas sus interrogantes se desvanecieran. Su máxima de no pensar demasiado se hacía firme cuando la transformación en cuerpo y alma se completaba. A partir de ahora, los instintos le conducirían por el camino correcto sin diatribas ni objeciones. El viejo voivoda se lanzó hacia el laberinto sin contemplaciones. Dejó atrás a Pantera y los demás y utilizó las garras y apéndices de sus extremidades para desplazarse por la pared y el techo a la manera de los insectos. Sabía que eso le proporcionaba una ventaja inmediata y poderosa contra cualquier tipo de adversario en un recinto cerrado. Se desplazó en silencio, tratando de alcanzar un punto desde el que poder tener una ventaja táctica. Boca abajo, encaramado al techo para poder ver por encima de las paredes que formaban los pasillos y recodos, observó agazapado desde una encrucijada haciendo girar el cuello 360 grados.

Pese a no tener ninguna referencia de la posición de su enemiga, que debía poseer entradas ocultas a falsos pasadizos, sospechaba que sus cofrades le servirían de algún modo como cebo. Mantenía a los demás localizados mediante sus sentidos aguzados por el auspex, esperando a que ella intentase algún ataque como el anterior y poder así localizarla. Lupus se había quedado a la entrada, incapacitado por la pérdida masiva de sangre, mientras que Pantera y el assamita antitribu se desplegaban separados por diferentes pasillos.

El plan no tardó en funcionar, un fuerte estruendo procedente del corredor que estaba cubriendo Quatemoc, señalaba que ella había hecho su movimiento. Bastaron menos de diez segundos para que La Bestia, en su forma monstruosa, alcanzara el lugar. Pero allí solo estaba el cuerpo inconsciente de su camarada. Se hallaba sentado contra una pared de espejo quebrada, totalmente quieto y con la vista fija hacia delante. La fina astilla que le surgía del pecho, entre los tatuajes, indicaba que había sido estacado. El tzimisce conocía bien esas viejas tretas de los tremere. Manipulaciones sobre la sangre de otros vástagos, trampas con astillas o fuego. Nunca les importó el honor ni las formalidades de las viejas costumbres y eso les hacía aún más odiosos a ojos de los otros clanes, en especial, el suyo. Así que, aquel ataque se trataba de una trampa preparada, la regente le había vuelto a engañar. Ella no había revelado su posición mientras que él, en cambio, había quedado expuesto. Se alejó del lugar rápidamente para evitar ser emboscado, dejando a Quatemoc donde estaba. No caería otra vez en su juego, sospechaba que si intentaba recuperarle sacándole la astilla ella lo aprovecharía para cogerle desprevenido. Además, seguramente Pantera aparecería de un momento a otro y presumiblemente, él sí caería en el ardid de la bruja, llevado por los fuertes sentimientos hacia su cofrade.

Lo que no había esperado fue ver acercarse a Lupus, más cauteloso que de costumbre, en pos de su compañero. Había algo en aquella escena que lo desconcertaba. El gángrel antitribu, visiblemente desmejorado aún por su falta de sangre, se tambaleaba hacia Quatemoc cabizbajo y casi sin tenerse en pie. Sus movimientos no eran naturales, parecía como si algo lo sujetase mientras avanzaba. Lo más extraño era que, aunque Lupus no llevara sus garras características del poder de protean preparadas, seguramente porque no andaba sobrado de sangre, ni siquiera había desenfundado su querido machete. Esto último, terminó de convencer al tzimisce de que se estaba urdiendo un truco, pero no acababa de entender de qué se trataba. El juego de espejos que reflejaban a Lupus y al assamita antitribu infinitamente no ayudaba a resolver el misterio y cuando, forzando los sentidos al máximo desesperado, acabó por fin de vislumbrar un fugaz zarcillo de sombra que le sacaba de su estupor, toda la

escena se lanzó antes de que pudiera hacer nada.

La tremere había caído en el viejo truco del titiritero. Ese del que tantas veces había oído hablar a Lupus, de cuando aún él no se había unido a la manada. Apareció entre unos espejos que se abrieron justo detrás del cainita. Desprevenida, creía tener la situación bajo control y a su presa ya vencida. Cuál fue su sorpresa al ver caer desplomado al gángrel inconsciente y de pronto ser apresada, amordazada y levantada en volandas por unos tenebrosos tentáculos de sombra. Aquellos apéndices del abismo, en realidad habían estado sosteniéndolo todo el tiempo y la habían sorprendido justo en el momento en el que ella invocaba su ritual. El engaño había surtido efecto y ahora se debatía en el aire, indefensa y arrastrada de espaldas hacia su captor.

- ¡Noooooooo! – Gritaba desesperada. – No podéis hacer esto, malditas bestias. ¿Cómo habéis entrado aquí? Es imposible. Me han traicionado. Os destruiré.

La Bestia se lanzó sin pensarlo hacia la regente, no podía dejar pasar aquella oportunidad, esa presa era suya por derecho. Avanzó a terrible velocidad por el techo hasta que se encontraba a la distancia propicia y saltó en pos de ella, girando en el aire, justo cuando casi había llegado al lugar donde la esperaba Pantera. El lasombra, plantado junto al final del corredor, recogía sus tentáculos que le brotaban del torso, como si de unos miembros extensibles adicionales se tratara. Aunque no lo pareciera, el esfuerzo de sujetar a la tremere debía ser considerable para su voluntad, lo que debió provocar que no fuera consciente de la repentina aparición del tzimisce que calló sobre su presa con garras y dientes y huesos y comenzó a destrozarla.

-Querrida Rrebeccaah tremerre, esste esss tu finaaaaaal. – El horrendo espectáculo que provocaba con su destrucción, mezclado con los ahogados gritos de la vástago, eran música para sus propios oídos. Dulzura, arte y puro gozo. Cuando la indefensa e incapaz cainita caía ya en la inconsciencia hacia el desenlace definitivo de su no vida, el viejo voivoda ajeno a al mundo que lo rodeaba, imbuido por un frenesí devorador casi místico, se dispuso para el broche final, la Diablerie.

Y en ese instante fue cuando notó el dolor, lejano, casi inapreciable. Ni siquiera se había percatado de que se habían desplazado durante la escabechina. Pero allí estaba, justo delante de su rostro, junto al de la desvanecida tremere, la cara de Pantera. El tzimisce y su presa, estaban ahora en el aire. En posición vertical y sujetos por los tentáculos del lasombra. Se

hallaban ensartados en su espada de Plata. La Bestia se vio doblemente reflejado en las lentes de las gafas de sol del ductus de la manada cuando éste dijo lentamente, con una voz fría como el hielo:

-No te atreverás. – Su cara mostraba un rictus de rabia desafiante. La mandíbula apretada mostrando los colmillos.

- Ah, ¿no?, ¿Y quién fa a impiedírrrmelo?, ¿Tú? - La Bestia se empujó hacia atrás sujetando la espada con las manos para sacársela, pero su cabeza no se separó de la de Pantera porque utilizó su capacidad de transformación para alargar el cuello mientras lo hacía. Sabía que su condición de monstruo abominable le proporcionaba una ventaja intimidatoria frente a sus oponentes, y además, no quería separarse del cuello de su víctima.

-Soy, másss grande, másss fuerrrrte, másss viego y másss poderrriossso quie tú. – Dijo entre escupitajos sanguinolentos, con su sibilante voz, mientras juntaba su aguiña nariz a la del lasombra. La herida que le había provocado la espada sanaba rápidamente y el dolor solo le motivaba aún más - Y yo he acajado con la usssurrrpadorra. Ess mi botín de guerra.

-Sabes perfectamente que no has sido tú quién la ha derrotado. – La expresión corporal del lasombra se fue transformando hacia una posición menos amenazante y más aleccionadora mientras terminaba de sacar la espada del cuerpo de la tremere – Te has separado del resto yendo por tu cuenta, lo cual nos ha debilitado y diezmado, tú que tanto te vanaglorias de luchar por la manada. Y luego, has aprovechado el momento en el que ya estaba vencida para intervenir. Además, no tienes la autoridad en esta cofradía para decidir una cosa así. Por no decir que ni siquiera hemos podido interrogarla. –

El tzimisce podía intuir el temor bajo la arrogante máscara del ductus. Ahora estaba solo, sin sus amigos para que lo apoyaran. Frente a frente, con su mayor rival en el liderato de la manada. Podía incluso acabar con él y reclamar su derecho a ello ante los demás inventando alguna excusa. Podía ser su momento.

- Y, por cierto - dijo Pantera como restándole importancia al asunto y dando un paso atrás de forma casual – Hice algunas averiguaciones antes de venir aquí. Rebecca pertenece a la Octava generación de Caín. No te sirve. La Bestia era de la Séptima generación, así que necesitaba vástagos de generación inferior para que realmente aumentaran su poder al ‘diabolizarles’.

-Eso es mentira - Gritó el tzimisce con furia - Dijiste que no sabía nada de ella – Las dudas comenzaron a asomar a la mente del voivoda que se aferró al cuerpo más todavía.

-Cierto, eso es lo que dije – El lasombra guardó su espada y se cruzó de brazos - Como líder, tengo derecho a guardarme información para mí. Pero eso no le resta gravedad a tu acción.

-Estás mintiendo... lo sé. – Quería engañarlo, estaba casi seguro. Pero...lo cierto es que, ahora que se paraba a pensarlo, la sangre de la tremeré no le había parecido especialmente potente, ni difícil de extraer, cualidades que solían reunir las vitae de los vástagos de inferior generación que la propia. Y aunque le había funcionado su poder de dominación con Lupus, este pertenecía a la Novena generación, por lo que no había ninguna evidencia a la que aferrarse. La duda comenzó a desarmarle y su ímpetu bajó de intensidad. Empezó a sentirse engañado, frustrado. Ese maldito alfeñique iba a tener motivos para reñirle y volver a quedar por encima.

- ¿Qué ocurre? - La voz de Lupus rompió el silencio de sus cavilaciones. El tzimisce agarró fuertemente por unos instantes más el cuerpo de la Regente. No quería salir derrotado en aquella ocasión. Había sido su momento, pero se estaba esfumando como una niebla matutina. El gángrel antitribu se acercaba lentamente, casi arrastrándose, todo cubierto de sangre, sujetando bajo los brazos a un inconsciente Quatemoc.

- Nada - Comenzó a decir Pantera, mirando desde sus gafas a los ojos de la Bestia. – El viejo me ha ayudado a acabar con la usurpadora y ahora me aconsejaba a cerca de los entresijos de la diabolización.

Un silencio sepulcral se mantuvo entre ellos durante unos segundos. – Si, ¿eh? – Es lo que llegó a decir Lupus, que miraba a sus cofrades alternativamente, aparentemente no muy convencido con la explicación del ductus.

-El término correcto es Diablerie. – Soltó el voivoda. Tiró el cuerpo a los pies de Pantera y con un giro teatralizado, haciendo sonar su guardapolvos, se alejó a grandes zancadas. El tiempo me dará la razón, pensó. El tiempo siempre me da la razón.

Capítulo 5: Strathcona

Vuelta a la consciencia. Sabor metálico. La sangre volvía a fluir por sus venas cainitas. El cuerpo se reiniciaba y recomponía, regenerando los tejidos y recuperando rápidamente la energía que le permitía seguir no muerto. Primera visión, un amigo. Sentimiento de hermandad, moriría por él definitivamente si fuese necesario. Lupus. La estaca yacía en el suelo bañada en su propia sangre, dibujando un camino de muerte dejado atrás, pasado de largo una y otra vez gracias a la inmortalidad que era ahora su condición de existencia. Junto a él, el cuerpo de un acólito de los tremeré, que había servido de revitalizante.

-Tienes que ver esto, amigo. – El gángrel antitribu parecía divertido, expectante y muy animado, como casi siempre. - No puedes perdértelo, ahora el alma de esa zorra tremere pasará a fortalecer la manada. Pantera va a diabolizarla.

Quatemoc miró a los lados intentando hacerse una idea de su entorno. Volver de torpor era una sensación a la que no muchos vástagos se acostumbraban, pero los ritos de iniciación de la secta y en concreto, los entrenamientos de la Mano, hacían del assamita antitribu un cainita especialmente preparado para ello.

-Seguimos en la capilla ¿Recuerdas? Bajo la pirámide de cristal. – Lupus pareció darse cuenta de que podía estar un poco desorientado. -Hemos acabado con la usurpadora. Después de que cayéramos en sus cobardes trampas, Pantera le dio un poco de su propia medicina. La engañó privándole de todas sus defensas y La Bestia acabó el trabajo.

- ¿El viejo?

-Ha ido a ver qué tal les iba a De Paso y Atram. Creo que no tenía muchas ganas de compartir este momento con nosotros.

Aquello no tenía mucho sentido. El ritual siempre era importante en el Sabbat. Y Quatemoc era parte del Sabbat como era parte del mundo. El Sabbat y la cofradía lo eran todo para él. Eso y su pequeño secreto. Además, un ritual de Diablerie no se veía todos los días, de hecho, hacía bastante tiempo que no lo practicaban y esta podía ser la primera vez que lo hicieran sin la supervisión de un Obispo. Pero entendía la rivalidad que había entre el ductus y el voivoda. Eran dos alfas en una misma manada.

Mientras se limpiaba la sangre de la cara, intentó evocar cómo fue la última vez que presenció este rito allá en Ciudad de México y recordó varias horas de preparativos y una cantidad importante de hermanos reunidos. Aunque en esta ocasión, siendo en el campo de batalla y en territorio enemigo, no podrían esmerarse mucho en la elaboración.

Pantera estaba sentado delante del cuerpo de la tremere con los ojos cerrados. Parecía muy concentrado. Conocía bien al lasombra, pero al igual que ocurría con él mismo, había secretos insondables que guardaba para sí. Allí, en silencio, todo de negro y con la cabeza gacha, representaba justo el momento anterior al tatuaje que en ella asomaba, debajo del pelo, en la zona rapada de la derecha; un jaguar oscuro saltando sobre su presa. Era muy importante para el ductus. Su senda de iluminación, llamada por los eruditos del Sabbat El poder y la voz interior, basaba todo su credo en aprovechar y maximizar momentos como aquel, en los que se incrementaba el poder personal. Esto, que podría parecer filosóficamente contrario a los intereses de la secta, en realidad alentaba a los más fuertes de voluntad entre sus miembros a escalar puestos en la jerarquía y ser ellos, gracias a su valía, los que guiaran a sus hermanos.

Quatemoc nunca había dudado de la capacidad del lasombra para guiarles, pero no entendía por qué su relación con Pantera había cambiado, aunque fuese sutilmente, desde el día en que supo que él serviría también a la mano. Parecía sentirse traicionado y desde entonces lo que una vez fue una unión total, dejó de serlo. No obstante, su vínculo de sangre, reforzado noche tras noche mediante la Vaulderie de la manada, les unía aún más de lo que ya lo hacía su amistad, evitando que su eterna compañía mutua les llevase al tedio y al hastío y haciéndoles protegerse unos a otros incluso jugándose la no vida.

-Beberemos antes de la diabolización. – Dijo el gángrel. - Así sentirás nuestro apoyo fraternal durante tu ascensión.

-...Sangre de nuestros hermanos, alienta nuestros pasos, otorgándonos el don de Caín ...- El mantra tantas veces repetido, resonaba en las paredes del laberinto mientras Lupus recogía su vitae en un improvisado recipiente. Introdujo también la sangre de Pantera y la de Quatemoc, que como siempre, tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la cordura y mirar para otro lado. Era conocido por todos en la secta, que los assamita antitribu, que no portaban la maldición de no poder tomar la vitae de otros vástagos, impuesta a sus hermanos no Sabbat por los tremere, sufrían en cambio la desventaja de ser adictos a ella y, por tanto, más descontrolados y peligrosos de lo normal en este tipo de situaciones.

Lupus acabó la preparación añadiendo un poco de polvo de plata.

-...ungida en plata de ley, daño de los hijos de la luna...- Este último detalle era la marca especial de la manada que les había enseñado La Bestia y que daba un toque místico a la mezcla, haciendo de la principal debilidad de sus enemigos jurados, los Garou, su propio alimento para el alma.

-Bebamos. – Dijo Lupus con gesto solemne, aunque siempre con esa expresión de sorna característica de su persona.

Quatemoc se sentía incómodo siempre que llegaba este momento. La sed era dolorosa, pero beber podía serlo aún más. El momento de parar era casi insoportable. Como si a un adicto a la heroína o al opio se lo quitaran de las manos justo cuando empezaban a consumirlo. Durante su entrenamiento en la Mano negra, había aprendido a controlarse marcialmente, el alma sobre la materia. Podía evadir su mente y abstraerse, otra de las muchas cosas que tenía que agradecer a su militancia. Pese a todo, el fibroso guerrero indígena de cuerpo tatuado y lampiño, prefería evitar estas vicisitudes si no se daban en la intimidad de la cofradía. Tras sobreponerse a sus miedos, bebió.

La embriaguez de la Vaulderie invadía sus sentidos y todo era mucho más sencillo. Sus sentimientos a flor de piel recorrían como escalofríos de placer todo su cuerpo y su mente se regocijaba en pensamientos eufóricos y reconfortantes de amistad y devoción por sus cofrades. En este viaje lisérgico plagado de visiones y alucinaciones colectivas, acompañaron a Pantera en su ordalía, en su ascensión voluntaria por medio de la consunción, la comunión de su alma con la de un vástago de sangre más cercana a Caín.

Una hora más tarde, el efecto comenzaba a disminuir, pero Quatemoc ya llevaba mucho tiempo concentrado en sus tareas de vigilancia. Como si de un ángel de la Guarda de la manada se tratara, solía desplazarse oculto a cierta distancia de sus hermanos, utilizando sus disciplinas de ofuscación y extinción en una combinación que le mantenía sin ser visto ni oído.

La manada se movía rápidamente hacia las calles más céntricas de Atlanta, entre ruidos de sirenas de bomberos, policía y ambulancias. Sin duda sería una noche movidita en los noticiarios locales de los mortales, mas ese mundo ya no significaba nada para el assamita antitribu.

La guerra que se estaba librando, la verdadera razón de lo que estaba ocurriendo, se desarrollaba a pocas manzanas de allí en todas direcciones. Decenas de vástagos y sus servidores batallaban por las calles y locales de la ciudad, tomando o defendiendo los puntos clave de unas defensas que habían perdido su mayor baluarte. Y todo gracias a ellos.

Pero la incursión podría haberles salido cara. Atram seguía incapacitada. En un letargo del que aún no habían conseguido despertarla, pese a que su existencia parecía no haber llegado a su fin. Algo la estaba manteniendo con vida. Algo que Quatemoc no entendía, de momento.

Ahora, avanzaba sobre una terraza abohardillada a unos metros del grupo mientras se preguntaba cómo habría afectado la Diablerie a Pantera. Para los assamitas, la diabolización, había sido durante siglos la principal herramienta de poder y trato con el resto de clanes. Fueron ellos los que más la estudiaron y utilizaron y por eso mismo, fueron temidos y a la vez denostados por sus otros congéneres hasta el momento de la maldición. Pero él no conoció a los primeros Ángeles de Caín hasta que Strathcona le introdujo en la Mano Negra y, por tanto, no entendió el significado profundo de la consunción hasta que no fue instruido propiamente. Sospechaba que la gran mayoría de los cainitas rara vez se preocupaban de entenderla más allá de que la diabolización permitía ascender a un vástago uno o varios peldaños en la generación acercándoles en poder al primero de los suyos; más disciplinas, mejores armas y defensas y, en definitiva, posición y respeto. Pero pocos llegaban a entender lo que realmente significaba consumir y fusionar un alma de un ser más poderoso que uno mismo. Existían rumores acerca de cainitas que tras cometer lo que antiguamente también se conocía como amaranto habían llegado a ser poseídos por el alma más poderosa de su víctima. Aunque en general, las posesiones, eran explicadas por los estudiosos como locuras adquiridas por almas demasiado débiles que no eran capaces de asimilar el nuevo poder que acababan de absorber.

Se detuvo en una cornisa para echar un vistazo unas calles más adelante. Las avenidas estaban bastante vacías, pues, aunque se hubiese organizado un buen jaleo, eran las cinco de la madrugada y la mayoría de la gente aún dormía. Pero de pronto, vio algo que le llamó la atención. Entre dos edificios modernos, de los que solo albergan comercios y oficinas, surgió volando imposiblemente un coche que fue a estrellarse sobre otro, boca abajo, reventando los cristales y dejando ambos abollados y para el arrastre. En aquellas circunstancias, aquello sólo podía deberse a una trifulca sobrenatural. Tenía que tratarse de Corben, llegaban a tiempo de verle en acción.

Quatemoc saltó de la cornisa y se fue haciendo visible a medida que caía, pero su aterrizaje, no produjo el menor ruido. Pantera y los demás se acercaron al verle aparecer.

- ¿Qué fue ese estruendo, che? ¿Pudiste ver algo? – Antonio De Paso tenía la cara descompuesta y más pálida de lo que ya lo estaba normalmente.

-Podría ser Corben. – Fue la lacónica respuesta del assamita.

-Bien, pues entonces acerquémonos a comprobarlo. – Pantera hablaba con voz enérgica y segura. Estaba exultante, sin duda la diabolización le había sentado bien. - ¿Puedes ocuparte de Atram y mantenerla en un lugar seguro? – Inquirió al voivoda. - Necesito a De Paso y su ojo de halcón.

-Grrrrrr, No mie gusssta quiedarrme atrrrasss. Ya lo sabesss. Tamfién yo puedzo sierrr útil ssi ssse trrrrata de un combatie.

-Bestia, no tenemos mucho tiempo para andar discutiendo, el alba se acerca y sólo Corben nos puede proporcionar un refugio seguro a estas alturas. - El viejo tzimisce, gruñó y refunfuñó, pero esta vez atendió a razones.

Avanzaron por un callejón De paso, Pantera y el propio Quatemoc, mientras que Lupus daba la vuelta para acceder desde la avenida principal. Asomándose, llegaron a tiempo para ver como chocaban lo que parecían dos trenes de mercancías. El gigante Roger Corben, con la gabardina hecha girones golpeaba sin parar la cara de otro vástago, negro y con una chupa de cuero con cadenas, si cabe más grande que él mismo, que a su vez no paraba de intentar descoyuntarle abrazándole con sus poderosos brazos, al tiempo que le mordía el pecho. Había por allí cerca esparcidos algunos otros cuerpos, aplastados, desmembrados o decapitados, coloreados por la sangre. La hercúlea pelea, había convertido la calle en una escena de una película de catástrofes: coches volcados, cristales, puertas y muros reventados, sin duda se había cobrado muchas víctimas, mortales e inmortales. Y aunque la intensidad decaía, todavía algunos movimientos de los últimos dos contendientes, se desarrollaban a una velocidad inhumana.

Quatemoc conocía bien la forma de pelear de los cainitas del clan brujah y sus contrapartidas del Sabbat. Empleando celeridad y potencia, eran como héroes olímpicos, o superhéroes de cómic. Veloces, fuertes y violentos combates, hacían de ellos poderosos soldados para

cualquier batalla, sobre todo si se trataba de librarla de forma abierta y rápida. Pero perdían efectividad contra rivales con defensas físicas sobrenaturales como la fortaleza y eran vulnerables al daño agravado que producían las garras gángrel o la sangre assamita. No obstante, los combates entre brujah ancillae, que podría traducirse, en términos vampíricos, como veteranos, siempre eran interesantes y espectaculares. Y este, aunque cercano a su fin, no parecía decantarse claramente para ninguno de sus dos luchadores.

Según lo que pudo escuchar entre los corrillos antes de partir hacia la capilla, el Obispo Corben, iba a enfrentarse al sheriff Rake y sus ayudantes. Por así decirlo, los tipos duros que solía utilizar la camarilla para defenderse por la fuerza, aunque aquella no fuese nunca su mejor arma. Por lo visto, Rake y Corben, habían sido como hermanos mucho tiempo atrás, pero Rake, traicionó al Sabbat y se unió a la Camarilla.

Cuando los Silver Rockets se disponían a intervenir finalmente en el combate, una voz proveniente del callejón les previno de ello.

-Ni fe of ocurra. –Entre las sombras, por el mismo lugar por el que habían venido ellos, apareció la silueta con forma de cuatrero de Billy ‘el piños’. – Efa luchfa ef un afunto pefonal. – Había permanecido invisible a los ojos y las mentes mediante la ofuscación.

- ¿Y si Corben pierde? – Respondió pantera, sin parecer alterarse por la repentina aparición. – No podemos permitirnos que algo personal interfiera en la cruzada.

-No fa a pefdef. Pefo fi algo fa mal, eftamof pfepafadof. - El nosferatu antitribu señaló con la mirada bajo su sombrero hacia un punto en la misma calle central donde Quatemoc distinguió a Wyatt ‘Herpes’ agazapada, con varios cartuchos de dinamita preparados y jugando con un mechero.

- Aun así, nos aseguraremos. – La mirada que Pantera le dirigió a Quatemoc, no necesitaba de ninguna explicación, su coordinación había sido perfeccionada con el tiempo. - De Paso, ya sabes lo que hacer si la cosa se pone fea- El enjuto tzmisce, pese a no haber compartido tantas batallas, sin embargo, conocía también su función táctica y su papel estratégico. Con sumo cuidado, se colocó en posición de tiro y apuntó. Pero como si se tratase de una señal, en ese momento, un último golpe del Obispo, terminó de desarmar la resistencia de su adversario, que cayó al suelo derrotado.

Roger Corben sujetaba a Rake por las solapas de la destrozada cazadora de cuero. La cara desfigurada de su hermano de sire ya no era capaz de regenerarse y la sangre había dejado de brotar.

-Al final se ha visto quién se equivocaba de bando. – Dijo. Su mirada era una mezcla de compasión y alivio. – Has sido un gran rival, pero ya no eres mi hermano. A no ser... que quieras volver a serlo. – El bruja antitribu levantó una ceja, inquisitivo, aunque su rostro no mostraba muchas esperanzas. Los rasgos afroamericanos de Rake se contrajeron en una última mueca de odio.

– Acaba ya. – Escupió. Y Rake murió decapitado.

A las 6:00 AM llegaron al punto de reunión. La manada del Obispo había sufrido la pérdida de uno de sus miembros antes de que los encontraran, el Padre Andrés. Y por el camino, Quatemoc escuchó decir a Billy ‘el piños’ que él mismo se ofrecería como nuevo sacerdote. La noche comenzaba a clarear y todos estaban un poco expectantes por saber si conocerían el resultado de la cruzada en ese momento o habría que esperar a la puesta del sol y dormir en la inseguridad de poder ser cazados y destruidos por los sirvientes de la Camarilla. Corben les había llevado a lo que parecía un viejo hospital abandonado, donde podían verse signos de lucha y algunos cuerpos esparcidos por el suelo. Había grandes lonas cubriendo las ventanas del primer piso y varios de los cainitas que habían estado presentes en la reunión previa a la cruzada hacían guardia en el exterior o corrían atareados de un lado para otro. Mientras se abrían paso desde el hall principal, el Obispo se dirigió por primera vez a Pantera. Había permanecido en silencio durante todo el viaje desde que matara al Sheriff bruja de la Camarilla.

-Si estáis aquí, doy por sentado que habéis tenido éxito en vuestro cometido. ¿Alguna complicación o suceso que creas que valga la pena informar? – Con el sombrero y la gabardina bastante perjudicados a raíz de la pelea, no parecía de buen humor, aun cuando todo indicaba que al menos en parte, la batalla de aquella noche se había ganado.

Quatemoc vio como Pantera miraba a De Paso que lucía un rostro demacrado y un aspecto lastimoso, cargando al hombro a Atram ayudado por La Bestia, huraña y ensimismada desde el asunto de la diablerie. Y luego a la tremere antitribu que colgaba inconsciente con el vestido hecho trizas y sangre seca por todo el cuerpo. Tras unos pocos segundos de reflexión,

contestó.

-Nada de que informar, aparte de que la capilla y su regente han caído. – A lo que Lupus añadió. - Esos tramposos indeseables ya no serán un problema.

-No sabéis cuánto me alegra oír eso. La caída de la Capilla era fundamental. Lo creáis o no, la cruzada estaba en vuestras manos más que en las de ninguna otra cofradía.

-Ya te dije que ellos eran los indicados - El viejo y achaparrado general de la manada del obispo asomó repentinamente tras una lona y se acercó cojeando. Tras él, una imponente figura destacaba entre unos cuantos cainitas que venían en comitiva. Tenía el rostro adusto y afeitado, algo empolvado quizás, a la manera de siglos pasados. El pelo largo, negro y lacio, lo llevaba recogido en una cola de caballo. Unos profundos ojos azules miraban bajo la sombra de su pronunciado arco superciliar. El mentón elevado, denotaba un aire aristocrático que se reafirmaba con su largo abrigo de visón, no muy necesario en aquella zona y época del año.

- ¡Cardenal Strathcona! – La cara de sorpresa de Roger Corben le pareció a Quatemoc totalmente sincera. Casi desaparecieron los signos de cansancio y pesadumbre que habían invadido su rostro tras los últimos sucesos, cuando saludó calurosamente a su superior. El assamita antitribu conocía bastante al Cardenal como para saber el efecto positivo que ejercía sobre el resto de cainitas. Su maestría en el arte de las relaciones sociales era una herramienta que le había procurado un gran reconocimiento dentro de la secta incluso cuando la reputación de los hermanos del Sabbat normalmente no se apoyaba en tales habilidades, sino más bien lo contrario. El hecho de que Strathcona fuese uno de los pocos conversos que habían llegado a los más altos cargos, gracias a sus éxitos y su aplomo, le permitía gozar de algunas 'libertades' que eran observadas con menos recelo por sus seguidores y aliados. Aunque muchos lealistas y fundamentalistas seguían desconfiando de sus maneras refinadas y su empleo de la disciplina de presencia al modo toreador, lo cierto es que en los últimos años había marcado una nueva tendencia que otros líderes y sobretodo otros Templarios, como se llamaba a los pocos ventrue antitribu que militaban en la secta, comenzaban a usar de manera cada vez más descarada.

Su afabilidad y su manejo de la diplomacia era un soplo de aire fresco para cualquiera que apreciase valores humanos destacables como el respeto o el honor, no muy de moda en los últimos tiempos.

-Espero que tengamos buenas noticias, eminencia. Ha habido que hacer algunos sacrificios para llegar hasta aquí, sacrificios irreparables me temo. – El semblante del obispo, volvió a tornarse sombrío cuando pronunció las últimas palabras.

-Por mucho que nos pese, la única forma de mejorar es mediante el dolor y el sacrificio. Los cristianos nos han enseñado eso durante años, pero es fácil querer olvidarlo. – Stratchona, que posó una mano sobre el hombro de Corben, hablaba como un verdadero predicador. Sus palabras adornadas con sus gestos y su dominio de la presencia le daban un aura cuasi divina que provocaba la sensación de iluminación en sus oyentes. No era fácil resistirse al efecto, ni siquiera para un miembro de la Mano Negra.

– No obstante, me encuentro en situación de alegrar vuestros oídos. – El Cardenal elevó la voz, para ser escuchado por todos. - Según todos mis informantes, Atlanta ha caído. La ciudad ha sido tomada para nuestra causa. En otras palabras, la cruzada ha sido un éxito absoluto.

La algarabía en aquel hall del hospital abandonado fue general. Los allí presentes gritaron, vitorearon y aullaron de alegría. Incluso Quatemoc se permitió una media sonrisa silenciosa y un pequeño sentimiento de satisfacción al ver cómo Lupus festejaba con La Bestia y De Paso que habían dejado a Atram en una camilla cercana.

La noche siguiente fue una continua fiesta desde el despertar. El Cardenal condujo los ritos junto con Corben y su manada. Se sucedieron las Vaulderies y se recompusieron algunas cofradías que habían quedado mermadas con la adopción de cabezas de pala supervivientes de la cruenta lucha de la noche anterior. Hubo muchos discursos de hermanamiento, victoria y necesidad de compromiso con la lucha.

Quatemoc ya los había oído todos, pero hasta ahora todo seguía igual. Al mundo no parecía afectarle lo que ellos pudieran conseguir, lo que el Sabbat y la mano se esforzaban por cambiar. Por cada ciudad que la secta tomaba, se perdían otras dos a manos de la Camarilla. Cada vez que parecía que la lucha se tornaba de su lado, sucesos circunstanciales volvían a poner las cosas en su contra. Tenía que ser verdad. La Yihad era real. Los Antediluvianos dirigían los hilos, controlaban a sus chiquillos de alguna forma para que todo se mantuviera como ellos tenían planeado.

Tenía que haber alguna forma. Su clan originario había luchado por encontrarla, la secta a la

que ahora pertenecía se debía a este propósito. ¿O no? Aquel era uno de los motivos por los que la Mano Negra existía. Solo unos pocos integrantes de este subconjunto del Sabbat conocían la verdad de su razón de ser. Era un brazo militar, sí. Una inteligencia en subterfugio para evitar que los planes se filtraran y cazar a los traidores, también. Pero en última instancia, por lo poco que había podido averiguar el asamita antitribu el tiempo que llevaba en ella, su mayor interés radicaba en descubrir si los altos líderes de la secta eran realmente independientes en sus juicios y decisiones y no servían a ulteriores poderes, como los propios Antediluvianos. De ahí, las rumorologías y teorías conspiranoicas acerca de que, algunos de sus líderes, eran controlados directamente por los tercera generación a los que ellos mismos diabolizaron en su día.

Las tribulaciones que le rondaban la tatuada y rapada cabeza al asamita, quedaron en un segundo plano en el momento en que De Paso anunció a todos que Atram había despertado. El templario tzmisce estaba exultante, no paraba de hablar y de intentar explicarse lo que había podido suceder, discutiéndolo con La Bestia. Lupus en cambio no perdió tiempo en exigir que había que celebrarlo y que lo harían hermanados con la banda del Teclas. Y mientras tanto, la tremere antitribu, permanecía allí en pie, junto a los demás, como siempre sonriente y silenciosa. Pero había algo en su mirada. Algo que Quatemoc no había visto nunca en sus ojos. Como un aura de madurez y de sabiduría que no había poseído hasta ese momento. Y justo cuando empezaba a decidirse a entablar conversación con ella, Atram habló.

-Quiero decir algo. – la taumaturga hizo gestos para llamar la atención sobre el resto de sus hermanos de manada. – Es importante.

-Dale, che, ¿de qué se trata? ¿Recordás ya lo que te sucedió allá adentro? –

-Pese a que no sé exactamente qué me ha pasado, quiero pedirlos un favor, como hermanos míos que sois. – Atram hablaba despacio, como eligiendo bien las palabras.

- A partir de ahora me llamaréis Lilith, ya que, aunque en apariencia soy Atram, la misma cainita que conocíais y apreciabais en mayor o menor medida, ya nunca más seré solo ella. Allí en la capilla me sucedió algo. – Hizo una pausa y su expresión se tornó evocadora, con la mirada perdida en el infinito. - Algo que no sé si ha sucedido alguna vez antes y que no se si podría explicar. Pero por lo que he podido entender durante este periodo que he permanecido ausente del mundo, algo de mí murió bajo la Gárgola y un nuevo yo surgió.

Cuando terminó, todos quedaron en un incómodo silencio durante unos segundos. El propio De Paso miraba al suelo como avergonzado mientras la Bestia chasqueaba la lengua y ponía cara de hastío. Quatemoc sabía que la mayoría pensaba de la taumaturga que era una iluminada fantasiosa a la que le encantaba imaginar cosas imposibles. Por eso, seguramente, Lupus intervino oportunamente.

- ¡Lilith pues!, ¡Brindemos por Lilith!, la nueva integrante de Silver Rockets. Nueva, aunque ya conocida. – la agarró por la cintura mientras giraba bailando con ella.

Pero el assamita antitribu había percibido realmente algo nuevo. Esta vez no parecía que fueran fantasías. Aunque, pensándolo detenidamente, puede que en realidad nunca lo hubieran sido y simplemente, el resto no fuese capaz de percibir aquellas realidades. También podría suceder que la tensión de las últimas horas le estuviera jugando una mala pasada y él mismo estuviera imaginando cosas.

Pantera entonces, dijo: - Bien está pues, Lilith. Celebraremos con los Cosechadores tu regreso. O tu renacimiento – se corrigió a sí mismo - y luego Bestia, Quatemoc y yo nos reuniremos con el Cardenal - Al assamita le sorprendió, en un primer momento, que su líder eligiese a Bestia en lugar de Lupus para acudir a ver al Cardenal. Después de todo, Lupus gozaba de mayor confianza y era el candidato principal a sacerdote. Mas pensándolo bien, podía entender que el lasombra quisiese, por un lado, dar descanso al gángrel antitribu y dejar que disfrutara de la celebración y, por otro, limar asperezas con el tzimisce.

Una hora más tarde, el cuartel general improvisado en el último piso del edificio del hospital parpadeaba por la iluminación de un tubo fluorescente desajustado. Unas mesas habían sido dispuestas para albergar mapas y alguna consola de ordenador. También había unas cuantas pantallas situadas en un panel a un lado que contenían las imágenes de las cámaras que se habían repartido en diversos puntos de la ciudad por orden del Cardenal.

Cuando llegaron, Stratchona, Corben y el General Lee atendían a las explicaciones de una nosferatu antitribu, oronda y de aspecto obscuro y desaliñado, que señalaba con una antena de coche arrancada a un tríptico en la pared en el que había pegadas varias fotos, en su mayoría tachadas.

-Aún no se sabe nada de la extraña desaparición del príncipe Bénison, pero con la caída de la

capilla, la destrucción de Rake y el elíseo desmantelado, los pocos ancianos que se escondieran aquí estarán ya a cientos de kilómetros de distancia.

-Y ¿quomo es posible qui essquiapen?, ¿No se lies corrrtan lass ssalidass? – Al ceñudo voivoda parecía incomodarle mucho la fuga de potenciales diableries. Y como siempre, no le importaba saltarse el protocolo e interrumpir la exposición. Podría ser que el ductus finalmente se hubiera equivocado al traerle. Pero esta vez, no pareció incomodar demasiado a los presentes.

La propia nosfe antitribu contestó a la pregunta. -No tenemos forma de controlar las alcantarillas. Pero ellos no se entrometerán. – Quatemoc sabía que se estaba refiriendo a sus contrapartidas los nosferatu camarilla. – Se limitarán a no entrar en nuestro territorio.

-Ya sie están entrromietiendo. Esssoss viejos titerres debierrán serrvirrnos de alimento. Loss qui essquiapen hoy, mañana volvierran a combatirrnoss.

-Tenéis razón, lord Bestia. – El trato del Cardenal hacia el viejo voivoda pareció agradarlo en gran medida, aun así, gesticuló como diciendo ‘evidentemente’. - Pero como ya sabéis, nuestra influencia es limitada en ciertos lugares, al igual que nuestros recursos y, por ello, debemos evitar confrontaciones que no nos llevan a ningún sitio si queremos alcanzar algunos objetivos mayores.

-Cedemos allí, para ganar aquí. – Añadió el viejo general Lee.

La cara de Bestia era de espanto. Quatemoc conocía lo suficiente al tzimisce como para saber que los motivos estratégicos y sobre todo los más retorcidos, le resultaban aberraciones sin sentido. Por eso no se sorprendió cuando Pantera, ante la tensa mirada de Corben, cortó rápidamente la respuesta de su camarada.

-Por supuesto, eminencia. Pero por favor, continuad. Nos encantaría conocer la situación en toda su magnitud, para poder aportar y ayudar en todo lo posible. – Mientras decía estas palabras, lanzó una mirada a La Bestia, intentando que captase que debía dejar el tema. Por suerte, el voivoda era consciente de la autoridad que ostentaba un Cardenal y no volvería a caer en un juego como el que entabló con el obispo. Se limitó a mantener su cara de disgusto, que, por otro lado, no era muy distinta de la que tenía siempre y adoptó lo que al assamita antitribu le pareció una actitud desinteresada.

-Ah, bueno, Pantera, sin duda podéis escuchar los detalles de la cruzada y de lo que haremos a partir de ahora para mantener lo conquistado. Pero ese no es el motivo por el que quería hablar con vosotros, ya que no es en Atlanta donde os necesito en el futuro más próximo.

La noticia dejó a Quatemoc tan sorprendido como al resto de sus cofrades allí presentes. El general Lee, sin embargo, sonreía como un colegial que no podía esconder lo que sabía, mientras que Corben continuaba la charla con la nosferatu antitribu como si la cosa no fuera en absoluto con él.

-Disculpadme, hermanos. Luego continuaremos – Strathcona condujo a Silver Rockets entonces a una sala aparte. Esta era más pequeña y estaba menos atestada de muebles. Allí se acomodó tras una mesa y juntó las manos apoyando los codos cuando empezó a hablar.

-Me han dicho que Atram se ha recuperado, ¿Es cierto?

-Así es, eminencia. – Contestó Pantera.

-Me alegra oírlo. Sería una grave pérdida, dada la facilidad con la que están siendo diezmados los tremere traidores a su clan. Cada vez quedan menos y son de gran ayuda para el Sabbat. Aunque seguro que eso ya habréis podido comprobarlo. ¿No es así?

-Si no hubiera sido por ella, no habríamos logrado entrar en el corazón de la capilla. El señor De Paso la protege bien...–

-El señor De Paso no pudo evitar que casi la destroe una gárgola. – Le interrumpió el cardenal. – Ninguno de vosotros pudisteis. Pero no te martirices por ello Francisco. – El que su superior usara el nombre de pila de Pantera, mostraba que era de los pocos vástagos que conocían los secretos del lasombra y como Quatemoc sabía, los de él mismo y la totalidad de los Silver Rockets. – Lo importante es que siga con nosotros. Ahora más que nunca. Pues seguro que jugará un papel importante en lo que está por venir. – Las palabras del Cardenal eran como una premonición. Casi parecía que estuviera anunciando una profecía. Por un momento, Quatemoc recordó la cháchara sin sentido del gato con el que hablaron en la Capilla tremere. Pero decidió que se guardaría aquel recuerdo para sí mismo y sus hermanos de manada. La larga pausa que hizo el ventrue antitribu con los ojos fijados en el infinito provocó que La

Bestia terminara por impacientarse. – ¿A qué se refiere su eminencia? ¿Es que ya está aquí la Gehenna? – El Rostro del viejo tzimisce era de bromista, lo que indicaba que su pregunta era más bien una ironía... aunque con el voivoda nunca se podía asegurar.

-Caín no lo quiera, amigo mío. – la pregunta había sacado a su eminencia de sus cavilaciones. - Aunque el peligro de que ésta se nos eche encima se acrecienta cada día, con cada paso que da la Camarilla, con cada movimiento de uno de nuestros más viejos enemigos. -Mas, como sabéis, hay otros poderes que nos acechan, otras lacras que nos acucian. – Tenía las manos repletas de anillos de oro, plata y gemas. Pudiera ser que, para recordar los títulos ostentados en su otra vida, o simplemente, un fetiche adquirido con los años. El caso es que producían un efecto atrayente y le hacían parecer más interesante. – En los últimos lustros, una de las debilidades que más han perseguido a nuestra secta ha sido la perdición del infernalismo. Tú Francisco, conociste de primera mano su mancha y los efectos que puede provocar en un cainita y lo que es más importante, los efectos devastadores que supone para los que le rodean sin saberlo. -

La Bestia había cambiado totalmente de actitud en el momento en que el cardenal pronunció la palabra infernalismo. El asamita antitribu observó que ahora escuchaba con los ojos muy abiertos y toda su atención. Por su parte, Pantera parecía haber recibido un fuerte impacto emocional cuando Strathcona sacó a relucir su pasado. Quatemoc, había oído hablar de ello, por supuesto, y, de hecho, habría sido una de las marcas más buscadas por los integrantes de la mano negra, de no existir...

-La Inquisición se ha ocupado durante siglos de mantener a raya a aquellos descarriados que han sucumbido a las falsas promesas y las envenenadas dádivas que las entidades demoniacas vierten sobre nuestros hermanos. Casi siempre con bastante éxito, todo hay que decirlo. Pero el anhelo de poder y la impaciencia de muchos jóvenes vástagos, hacen que esta enfermedad se reproduzca una y otra vez, en los lugares más insospechados y con las almas que menos nos podríamos imaginar. Ese fue el caso de Sangris. Un Cainita como pocos de los que haya conocido. Fuerte, voluntarioso y capaz. Tan valiente como el que más. Aferrado a sus principios y sus hermanos. Un buen amigo, de hecho. Pero fue tentado y sucumbió. Se perdió su alma para siempre y hubo de ser destruido.

-Esto ocurrió hace tiempo ya. En Montreal. Nuestra joya. Para mí la capital cultural del Sabbat en el mundo. Un baluarte de nuestra secta, si me lo preguntáis. Si cayera Montreal, estaríamos

perdidos. Y os diréis, ¿por qué? Si la Regente habita en México DF y hay otras muchas ciudades de los Estados Unidos y Europa que pueden ser más fuertes y estratégicamente mejor posicionadas.

- La fe. El conocimiento. Los principios morales que sostienen nuestra causa. Todo ello habita en la ciudad de los mil Campanarios. Cofradías centenarias atesoran nuestros más oscuros secretos, nuestra historia, nuestro arte y nuestras creencias. En definitiva, el alma del Sabbat. Los Pastores de Caín, los Bibliotecarios, las Viudas y otras muchas manadas, son leyendas de la secta. Memoria andante de la que aprender y con los que compartir nuestro legado.

-Pues bien, en estos momentos, un temor me invade en relación con dicho lugar. Un viejo amigo mío, en el cual confío y al que venero por su sabiduría y conocimiento del mundo de lo oculto, ha desaparecido. Posiblemente haya muerto. Este hecho inesperado y triste se une a un momento delicado para el equilibrio de poderes que gobiernan la urbe. Cainitas jóvenes y reivindicativos presionan al poder establecido para que avance en la lucha contra la camarilla, algo normal y saludable en cualquier ciudad Sabbat que se precie. Pero allí, las malas relaciones entre cofradías se están convirtiendo en una bomba de relojería que podría acabar en guerra. Zhou, mi amigo, había estado investigando una serie de sucesos aparentemente inconexos a los que trataba de dar una explicación metafísica. Algo que, según él, podría estar alterando las barreras sobrenaturales que un día se crearon para protegernos de las entidades ultraterrenas que nos acechan y escapan a toda posibilidad de control por nuestra parte. Si algo así estuviera ocurriendo y Montreal estuviera realmente en peligro, no podemos permitir que nos coja desprevenidos y menos aún en plena lucha interna. Por no hablar de que seguramente, la Camarilla aprovecharía cualquier atisbo de debilidad para desestabilizarla y hacerse con nuestra joya.

Por tanto, es preciso que me ocupe de este asunto personalmente, pero ahora mismo, me es absolutamente imposible, dada mi posición y mi tarea aquí, en Atlanta. No sé el tiempo que me llevará organizar y reforzar nuestra nueva conquista y por eso necesito que, hasta que llegue ese momento, seáis mis ojos y mi voz allí.

- ¿Quiere que viajemos al Canadá? – La Bestia puso voz a los pensamientos de todos.

-Efectivamente Lord Bestia, eso es lo que quiero.

El resto de la jornada, Se dedicaron a terminar de celebrar la victoria y a despedirse del resto de cofradías, en especial de los Cosechadores, con los que habían desarrollado un vínculo más estrecho. Las atenciones de Lupus hacia ellos y el gusto común por la música y la diversión, hacían de 'el Teclas', 'el Estirao' y Sid, la manada más afín a Silver Rockets. Quatemoc no era mucho de celebrar, y al contrario de sus cofrades, a excepción posiblemente de la Bestia, tampoco era especialmente sociable. Por eso estaba apartado y taciturno, inmerso en sus cavilaciones cuando la cainita llamada Sid se le acercó.

- ¿No te gusta divertirse? – Vista de cerca, la pálida y delgada miembro de los cosechadores tenía un aspecto mucho más felino. El pelo que le caía lacio sobre la cara le ocultaba los ojos. Pero una mirada más detenida, dejaba entrever las pupilas e iris de gato. Un rasgo común entre los gángrel de ciudad. Quatemoc permaneció en silencio sin saber muy bien qué responder pues aquel acercamiento le había pillado completamente desprevenido. No podía negar que se había fijado en ella desde el principio. También parecía solitaria. Un par de veces, 'el Teclas' había bromeado con Lupus a cerca de su supuesto autismo. – A mí tampoco me gusta hablar. – añadió ronroneante - Sólo lo necesario – Y se colocó a horcajadas sobre él acercando su boca al cuello tatuado al tiempo que gemía y sacaba sus colmillos. El assamita antitribu la tomó a su vez de la muñeca y abrió su carne succionando el oscuro y tibio fluido. Un placer inenarrable recorrió el cuerpo de Quatemoc, haciéndole olvidar por unas horas, la inquietud que le producía el viaje que emprenderían la noche siguiente.

Capítulo 6. Conociendo Montreal

Horas más tarde, De Paso estaba en la furgoneta que usaban para viajar los que no conducían moto en la manada. Pronto partirían y él estudiaba los mapas de carretera buscando los puntos de conexión y abastecimiento que sabía que la mano negra tenía distribuidos por los estados de Georgia, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York y Vermont. Había que cruzar medio país para llegar a Montreal. Medio país controlado por sus enemigos de la camarilla, aunque por suerte para ellos, su destino se encontraba en el linde entre EE.UU y Canadá.

Lo más frustrante, era que habían estado mucho más cerca en su reciente visita a Nueva York y ahora tendrían que volver sobre sus pasos de nuevo. La vez anterior, habían viajado desde México DF hasta Nueva York y no hubo una sola noche sin percances. Pero esto no había sido un verdadero problema hasta que fue preciso volver a recorrer los estados por los que habían pasado en sentido opuesto para viajar a Atlanta. En este último viaje, el rastro que habían dejado a la ida, ya estaba siendo investigado tanto por policías locales como por el buró federal y demás fuerzas controladas por la Camarilla, y las dificultades se multiplicaron. Así que esta vez habrían de ser más cuidadosos, ya que, después de lo sucedido en Atlanta, seguramente, el enemigo habría movilizado todos sus recursos para cortar las comunicaciones y vías de escape a través del país y así bloquear el avance del Sabbat. Por no hablar de que en las televisiones locales empezaban a correr rumores acerca de una banda de asesinos mexicanos, probablemente de la mafia, que recorría las interestatales dejando un rastro de cadáveres y destrucción a su paso.

El templo era posiblemente el único de la manada que se preocupaba un poco de estos asuntos. Encargarse de la seguridad, hacía que tuviera que mezclarse algo más que sus cofrades en los tejemanejes de los mortales. Una tarea que no era nada apreciada entre los sabbat ya que, se decía, que el andar mucho en asuntos del ganado te hacía terminar pensando como el ganado. Los vampiros de la camarilla, sin ir más lejos, caían una y otra vez en este pecado, siendo vistos por los otros cainitas como débiles versiones de la especie, inferiores moralmente y estancados en su pasado humano de corta duración. Más De Paso se consideraba un vástago sencillo. Erudito, pero sin ínfulas de superioridad. Pensaba que el que los humanos fueran caducos no les convertía, por ende, en seres inferiores moralmente. De hecho, muchos mortales conseguían vivir más años que la mayoría de los cainitas del Sabbat, por mucho que estos fueran 'inmortales'. En todo caso, el inusual tzimisce, se guardaba muy mucho de compartir estas ideas con sus compañeros de manada. Todos ellos, incluyendo a la

gentil Atram, o Lilith, como quería que la llamasen ahora, despreciaban al ganado y le considerarían casi un traidor, solo por pensar así. Era evidente que el Sabbat no carecía de fanatismo en muchos aspectos, pero De Paso se encontraba a gusto en la secta y esto se debía en mayor medida a su relación con el cardenal Strathcona.

- ¿Qué te dijo? – La voz de Lilith le sacó de sus pensamientos. Por un momento recordó que no estaba solo.

- ¿Qué?, ¿Quién? –

-El Cardenal, ¿Qué te dijo cuando te llevó a parte? –

De Paso entornó los ojos y puso cara de intentar recordar. – Ehm, no me recuerdo si me pidió la receta de la yuca flambeada o la del Papillón. – La pequeña broma le hizo gracia y no pudo reprimir una sonrisa pícara, pero la borró cuando se dio cuenta de que a Lilith no le cambiaba la expresión. Continuaba seria y decidida, apretando los carnosos labios - Anda, che, sonreí. ¿Qué pasó, cambiaste el nombre y se esfumó la alegría? –

- ¿Te dijo algo de mí? –

- ¿Que si me dijo algo de vos? ¡Carajo, si me dijo! Por poco me revienta las pelotas por lo de la gárgola. ¿Qué te preocupa, linda? Sabés que el cardenal te aprecia, ¿cierto? Vos misma viste el rapapolvo que le echó a Pantera y el resto. –

-Entonces, ¿Por qué ya no habla conmigo? ¿Por qué no me lleva a mí a un aparte? ¿Es porque soy mujer? ¿O es que duda de mi lealtad? –

La noche anterior, después de hablar con todos, el cardenal había apartado a De Paso para hablar con él. Aquello no pareció preocupar a ninguno de sus cofrades ya que todos conocían la especial relación que los unía, anterior a que fuese fundada la manada. Pero por lo visto, de nuevo, algo se le había escapado.

-Mirá linda, el cardenal es un tipo muy ocupado y aparte tendrá sus manías de antiguo. Que sí, que yo mismo creo que tenés razón, que debe ser un poco machista y así. Ya se sabe que las costumbres antes...pues eran lo que eran. Yo mismo, a veces, sin ir más lejos, vos ya sabés.

Pero dudar de ti no. Eso nunca. Si..., si sos su ojito derecho, su hijita, su tesorín. – El tzimisce se acercó a la taumaturga y la cogió de las manos mientras decía esto último haciendo pucheros e intentó hacerla sonreír de nuevo esta vez con algo más de suerte.

Para tranquilizarla, De paso le relató algunas de las cosas que Strathcona le había contado sobre la arzobispo de Montreal. Resultaba que había sido el mismo cardenal el que la recomendó en el pasado para el puesto, imponiéndola por encima de candidatos mucho más poderosos o influyentes. La eligió, según le explicó, con una intención estrictamente política, para que mantuviera unidas y en equilibrio a todas las facciones que allí pugnaban por gobernar. Y era una mujer, así que, aunque en apariencia el cardenal pudiera actuar de manera poco cuidadosa a ese respecto, claramente consideraba a las cainitas tan preparadas y útiles como a sus contrapartidas masculinas. Al fin y al cabo, la inmortalidad les otorgaba a todos, el poder de crear nuevos miembros de la especie por igual.

Carolina Valez, era una lasombra, ductus de una de las mandas de guerra más notorias de los Estados Unidos, Los Ángeles Perdidos. Aunque en este caso. Su notoriedad había sido, casi por completo, negativa. La suya, fue una de las pocas cofradías que sobrevivió a la batalla perdida por la ciudad de Los Ángeles. Uno de los estigmas que más habían dolido en la secta. No solo por la derrota sino, más bien, porque ni siquiera se había perdido contra su eterno y poderoso enemigo, la Camarilla, sino contra unos subestimados vástagos, que, contra todo pronóstico, habían conseguido independizarse de ambos bandos, creando un estado de autogobierno por ellos proclamado Anarquista. Esta herida seguía abierta y seguramente, Valez, pese a su cargo, que llevaría ostentando unos cuantos años ya, tendría que escuchar chismorreos al respecto en multitud de ocasiones.

- ¿Quedaste más tranquila? Pues sabé que me dijo que los temas sobrenaturales de los que nos habló, con los que trataba su amigo, el chino ese. Esos los llevarías vos. Que confiáramos en vos, que vos sabrás resolverlos, etcétera, etcétera. Y que, por tanto, me cuidara de que no te ocurriera nada. –

-La próxima vez que le vea yo misma hablaré con él, quiera o no. Desde que soy Lilith, hay cosas que me he dado cuenta que otros no pueden resolver por mí. - Con estas palabras, la tremere antitribu se despidió y salió al exterior tras darle unas palmaditas en el brazo al templario.

De Paso, se quedó pensativo. El caso es que realmente, Lilith parecía otra. No siempre, no en todos los aspectos. Pero había una nueva personalidad que en ocasiones se dejaba ver y que lo intrigaba sobremanera. Al poco, el tzimisce se volvió a sumergir en los mapas y sus planes de seguridad pues, en unas pocas horas, partirían hacia su nuevo destino.

Despertó de pronto, nada más desaparecer el sol. El sueño al que había estado sometido durante las horas diurnas no lo había dejado descansar. Eran Lupinos, de eso no había ninguna duda. Pero el hecho de que corretearan desnudos bajo aquella extraña luz mortecina, no ayudaba a aclarar el significado de las pesadillas que llevaban repitiéndose en las últimas jornadas. El viaje estaba resultando más tranquilo de lo que el templario había esperado. Ya habían desandado el camino hasta Nueva York, aunque esta vez, siguiendo sus propias recomendaciones, habían decidido no atravesar los estados de Carolina del Norte y del Sur, siguiendo la 85 hasta Petersburg y cogiendo la 95 que atravesaba la capital, Baltimore y Filadelfia, lo que les llevaría más directos hasta la ciudad como tal, sino que se desviaron más hacia el Norte, por el parque nacional Cherokee y siguieron la 81 atravesando Pensilvania hasta Siracusa, en la zona más septentrional del estado de Nueva York, donde acaban los grandes Lagos. Aquello les había evitado el problema con los mortales y la camarilla, pero entonces llegaron los sueños.

De paso se levantó y comprobó que todo estuviera cerrado. El resto aún dormía. La furgoneta de Silver Rockets, era como un hogar itinerante. Por el día parecía una tartana abandonada, siempre en un lugar al resguardo del astro rey. Normalmente, el tzimisce se cuidaba de desmontar las ruedas, para que no pudiera ser desplazada, a veces la tumbaban simulando un viejo accidente que ya a nadie le importaba o simplemente la aparcaban en lugares no transitados. Era lo suficientemente grande como para que cupieran los seis cainitas, incluyendo las dos cajas de madera con tierra qué él mismo y La Bestia utilizaban. Aunque el resto usaba simples sacos de dormir, eso sí de materiales ignífugos y anti radiación solar, los tzimisce se veían abocados, por una debilidad propia de su clan, a descansar en tierra transportada desde su lugar de origen. A este respecto, era más inteligente, utilizar cajas. En realidad, un pequeño puñado en los bolsillos era suficiente, pero la posibilidad de quedarse sin ella y soportar varios días sin poder pegar ojo hasta conseguir un poco de tierra de la Pampa Argentina en su caso o de la viaja Transilvania en el caso de su hermano de clan, llegaba a ser tan insoportable, que les obligaba a ir como caracoles, transportando su caparazón. Por eso, era especialmente un hogar para ellos dos y una caja fuerte. Lilith siempre iba con ellos en la furgoneta, pero el resto de los miembros de la manada prefería viajar en moto. Pantera, Lupus

y Quatemoc, montaban tres viejas Harleys, lo suficiente poco cuidadas por fuera como para no llamar la atención, pero su motor y fiabilidad estaban en perfectas condiciones, debido al cuidado que el templario ponía en su habitual mantenimiento y revisión. Aunque siempre lo disfrazaba con lo importante que resultaba la seguridad del transporte en una manada itinerante, en realidad, el gusto por las customs era otro de los pecadillos que De Paso guardaba de su vida como mortal.

En todos los vehículos de la cofradía podía verse una serigrafía con las letras SR en plata, al estilo de las bandas de moteros que pululaban por todo Norteamérica. Esto les ofrecía una coartada y un disfraz, pero en realidad, no era poco común esta moda entre las manadas itinerantes de la secta, lo que podía explicar el origen de muchas de estas costumbres entre los mortales.

La noche anterior, antes de despuntar el alba, habían parado en la zona de descanso de la 81 pasado Siracusa, en unas colinas cercanas a los grandes lagos, con vistas al lago Oneida. El lugar estaba siempre vacío en aquella época del año. El tzimisce retiró las persianas y cartones y abrió la puerta trasera con un ruido chirriante. El resto pareció despertarse con el alboroto.

- ¡Malditio puienteh lefadiso oxidado! Canallias sierviles, ¿A quién foy a diescuartisarrrr hoy porr priviarme diel suenio die losss jussstosss? –

-Despierta vejestorio, estamos en el otro continente, dos siglos o tres más tarde, aunque tu sigas durmiendo en tu mohoso ataúd. – Lupus parecía de buen humor, como casi siempre.

-Tenemos que seguir viaje, queridos cofrades. Y cuanto antes. Este páramo abandonado estará libre de curiositos mortales y espías camarilla, pero mi instinto me dice que no somos bienvenidos por estos lares. - De paso comenzó a colocar las ruedas a la furgoneta mientras hablaba y el resto comenzaba a prepararse para partir.

Pantera se le acercó y le habló en voz más baja: - ¿Has vuelto a soñar con nuestros amigos peludos? – Estaba colocando su claymore bañado en plata en la Harley.

-Exactamente como cada noche pelotuda que andamos por este territorio. ¿Y vos? –

Pantera miraba hacia las alturas de los oscuros montes circundantes con preocupación. – Lo mismo. Creo que nos observan. Que nos acechan. Pero no entiendo por qué no nos atacan. –

-Ah, ¿pero vos pensás como la loca hechicera, cierto?, que realmente esos pulgosos se meten en nuestros sueños y nos hablan. Como espíritus conchudos que nos vigilan y nos torturan contándonos sus penas por los bosques y los animalitos y toda la vaina esa de Gaia. Los sueños son deseos inconscientes que no se quieren reconocer, che, son símbolos, ya lo dijo Freud. Tenemos miedo, pero somos Sabbat y no podemos mostrarlo, por tanto, soñamos con ellos. Estamos en territorios agrestes y pensamos que están ahí... pero a lo mejor no. –

-Están cerca. Lo único que sé es que nos odian. Y que si no nos atacan es por alguna razón. Espero que sea porque son ellos los que nos tienen miedo. – Era obvio para el templario que Pantera no creía en lo que decía, pero era la única explicación que cabía dar a los demás como ductus.

-Lupus – Pantera habló en voz alta esta vez para que le oyeran todos mientras se preparaban para partir. - ¿Cómo era esa canción... la que hablaba de la frígida Toreador a la que le gustaba hacérselo con mea arbustos? –

- ¿Un chuchito en mi chochete?, ¡qué buena! Aouuuuuuuuuu. –

La oscuridad de la noche invadía ya todo el cielo cuando la cofradía partió cautelosa pero animada por la canción del gángrel antitribu. Antonio De paso, dirigió la furgoneta tras las tres negras motocicletas durante unas cuantas horas por la carretera que recorría el extremo oriental de los grandes lagos en dirección Norte, hacia Canadá. Pasaron Watertown y dejaron la 81 para coger la secundaria 11 por Gouverneur, Canton y Postdam y no atravesar aún la frontera y continuaron el resto de la noche hacia el Este hasta Champlain, donde la 87 subía desde Plattsburgh. A partir de ahí, entrarían en Canadá por la 15, una zona marcada por la Mano Negra como territorio amigo. El templario meditó al volante si aquellos sueños habrían sido cosa de la imaginación, provocados por el miedo. Eran muy vívidos, y en realidad, los cainitas ya apenas soñaban, salvo en raras ocasiones. El caso es que, el resto de la jornada, no fueron molestados y salvo en el paso por la frontera, en el que siguieron a pies juntillas las indicaciones del Cardenal para librarse de problemas, nadie más se dignó a fijarse en ellos.

Pero una hora antes del amanecer, una moto se cruzó en su camino llegando a Montreal y cambiando de sentido, con un impresionante derrape, les dio alcance y les indicó por señas que se echaran a un lado. Tras unas cuantas señas Sabbat, efectuadas por el motorista y Quatemoc, la tensión se relajó un poco. Aquel personaje, que en un principio le había parecido

al tzmisce fugazmente, un policía canadiense, resultó ser, por el contrario, un nosferatu antitribu enfundado en cuero negro, con gafas y con un pequeño casco, similar eso sí, al que usaban los agentes. Era impresionante lo que un buen nivel de la disciplina ofuscación podía hacer con una mente despistada. Tras la ilusión y las gafas, una cara, casi cadavérica, dejaba asomar la horrenda visión de un rostro sin nariz ni orejas articulando las palabras.

-Saludos hermanos. – El nosfe, que llevaba dos escopetas enfundadas a los lados de su moto policiaca, esperaba con la luz encendida a que los miembros de Silver Rockets desmontaran de sus vehículos. – Mi nombre es Polidori y por lo que veo, parece que seré el encargado de daros la bienvenida a nuestra ciudad, si sois tan amables de presentaros y darme las razones de esta inesperada pero seguro que enriquecedora visita. - El templario advirtió que su interlocutor, no perdía detalle de los movimientos de cada uno de ellos y que se mantenía siempre a una distancia segura de sus armas y su motocicleta, por el momento. Era obvio que aún había cautela en su proceder, aunque sus palabras fuesen de una amabilidad y hospitalidad impecables.

Fue Pantera el que habló, adelantándose a cualquier posible torpeza de alguno de sus cofrades:

- Saludos hermano. Mi nombre es Pantera. Somos la cofradía de México llamada Silver Rockets y aceptamos la hospitalidad que nos ofreces con la urgencia y necesidad del pronto amanecer, lo que no nos permite extendernos mucho en el motivo de nuestro viaje. Resumámoslo en un interés ineludible en conocer la cuna de los valores de nuestra honorable secta y admirar de primera mano algo de lo que todo el mundo habla. –

El lasombra había alertado al resto de que el Cardenal fue muy específico al dar instrucciones sobre lo que debían decir y lo que no cuando arribasen a la ciudad de los milagros eternos. No quería que descubrieran sus cartas antes de tiempo, pues si los cainitas de Montreal conocían que los peones de Strathcona andaban husmeando, podían no estar dispuestos a actuar y hablar como si lo hiciesen con unos visitantes ocasionales.

El tal Polidori, pareció reflexionar unos instantes. - Todo el mundo, ¿eh? No sabía que en México supieran una mierda de lo que se cuece por estas latitudes.

-No viajamos desde México hermano Polidori. Somos una manada nómada. Nuestra casa es la carretera y nuestro destino es siempre incierto. Vamos allí donde nuestro corazón sabbat nos lleva. Venimos, por cierto, de librar una Cruzada por la secta. No hace mucho que salimos vencedores contra la camarilla en la ciudad de Atlanta. Y nos han dicho que en vuestra ciudad se escriben las hazañas de nuestros hermanos, así como nuestra historia. –

-Si eso es cierto. Y voy a dar por sentado que lo es. Entonces no hay más que decir. A parte de que no nos daría tiempo a llegar con garantías al refugio comunal de la ciudad, así que os voy a conducir a uno que tengo cerca de aquí, en las afueras. Pasaremos el día en él y mañana, al anochecer, yo seguiré mi camino y vosotros el vuestro. –

Los refugios comunales eran habituales en las ciudades sabbat. En aquellos lugares, cualquier miembro de pleno derecho de la secta podía descansar durante las horas diurnas y habitarlos durante las nocturnas. Pero las normas y funcionamiento de cada urbe, dependían de las costumbres de sus cofradías y la diligencia del arzobispo que la regentara. Por otro lado, las manadas eran libres de tener refugios propios en otros lugares, encargándose por sí mismos de su seguridad y mantenimiento. De Paso, por cierto, solía ser también el encargado de este asunto en Silver Rockets y siempre debía pensar como trasladar los enseres de la furgoneta a los sitios que él mismo había elegido, cuando dejaban su nomadismo temporalmente.

Justo cuando la claridad comenzaba a iluminar el cielo y las estrellas empezaban a desaparecer, Polidori los introdujo en una gran nave, desprovista de ventanas, que se hallaba aparentemente abandonada en un viejo polígono industrial. Aquel día, tardaron en irse a dormir, pues la compañía del cainita les resultó grata y la conversación interesante. Tras la Vaulderie de rigor, junto a una pequeña lámpara alógena, De paso sintió como el nosferatu antitribu irradiaba lealtad hacia la secta y a sus valores y hacía honor a sus hermanos como pocos de los que hubiesen conocido de un tiempo a esta parte. Por eso, cuando al anochecer del siguiente día separaron sus caminos, el templario sintió una punzada de tristeza y deseó un temprano próximo encuentro con aquel individuo tan peculiar.

-Dirigíos directamente al refugio comunal, por donde os he indicado y habladle a Valez sobre Atlanta. Decidle que habéis tratado conmigo. Las cosas andan algo turbias en estas últimas noches y Montreal no es tan acogedor como lo era antaño. Además, los espías de la camarilla pueden esconderse en cualquier esquina, pues las tensiones internas han hecho descuidar la

seguridad. Espero que volvamos a encontrarnos pronto Silver Rockets, tengo la impresión de que nuestros caminos no tardarán en cruzarse de nuevo.

Media hora después, la furgoneta y las motocicletas arribaban a su destino. Las calles de Montreal le sugerían a Antonio De Paso una suerte de impresiones contrastadas. Toda aquella modernidad tecnológica junto a la majestuosidad de sus templos e iglesias. Los grandes barrios de los negocios empresariales frente a la arquitectura más europea de sus centros culturales y religiosos. La gran mayoría de la polis, se situaba sobre una isla, rodeada por el río San Lorenzo, pero a diferencia de otras urbes norteamericanas, el centro de la ciudad era fácilmente accesible a través de un sinfín de carreteras y puentes que confluían como los radios de una rueda hacia su corazón. Y en el centro mismo de la isla, Mount Royal, la montaña que le da el nombre y su luminiscente gran cruz de neón. Por lo que De Paso sabía, la cruz original había sido colocada allí durante la epifanía de 1612 por un tal Paul de Chomedey de Maisonneuve, uno de los líderes de la primera colonia francesa del lugar. Se contaba que el tal Chomedey había subido hasta la cima con la cruz auestas, como agradecimiento a Dios por salvar Ville-Marie -nombre de la colonia en aquella época- de una inundación ocurrida durante la festividad de la Navidad. Pero de aquella cruz poco se sabía a día de hoy. La nueva fue colocada en la Navidad de 1924, según ponía en la guía de viaje que había podido hojear, y cambiaba sus luces blancas que lucía todo el año por otras moradas en Cuaresma.

Siguiendo las instrucciones de Polidori, no tardaron en encontrar la entrada principal al refugio comunal, en una antigua iglesia incendiada, situada entre dos viejos edificios y aislada por una valla de madera. Por supuesto, también se podía acceder desde los túneles del metro y el alcantarillado, pero como nuevos en la ciudad, la recomendación del nosfe antitribu, les había parecido la acertada.

El Templo de los Eternos Suspiros, se hallaba bajo un parque, en pleno centro de la ciudad, lo que a De Paso le parecía la localización más inteligente. Típico de Strathcona. El refugio era, según había escuchado decir, un gigantesco mausoleo subterráneo, de construcción exquisita. Una Necrópolis llena de grutas, criptas y catacumbas excavada bajo la urbe, por un antiguo arquitecto Toreador Camarilla al que raptaron para la tarea. Aunque el tzmisce no recordaba el nombre del pobre artista en aquel momento, si recordaba el rumor de que se le había encerrado con su obra, a la manera de los faraones egipcios, con la pequeña salvedad de que, en este caso, el infeliz seguiría no-muerto en su cautiverio para siempre... o hasta que Montreal cayera. Si se acordaba, tenía que preguntar a los Bibliotecarios acerca del tema.

Se adentraron por unas escaleras que descendían abruptamente hasta una zona de criptas. Continuaron sin cruzarse con nadie a través de pasillos altos y abovedados, adornados con bajorrelieves y estatuillas de criaturas sobrenaturales. Aquí y allá, parecían contar historias antiguas y escenas, seguramente relacionadas con el Libro de Nod y el Sabbat.

-Esto es increíblemente bello. – apuntó Lilith. Se mostraba sobrecogida por la grandiosidad de lo que tenían frente a ellos. En su silencio, el resto de la cofradía, parecía confirmar las palabras de la tremere antitribu.

-Shhh. – La Bestia, sin embargo, no lucía exactamente embelesado, sino más bien algo desencajado. – ¿Ess qui no escuchiais esssoss lamientosss?

Las palabras de su camarada hicieron que Antonio De Paso agudizara sus sentidos. Y al hacerlo, pudo experimentar la inquietante letanía de susurros, quejidos y suspiros que reinaba en el ambiente. – La reconvulsa madre que me parió, en mi no vida había oído cosas a cerca de defensas que atacaban a las mentes de los intrusos, pero esto es la melodía de ascensor más torturadora que escuché nunca.

-Son los sollozos de miles de niños que sufrieron la gran epidemia de cólera que asoló Montreal - La voz suave y melodiosa con ligero acento francés provenía de un varón de pelo azabache y ojos verdes que había surgido de un corredor alledaño. Bien vestido y engalanado al estilo de un estudiante de colegio mayor, miraba con una sonrisa picarona a los perplejos cainitas de Silver Rockets. Tras efectuar la serie ritual de señas Sabbat, de un modo amanerado, pensó el templario, prosiguió su perorata. – A algunos de ellos los enterraron vivos, debido a que los doctores, temiendo el contagio, les declararon muertos antes de tiempo. ¿No es delicioso? – Su sonrisa no desapareció cuando, tras comprobar que las señas eran correspondidas, extendió su mano como para que se la besaran y añadió: - Sebastien Goulet, para servirlos.

Nadie se movió ni habló durante unos siguientes incómodos momentos.

- ¿Esstia es la siegurridad del refugio comunial? – Bestia, como siempre, hizo gala de su gran sentido de la cortesía y cordialidad.

El cainita, sin dejar de sonreír, retiró la mano lentamente, justo en el momento en el que otros dos vástagos aparecieron flanqueándole provenientes del mismo pasillo del que él había surgido. Una joven de apariencia adolescente, con la cara repleta de piercings y el pelo rubio rojizo los observó uno a uno sin mucho interés, casi con desdén, hasta que descubrió entre ellos a Lilith, a la que dirigió una mirada más atenta. El otro, varón, de cara afeitada y aspecto deslustrado, mostraba marcas y cicatrices de alguna enfermedad bajo su escaso pelo castaño y una mirada esquiva.

-Montreal lleva controlada por el Sabbat cientos de años, Monsieur. Habéis respondido a las señas decentemente, qué puedo decir... soy confiado, mmmh. Si sois enemigos que venís a pelear, por favor, buscad a alguien que le interese, jajaja - Goulet hablaba como si de un actor se tratase, interpretaba todo su discurso de manera teatral y ampulosa.

-Puedo asegurar que ese no es el caso. - Se adelantó a decir el ductus. – Mi nombre es Pantera y esta es mi cofradía, los Silver Rockets. Somos una manada nómada y acabamos de llegar a la ciudad. Disculpa si nuestras maneras no son afines a las de aquí, pero venimos de muy lejos y queríamos presentarnos a la Arzobispo Valez en primer lugar, para no faltarle al respeto.

-Pues estáis de suerte, su señoría se encuentra ahora mismo en el cubil. Acabamos de celebrar el brindis de media noche con su manada. Más tendréis que esperar un poco. Tras el brindis, siempre hay quien solicita audiencia. Carolina es una líder muy ocupada y más en estos momentos... – El locuaz cainita pareció morderse la lengua cuando se dio cuenta de que estaba hablando con desconocidos, aunque Antonio De Paso no podía asegurar si se trataba de una pose y en realidad, les estaba diciendo exactamente lo que quería que oyesen.

- ¿Es que son momentos delicados? – Se atrevió a soltar.

La pregunta provocó que Sebastian Goulet levantase las cejas y abriese mucho sus impresionantes ojos. - ¿Delicados?, jajajaja. – A su vez, la cainita de los piercings, torció el gesto en una sonrisa sarcástica, pero no se dignó a hablar.

-Sí, podría decirse así. Jijiji, pero dónde están mis modales. Hum - Silver Rockets, esta es mi manada. Las Reinas de la Misericordia. Mi adorada Caroline Bishops y Alex Camille. Ahora mismo nos dirigíamos a una fiesta en el Heaven, nuestro actual refugio. Os invitaría a venir, pero no sé si nuestras maneras serán de vuestro agrado...

-Seguro que encontramos un momento para pasarnos – Auguró Lupus, visiblemente excitado por la proposición y cogiendo a Lilith por la cintura, añadió: - ¿Verdad cariño? – mientras le guiñaba un ojo a la tal Caroline. La Bestia, en cambio, continuaba más preocupada en intentar averiguar de dónde venían aquellos incesantes murmullos y Quatemoc se mantenía como siempre en silencio, observándolo todo.

-Perdoname la pregunta, antes de que os vayáis. – De Paso estuvo rápido intentando sacar la mayor información posible antes de perder una fuente que parecía jugosa. - Pero, dijiste que la Arzobispo estaba en su cubil, ¿Es que ella tiene aquí su refugio?, ¿en el Templo? – Era una información que el tzimisce ya conocía, pero sabía que, hablando de ello, además de confundir a su interlocutor a cerca de cuánto sabían ellos, podía hacer que dijese algo que no sabían.

-Algunas cofradías tienen aquí sus refugios, en efecto. En La Capilla de Caín, en el Alexandrium... Y la Arzobispo Valez, en el mismo Mausoleo, tras el estrado. Tiene hasta un jardín subterráneo. Exquisito, diría yo. Pero supongo que estáis a punto de conocerlo, jajaja. – Goulet no perdía la sonrisa, aunque, el tzimisce podía observar que sus cofrades estaban impacientes y no se sentían cómodos en aquella situación, por el motivo que fuese. – No quisiera ser descortés, pero nosotros tenemos que irnos. Aguadad un segundo, avisaré a Gharston y él se ocupará de vuestra petición de audiencia. Esperadme aquí, mon amours. – Les dijo a sus compañeros.

La situación se volvió algo más incómoda ya que ni Bishops ni Camille parecían tener ningún interés en mantener una conversación, es más, ni siquiera entre ellos. Era como si, cuando no estaba su ductus, no se molestasen en parecer de la misma manada. Pero ambos permanecieron muy serios y altivos. Después de todo, aquella era su ciudad.

- ¿Y quiómo pueden dorrrmirrr aquí con esste maldito riuido? – El tzimisce ya tenía tema para toda la noche.

-Seguro que cuándo te acostumbras es como una nana, ¿eh?, jejeje. – Lupus seguía mirando a los cainitas de Las Reinas, intentando hacer contacto visual en pos de entablar algún tipo de conversación, sin embargo, la tarea parecía hartó complicada. – Con un buen ritmo de fondo, du di du di du, chica bum chica bum bum, tara tara ta. -

Estaba claro que allí había poco filin. Y el ambiente se mantuvo enrarecido hasta que Goulet reapareció con un cainita alto y moreno que debía ser el tal Gharston. El cabello oscuro le caía hasta los hombros y lucía un bonito tatuaje de un dragón enroscado en su mejilla, bajo unas gafas redondas metálicas de sol y una larga perilla. Junto a él, dos canes de la raza pitbul, seguramente ghouls, olfateaban el ambiente y se sentaron a un lado a su señal.

- ¿Son ellos? – Pregunto de forma totalmente innecesaria. Su largo abrigo de cuero dejaba entrever unos desgastados tejanos y dos pistolas 9 milímetros en sobaqueras que no pasaron desapercibidas al tzimisce.

-Silver Rockets, os dejo con nuestra seguridad – Por supuesto, Goulet miraba a La Bestia cuando dijo estas palabras. – Gharston Roland, lo más parecido a un policía que tenemos por aquí, jijii. Nosotros nos abrimos. Hasta la vista, queridos. – cogió por los hombros a sus dos reinas y se dirigió por el pasillo por el que ellos habían venido.

- ¿Cómo decís que os llamáis? – El alto cainita, sacó una pequeña libreta y comenzó a anotar. Las presentaciones se volvieron monótonas y repetitivas. Y excepto cuando Lupus le preguntó por los nombres de los perros, hubo poca conversación por su parte. Según les contó, él mismo pertenecía a la manada de la Arzobispo, Los Ángeles Perdidos. Durante la breve conversación, les condujo por un corredor a través de algunas criptas hasta el Mausoleo. Cuando hubieron alcanzado la sala principal, aún tuvieron que hacer tiempo, pues Valez seguía reunida. La espera junto al taciturno vástago y sus sabuesos, tampoco fue en ningún modo enriquecedora en cuanto a obtención de información. Una vez hubo comprobado que los cainitas de la manada recién llegada no parecían querer causar problemas, solo hablaba con los perros como si fueran sus hijos y parecía impaciente por poder largarse de allí cuanto antes. Debía tener asuntos más importantes que atender.

Aunque, quizás el motivo por el que los Silver Rockets apenas hablaron, podía deberse también a que estaban bastante fascinados con la visión que tenían frente a sus ojos. La impresionante sala principal del Mausoleo medía unos veinticinco metros de altura, tenía cabida para unas quinientas almas, según calculó De Paso y su decoración, entre clásica y gótica, contaba a lo largo de sus muros, con numerosas e imponentes estatuas de ángeles, cainitas y demonios y estaba coronada por una majestuosa vitrina que mostraba una escena de la Gehena, justo encima de un trono de huesos, esculpido sobre un estrado. Tres de sus cuatro paredes albergaban dos niveles de criptas. Las superiores, eran accesibles mediante dos

escaleras de caracol que formaban arriba una balconada que lo dominaba todo. Y precisamente de allí vino el ruido que le despertó de sus cavilaciones finalmente. Unas puertas se abrieron con estruendo y unos pasos resonaron con fuerza en el eco de la gran sala.

Primero, un tipo corpulento, de melena rubia sobre los hombros bajó airado las escaleras con semblante visiblemente contrariado. Con una ropa de soldado de la primera guerra mundial que desentonaba un poco con la época, pasó frente a ellos sin apenas mirarlos ni mucho menos pararse a saludar. Iba mascullando para sí maldiciones que De Paso no logró descifrar.

Detrás y más calmado, bajaba otro cainita todavía más grande, un gigante de casi dos metros vestido con ropa casual. Llevaba el cabello moreno corto y peinado hacia atrás y gafas a la moda. Pero él sí se paró cuando vio a los visitantes desconocidos. Se bajó las gafas, para observarles mejor, mostrando una mirada de depredador y una irónica sonrisa bastante intimidantes en opinión del templario.

-Vaya, vaya. Por si no hubiese bastantes problemas, parece que ahora tenemos visita. – Pese a sus palabras iniciales y su intimidante aspecto, el enorme vástago se mostró bastante amable y tras las presentaciones de rigor, por las cuales averiguaron que se trataba de Miguel Santo Domingo, sacerdote y en aquel momento, líder en funciones de la manada de Los Navegantes, les ofreció su hospitalidad invitándoles a pasarse cuando tuvieran tiempo por su refugio. Según les explicó rápidamente, aunque no tuviera la fama y la importancia de la Capilla de Caín o el Alexandrium, su barco, el Lisbon, amarrado en el puerto, era también historia viviente de la secta.

Cuando se hubo marchado, De Paso coincidió con Lupus y Lilith en que aquel tipo parecía de fiar y simpático. En aquel momento, la visita al refugio de los Navegantes le pareció bastante más apetecible que una noche de fiesta con las Reinas. Pero mientras debatían aquellos pareceres, un hombre con capa, de cabello gris y rostro cuadrado, se asomó por la balaustrada e hizo una seña a Gharston Roland, tras lo cual, volvió a desaparecer.

-Es vuestro turno. – Apuntó el vástago del dragón en la mejilla- Esperad aquí, la Arzobispo bajará enseguida.

Unos minutos más tarde, el cano personaje que se había asomado, bajaba la escarpada escalera de caracol, aferrado a la balaustrada, escoltando a una menuda cainita que quedaba

en parte oculta tras su capa. Al llegar a los últimos peldaños, con el último giro, De Paso pudo ver finalmente, el rostro de Carolina Valez. La radiante vástago que gobernaba Montreal, poseía una belleza exuberante. Su vestimenta, enseñaba todo lo posible su piel olivácea, que conservaba incluso en su actual condición, con prendas transparentes bajo otras de cuero negro, a juego con el cabello. Su gracilidad, sensualidad y aparente dulzura, no encajaban con la idea que el tzimisce se había hecho de ella, a partir de lo que el cardenal le había transmitido.

De Paso intercambió una mirada inicial de incertidumbre con Lilith pero, tras sentarse en el trono, los ojos color esmeralda de Carolina, adquirieron una expresión que provocó un escalofrío en el templario. La lasombra los observó a todos detenidamente, uno por uno, sin decir nada. Su compañero, de pie junto a ella, mantenía un rictus grave, de seriedad educada en otro siglo, se dijo. Debía de tratarse de Tobías Smith, si no le fallaba la memoria y la percepción. El propio sire de Valez, pertenecía a su manada y casi nunca se separaba de su chiquilla.

-Según me han dicho sois una manada de Méjico. No recuerdo haberos visto a ninguno en DF. - La Arzobispo sonaba fría y distante.

-Somos de Tijuana, pasamos por DF cuando su excelencia ya no se encontraba allí, pero oímos hablar mucho de usted. – Se atrevió a decir el tzimisce. El resto se mantuvieron callados.

El semblante de la Arzobispo, apenas se inmutó con la respuesta.

-Como habréis podido observar, estoy muy ocupada en estas noches. Hay demasiados problemas, demasiados frentes abiertos como para poder atender como debería a unos visitantes inesperados. Así que, de momento, trataremos tres asuntos fundamentales:

-En primer lugar, me gustaría saber por qué aparecéis precisamente ahora y si venís de parte de alguien o invitados por alguien de aquí. Y sabed que se me da bien leer las mentiras y las medias verdades. - La postura de Carolina, con las piernas separadas y sus manos sobre los apoyabrazos del trono, le otorgaban un aire de firmeza y seguridad innegables. Fruto del estudio, pensó el templario. Pantera, adoptando una pose de falsa relajación, más improvisada, soltó su aprendido discurso:

-Venimos a sabiendas de que pronto se celebrará el festival de la Apertura de la Letanía de la Sangre y de paso, a conocer, de primera mano, a algunas de las personalidades y manadas más famosas del Sabbat, alentados por el consejo de un amigo suyo, si no me equivoco; el Cardenal Kyle Strathcona nos habló de las maravillas que encontraríamos en su ciudad y del conocimiento e inspiración que podríamos hallar en sus calles. Además, un nosfe antitribu llamado Polidori nos dio su bendición en la frontera y nos dijo que te lo transmitiéramos.

Valez se mostró indiferente al comentario sobre el nosferatu, aunque pareció que el puzle le encajaba cuando levantó su fina ceja derecha al decir:

-Oh, entonces es eso. El viejo Cardenal está preocupado, ¿eh? La pregunta es, si os ha enviado a ayudarme, a vigilarme o a traicionarme...

Cuando Pantera se disponía a replicar, ella efectuó un ademán con la mano instándolo a que no lo hiciera y prosiguió - De un modo u otro, la segunda cuestión es dónde os alojaréis y por cuanto tiempo. Pero esa la responderé yo misma, teniendo en cuenta lo que ya sé y haciendo uso de mi potestad.

-Os alojaréis en el refugio comunal, en la sala que más os guste, de las que poseemos para los invitados. Podréis acondicionarla como deseéis, para protegeros y estar cómodos. Marie-Helène os servirá de guía para mostraros las salas disponibles donde ubicar vuestro refugio temporal en el Mausoleo. Ve a buscarla, Roland. – El cainita, que había permanecido callado, junto a sus animales, tras los Silver Rockets, cabeceó en ademán servil y se marchó por la entrada que habían usado al llegar. De Paso, lo siguió con la mirada, pero Valez, prosiguió sin más dilación, volviendo a recuperar toda su atención:

-Tenéis permiso para andar por aquí hasta la celebración de la Letanía de la sangre, que se iniciará en un par de semanas. Creo que es tiempo suficiente para tratar los asuntos que os han traído aquí, aunque no descarto que pueda suceder algo, en este corto periodo, que os haga decidir abandonar Montreal antes de lo previsto. Las cosas andan algo revueltas. Si esto sucediese, os pido un favor: avisadme personalmente. Últimamente, ha habido varias desapariciones que no hemos logrado esclarecer y no me gustaría que nada les ocurriera a unos amigos del Cardenal que además están bajo mi protección. –

El tzmisce se percató de la fina sonrisa que apareció en sus labios con esta última frase. ¿Pretendía dar algo de calidez a sus palabras, o era, más bien, un gesto de ironía?

-Mientras habitéis en mi ciudad, respetareis los pactos establecidos- Continuó, volviendo a la expresión severa -Pedid permiso para entrar en los territorios de otras cofradías. No alborotéis demasiado al rebaño, si no es por una buena causa y si lo hacéis, que sea bajo tutela de alguna de las manadas residentes. Tened cuidado por donde cazáis y dónde practicáis ritos o juegos que puedan ser peligrosos o malinterpretados. Informaos antes de moveros por ciertas zonas que aquí consideramos ‘peligrosas’ o delicadas- Su mirada reflejaba preocupación real cuando añadió - Esto último no es ningún capricho ni exageración, creedme.

Pese a que La Bestia se revolvía, claramente incómodo, con la larga lista de reglas y consejos que, seguramente, lo estaban sacando de sus casillas, la lasombra no se detuvo en ningún momento.

-En tercer y último lugar y para que no penséis que existe algún menosprecio o deslealtad de mi persona hacia ningún miembro del Sabbat, haré un hueco en mi agenda mañana mismo para reunirme con vuestro ductus y recoger, a través suya, cualquier petición o impresión que queráis trasladarme. Como ya he dicho, me hubiese gustado que las circunstancias fuesen otras y poder recibiros con una buena fiesta de bienvenida, pero por desgracia, ese no es el caso-

La Arzobispo Valez se levantó del trono con la misma premura con la que lo había ocupado, y cuando parecía que ya había terminado de hablar y que no dejaría turno para ninguna réplica, antes de volverse hacia la escalera, intentó adoptar una actitud más cálida diciendo:

-Dicho todo esto, espero que vuestra estancia en la ciudad de los milagros negros, sea algo que recordéis para siempre. Larga vida al Sabbat –

Capítulo 7. Noches de Juego y Sangre.

Luna Nueva. Las noches así podían ser algo peligrosas, pero sin duda eran las preferidas de Lupus. No había nada como despertar hambriento y decidir que lo mejor que podía hacerse era ponerse manos a la obra y darse un buen festín. ¡Ah!, la caza. Qué gran invento. Acechar presas en oscuros callejones, sucias alcantarillas o cuartos de baño, de algún bareto, llenos de jeringuillas y olor a meados. Mmmmh.

Al gangrel antitribu de ciudad le gustaba su no vida. Disfrutaba de cada jodido momento que le otorgaba la maldición de Caín. No solo por su condición de privilegio en la cadena alimenticia, o porque amara la compañía de sus hermanos de manada y las juergas que se corrían. Lupus poseía un espíritu que pocas veces se encontraba entre los condenados. Era como un niño con un juguete nuevo, o un adolescente enamorado por primera vez, cada noche. Alguien así, podía mantener unida una cofradía por mucho tiempo.

- ¡Buenos días princesas y otras antiguallas!, estamos en Montreal, arriba esa peña – La jornada anterior había acabado poco después de la charla con la Arzobispo Valez. Una tía estiradilla, la lasombra, no parecía alguien con quien fueras a divertirte saliendo de fiesta. Y tampoco alguien de quién fiarse, por ende. Pero seguro que en aquella ciudad había muchos otros chupópteros interesantes y enrollados.

La tal Mary-Hélèn, que les había mostrado el mausoleo y las salas disponibles, una vez que quedó claro que los Silver Rockets no eran defensores de los angloparlantes, también se tiró bastante el rollo contándoles algunas cosas referentes a las cofradías más ilustres de la ville: Las Viudas, eran sin duda, el plato fuerte para el gangrel antitribu. Esa cofradía era el sumun de lo que Lupus podía buscar en esta ciudad, las representantes cátaras más famosas de América. Pero Mary les había dicho que no todos los cainitas sabían disfrutar de los placeres que dispensaban las Hermanas Oscuras, como también les gustaba autodenominarse. Por eso mismo, prefería dejarlas para cuando ya estuviesen más metidos en faena.

En cambio, parecía que los llamados Bibliotecarios no iban a ser los maestros de la diversión, con su Alexandrium y su faceta de escribanos de la secta. Tampoco los Pastores de Caín olían a viejos roqueros y, si era verdad que se dedicaban a estudiar los entresijos y desviaciones de la humanidad y las sendas de iluminación y a cazar demonios en sus ratos libres, no tenía pinta que fueran a ser gente con la que pasarlo en grande.

Pero además de las Reinas de la Misericordia y Los Navegantes, a los que ya habían conocido fugazmente, la cainita de la cofradía de la arzobispo, les habló de una manada que, siendo una reliquia de la historia de Montreal, estaba en vías de desaparecer y había llamado la atención de Lupus: Los Miserables. Sus juegos Sabbat eran conocidos y practicados por todas las manadas y eran objeto de estudio y destino turístico para los hermanos que venían de fuera. Estaba deseando conocerlos.

Por eso cuando Pantera, La Bestia y De Paso, habían determinado ir a visitar a los Pastores en primer lugar la noche siguiente, teniendo en cuenta que se trataba de la manada a la que pertenecía Zhou, además de ser una de las más insignes cofradías del Sabbat, Lupus había protestado airadamente. Aunque no pudo disuadir al ductus de su decisión, sí consiguió que le dejaran a él decidir cuál sería la siguiente visita, y lo tenía clarísimo.

-Vamos pues a ver a los pastorcillos esos, si no hay más remedio. Espero que no se alarguen mucho, estoy hambriento y deseoso de una buena caza. No tengo el ánimo para muchos sermones, jajaja. –

-Venga Lupus, siempre es bueno aprender cosas nuevas. Nuevas experiencias, nuevos puntos de vista, nuevos secretos. Si no, la vida sería muy tediosa: solo cazar, acechar, pelearse... –

La noche anterior, mientras discutían sobre cuál sería su próximo movimiento, Lilith había estado realizando rituales de protección en torno al refugio que habían elegido, bajo la atenta mirada de Quatemoc, que parecía aburrirse por la falta de acción. Lilith era para el gangrel de ciudad, lo que una amiga para un mortal. No había mejor definición. Ciertamente era que disfrutaba cazando junto a Quatemoc, luchando codo a codo con Pantera y realizando Ritae con De Paso y La Bestia, pero con quien realmente se divertía en los momentos de relax y con su mayor afición, que era la música, era con la tremere antitribu. Más allá de los vínculos, que sin duda eran determinantes, Lupus sabía que la taumaturga tenía un punto que le hacía sentir bien. El haber estado a punto de perderla no le había gustado nada, por mucho que hubiese mantenido hacia sus cofrades una actitud de entereza, por dentro había estado muy jodido y asustado.

-Está bien, ricura. Aguantaremos un poco el chaparrón, pero luego le toca al tío Lupus divertirse. ¿Eh? –

Aunque, como cainita del Sabbat, no buscaba una relación de amor, ni mucho menos, de pareja, como seguidor y practicante de la senda de la catarsis, sí gustaba de disfrutar los placeres, tanto de los de su especie, como de los mortales. Pero el hecho de que Silver Rockets fuese una manada nómada y que en ella no hubiera ningún otro cátar, no le facilitaba el trabajo de entablar relaciones con otros vástagos de su gusto, con los que practicar sus juegos y depravaciones personales.

Atram o Lilith, como le gustaba que la llamaran ahora, no era muy activa a este respecto. Le gustaba disfrutar la vida de otras maneras. Con el añadido de que, De paso era bastante posesivo y protector hacia la cainita. Por eso, se había quedado un poco chafado la noche que Sid, la gangrel antitribu de los cosechadores, había elegido a Quatemoc como fuente de placer. No es que no se alegrase por su hermano, ni que sintiese celos, esas cosas eran de humanitos debiluchos. Pero en aquel momento, le dejó algo tocado, ciertamente.

Abandonaron el refugio poco después de la caída del sol, según les dijo Lilith, pues había realizado un ritual para despertarse justo antes y les había levantado a los demás con premura. Tuvieron que coger los vehículos para desplazarse hasta la falda de Mount Royal donde se encontraba la cripta del Oratorio de San José. Pero su presta puesta en marcha y temprana llegada al cubil de los Pastores no les sirvió de mucho. Encontraron una congregación de feligreses mortales dirigida por un abad que se reunía en la entrada del cementerio y éste, que parecía ser un ghoul, nada más verles, les invitó a marcharse asegurando que el hermano Yitzhak había determinado que la cofradía no recibía visitas aquella noche. Pese al rechazo de aquel tipo, la manada esperó a que los parroquianos se dispersaran y se dispusieron a acercarse a la cripta. Llamaron a la puerta y como un minuto más tarde, los cerrojos comenzaron a abrirse parsimoniosamente. Un personaje de barba gris y cabello lechoso, vestido con ropas sencillas, apareció en las sombras del interior.

-Seáis quienes seáis, ya deberíais saber que esta noche no recibimos visitas. – Dijo con voz sosegada pero firme.

-Vinimos a conioserr a unos insignies y repiutadoss miembrros die la siecta- La Bestia se mostró amable para variar. Quatemoc efectuó las señas sabbat de rigor lo que, junto a las palabras del Tzimisce, provocó que aquel cainita de ojos penetrantes los mirase con impaciencia:

-Sí, ya imagino que sois miembros del Sabbat y seguro que habéis pensado que una visita a cainitas tan insignes y reputados como los Pastores de Caín, sería un magnífico plan para pasar una agradable velada el viernes por la noche. ¿No es cierto? – El vástago con apariencia y modales de rabino, les miraba sin expresión, sin inflexiones en su voz ni gestos que acompañaran su mensaje y por supuesto, no daba lugar a réplica posible – Pues resulta, queridos hermanos y seguro que entusiastas camaradas de la diversión y el regocijo, que los Pastores no descansan, no juegan y no se divierten. Trabajamos para el Sabbat, por el Sabbat y desde el Sabbat y lo hacemos sin pedir nada a cambio. Nada excepto intimidad, privacidad y un poco de sacrificio. Y debido a que no recuerdo conocerlos de nada y como ya he explicado antes, hoy no es un día de visita ni de homilía, debo rogaros que nos dejéis con nuestro trabajo y nuestra oración y volváis cuando seáis bienvenidos -

Lupus no podía creer lo que oía, era como si aquel hosco y remilgado personaje le hubiera leído la mente y no hiciese más que corroborar el hecho de que no le iba a agradar la visita en ciernes, pero a la vez, al negarles la hospitalidad, le estuviera provocando un alivio tremendo por librarles de sufrirla por el momento. Aunque sabía que Pantera no se daría por vencido tan fácilmente.

-Vuestro amigo, el Cardenal Strathcona, os envía saludos – se aventuró el ductus.

-Nos damos por saludados, y ahora largaos – La puerta se cerró y volvieron a sonar los cerrojos y los Silver Rockets se quedaron con cara de perplejidad frente a aquella entrada.

-Estirrado pissafarde, no sie le cierra la puertrta en las narrices a un Voievoda de la fieja tierra, que pide hospitalidad, sin consiecuensiasss- El humor de tzmisce volvía a ser el de siempre.

-Cálmate Bestia, seguro que les hemos pillado en un mal momento. Tendrán una fiesta privada ahí dentro y no quieren que se la estropeemos. – Lupus ya se frotaba las manos con el cambio de plan. Pero pudo escuchar como Antonio De Paso se acercaba a Pantera y le decía a media voz:

-Estimado líder, ¿no fuiste vos el que dijo que no deberíamos airear el nombre de su eminencia a la ligera? Dos visitas, dos menciones. A este paso todo Montreal sabrá que venimos de su parte, che-

Tras el desafortunado error de cálculo por el cual habían perdido la primera hora de la noche, Lupus convenció rápidamente a los demás de que era su turno de decidir cuál sería su próximo movimiento.

-Centrémonos en nuestra misión, querido amigo. - Le había dicho Pantera – Recuerda que su excelencia, la Arzobispo, nos ha dado pocos días de plazo, no podemos perder tiempo.

-Oye, estos tipos, Los Miserables, seguro que son la bomba. Mary-Hèlén dijo que sus juegos son famosos en toda la ciudad. Sin duda conocen a todo el mundo, sabrán un montón de historias que nos aportarán información y apuesto mis colmillos a que son más amables que esos engreídos pastorcillos.

Lo que no les había dicho Mary-Hèlén era dónde encontrar a aquella manada, así que tardaron otra hora en volver al mausoleo, preguntar a Gharston Roland, que era el único que estaba localizable y convencerle de que les indicara. Les dijo que, hacia el sur de la isla, en la zona de la Salle, se encontraba el hospital Douglas, que había sido refugio de los Miserables desde tiempos inmemoriales y que podrían ir siguiendo los túneles del metro hasta allí. Por suerte, mientras el cainita acompañado de sus dos sabuesos, les explicaba que no debían deambular sin un guía por la ciudad, apareció por allí la respuesta a sus problemas. Un vástago de aspecto andrógino y vestido y pintado como un payaso ‘Pierrot’, se ofreció encantado a guiarles. Se presentó como Lágrimas, de la manada del Circo y durante el camino, les estuvo hablando de las espeluznantes maravillas que podrían disfrutar si visitaban el espectáculo que su ductus, el tzimisce Maccj Zarnovich, ofrecía.

Lupus no podía creer que hubiera tantas cosas interesantes en aquella ciudad y el habérselo estado perdiendo todo ese tiempo, pero además se dio cuenta de que La Bestia, nada más oír el nombre del voivoda, quedó impresionado y acaparó por completo la conversación para saber más de aquel viejo cainita, posiblemente compatriota suyo. Lágrimas era un fabuloso orador y guía, aunque algo cargante y estrafalario para su gusto, pero por sus palabras, el gangrel antitribu podía reconocer que el pierrot seguía, como él mismo, la senda de la Catarsis.

-Aquellos de allí son Musa y Skin. – Dijo cuando llegaron a un parque, a varias manzanas del hospital - Estamos de suerte. Y la sorpresa no os la cuento. Acercaos despacio y quedaos a cierta distancia. Veréis algo que no tiene desperdicio. -

Musa y Skin paseaban un carrito de bebé a las doce de la noche por la avenida central del parque. Andaban despacio, como si no tuvieran ninguna prisa. No era una noche especialmente fría, ya que, en aquella época del año, las temperaturas no alcanzaban los cero grados centígrados hasta bien entrada la madrugada. Las sombras que dibujaba la pareja sobre la arena, creadas desde los arbolillos que iban dejando atrás, ofrecían una tierna imagen, muy normal y recurrente en otras circunstancias. A primera vista, ella iba cantando una preciosa e hipnótica nana, acompañada por el rítmico girar de las viejas ruedas del antiguo capazo, mientras su compañero, charlaba animadamente en voz relativamente baja, aparentemente abstraído por la importancia de su conversación.

Mientras los Silver Rockets se iban acercando pausadamente, pudieron observar como unos adolescentes ebrios y especialmente desinhibidos que bebían en un banco, comenzaron a increpar a la pareja:

- ¿Dónde vais a estas horas con el bebé? - Dijo una rubia especialmente gritona. - Vosotros sois del hospital, ¿no? ¿Estáis mal de la cabeza o sois mongolitos sin hogar? – Añadió su amiga sin dejar de reírse.

Pese a que ellos continuaban su deambular, los adolescentes, no parecieron quedar satisfechos. Había algo en la escena que atraía su atención y disparaba sus hormonas hacia el flirteo. Ese flirteo enfermizo con el abuso, el insulto y la necesidad de demostrar frente a sus congéneres sus avezadas e ingeniosas crueldades.

- ¿Es que no oís, también sois sordos? – Un tercer varón, que estaba fumando un cigarrillo, posiblemente de marihuana, quiso dejar claro que podía estar a la altura.

Lupus no sabía si era la canción de la cainita, alta, esbelta y con ese pelo lacio y rubio cayendo en cascada como en un sueño, cubierta solo con un largo salto de cama blanco, o la indolencia y desinterés de su compañero desgarbado y mal vestido, que no paraba de rascarse y de hablar consigo mismo. Pero allí había algo que estaba impulsando a los incautos y jóvenes mortales a algún tipo de trampa.

Las dos chicas se acercaron riéndose, dejando al otro en el banco. Se miraron con complicidad y comenzaron a simular burda y torpemente un cambio de actitud.

-Perdonad, era broma, jijiii. ¿Podemos ver al bebé? Es que esta se ha quedado preñada de ese y quiere saber cómo es.

-Jajajaja, tía, ¡pero qué puta mentirosa eres!, Si eres tú la que se folla a todo cristo.

En ese momento Musa se detuvo, pero sin dejar de cantar. Lupus, desde esa distancia, podía ver que la cainita llevaba una venda que le cubría los ojos, lo que seguramente había dejado algo extrañadas a las envalentonadas muchachas, que una vez cerca del carrito se habían detenido. Pero ella, bajando el volumen, se acercó por el lado contrario y levantó la muselina que cubría el cuco, invitando a las jóvenes a asomarse con un ademán de la mano.

-Tía, ¡Qué mal rollo!, lleva los ojos vendados, ¿has visto?

Al mismo tiempo, Skin, que parecía seguir ensimismado en su ininteligible conversación, se acercó al joven que fumaba en el banco. Y su voz creció y se convirtió en una frase más coherente:

-Oye chaval, ¿me das un poco de eso que fumas? A ver si se me quita un poco el picor este. Yo creo que con un par de caladas se calmarán y me dejarán un ratillo tranquilo, ¿sabes?

El adolescente se lo quedó mirando desconcertado. Ahora que no era él el que llevaba la iniciativa, parecía que había perdido parte de sus redaños.

- ¿Pe... pe... pero que dices, tío? ¿Quién se calmará? ¿De qué coño hablas? Joder, tienes la piel echa un asco. ¿Por qué no paras de rascarte?

- Los gusanos, amigo. Los insectos y las larvas. Ahí, ¿ves?, debajo de mi piel. ¿Puedes verlos? ¿Ves cómo se mueven los cabronazos?

- ¡Hoostias! La madre que me par...- El chaval salió disparado del banco y cayó de espaldas. Se quedó mirando el cigarrillo y lo lanzó lejos. — ¿Pero qué mierda...? -

Simultáneamente, una de las adolescentes, impulsada por la malsana curiosidad se había acercado al carrito y se asomaba para ver al bebé. De repente, su cuerpo fue arrastrado hacia dentro del capazo y los gritos y la sangre comenzaron a salir despedidos en todas direcciones.

La otra chica, que parecía no poder entender lo que estaba pasando, se limitaba también a gritar como una posesa, con las manos en la cabeza, totalmente arrebatada por el pánico.

-Buah, troncos, estos mendas se lo montan de fábula. – Dijo Lupus en voz baja. No se creía lo que estaba viendo, era puro espectáculo – A esto le llamo yo caza mayor, iguau! -

Musa se acercó, sin dejar de cantar, a la aterrada muchacha. La cogió sutilmente, abrazándola mientras la mecía, y estaba a punto de alimentarse cuando, de pronto, pareció percatarse de la presencia de intrusos en las cercanías, porque levantó la cabeza hacia el lugar por el que se aproximaban los Silver Rockets y descendió sensiblemente el volumen de su canción, a la vez que hacía callar a su presa de alguna forma, con la mano en su garganta.

Entonces, Skin, que también se había hecho, de alguna forma, con el muchacho del banco, le dejó tumbado, aparentemente inconsciente y se dirigió rápidamente hacia el carrito e intentó, por todos los medios, separar a la primera joven de lo que fuera que estuviera devorándola desde dentro. Mientras estaba afanado en aquella tarea, el cainita, buscó con la mirada a su alrededor. Sin duda, la maniobra de su compañera le había alertado de que algo o alguien, interrumpía sus quehaceres nocturnos.

-Vaya, creo que nos hemos acercado demasiado. No os alarméis, hermanos – se adelantó a decir Lupus – Seguid a lo vuestro, solo somos una manada visitante que queríamos disfrutar con el espectáculo -

Pero, pese a las palabras del gangrel antitribu, y otras de sus cofrades, la situación se había tornado incómoda. Musa se quedó en la misma postura en la que se encontraba y cantando por lo bajo, encarada hacia donde estaba el grupo de intrusos, sin dejar de sujetar a la chica por el pescuezo, que parecía estar dando sus últimos estertores. Mientras, Skin decidió acabar con el forcejeo, con un brusco movimiento que debió partir el cuello a la otra provocando el final del griterío.

-Es cierto lo que dicen, hermanos – Intervino Lágrimas – No debéis preocuparos. Son de los nuestros, visitantes de lejanas tierras. Sólo querían ser testigos de cómo unos padres afanados y dedicados, alimentan a su bebé, jijijii. Pero claro, el pequeño es algo voraz, jajaja -

Mientras decía esto, los ruidos descarnados similares a los de un perro enrabietado comiendo, surgían terriblemente de dentro del capazo, del que colgaba el cuerpo, ahora inerte, de la adolescente. Debajo, había empezado a formarse un charco de sangre.

-Entonces, vosotros a lo mejor podíais darme algo para el picor-

Las presentaciones fueron cortas. Musa no hablaba, de hecho, no paraba de cantar, aunque fuese en voz casi inaudible. Y Lágrimas les dijo que, desde que él estaba en la ciudad, siempre había sido así. Nadie en Montreal parecía saber por qué, aunque el que fuera una Hija de la cacofonía, podía tener algo que ver. Ninguno de los allí presentes sabía mucho de aquella línea de sangre, tan poco habitual entre los de su especie y, por tanto, nadie se atrevió a poner en duda sus palabras. El tal Skin, por otro lado, no paraba de hablar, pero Lupus había averiguado, incluso antes de que el Pierrot se lo confirmara, que el cainita pertenecía al clan antitribu Malkavian y, por tanto, la comunicación se tornaba complicada cuanto menos, teniendo en cuenta que su principal tema de conversación se basaba en el picor desmesurado que sentía y en su afán por hacer que los demás vieran los insectos que se movían bajo su piel.

Pero lo más interesante sin duda, era lo que había en el cuco del carrito. Juguete, era el nombre que los sabbat de su cofradía le habían puesto al engendro de vástago Samedi que había provocado aquella escena tan ‘curiosa’. Por lo que les contó Lágrimas, con la ayuda de Skin, en los pocos momentos en los que conseguía distraerse de su enfermedad, el Samedi había sido abrazado como una broma, puesto que no tenía ni brazos ni piernas y pese a no haber superado el rito de creación en un primer momento, años después alguien lo había encontrado y lo había sacado del letargo para convertirlo en miembro de la manada de los Miserables, lo cual, sin lugar a dudas, pensaba Lupus, había sido un gran acierto.

A Juguete lo tomaban prestado otras cofradías para diversas formas de entretenimiento y encuentros lúdicos. Había un juego que el cainita parecía disfrutar especialmente al que llamaban ‘rapar a los mortales’ y que consistía en llevar a personas a las que raptaban a un almacén abandonado en el puerto, enterrarlos en grano hasta el cuello en un silo y usar una cuerda con un arnés para lanzar al Samedi dentro. Por así decirlo, era la mascota no oficial del Sabbat en la urbe.

Lupus estaba gozando de verdad con aquellas historias que Lágrimas les contaba. El cainita, de rasgos juveniles y lampiño rostro maquillado, se afanaba mucho en los relatos. De hecho, el

gangrel antitribu, se había dado cuenta de que había ido adaptando su forma de expresión para ajustarla a los gustos de su concurrencia de manera magistral. Lo que en un principio le había parecido recargado y ampuloso, cada vez se iba acercando más a lo que al cátaros de Silver Rockets le gustaba oír.

Y fue precisamente cuando más estaba disfrutando, cuando Pantera anunció que debía irse. Su reunión con la Arzobispo era en una hora y no quería hacerla esperar. Aquella noticia, provocó que Lágrimas también recordara sus deberes y se excusase, explicando que debía acudir al circo a ver a su ductus, el viejo tzmisce Zarnovich. La Bestia, entonces, le preguntó al pierrot si era mucha molestia que le permitiese acompañarlo y le presentara al voivoda, a lo que éste no puso inconveniente alguno.

Musa había desaparecido hacía rato, pero Skin se había quedado con ellos y con Juguete y a Lupus se le ocurrió proponer que los demás, podían ir a los muelles a ‘rapar’ unos cuantos mortales y así de paso hacerse con algo de alimento fresco. Lilith y Antonio De Paso estuvieron de acuerdo y Quatemoc les dijo que acompañaría a Pantera hasta el refugio comunal y luego volvería a buscarles.

Como alrededor de una hora más tarde, el gangrel antitribu y los que se habían quedado, andaban por los viejos muelles en busca de vagabundos o algún estibador o marinero despistado que pudiera rondar por allí para usarlo en su juego. La cosa no se estaba dando del todo bien, cerca del mar, la temperatura descendía mucho a esas horas y la zona se encontraba bastante desierta, en consecuencia. Sin embargo, parecía que la suerte le iba de cara a Lupus aquella jornada sin luna. Una fugaz sombra, un crujido y unos pasos. Después de todo, el lugar no estaba del todo abandonado.

-Shhhh. Silencio hermanos, creo que por fin hemos dado con una presa – Lupus se concentró y sus ojos comenzaron a refulgir con un rojo brillante, lo que le permitía ver perfectamente su entorno con la poca luz circundante.

-Tengo la impresión de que no se trata precisamente de una presa. – Lilith por su parte, parecía haber conectado sus sentidos sobrenaturales y sujetaba a su compañero, el tzmisce De Paso, por el brazo, como temiendo un peligro inminente.

-Pónganse de acuerdo, ¿ok? Llevamos casi una hora rondando estos muelles, con un frío

pelotudo y los gusanitos de nuestro amigo ¿Hay o no hay presa?

-Juguete está intranquilo. Dice que también le pica y el pobre no se puede rascar. – Skin llevaba a Juguete de mochila, el samedi no paraba de gruñir y castañetear los dientes, colgado por unos arneses con la cara mirando al lado contrario que el malkavian antitribu.

Entonces, dos puntos carmesíes, surgieron de la oscuridad del final del callejón. Y una voz fría, de mujer, se abrió paso desde las sombras: - Con el ruido que hacéis dudo que pudierais cazar ni a una rata enferma – Los puntos rojos se desvanecieron y Lupus pudo observar una forma femenina, alta y atlética, saliendo de detrás de unas cajas.

-Skin, ya sabes que, si venís a jugar a los muelles, tenéis que avisarnos con antelación. Aunque aquí ya a nadie parezca importarle, este sigue siendo nuestro territorio. Y, por cierto, ¿Quiénes son estos tipos? – La cainita, que se aproximaba hacia ellos, lo hacía de forma decidida y, al parecer, sin ningún temor, lo que a Lupus le produjo una sensación de provocación manifiesta, sobretodo en el momento en que se plantó frente a él con los brazos en jarras.

-Se te ve muy segura de ti misma, después de todo no nos conoces y no sabes si hemos traído a Skin y juguete en contra de su voluntad - El gangrel de ciudad de los Silver Rockets, estaba estudiando a su adversario con detenimiento, mientras hablaba, aunque no perdía su media sonrisa socarrona de siempre. En seguida se dio cuenta de que también se trataba de un miembro de su clan; los múltiples rasgos ferales en sus ojos, las orejas puntiagudas, las uñas y colmillos más desarrollados, eran señales inequívocas de su línea de sangre y una marca proveniente de sus múltiples acercamientos a la bestia interior, lo que además indicaba que podía ser una armonista y, probablemente, una gangrel rural, de las que abundaban menos en el Sabbat. Además, la cainita había empleado protean cuando usó el brillo rojo de sus ojos para ver en la oscuridad. Por un instante, tuvo la sensación de que esa gatita podría ser lo que andaba buscando.

- ¿Quieres comprobar lo segura que estoy? – La supuesta gangrel, sin embargo, no parecía con ganas de jugar y le retó con su intimidante mirada, adoptando una pose de preparación para el combate. Simultáneamente, de las alturas, comenzó a oírse un furibundo batir de alas, lo que provocó que Lilith, de manera involuntaria, se acurrucase en el suelo con un grito de terror desgarrado. Lupus se echó hacia atrás mientras miraba hacia el cielo nocturno con preocupación y pretendía cubrir a los otros con su cuerpo.

-Yo pienso, si se me permite la observación, que nos estamos poniendo todos muy alterados. Quizás si intentáramos hablar primero, en lugar de ver quien es más boludo... o boluda. Conchuda – Rectificó De Paso al instante, mirando a la cainita que ya mostraba los colmillos - Vamos, que es lo mismo...-

El aterrizaje de una inmensa gárgola, detrás de Skin, hizo temblar el cemento bajo sus pies. Lilith continuaba aterrada en el suelo y Lupus se dio cuenta de que, en aquellas circunstancias, y sin la mitad de sus cofrades, se encontraban claramente en desventaja. Así que decidió recular y optó por tirar de labia, diplomáticamente, sin que se notara mucho que había perdido el reto.

-Vamos, ¡Solo estaba bromeando! ¿Es así como recibís a una manada nómada en este país? Somos de los vuestros – decía, mientras efectuaba los movimientos de las señas Sabbat y retrocedía hacia Lilith – Seguro que podemos empezar de nuevo con las presentaciones. Mi nombre es Lupus y esta preciosidad de aquí – El aspirante a sacerdote de Silver Rockets, trataba de levantar a su amiga del suelo, intentando calmarla mientras hablaba. - Tuvo, hace poco, la peor experiencia de su vida al ser pisoteada y casi despedazada por una Gárgola tremere. Pero esta no es una de esas, ¿verdad? – Dijo, esta vez mirando hacia la marmórea mole de más de dos metros que les flanqueaba. Al posar sus ojos en ella, se percató de que era bastante diferente, en efecto, de la que vieron y destruyeron en la capilla. Con rasgos femeninos y cuernos más cortos, poseía unas facciones con más personalidad y sus ojos reflejaban cierta inquietud. Signos de no ser una simple marioneta en poder de titiriteros. Aun así, la cainita alada, mostró sus colmillos con un leve gruñido, al sentirse impelida. Lo que hizo a Lilith cubrirse de nuevo.

- ¿No nos dijo ayer el contraмаestre que habían llegado unos nuevos? – Dijo la otra cainita, posiblemente para calmar a su compañera.

- ¿Contraмаestre?, entonces vos sos de los Navegantes. ¡Claro!, como no se me vino antes. – Antonio De Paso pensaba y hablaba deprisa, quería acabar con aquella situación de peligro cuanto antes y había recordado algo - Estamos en los muelles, aquí estaba su barco, ¿no es cierto? ¿Cómo diablos dijo que se llamaba? ¿Miguel San Cristo, no fue?

-Santo Domingo – Lo corrigió ella.

-Cierto, Santo Domingo, eso fue. Y el barco era... Lisboa, ¿no? Si no menos que nos invitó a

visitarles cuando quisiéramos –

La tensión entre los grupos se relajó entonces. La supuesta gangrel antitribu se presentó como Celeste y a su compañera y hermana de manada como Erinyi. Decidieron llevarlos a su cubil y que vieran al citado Santo Domingo, pero Skin dijo que Musa lo estaba llamando y que él y el Samedi debían irse. Pese a que nadie había escuchado la supuesta llamada, se despidieron de ellos diciéndoles que irían a visitarles de nuevo al hospital.

De camino al refugio, Lupus intentó reconducir una relación que había comenzado con mal pie. Se mostró halagador y risueño y trató de bromear para ablandar a aquella cainita que le había llamado tanto la atención, pero ésta, parecía bastante insensible a sus dotes sociales y continuó mostrándose distante hasta que alcanzaron su destino. Aunque sí que dejó claro que su clan era efectivamente el gangrel antitribu.

Sin embargo, una vez que llegaron al carguero desvencijado y herrumbroso que flotaba anclado en una oscura y apartada zona del puerto de Montreal, el humor de la tal Celeste pareció cambiar en gran medida y comenzó a silbar una melodía. Aquello rápidamente captó la atención de Lupus.

- ¿Te gusta la música, entonces? – Probó.

- ¿A quién no le gusta la música?

-Te sorprenderías...- dijo, pensando en su cofrade transilvano - Pero, no es mi caso. De hecho, yo estoy intentando que en mi manada formemos una banda.

-Una banda, ¿eh? - La Navegante le miró de reojo con una media sonrisa, condescendiente.

-Nosotras formamos una banda. Nos llamamos WlydChyld. Y somos famosas. – La profunda y lenta voz de la gárgola les sorprendió a todos al articular el lenguaje como un cainita más. – Tocamos muchas noches en El Angel Caído. - Lupus se fijó en que Lilith no dejaba de mirarla y aún no había perdido el miedo y la desconfianza que la atenazaban, pero el hecho de que aquellas hermanas sabbat hubieran formado un grupo de música y fueran famosas, fue algo que eclipsó el resto de sus pensamientos. Cuanto más sabía de aquella Celeste, más le gustaba. Su fiereza, su autoestima, su valor y ese carácter indomable. ¡Y encima era música y

tenía un grupo famoso! Era la primera vez en bastante tiempo que sentía algo así por alguien a quién casi, no conocía. Pero aún no quería hacerse ilusiones. No sería la primera vez que quedase defraudado tras un comienzo prometedor.

Pese a que la apariencia exterior del navío que había delante de ellos no transmitía buenas sensaciones con respecto a la flotabilidad y mucho menos habitabilidad, en cuanto subieron a bordo y pudieron observar su interior, se dieron cuenta de que era todo un engaño visual. La embarcación estaba en perfectas condiciones y sus prestaciones, en cuanto a acomodo, parecían a la altura de cualquier refugio bien provisto y cuidado.

Como Miguel Santo Domingo no había llegado al barco aún, Erinyi y Celeste decidieron que mostrarían a sus invitados sus costumbres y maneras de caza, ya que les habían privado del sustento cuando les encontraron entrando furtivamente en su territorio.

Sin muchas explicaciones, levaron anclas y se adentraron en el lago zarpando rumbo a las Islas de Santa Helena y Notre Dame, donde había parques en los que dormían gran cantidad de vagabundos. La gárgola, partió entonces hacia tierra y trajo volando unos cuantos a los que iba dejando caer al agua cerca del barco.

La diversión consistía en quitarse la ropa y lanzarse fuera borda y atraparlos en las oscuras y heladas aguas del lago, antes de que se perdieran en el impenetrable fondo. Celeste demostró ser una excelente nadadora y sus ojos rojos, una capacidad sin par a la hora de efectuar la maniobra pesquera. Erinyi, por su parte, realizaba impresionantes picados, a la manera de las aves marinas, elevándose posteriormente sobre las aguas con su presa mientras se alimentaba de ella en pleno vuelo.

Aquello, le resultó al gangrel antitribu de los Silver Rockets, una imagen tan exótica y refrescante que juraba y perjuraba que era una de las noches más alucinantes que recordaba en los últimos años. Antonio de Paso, se disculpó diciendo que esperaría otro momento para alimentarse, mientras que Lilith le permitió a su cofrade que fuese él el que le trajera la cena a bordo, sintiéndose todavía algo indispuesta moralmente. Por su parte, Lupus, se hallaba entusiasmado como un niño con el juego de las Navegantes. Se lanzó varias veces al agua y consiguió, trabajosamente, un par de piezas, para él y para la tremere antitribu que quiso compartirlo con el abotargado tzmisce. Pero este rehusó y no parecía estar disfrutando de los placeres de la navegación tanto como sus hermanos de manada.

Finalmente, tras volver a vestirse en cubierta, regresaron a los muelles cerca de las tres de la madrugada donde encontraron a dos figuras junto al embarcadero. Resultaron ser Miguel Santo Domingo y Quatemoc que subieron a bordo, nada más echaron el ancla.

- ¡Vaya, veo que habéis empezado la fiesta sin mí! – El gigantón de las gafas redondas se movía ágilmente para su envergadura. – He encontrado a este ‘figura’ merodeando por aquí y me ha dicho que andaba buscándoos. He supuesto que, si no estaba el Lisbón, era porque habríais salido a dar una vuelta y que posiblemente sus amigos estarían a bordo. ¿Qué tal la caza nocturna en alta mar? Jajajajaj. – El sacerdote de los Navegantes, sin duda había observado los cuerpos sin vida de los mortales que yacían aún tirados en cubierta. Aunque claramente, lo de alta mar, lo decía en broma. Seguramente no ignoraba que se encontraban en un lago interior. No obstante, Lupus todavía no había decidido el clan al que pertenecía aquel vástago, y siempre podía ser un Malkavian que se creyese en el mar Caribe.

-No os preocupéis yo vengo cenado. Hoy he salido temprano de la reunión con Valez. La Arzobispo está muy ocupada últimamente teniendo que lidiar con todas esas ratas hambrientas de poder - El Navegante parecía visiblemente preocupado cuando su conversación giró hacia la política. - Pero no quiero ser descortés, y si queremos tener una buena charla, será mejor que vayamos a los camarotes. Son bastante acogedores, según dicen-

En efecto, el interior del Lisbón, era una especie de mansión encubierta. Como un tesoro de cientos de años, distribuido entre los distintos habitáculos interiores, en forma de alfombras, tapices, pañuelos, lienzos, joyas, estatuillas y todo tipo de artículos singulares. Los cojines de colores y los posters más modernos, se entremezclaban con antiguas armas de otras épocas e instrumentos musicales variopintos. El orden no imperaba precisamente en aquel cubil, pero la distribución era lo suficientemente correcta como para no quitarle ni un ápice de comodidad, incluso para un número de cainitas como el que ahora se encontraba reunido. Tras acomodarse, el Gangrel antitribu no pudo aguantar más sus preguntas:

- ¿Este barco, entonces, está operativo?, ¿Viajáis realmente en él? – Lupus alucinaba con toda aquella parafernalia y su imaginación volaba viendo a aquella manada viajando por los lagos y asaltando ciudades camarilla durante décadas.

-Jajaja, ¡por supuesto! El barco está en perfecto estado de funcionamiento – Santo Domingo, además, resultaba muy convincente en el papel de corsario de película, con sus profundas

risotadas y su carácter jovial - El problema es que su tripulación hace un año que fue mermada y, en los últimos tiempos, nuestra presencia es necesaria aquí, en Montreal. Pero llevamos muchos Lustrós merodeando y asaltando las poblaciones de Norteamérica, por no hablar de los años que pasamos en el Caribe mi sire y yo, en la época de los verdaderos piratas. Muchos de estos tesoros, pueden atestiguarlo.

- ¿Vos sos de los primeros sabbat, entonces? – De Paso parecía no querer dejar pasar la oportunidad de hablar con alguien que había vivido, en sus propias carnes muertas, casi toda la historia de la secta.

-Mi sire, De Soto, lo era. Él vino de Portugal, en el viejo mundo, cuando los primeros Sabbat empezaron a emigrar a las colonias. Y ya allí había luchado contra la Camarilla. Tras mi rito de creación, los Navegantes fuimos durante años, el azote de las islas caribeñas. Y más tarde de muchas otras costas y ríos navegables. Pero aquellos años de batalla y pillaje acabaron cuando él encontró su nueva vocación. Dicen que los de nuestra sangre, seamos de la secta que seamos, acabamos por convertirnos en viejos cascarrabias a los que solo nos gusta hablar y pensar en cómo deberían ser las cosas, al contrario que en nuestra juventud cainita. Incluso yo estoy empezando a convertirme en un estirado parlanchín, jajajaja.

Las palabras del contraamaestre de los navegantes, dejaban claro a cualquiera que supiera un mínimo de historia y saber de los clanes vampíricos que tanto él como su sire eran de sangre Brujah y Lupus así lo pensó.

-He notado que las defensas mágicas de su refugio son poderosas y sutiles. – Lilith intervino con naturalidad, como si lo que decía tuviera que ver con la decoración o el ambiente. Pero lo cierto es que todos quedaron algo aturdidos por sus palabras, incluso sus propios cofrades.

-Vaya, pues no deben ser tan sutiles si has podido captarlas – Santo Domingo parecía intrigado y sorprendido al mismo tiempo. - ¿Tu nombre era?

-Se llama Atram

-Mi nombre es Lilith - De Paso y la propia Lilith hablaron al mismo tiempo, haciendo de su frase un pequeño galimatías, agravado por el hecho de que cada uno empleó un nombre diferente.

Pero Santo Domingo había escuchado perfectamente las dos frases:

- ¡Por las barbas del abismo!, tenemos un caso de doble identidad. Jajajaja. – El gigantón brujah antitribu, rió generosamente. Pero al cabo paró y su tono cambió completamente - Y teniendo en cuenta los conocimientos taumatúrgicos que parece poseer, no estaría diciendo ninguna tontería si pensara que no solo podrías ser una espía Camarilla - La voz del Navegante comenzó a subir de volumen con cada palabra que pronunciaba, su rictus cambiaba y la tensión comenzó a aumentar en el ambiente - sino que además podrías ser una despreciable usurpadora tremere hija de mil infiernos - el final de la frase lo adornó con un puñetazo sobre la mesa en la que se hallaba sentado que hizo sobresaltarse a todo el mundo.

Lupus estaba completamente al límite, el frenesí a flor de piel y podía sentir como los presentes, adquirirían todos, un estado de alerta palpable. Pero entonces fue su compañero el que salió a templar los ánimos.

-La señorita Atram, o Lilith, como gusta de llamarse en los últimos tiempos, es una de las llamadas tremere antitribu, las cuales, en estas noches se pueden contar con los dedos de la mano, como vos mismo debés de saber. Yo, Antonio de Paso, soy el templario encargado de protegerla y ayudarla en sus estudios y averiguaciones para la secta. Encargo proveniente de un alto cargo de la misma, que estará encantado de darle las explicaciones que crea conveniente darle, a vos. Pero por el momento, debés confiar en mi palabra...

-Basta- Lilith cortó al sorprendido tzmisce de forma seca y tajante – Puedo hablar por mí misma. Una cosa es que me protejas de los ataques y peligros del combate y otra distinta que no pueda defenderme de las más que lógicas sospechas que puedan tener mis hermanos sabbat a cerca de mis lealtades. Responderé a todas las dudas que tengáis contra maestre.

- ¡Ni te molestes! – El semblante del Navegante cambió por completo y volvió a mostrar su amplia sonrisa - ¡Esa es prueba suficiente para mí! Huelo el discurso de un Camarilla a millas de distancia. A eso me refiero, jajajaja. La gente directa y sencilla como nosotros. Somos distintos: valor, furor, fuerza, eso es lo que mueve el mundo. Y no esos tejemanejes, conspiraciones y falsedades. Pero hay de todo en todos lados. ¡Ahhh! Los viejos tiempos. Antes el Sabbat era lo que tenía que ser. Y no ahora con todo este politiqueo y parloteo. – El brujah antitribu tenía un carisma innato que amasaba a todo el público presente – Para mí, el acuerdo honorable, un buen líder y la unión de la secta. Olvida ese lío de facciones, inquisición, mano

negra, bla bla bla. Divide y vencerás. Como dijo un sabio. Y a nosotros no hace falta que nos dividan, ya lo hacemos solos... bah-

Miguel Santo Domingo continuó hablando largo y tendido de como él apoyaba a Valez y a sus partidarios, y de que había muchos otros que sólo buscaban el poder de una facción o el prestigio personal. No dio nombres ni señaló a nadie, pero dejó claro que estaba investigando por su cuenta para ayudar a la Arzobispo y que esperaba que los Silver Rockets hicieran lo mismo, si eran buenos y bravos miembros de la espada de Caín. Lilith y Lupus, se mostraron, en varias ocasiones, de acuerdo con las palabras del Navegante, mientras que Quatemoc y De Paso guardaban un prudente silencio, aunque el gangrel antitribu pudo ver que asentían ante el discurso de vez en cuando. También les habló de la menguante relación con su sire, De Soto, y de cómo había sido él y sus nuevos aliados de la Inquisición, los que habían dotado el barco de defensas mágicas contra los demonios, en la época en la que Santiago estuvo luchando contra el enemigo que asolaba la ciudad. Cuando vio que la conversación no daba para más y decidió que su punto de vista había quedado suficientemente claro, el brujah antitribu dijo que les dejaría haciéndose compañía unos a otros porque tenía aún asuntos que tratar aquella noche. Quatemoc, en ese momento, le hizo una seña a Lupus que significaba que iba a seguirle mientras decía en voz alta que iría al refugio comunal a ver cómo le iba a Pantera con su excelencia.

La velada en el interior del barco estaba resultando el remate final para aquella noche perfecta. Los cinco cainitas restantes conversaban e intercambiaban algunas historias de sus experiencias más festivas y gustos musicales. Lilith se había dejado llevar por su nueva naturaleza y, vencido su miedo, consiguió entablar una animada e afable conversación con Erinyi que terminó incluso poniéndose interesante.

-De hecho, – Dijo con su lenta y profunda voz la gárgola - ¿Sabes que no eres la única tremere antitribu de Montreal? Yasmine la Negra, es integrante de la manada más alucinante de la ciudad: Veinticinco diecisiete.

-Que no te oiga el contramaestre decir eso. – La complicidad entre Celeste y su hermana de manada era evidente para Lupus.

-Puedo no estar de su parte, soy una navegante, pero no puedo estar ciega a lo que es evidente. Aunque no lo digas, sé que tú también lo piensas – la Gargola parecía un tanto

azorada con el tema.

-Lo que estás es cegada por esa cobra – comentó Celeste divertida – te tiene hipnotizada con su encanto natural, jajajaj.

Erinyi había escondido la cabeza entre sus alas: - No tenías que decirlo delante de ellos.

- ¿Cobra? ¿Veinticinco diecisiete?, me he perdido. – Lupus quería saber más.

-Son una manada de guerra de la mano. Los Veinticinco diecisiete fueron una de las más prestigiosas cofradías que lucharon en Chicago y ahora andan por aquí. Su líder, Ezequiel, es un Serpiente de la Luz que busca redimirse por un estigma que le dejó su sire.

De Paso que había permanecido ausente durante largo rato, intervino en aquel momento.

-Sangris.

-En efecto. Veo que sabéis más de lo que aparentáis. Y me doy cuenta de que sigo sin saber casi nada de vosotros – Celeste pareció algo intrigada entonces.

-Mi hermano es un erudito. Tan buen estudiante como cazador, jejeje. – Lupus se dejó llevar por sus impulsos, quería impresionar a aquella cainita y creía que ya estaba a punto de caramelo. – Somos grandes cazadores. Casi podría decirse que nos dedicamos a ello profesionalmente.

Aquellas palabras en cambio, no sólo no impresionaron a la gangrel antitribu, sino que casi parecieron incomodarla: - Y supongo que, con cazar, no te estás refiriendo al término normal por el cual todos nosotros nos alimentamos... ¿Y a qué indefenso e inocente animal os dedicáis a extinguir en vuestros ratos libres?

-Tranquila, protectora de los bosques y la naturaleza. - dijo haciendo un poco de burla - A tus animalitos no les hacemos nada, solo nos encargamos de dejarte el camino libre de despreciables aulladores cambia formas para que puedas correr a tus anchas por los bosques. Auuuuuuuu, jejejeje.

Lupus no supo en realidad qué fue lo que realmente había incomodado a Celeste. Pero en ese

momento, la cainita se levantó y se fue sin mediar palabra. Erinyi, sin saber muy bien cómo disculparse, simplemente les sugirió que se fueran y que ya se verían más adelante. Supuso que, a lo mejor, sólo le había recordado algo doloroso. Pero el gangrel antitribu se quedó totalmente desconcertado y desolado. Y aquella noche sin luna que parecía que iba a ser totalmente perfecta acabó siendo otro fiasco que añadir a su colección.

Capítulo 8: El Señor de Montreal

“Y vendré a castigarlos con gran venganza y furiosa cólera; y sabrán que yo soy el SEÑOR cuando caiga sobre ellos mi venganza.” Ezequiel 25:17.

- ¡Todos los informes dicen que Cranston ha perdido el control, que Ottawa está a merced de sus enemigos! ¿Qué más necesita su excelencia para ordenar un ataque? – El caintita, de apariencia extremadamente joven, que vestía un chaleco de cuero abierto sobre el torso desnudo, repleto de piercings y tatuajes, hacía que su encantadora voz de tenor se elevara hacia las alturas del mausoleo, sin apenas alzarla. Una cualidad innata, que le otorgaba cierto aura de profeta.

-Tus sugerencias han sido escuchadas, joven cobra. La decisión la tomará su excelencia con el debido respaldo necesario. – Sobre el estrado y junto al trono que ocupaba la arzobispo Valez, otro vástago, de aspecto mucho más maduro y sereno, pero con un carisma digno de un líder religioso, le respondía mientras realizaba pausados y estudiados movimientos con los brazos. Pantera se fijó en sus brazos. Unos brazos, cuya piel, asomaba repleta de un ingente entramado de tatuajes, de aspecto jeroglífico, bajo su refinada túnica de seda, a la moda de Oriente Medio.

- ¿Te refieres a tú respaldo, Benezri o el de la Rosa, que ni siquiera ha venido porque no le interesan las cuestiones políticas? Te equivocas de bando, Pastor. Con el tiempo, te darás cuenta de la verdad. – La joven cobra, como le había llamado su interlocutor, mostraba que dominaba a la perfección el arte de la oratoria. Por sus palabras, el lasombra de Silver Rockets, dedujo que el tal Benezri, pertenecía a la cofradía de los Pastores de Caín.

-Tú sólo ves una verdad, Ezequiel. Tu propia verdad. Llevo tiempo advirtiéndote del peligro que eso conlleva. – La voz del pastor, se tornó grave y profunda cuando pronunció la frase –

-Claro, cómo no, ya salió la cuestión. El hijo que volverá a caer en los pecados del padre, ¿no es esa la historia? Eso ya no cuela, yo no soy Sangris y lo he demostrado de forma sobrada. – Pantera recordó entonces las palabras de Strathcona acerca del Serpiente de la luz corrompido por fuerzas demoniacas. - He conseguido más territorios y ganado más batallas que ninguno de vosotros, trabajando para la Mano. – El tal Ezequiel, se movió por las escaleras del mausoleo hacia la pared del fondo, donde otros tres cainitas aguardaban en silencio

observando lo ocurrido. - Puedes meterte tu religión y tus redenciones por donde te quepan, a mí no me interesan. ¡Lo que me interesa es ganar una guerra!

-Demuestras no tener idea de lo que es gobernar una ciudad, Cobra. Mantener el control y ocuparte de los problemas de los que debes servir y proteger es muy complicado con una guerra en ciernes - La que hablaba ahora era la Arzobispo. Carolina, vestida en aquella ocasión con un traje de chaqueta negro, de corte elegante, pero sin nada debajo que cubriera su desnudez, excepto unos tirantes negros, trató de hacer valer su postura con argumentos de peso - Es más, no podemos plantear una cruzada contra una Ottawa debilitada sin saber las fuerzas que poseen Quebec o Toronto. Si ni siquiera somos capaces de lidiar con nuestras propias dificultades internas.

- ¿Y por culpa de quién? – Replicó Ezequiel - Llevamos sufriendo la pasividad de tu mandato demasiado tiempo, Valez, tu condescendencia con los mortales, tu indulgencia con los anarquistas, tu velada mascarada. Esas son las dificultades internas. La cuestión crucial es si tienes claro, como sabbat, a quién debes servir y proteger. Tu gobierno pelele impuesto a dedo por la vieja casta llevará a la ruina a esta ciudad y quién sabe si no a toda la secta. – La última frase, la pronunció como si fuera un discurso muchas veces repetido que no quería dejar de recordar. Una estudiada coletilla política.

- ¡Yo también he luchado por la secta, ingrata serpiente lenguaraz! – Saltó la lasombra - He hecho por esta ciudad y por el Sabbat más sacrificios de los que harás tú en toda tu miserable no vida. – Valez parecía a punto de perder la compostura y lanzarse en pos de su oponente - Y te recuerdo que sigo siendo la Arzobispo de Montreal, así que ándate con cuidado y no tientes a tu suerte.

Ezequiel, abrió los brazos en cruz, como ofreciéndose al sacrificio:

-Yo estoy dispuesto a tentarla Valez, ¿Lo estás tú?

-Mantengamos las formas, señores – Intervino Tobías Smith – No somos gritones anarquistas intentando ganar prestigio. Lo último que necesitamos ahora mismo es una guerra intestina. – El otro lasombra, que hasta ahora había pasado desapercibido, de pronto había adquirido un aura deslumbrante. Todos los presentes se vieron obligados a mirarle y tuvieron que aceptar la sabiduría de su discurso. Pero la mirada fría que le dirigió Carolina, no dejaba dudas de que aquellas palabras no iban a quedar impunes.

-En efecto, Smith. – Dijo el serpiente de la luz, más relajadamente - Ezequiel y veinticinco diecisiete no queremos eso. Somos leales al Sabbat. Los que más. Y por ese motivo, nos vamos ahora. Pero esto no quedará así. Todos los aquí presentes sabemos que en algún momento el equilibrio se romperá. Y cuando eso ocurra, ninguna farsa, ninguna religión, ni imposición ni demonio, podrá impedir que cumpla con mi destino –

Y los citados Veinticinco diecisiete, tomaron el camino de salida con paso raudo hacia donde se encontraba Pantera, que se fijó en ellos ahora, pues como acababa de llegar hacía solo unos minutos a la sala del mausoleo, no había tenido tiempo de ver a todos los presentes con detenimiento. Uno de ellos ya lo había visto antes, la noche anterior, cuando habían estado allí mismo esperando a su excelencia. Era el cainita que bajaba muy enfadado supuestamente después de haber hablado con Valez y que vestía uniforme de soldado anticuado y larga trenca de cuero negro. Al pasar junto a Gharston Roland, que estaba justo delante la salida, se giró y miró a Smith haciendo una casi imperceptible señal con los ojos que Pantera pudo captar de casualidad. Los otros dos, una mujer completamente enfundada en una túnica negra adornada con motivos rúnicos y con una capucha que la cubría prácticamente todo el rostro y un varón de aspecto arábico, trajeado, que lucía una larga coleta anillada en un cabello, por lo demás, muy corto, siguieron a Ezequiel a la salida sin mirar atrás.

En la sala, quedaron: la manada al completo de Los Ángeles Perdidos, el grandullón de gafas redondas de los Navegantes al que habían visto también la noche anterior y el Pastor de los brazos tatuados, que en cuanto se hubieron marchado los otros dijo:

-Si su excelencia no tiene inconveniente, creo que podríamos dar por concluida la reunión de Obispos.

-Su excelencia no tiene jodido inconveniente. - La líder suprema de Montreal, visiblemente afectada, se levantó del trono y salió como una bala hacia su cubil, evitando en su camino a Smith que levantaba un brazo hacia ella como para calmar su furia. Benezri y el tal Santo Domingo también abandonaron la sala deprisa, pero por otro corredor y Marié-Helèn que se había quedado a despedirlos, en seguida subió tras los pasos de los Lasombra de su manada.

-Las cosas están yendo de mal en peor, cada noche que pasa – Observó Roland, que se mantenía junto a Pantera – Esto acabará mal.

-A lo mejor debería aplazar la reunión con la Arzobispo para otro momento.

-Aguarda un instante – El desgarbado vástago, de pelo alborotado y largo, silbó a sus canes y se dirigió también escaleras arriba, subiéndolas de dos en dos, con ellos pegados a las piernas.

Al poco rato, volvió a bajar. Esta vez, solo: -Su excelencia dice que subas y te pongas cómodo, te atenderá en seguida –Dijo diligentemente. Y, sentándose en las gradas escalonadas, se puso a revisar una de sus nueve milímetros con perceptible profesionalidad.

Tras subir la balaustrada y acceder al cubil a través de una doble hoja de madera de roble, Pantera llegó a una sala bastante grande también, aunque no tanto como el mausoleo principal. Era alargada y estaba fuertemente iluminada, lo que le obligó a cubrirse un poco los ojos, incluso con las gafas de sol puestas. Un pasillo empedrado la cruzaba hasta el final, flanqueado por jardines repletos de rosas negras, muy bien cuidadas y lustrosas. De este pasillo principal, salían varias ramificaciones que desembocaban en diferentes puertas. Por suerte para el lasombra, Marié-Helén se encontraba allí regando y cuidando la plantación. Le indicó cuál era la entrada del refugio personal de la Arzobispo, la última al final del pasillo, mostrándole en su interior, un sillón negro de sky dónde podía acomodarse hasta que Valez estuviera lista. Por lo visto, había tenido algún percance con la ropa y necesitaba cambiarse, lo que a Pantera le pareció que podía tratarse, más bien, de una excusa para recuperarse de su alterado estado, antes de su reunión.

El refugio de Carolina Valez, parecía un piso de soltera que podría haber estado perfectamente en la planta 12 de un rascacielos y, sin embargo, se hallaba a varias decenas de metros bajo tierra. Por lo que sabía el ductus de Silver Rockets, todo aquel cubil que ahora utilizaban Los Ángeles Perdidos, y en el que cada miembro parecía haber hecho su refugio, se trataba en el pasado, de los aposentos personales que el Cardenal Strathcona había hecho construir para su propia persona. El apartamento que se había montado la lasombra, de lo único que adolecía para parecer uno de tantos de los que se repartían por las urbes de la época presente, era de ventanas, obviamente, pero lo había suplido con grandes posters con fotos nocturnas de ciudades: Los Ángeles, Montreal, San Francisco, Las Vegas, México DF. Posiblemente serían aquellas en las que había estado alguna vez o las que le gustaría visitar. Lo que tampoco había era espejos, una característica habitual en los miembros del clan Lasombra, debido a su debilidad.

Tras unos minutos de cavilaciones, de una de las puertas del apartamento surgió entre las sombras una figura inesperada. El alto cainita de cara cuadrada y cabello cano tan

característico que había subido siguiendo a la Arzobispo unos minutos antes, se acercó al sillón, como haciendo una parada en su camino.

-Pantera, de los Silver Rockets, ¿no es así?

-El mismo. No tengo el placer... - respondió él, algo sorprendido.

-Mi nombre es Tobías Smith. Amigo y consejero de su excelencia, aparte de pertenecer a su cofradía. Soy también su protector y confío en que, dejándote a solas con ella, no le ocurrirá nada. – el cainita, que se estaba colocando la capa, le miró seriamente al hacer esta última afirmación.

-Soy fiel a mi secta y a mis principios. No osaría levantar mi mano contra un líder, si no es siguiendo los medios estipulados por el código de Milán.

-Eso está muy bien. – Smith obvió sus palabras como si todo aquello fuera un formalismo que en realidad no le importara - ¿Y qué me dices del clan Lasombra? ¿Eres fiel a tu clan?

-Soy fiel a aquellos de mi clan que sirven a la Espada de Caín. Respeto a los lasombra que inspiran y dirigen al Sabbat y a aquellos que luchan en sus filas con valentía. – Pantera empezaba a ver por dónde iba su interlocutor.

-Ya veo – El antiguo lasombra hizo una larga pausa, como recordando algo, mientras miraba la foto de Los Ángeles. -Yo conocí a tu Sire, en California, bastante antes de tu abrazo. – Aquello sobresaltó a Pantera sobremanera. ¿A qué venía?, ¿Cómo podía él saber quién era su sire? - Por aquel entonces él también era un ferviente Sabbat.

-Permíteme que lo dude. – Francisco, que se había puesto rígido, se controló midiendo sus palabras en un tema que obviamente le molestaba. No quería que su rival en aquella conversación, sacase partido de sus emociones.

-Lo sé, porque anduve un tiempo con él. Y llegué a tomarle aprecio. Le dije muchas veces que ‘los amigos’ – esta palabra la dijo en español - de nuestro clan, le recibirían con los brazos abiertos. Que le mostraría lo que éramos capaces de ofrecerle a él y por ende a la secta. Pero

no quiso escuchar. Su devoción por sus otros amigos, jóvenes hermanos de manada, sin tradición, sin raíces fuertes...aquello acabó por hacerle caer en desgracia.

A Pantera, no le gustaba hallarse inmerso en aquella conversación, y prefería acabarla, aunque fuese, siendo desagradable: - ¿Y por eso ahora quieres venderme a mí tu grupo de autoayuda?

Al viejo lasombra, obviamente, no le gustó su respuesta: -Mmmm. Exceso de confianza, auto adulación, fervor idealista, amor desenfrenado por los hermanos de manada. Todos los jóvenes sabbat siguen el mismo patrón- dijo con gesto de disgusto.

-Al igual que todos los estirados y retorcidos lameculos que se agolpan en la senectud de la secta porque no les quieren en la Camarilla. La diferencia es que nosotros servimos a un ideal y, digamos 'ellos', se sirven de él para sus propios intereses. – Soltó el discurso con rabia y determinación, pero midiendo su voz para no parecer desbocado. Había entrado en una contienda verbal con alguien que, obviamente, se sentía superior a él y eso no podía tolerarlo. No iba a dejar que aquel antiguo sin cargo, se permitiera darle lecciones. En ello se basaban sus principios. Pero Tobías no parecía sentirse aludido o afectado en absoluto, era como si conociera de antemano su postura y lo que le iba a decir. Un experto en estas lides, por supuesto. Así que, tras unos segundos, dijo con calma:

-Piensa en lo que te he dicho. El efecto de las vaulderies se diluye con el tiempo, algunos hermanos de manada sufren la muerte definitiva y de pronto, si sigues ahí, puedes encontrarte sólo, rodeado de jóvenes novatos que no saben lo que es liderar, con ganas de quitarte de en medio, por el mero hecho de hacerlo.

- ¿Y qué tiene todo esto que ver con Valez? – Pantera, que acababa de tener una visión bastante real de la situación que el antiguo le mostraba, quizás por el efecto de algún retorcido poder mental, probó a girar el foco del tema para recuperar las riendas de la conversación.

-Nada, esto no tiene nada que ver con Valez. – Tobías, miraba al cielo nocturno infinito de las fotos, como si no estuviera allí. - Es sólo el consejo de un 'amigo' – volvió a decir la palabra en español - Elije bien a tus aliados, ductus.

Y como si aquel episodio no hubiera tenido lugar, el Lasombra, se fue hacia la puerta de salida del apartamento. Pantera se quedó pensando en que no tenía idea de quién era aquel antiguo

o lo que pretendía. ¿Controlaba a la Arzobispo?, Después de todo era su chiquilla, aunque en el Sabbat eso no era algo determinante. ¿Sería él, entonces quien gobernaba, en realidad, la ciudad? ¿Y por qué sabía quién era su sire?, en teoría, allí nadie les conocía.

Todos aquellos pensamientos fueron borrados de un plumazo con la aparición de Carolina Valez. La Arzobispo, se había despojado de su chaqueta y los pantalones de pinzas y se había puesto otros, si es que se les podía dar ese nombre, poco más grandes que un cinturón, con medias de rejilla debajo, sujetos por los tirantes que ya había observado antes Francisco durante la reunión. Ahora se veían los tatuajes que adornaban sus, en apariencia, frágiles hombros, rosas negras enroscadas con sus ramas llenas de espinas y el piercing del ombligo. Sus senos, firmes bajo los tirantes, eran pequeños y redondeados, y de nuevo, pudo observar aquel efecto especial que le otorgaba el color oliváceo de su piel, tan extraño en un cainita. ¿Sería algún tipo de ungüento o maquillaje, o una anomalía única? Cuando se aproximó al sillón, sus ojos, verde esmeralda, relucían entre tanta oscuridad. Era una visión, con la que, la parte más humana de Pantera, había fantaseado desde el día anterior. No podía dejarse llevar por ella, al igual que no podía hacerlo por la bestia.

-Veo que has conocido a Tobías. - Aquella voz, por extraño que pareciera, no tenía nada que ver con la que había escuchado hasta ahora Pantera. Tanto el tono, como la inflexión, eran delicados y dulces. Hablaba en español.

-Me ha pedido que me comporte, humhum. – Se aclaró la voz, cuando se dio cuenta de que apenas le había salido un hilo. También él se puso a hablar en español. Ella sonrió.

-Es tan paternal... ¿Verdad? ¿Puedo llamarte Francisco? – En efecto, la figura del padre, como mito freudiano, podía describir, de alguna manera la relación visible entre Carolina y su sire. Ella se mantuvo a una distancia prudencial, de pie, como distraída, comprobándose la ropa y el pelo. Su figura era perfecta.

-Su excelencia puede llamarme por cualquiera de mis nombres. –Después de decirlo, Pantera se dio cuenta de que a lo mejor se estaba dejando llevar, o le estaban llevando a donde querían.

-En cambio, yo agradecería, si puede ser, que ahora que estamos solos, dejásemos un poco de lado las formalidades. Estoy algo cansada de tanta archidiócesis y tanta excelencia. Quisiera

poder relajarme y charlar tranquilamente por un rato. – Entonces, acabó de repasarse y sin más preámbulos, se sentó junto a él en el sillón, de lado, mirándole directamente, con una postura efectivamente relajada, la pierna sobre su propia rodilla y el codo apoyado en el respaldo.

-Por mí, no hay problema. – Él, se giró para encararla, intentado prepararse para lo que pudiera venir. No tenía muy claro por qué le había elegido a él, ni para qué, pero si eso le servía para conseguir algún beneficio, había que aprovechar la oportunidad.

-Bien. Ahora voy a pedirte que seas sincero, Francisco. ¿Te gusta lo que ves?

-Estaría mintiendo si dijese lo contrario, como cainitas aún somos capaces de apreciar la belleza. Pero no entiendo...

-Pues a mí también me gusta. – Por un momento, Pantera pensó que se estaba refiriendo a él y su ego se disparó - O al menos, me gustaba. Pero ya no puedo ni recordar cómo era. ¿Soy tan linda como recuerdo? ¿He cambiado mucho? ¿No te vuelve eso loco, de alguna manera? ¿No poderte mirar a ti mismo cuando te hablas?

Y entonces, se sintió un estúpido engreído por pensar que la Arzobispo pudiera haberse fijado en él. Al menos de esa forma. Era un sentimiento más humano que cainita. -Reconozco que es extraño. - Dijo azorado, pero ella pareció notar algo en su voz y el lasombra reaccionó – Pero no tanto como ver que en tu piel se mueven gusanos y todo tipo de bichos que hacen que te rasques y te mortifiques. Ella tardó un segundo en comprender.

-Oh, veo que has conocido a Skin. Sí. – en su cara se dibujó una sonrisa evocadora. - Una pena lo de esa cofradía. Es tan antigua e histórica como Las Viudas o Los Pastores de Caín. Tendría que poder hacer algo para preservar su legado, y sin embargo, tengo que estar dedicando todos mis esfuerzos y mi tiempo a defender lo que ya ostento. - El rictus de Carolina cambió en un instante. - Ellos, ni siquiera ponen en duda mi mandato.

- ¿Un buen dibujante? – Pantera trató de reconducirla a su zona de confort – Podrías abrazarle y que te pintase cada día. – Valez pareció darse cuenta y agradecer el gesto sonriendo.

-Ya lo hice, no funcionó. Había demasiados defectos. Demasiadas imperfecciones en el papel. - Pero su mente parecía estar cavilando a la vez que decía esto, por el movimiento errático de sus ojos. Al final, pareció centrarse, se levantó del sillón y anduvo unos pasos y mirándole directamente dijo: – Bueno, creo que decididamente, deberíamos centrarnos en lo nuestro. - Pantera no contestó. No iba a caer otra vez en su trampa. Esperó a que ella hablara.

- ¿Qué es lo que quiere el Cardenal? – Soltó sin preámbulos, cruzando los brazos y mirándole.

-Como ya intenté decirte, creo que malinterpretaste mis palabras. Que Strathcona nos recomendará la visita no es lo mismo que nos encomendará una misión. - Intentó él –

-No juegues conmigo Pantera, no soy la cría que aparento ser. – dijo con firmeza, hablando ya en inglés de nuevo y con el tono y la inflexión de la arzobispo. - Ya te dije que sé cuándo me están mintiendo. He sido espía y asesina durante mucho tiempo, incluso cuando aún estaba viva. – Su tono se agudizaba cada vez más y se acercaba a él apuntándole con el dedo índice - Puedo verlo hasta en mis propios hermanos de manada, hasta en mi sire. Ese bastardo traidor. - Cuando Carolina pareció darse cuenta de que a lo mejor estaba hablando más de la cuenta debido a la excitación se detuvo y le miró preocupada. O a lo mejor era una treta más. Miró hacia otro lado – No necesito más espías, ni confabuladores, ni intrigantes en mi ciudad. Necesito verdaderos Sabbat. Templarios, defensores del acuerdo honorable y cainitas inteligentes que se preocupen por la secta y por Montreal. Necesito tiempo y necesito manos y ojos. –

El lasombra estaba un poco desconcertado en aquel momento, el discurso de la Arzobispo era tan errático que nunca conseguía prever el siguiente paso.

La fría mirada de Carolina, recuperó de nuevo algo de calidez cuando le miró y le dijo:

-Independientemente de lo que te dijera el cardenal, ¿Estás dispuesto a luchar en el bando correcto? ¿Te unirías a mí por mor del Sabbat y la preservación de esta maravilla que es Montreal? - La lasombra se acercó a él y le cogió de las manos. Percibió calidez, por lo que adivinó que estaba utilizando el rubor de la vida, empleando su sangre para adoptar cualidades humanas. Aquello podía usarse de muchas formas, pero el acercamiento carnal entre ellos, era una que los cainitas empleaban en contadas ocasiones.

Pantera no quería pensar en ello. En realidad, desde su abrazo apenas había experimentado con ese tipo de juegos, el ansia del hambre y la caza eran todo el placer que necesitaba y que la bestia le urgía a complacer. Por tanto, aquello no era una atracción primordial. Pero no podía negar que se sentía tentado. Y, sin embargo, sus instintos de autoprotección estaban zumbándole avisándole del peligro. Ella estaba intentando seducirle claramente, atraerlo hacia su bando. ¿Pero era el bando correcto? ¿O tenía razón Ezequiel? ¿Y qué pintaba Smith en todo aquello? Ojalá el cardenal les hubiera dado más información, o al menos unas pautas.

-Puedo sentir tus dudas. – Ella bajó la mirada, le soltó las manos y comenzó a retroceder lentamente.

-Necesito algo de tiempo, Valez. – se justificó el lasombra.

-No es algo que me sobre, en este momento. No sé si puedo permitírmelo. - Carolina pareció empezar a dar por fallido su intento reclutamiento para su causa.

-Información, conocimientos, sentir el pulso de la ciudad. ¡Llevamos aquí una noche! Apenas conocemos a nadie. ¿Cómo pretendes que elija un bando, si ni siquiera sé los que hay? – Y pensó sin decirlo: ¿Por tu linda cara? -

- ¿Por lealtad a mi cargo? ¿Eres Sabbat, no es así? – Argumentó ella, visiblemente en tensión.

-Nah, no es mi estilo. Los Silver Rockets somos leales al Sabbat, no a los títulos ni a los discursos. – Pantera era muy testarudo a ese respecto.

- ¿Quieres conocer los bandos? Yo te los resumo: Ezequiel y sus chicos malos, claman por la guerra. Dicen ser cruzados de la secta, fieles a la mano negra, combatientes sin piedad ni ambición. Pero en realidad, lo que desea la cobra, es mi trono. – La arzobispo hablaba deprisa, era una muy buena oradora. - Su sire le preparó para ello desde el momento en que le escogió para ser abrazado. Iba ser el elegido, el hijo pródigo, en aquel momento, el Arzobispo Sangris era un ejemplo al que todo Sabbat debía aspirar. Pero con su caída en desgracia y posterior ejecución por parte de la Inquisición, él se vio mancillado y tuvo que emigrar, para limpiar su honor. Se alistó en la Mano y Montreal quedó huérfana. Los Pastores y Los Miserables quedaron señalados por su apoyo al infernalista, Las Viudas y Los Bibliotecarios nunca tuvieron a nadie interesado en dirigir y el resto de cofradías no tenían la experiencia ni el rango

necesario para ostentar la archidiócesis. Así que el viejo Strathcona acudió a mí. – Se señaló al pecho, orgullosa con el pulgar. - Yo estaba tranquila en mi retiro. Lamiéndome las heridas de una empresa que tuve al alcance de mi mano y se me escapó, porque gente como Ezequiel, prefería hacer las cosas de forma rápida y directa y no tenían la paciencia ni las habilidades para llevar la misión a buen puerto. Ahora me culpan y mancillan mi nombre, pero si las cosas se hubiesen hecho a mi modo, habríamos tomado Los Ángeles.

-Aún y con todo, vine aquí, tomé la responsabilidad y, de un tiempo a esta parte, ha ido bien. He mantenido la ciudad unida, ha habido más celebraciones, letanías, cultura de la secta y simposios de conocimiento y religión que en toda la historia anterior de Montreal. Las instituciones mortales están controladas, apenas ha habido cazadores, ni guerras civiles, ni espías camarilla. Es cierto que sigue habiendo desapariciones y que algunos ritos de creación no acaban bien, pero eso es algo que lleva sucediendo desde que la ciudad fue fundada, no pueden achacarlo a mi mandato. Todo el mundo está contento y somos la capital espiritual del Sabbat en el mundo.

-Y he aquí, que, de repente, reaparece la cobra. Se presenta clamando tambores de guerra, ‘la secta está cayendo’, dice – Carolina imitaba la voz para parecerse a Ezequiel -. ‘Los antiguos os regodeáis en el poder y por eso mi sire fue tentado’. ‘La inacción inherente a las divisiones ideológicas nos consume’, señala. ‘Hay que mantener la eterna lucha para permanecer unidos’. Y todo ese rollo ultraconservador de la Mano. Pero es él el que inicia la verdadera fractura. Con sus discursos, ha conseguido dividirnos realmente. Ahora, sus partidarios: Los Desgraciados y Los Huérfanos, piden mi cabeza, pero no solo eso. Alfred Benezri, el Pastor al que has visto antes, no perdona la vergüenza que Sangris le provocó a su manada y por tanto odia al Serpiente y nunca le apoyará. Más, aunque dice serme fiel, no cree que yo vaya a poder mantener unido Montreal y, a mis espaldas, está formando su propia candidatura a la archidiócesis. Sabe que tiene el apoyo de los suyos y los Bibliotecarios, dos de las principales y más notorias cofradías, e incluso ha atraído el de Las Reinas de la misericordia, sin ni siquiera quererlo.

- ¿Y qué me queda a mí? Parte de mi manada ya me da por vencida, Los Miserables no se pueden considerar una cofradía, Los navegantes están mermados y sin líder y Las Viudas no son guerreras ni están interesadas en la política.

-Por eso, necesito que me digas si Strathcona te ha mandado a ayudarme o a terminar conmigo. – Dijo desacelerando el discurso- Puedo ofrecerte muchas cosas, Pantera. Y lo haré encantada. Porque sólo con tu apoyo incondicional y la lealtad de tu manada, podríamos evitar la guerra civil. Algo que ya significaría todo un éxito dada la situación actual.

El silencio se apoderó del apartamento durante unos instantes. Carolina, volvió a sentarse en el sillón como para recuperar un resuello que ya no existía en realidad, ya que no respiraba. Satisfecha seguramente de su perorata. Pantera se había quedado abrumado, con la recepción de aquella cantidad de datos y propaganda. La líder de Los Ángeles Perdidos sabía hacer un discurso, de eso no había duda. Pero de momento, solo había escuchado su versión, aunque parecía aceptable.

-Puedo prometerte neutralidad. - Dijo el lasombra, al fin. – Como manada visitante, no nos inmiscuiremos en los conflictos entre cofradías y sus miembros, pero sí que intentaremos evitar a toda costa que se de una guerra civil o que se incumpla cualquiera de las normativas del código de Milán. –

Carolina suspiró contrariada, pero Pantera prosiguió elevando la voz al principio para evitar su respuesta antes de que terminara:

-Lo que sí puedo decirte, para que tu paranoia no empeore, es que Strathcona no nos ha enviado para acabar contigo. No eres tú su objetivo, ni ninguno de los cargos de esta ciudad. Ni siquiera estamos aquí para intervenir políticamente, si no es absolutamente necesario. Solo quiere información. En general, en referencia a las desapariciones y algunos cabos sueltos que quedaron tras la destrucción de Sangris.

Valez se mostró confundida entonces. – Ese tema está zanjado desde hace años. Los Pastores acabaron con el infernalista. Santiago De Soto firmo su sentencia y la ejecutó, y desde entonces no ha levantado cabeza. Se encontró a sus aliados, se interrogó a los testigos y posibles confabuladores y sí, hubo algún cabo suelto, pero ¿A qué viene todo eso ahora? Hay preocupaciones presentes más acuciantes que esos viejos misterios, Montreal ha vivido con ellos muchas décadas sin que el Sabbat se viera afectado más que de vez en cuando y de forma indirecta. ¿Al viejo cardenal se le ha ido la cabeza?

-Solo puedo decirte que hay algunos indicios de que algún poder oscuro campa a sus anchas y muy activo en la ciudad y que necesitaremos algo de libertad para investigarlo. Y que ciertas manadas nos reciban y respondan a nuestras preguntas. -

-Vaya, ahora eres tú el que pide ayuda – Carolina sonrió irónica, pero sin mucho énfasis. Parecía cansada.

-Digamos, que la pide el cardenal. Por el bien de la ciudad y la secta –

-Parece que hay un conflicto de intereses, Francisco. Yo necesito tu apoyo, y tú necesitas mi salvoconducto. – La arzobispo, pareció meditar unos segundos. - Te daré algo de tiempo, como has pedido. – Se levantó el sillón y todo el calor que había habido en la habitación se esfumó. – Pero no esperes ninguna recompensa ni favor de mi parte hasta que no respondas a mi oferta. – Dijo mientras se ponía una chaqueta que había sobre una silla. - Si decides apoyarme, tendrás lo que necesites y yo misma me encargaré de que tu misión llegue a buen puerto. Si no, tú y las paranoias del cardenal estaréis a merced del destino. Si no tienes más que decir...- Y le señaló la puerta de salida.

Pantera salió del cubil de Los Angeles Perdidos pensativo. Atravesó el jardín de rosas azabache y se encaminó hacia la sala principal del trono. Descendiendo las escaleras, se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo allí dentro. Y que no sabía nada del resto de la cofradía. Fue entonces cuando pudo ver, abajo en la escalinata, donde antes dejó sentado a Roland, a su hermano Quatemoc. Seguramente, había estado ofuscado hasta que quiso ser visto.

- ¿Has estado por aquí todo el tiempo? – El asamita antitribu, se había retirado cuando llegaron al templo de los eternos suspiros diciendo que quería explorar la ciudad por su cuenta un rato, mientras le esperaba.

-No, he ido a ver a los demás. Pero luego estuve vigilando al tal Santo Domingo. Fue a ver a su sire, De Soto.

-Interesante, ¿y qué has podido averiguar?

Capítulo 9: El Circo

Algo olía mal en aquel apartado rincón de la ciudad. Demasiados insectos se concentraban en la oscura parcela de terreno a la que acababan de acceder, tratándose de una noche relativamente fría de principios de verano. Al llegar allí, la temperatura había ascendido y La Bestia notó que un olor a azufre reinaba en el desamparado erial donde, en otros tiempos, había habido algún tipo de construcción. Montones de cucarachas, arañas y escolopendras se movían por la tierra como huyendo de algo o acercándose a algo. El tzmisce estaba incómodo, intranquilo, aquello no era normal. Más, por suerte para él, su condición de cainita errante le mantenía siempre en un estado parecido y estaba ya bastante acostumbrado a estar alejado de su tierra.

-No lo entiendo – Dijo Lágrimas contrariado. – Se suponía que ese maldito enano tendría que estar aquí.

El pierrot circense, que se había ofrecido a llevar al voivoda a ver a su ductus, le había dicho que, antes de llegar, tenía que resolver un encargo que Zarnovich le había pedido al otro miembro de su manada, un enano deforme llamado Midget. Al parecer, el enano debía encontrarse con él en un local del centro. Pero cuando llegaron allí, le había dejado una nota diciéndole que le esperaría en aquel descampado, adyacente a las viejas construcciones del estadio olímpico.

-A lio miejorrr no esstamosss en el liugarrr indiquiado. – Dijo La Bestia, deseando abandonar aquel sitio infecto.

-No. Es aquí, seguro. Las señas son claras. O ese estúpido psicópata demente me está gastando una broma o me temo que podríamos tener un nuevo caso de desaparición.

-La Arciobispo nosss habló de quie errran comunesss aquí.

-Demasiado. – Respondió Lágrimas, aparentemente afectado - Y este último año, se han cebado con el circo, por alguna extraña razón. Teníamos un forzudo, Goliath, era un brujah agradable. Y una gitana que leía la buena ventura..., pero, ¿qué...? –

En aquel momento, unas cuantas luces se encendieron delante de ellos, cegándoles por

completo y el ruido de múltiples motores comenzó a rugir de forma atronadora. La Bestia reconoció el sonido de las motocicletas, acostumbrado a las de su manada, por lo que rápidamente pudo suponer de qué se trataba. En pocos segundos, una nutrida banda de moteros comenzó girar en torno a las dos figuras aisladas en medio de aquel lugar alejado de cualquier observador curioso, formando una polvareda considerable. El voivoda, lo primero que hizo fue amplificar sus capacidades sensoriales, tratando de discernir si, entre aquella jauría de delincuentes, existía algún verdadero depredador. Un vástago o criatura no humana. Si sólo eran una banda de mortales jugando a dar un susto, se iban a encontrar con la horma de su zapato.

Pese al ensordecedor ruido que producían las motocicletas, el viejo tzmisce, pudo escuchar que el Pierrot, con cara preocupada, intentaba decirle algo que no entendió, en un idioma que sonaba a francés. Abstrayéndose de las luces y el sonido que aturdirían a cualquier persona normal, había detectado, al menos, dos cainitas entre las auras de los pandilleros y sus instintos empezaban a tomar el control. El rojo y la furia afloraban, mientras su carne y sus huesos cedían a la transformación. Su guardapolvos y el sombrero de copa habían caído al suelo y las púas y protuberancias óseas habían desgarrado, como siempre, el resto de la ropa. Ya no habría miedo, ya no habría dudas. Si iban a combatir, sería hasta el final.

Pero aquella demostración de poder y desafío pareció tener un efecto disuasorio. Algunos de los pandilleros fueron abandonando la formación y alejándose hasta que solo quedaron tres que, disminuyendo la velocidad, acabaron deteniéndose frente a ellos, con sus vehículos en escorzo. Pese a las luces que los cegaban en la oscuridad de la noche, La Bestia pudo distinguir a dos féminas vampiras vestidas al estilo moderno de los pandilleros, apenas distinguibles, en su opinión, de los pandilleros varones. Y un cainita de cabeza afeitada que irradiaba un aura oscura verdaderamente espeluznante. Su porte era descarado, sus brazos, poderosos bajo el chaleco de cuero negro. Por un momento, habría jurado que las gafas y los tatuajes que se dibujaban en su cara y la calva, se habían transformado en un rostro de otro mundo, pero lo achacó al deslumbramiento provocado por utilizar sus sentidos aguzados en aquella situación.

- ¿Qué pasa Bellemare? ¿Hay algún problema? – Dijo el Pierrot titubeante, en un aparente arrebatado de valor. – Un viejo amigo de Zarnovich – continuó recalcando la palabra viejo – ha venido a hacerle una visita y el maestro está esperándolo. Si no llegamos pronto, enviará a sus sirvientes.

-No era mi intención asustarte, payasito. – Soltó el tal Bellemare. Su voz era profunda y potente, con un aire descaradamente cínico. – Me pareció que te habías perdido y pretendía alumbrarte un poco el camino. Jujujuju. – Su risa era bastante siniestra, incluso para tratarse de un pandillero del Sabbat. Apenas reparó un segundo en el voivoda antes de dirigirse de nuevo al circense. – Saluda a tu patrón de mi parte. – Y alargó su brazo hacia él, con la mano formando una pistola, lo que resultó muy vistoso ya que, en el dorso, tenía tatuado un revolver Colt, que le llegaba hasta la muñeca. Hizo el gesto de disparar diciendo – ¡Bum!, ya nos veremos. – Arrancaron y las customs se alejaron de allí rápidamente, dejando una nueva polvareda a su alrededor que tardó unos minutos en disiparse.

La bestia, aunque lamentó el gasto de sangre y energía que le había supuesto la transformación, teniendo en cuenta que finalmente no había llegado a combatir, se sintió igualmente complacido y reforzado con lo que él estaba seguro que acababa de conseguir: ahuyentar a unos rivales potencialmente peligrosos, o por lo menos, quitarles las ganas de buscarles problemas: - No crieo qui estufierran aquí porrr casssualidad.

-No sé, no sería tan extraño. No estamos lejos de su territorio. Y Pierre Bellemare y los Huérfanos gustan de usar el miedo y la violencia como método de relacionarse habitual. – Lágrimas parecía agradecido de continuar de una pieza, pero no le pareció sospechoso el hecho de que aquellos pandilleros hubieran aparecido precisamente en aquel momento y lugar.

- ¿Y el eniano? – Preguntó el tzimisce, testarudo.

-Ese bastardo malkavian habrá tenido un brote sicótico. No sería la primera vez. – Zanjó – Vayamos a ver al viejo, seguro que Midget aparece tarde o temprano. Las ratas más molestas son las que nunca mueren...

Durante el camino hacia La Ronde, el antiguo parque de atracciones de la ciudad donde se escondían los integrantes del circo, La Bestia siguió haciendo elucubraciones a cerca de aquel extraño encuentro. Algo que había podido ver en las auras de aquellos cainitas fanfarrones le estaba escamando. Podría ser que fueran diabolistas reincidentes o que simplemente, hubieran perdido el rumbo de su senda de iluminación, degenerando en simples seres depravados a punto de perder el control y abandonarse a la bestia interior y la locura. Pero por lo que pudo averiguar preguntando a Lágrimas, se trataba de una cofradía asentada en la

ciudad que seguía plenamente en activo. Lo más característico de ellos, era su carácter bronquista, su indisciplina y su apoyo descarado al nuevo candidato a la archidiócesis, Ezequiel.

El pierrot le aseguró que, aunque Bellemare podía ser pendenciero y peligroso, era solo un matón brujah antitribu y siempre iba de cara. Hacía unos años, sin ir más lejos, se había enfrentado con el ductus de las Reinas de la Misericordia, Sebastian Goulet – al que La Bestia recordaba de la noche previa- por quitarle el derecho a una diablerie, tras un asalto rápido que se hizo en Ottawa. Desde entonces, se las había arreglado para batirse en sendas monomacias con dos miembros de su cofradía, enviándolos a la muerte definitiva como venganza.

Cuando el tzimisce argumentó que a lo mejor podría estar siguiendo las directrices de alguien más, lo descartó, explicando que no imaginaba al líder de los Huérfanos aceptando órdenes ni del mismísimo regente del Sabbat.

Casi media hora más tarde, cruzaron el puente que comunicaba la isla de principal de Montreal con la de Santa Helena y alcanzaron las inmediaciones del parque. Aquella otra isla era famosa también por haber albergado en el 67 la Expo universal de la ciudad. Y prueba de ello era una gran esfera blanca de 76 metros de alto que podía verse desde la lejanía y que dejaba las norias y atracciones empequeñecidas a su lado.

Por lo que Lágrimas le había contado al voivoda, normalmente, su manada no residía en la ciudad a esas alturas del año, cuando el parque de atracciones abría todos los días. Si no que solían estar de gira por Canadá y Nueva Inglaterra durante toda la temporada estival. Aquel año, la merma de los integrantes del circo había hecho que su partida se retrasara hasta tal punto, que posiblemente no fuera a producirse. No era fácil encontrar cainitas dispuestos a disfrutar de los placeres de la no vida circense, le dijo, a lo que el tzimisce de Silver Rockets le contestó que él conocía a uno que seguro que estaría dispuesto. Si se trataba de disfrutar de algo, su cofrade Lupus no lo dudaría ni un segundo.

Como el parque tenía mucha actividad diurna, Majiez Zarnovich y todo su elenco, se habían establecido entre las antiguas máquinas abandonadas de la zona más vieja, donde unas cuantas carpas en desuso y algunas atracciones olvidadas les servían de refugio a la manada y a sus sirvientes.

El voivoda transilvano, pudo comprobar entonces que Lágrimas no había mentido cuando les dijo a los pandilleros que tenían sirvientes. Aquellos en particular, pertenecían a una de las familias de aparecidos: nombre que se les daba a un tipo de ghouls que, aunque nacían mortales, lo hacían en familias que habían servido a cainitas durante generaciones y, por tanto, habían bebido la vitae de sus maestros durante todo ese tiempo. Estaban tan vinculados al mundo de sus amos, que ya no tenían sitio en el mundo mortal sino para servir como intermediarios y vigilantes. Recibían su pago en sangre y favores y respondían con fidelidad absoluta. Esa era la razón por la cual, estos mortales no eran tan despreciados como el resto por las huestes de la secta. Pese a todo, eran más comúnmente utilizados por Tzimisce o Lasombra que por el resto de cainitas sabbat. En este caso, se trataba de una de las familias más antiguas y exiguas que quedaban, los Bratovich.

Bestia conocía a los Bratovitch de su viejo pasado en Transilvania y eran muy de su agrado. A diferencia de las otras familias, ellos eran más parecidos a los cainitas que a los mortales, tanto en sus filosofías de vida y costumbres, como en su aspecto de cazadores y acechadores. Además, eran muy buenos amaestrando perros de presa y todo tipo de animales de tiro y monta. Por lo que su valor como guardianes y administradores diurnos del dominio era incalculable. Eran fieles sirvientes de otra época y, como pudo comprobar el voivoda con satisfacción, nada más con un vistazo, lo seguían siendo en los tiempos que corrían.

El pierrot condujo al tzimisce directamente a una carpa decolorada y algo raída, en aparente desuso, que, sin embargo, poseía innumerables objetos hacinados en su interior. El olor a cloroformo y formaldehído reinaba en el ambiente y el polvo acumulado y las múltiples telarañas hacían pensar a La Bestia que su viejo camarada no se preocupaba mucho por la limpieza. Es más, seguramente, tampoco dejaba que ninguno de sus sirvientes tocara sus pertenencias para poner algo de orden.

Una música de violines, antigua, posiblemente de Strauss o Tchaikovsky, sonaba desde un gastado gramófono instalado sobre una pila de viejos libros. Cuando le vio, allí de pie, casi completamente quieto, mirando al infinito, con aquella cara desvaída, hueca e inexpresiva, por un momento pensó que se trataba de un muñeco. Una reproducción de cera de las que alguna vez había podido encontrar durante sus viajes, en insulsos museos de carretera. Su monstruosidad, con aquellos girones de piel sobre su huesuda testa, le pareció a Bestia majestuosa, sublime, encantadora. Posiblemente, era lo más aterrador y a la vez bello que habían experimentado sus sentidos desde hacía mucho tiempo. El voivoda quedó embelesado

en el acto por su congénere.

-Maestro Zarnovich – El pierrot logró sacar al tzimisce de su aparente letargo. – El enano no ha aparecido.

Enfundado en negro, con una camisa abierta hasta la cintura, el cainita de la vieja Europa se giró hacia su cofrade, pero no le miró directamente, si no que paseo sus ojos con curiosidad por la figura del otro vampiro que había aparecido junto a él.

-Aahg, ese canalla perrezoso y gandul. Le dije que tuviera listos nuevos recipientes para el ensayo. Si no termino con mis experimentos, nunca podremos montar un espectáculo digno de ver. Perro, ¿a quién me has traído?

-Señor Zarnovich – dijo La Bestia educado, con una profunda reverencia.

-Doctor Zarnovich, si no le importa – Pese a la corrección, su actitud era cordial y agradecida por la deferencia – ¿Y vos sois...? – el acento del voivoda circense le hizo pensar a Bestia que, aunque europeo, no era transilvano, sino de origen más austrohúngaro.

-La Bestia es mi nombre. El Sabbat y mi sirre me bautizaron con él hace ya siglos en la antigua transilvania y he olvidado cómo me llamaba en mi insignificante vida mortal.

- ¿He de entender entonces que sois miembro del clan Tzimisce, como yo mismo?

-Orgullosa y reafirmada. Seguidora además de la horrible Senda de Caín, nuestro padre.
– Bestia se estiró cuán alto era con aquella descripción y su sombrero de copa tocó un farolillo que colgaba del techo.

-Yo en cambio soy más inclinado hacia otros aspectos de la vida y la muerte. Puedes retirarte, mein Freund. – Dijo, dirigiéndose a Lágrimas – ¡Espera!, Por si acaso, envía a los chicos a buscarle, cuando vuelva ese condenado Malkavian va a saber lo que le espera. – Y, volviendo a mirar a La Bestia, continuó. - Perro, ¿qué le trae por aquí a un voivoda de la vieja tierra?

La Bestia estuvo más de media hora contándole a Zarnovich cómo su periplo histórico le había

llevado hasta Méjico y cómo había acabado en la manada a la que ahora pertenecía. Cómo había permanecido más de un siglo en letargo en Europa tras las revueltas y que tuvo que emigrar sólo y apenas con lo puesto – y su tierra en los bolsillos – al nuevo continente en un barco mercante metido en una caja y habitar una cueva en un desierto durante décadas, por no adaptarse a los tiempos y las nuevas costumbres. No dio demasiados detalles, porque siempre había sido un ser precavido, pero soltó bastante su lengua debido a la afabilidad y confianza que le transmitía su congénere tzimisce.

El voivoda circense, por su parte, también le contó algunas buenas historias de su pasado: Su nacimiento en Polonia y su juventud en Alemania dedicada a la medicina y la búsqueda de una cura para la muerte. También le habló de su paso por la cárcel, debido a los resultados de algunos de sus experimentos y cómo allí conoció a un artista circense, cuya devoción le había dejado marcado para siempre. De su experiencia posterior como practicante cirujano que le llevó a conocer a su sire y a su abrazo. Y confesó, que Aquello para él no fue solo una metamorfosis, sino también el descubrimiento final de lo que había estado investigando toda su vida. Una cura, imperfecta, pero una cura, al fin y al cabo.

Más la catarsis que le produjo el descubrir que cualquier persona podía ser curada de aquella forma, le inspiró una nueva filosofía de no vida. Pronto descubrió la banalidad de la existencia mortal y la importancia de seguir investigando hasta dónde llegaba la creación. Buscó ávidamente en los libros durante años, pero en seguida halló su vocación en la experimentación real y empírica. Por aquellos entonces, le contó, encontró su vieja pasión por el espectáculo perfectamente compatible, tanto con su tarea experimental como con sus ideas políticas contrarias a la mascarada y a las pusilánimes marionetas de la camarilla. Los mortales debían ser sublimados.

Y así fundó su circo itinerante en 1826. Junto a sus sirvientes Bratovitch, el voivoda fue reuniendo a una colección de cainitas de los más auténticos y bizarros que se podían encontrar en Europa y fueron sembrando el terror y, a su entender, abriendo las mentes de toda aquella gente encerrada en su mentira vital. Una vez los espectadores, eran iluminados y ascendidos a las más altas cotas de la verdad de la naturaleza del mundo durante el espectáculo, se los devolvía después a sus hogares para que expandieran el mensaje por las ciudades por las que pasaban.

-Fue una parte de mí no vida que siempre recorrdarré – dijo el voivoda con aire evocador – Lo

que yo llamarría mi verrdaderra juventud. – Perro aquel Justicarr tuvo que inmiscuirse y destruirr a todas mis marravillas. Los amaba a todos y cada uno. Erran mis amigos, mis adorradoss, mis hijos. Nunca podrrre perrrdonarr aquella afrrenta. Si volvierra a verrrlo ahorra...

-Si erra un Justicar, sierrría muy podierrosso, imaguino. – Intentó consolarle La Bestia.

-Sólo yo escape y de milagrrro. Tufe que huirr. Venirr aquí a Montrrreal. Esconderr la cabeza como una avestrrrus. No sólo erra antiguo ese Adginis, tenía además poderrossos aliados, arrrcontes y alastorres que nos dierrron caza como a animales. – Zarnovich denotaba verdadera rabia cuando lo contaba. Su rostro, se contraía con espasmos periódicos. – Perro dejemos el pasado, deprrrimente. – Al fin pareció relajarse - ¿Qué ess lo que verrdaderramente le ha trraído a Montrrreal?

- ¿Ha oído siu sieñorrría historrias sobre la inquissisión y el infierrnalismo porr estos larres?

-Mmmm. ¿Sois vos un caballerro inquisidorr? – dijo entornando sus pequeños ojos.

-Nah. No coniosco a ninguno y no siabrrría si son de fiarr. Me muefe un interres propio. No mie gusstan los cainitas que desiden serrvirr a otria caussa que no siea la de nuestrrio padrrre. Y me han dichio qui en esta ciudad, ecxisten extriañias desaparrisiones y en el passado se quemó a guente porr prractivas desleales. Ni quie desirr tiene quie no desconfío de su sieñorrría. – Lo último, lo soltó como una concesión para intentar un acercamiento de camaradería y para tantee el terreno, aunque La Bestia era consciente de que el aspecto social, no era su fuerte precisamente y no sabía qué tal resultaría.

-En realidad, si tengo que darrle un consejo, maese Bestia, es que no se fie ni de su prpria sombrra. Yo mismo he estado investigando demasiado y quisás porr culpa de ello, ahorra mi cofrradía se ha visto en peligrro y con ello el cirrco. –

El voivoda polaco, aparentemente había decidido darle su confianza. Entonces pasó a relatarle que, aunque él no había estado en la ciudad durante el juicio y posterior ejecución de Sangris, tiempo después de que todo acabara y nombraran un nuevo arzobispo, unos caballeros inquisidores llegaron a la ciudad en secreto, de lo cual él se enteró porque, uno de ellos, un ravnos antitribu llamada Elisa Karini, ingresó en las filas del circo como tapadera. Y aunque ella no reveló su verdadera identidad, Zarnovich, a través de sus 'espías', la descubrió. No le habría

investigado de no ser porque en seguida empezó a faltar mucho por allí. La cainita, al parecer, tenía reuniones periódicas con un nosferatu antitribu, que también pertenecía a la organización inquisitorial, en las que hablaban de 'lo que quedaba por esclarecer', pero pasaron meses sin que su investigación avanzara y los encuentros comenzaron a alejarse en el tiempo.

Más tarde, Zarnovich, también descubrió que Karini, siguiendo alguna pista o, más posiblemente, aburrida de no encontrar nada, empezó a visitar a las Viudas con asiduidad. Algo que hacían muchos Sabbat dentro y fuera de la ciudad dados a gustos 'especiales' que el tzimisce circense no compartía. Cuando el circo partió de gira ese año, la inquisidora le dijo al voivoda que se encontraba en un momento complicado y que no viajaría con ellos. Él, la ofreció su apoyo y ayuda en lo que necesitase y se despidió como si no supiera nada.

Nunca más volvió a saber de ella ni del nosferatu antitribu. A la vuelta de la gira, estuvo un tiempo buscándola, tanto con sus 'espías', como después, preguntando él mismo en persona a diferentes vástagos por toda la ciudad. Al principio, pensó que habrían terminado su misión y se habrían ido en secreto, igual que llegaron. Pero fue entonces, cuando algunas de sus fuentes le revelaron cierta información bastante intrigante. Al parecer, Karini, tiempo después de la partida del circo, estuvo preguntando a varias cofradías si habían visto a un nosferatu antitribu nómada, que coincidía con la descripción que el tzimisce conocía, lo cual, le hacía pensar que no se fueron juntos. Además, también descubrió, por aquel entonces, que hacía muchos años, había habido unas cuantas desapariciones en la ciudad, que habían sido relacionadas directamente con la manada de las Viudas. La Rosa y sus hermanas, habían sido acusadas varias veces en la historia de Montreal, de haber hecho 'desaparecer' a algunos cainitas incautos o de haberlos llevado a un estado mental de autodestrucción. Pero muchas de esas habladurías solo eran mitos y propaganda, a veces distribuida por ellas mismas, en su juego de atracción y seducción hacia el peligro.

De hecho, tras ir él mismo a ver que averiguaba, conoció a una de las Viudas, Jade la Cremosa y entabló una buena relación con ella. Pese a no tener sus gustos en cuanto al disfrute de los placeres que ella ofrecía, sí que conectaron en el gusto por la manipulación y la creación de seres 'diferentes', y desde entonces, ella le había estado ayudando en varios de sus experimentos.

-Poco después de haberr descarrtado a las Viudas, hubo algunas otrras desaparrisiones y

empecé a tomarme más en serio mi investigación. Con mis experimentos, logré mejorar a mis criaturas y dotarlas con mayores capacidades sensoriales...

-Un momento, cuando hablabais de esencias, pensé que os referíais a los Briatovitch. -
Le interrumpió Bestia intrigado.

-Ah, no, maldita Bestia, Ellos son fieles y aplicados y sirven para muchas cosas. Pero en cuanto al espionaje, para eso tengo a mis criaturas, mis creaciones más apreciadas. Cruces de infantes mortales y animalitos, que son capaces de colarse en cualquier sitio sin llamar la atención. Mediante la refinación de mi arte, he conseguido que desarrollen, además, poderes vampíricos para observar sin ser vistos. Más tarde, si queréis, podría enseñaroslos.

El voivoda transilvano estaba entusiasmado con la idea, nunca había experimentado con sus habilidades de alteración corporal, más allá de las técnicas básicas que le habían enseñado en sus primeros años como cainita. Pero no podía dejar de pensar que esa herramienta, podría ser usada de formas muy perversas: -Vaya, entonces habréis podido averiguar muchos secretos sin duda.

-En realidad, no tantos, ni tan relevantes como se podría pensar en un principio. Esta ciudad está llena de obstáculos y límites insospechados. Hay poderes y magias singulares en sitios aparentemente aleatorios. Muchas de mis pequeñas, se evaporan sin dejar rastro siguiendo los túneles del suburbano o adentrándose en sus más recónditos rincones. He averiguado secretos que ni se imaginaría, aunque nada que explique las desapariciones y los fracasos en los ritos de creación que se realizan bajo la cruz de Mount Royal. Pero lo que me temo es que los misterios ocultos de Montreal no se deban a las intrigas de ningún cainita, hombre lobo, mortal o casador. He empezado a pensar que un poder oculto, proveniente de alguna entidad ultraterrena, nos acecha desde algún lugar bajo esta tierra.

- ¡Kupala! ... – Dijo el Silver Rocket, de pronto - Recordando a mi sirre habiéndome de un ser de esas características. – continuó, mirando al infinito, como evocando el pasado. ¿Podría ser que el voivoda polaco estuviera usando la vieja leyenda como cortina de humo para ocultar algún retorcido plan? A Bestia le costaba creerlo. Aquel cainita le había conquistado sobremedida, sin necesidad de ningún vínculo ni voluntad.

-Sí, yo también he oído hablar del demonio transilvano. No sé si se tratará de algo

semejante. Lo que intuyo, es que sea lo que sea, controla a otras criaturas como yo hago con mis pequeñas y nos está vigilando. Seguramente habrá un culto o servidores que le adoran, pero no he sido capaz de darme con él. – Zarnovich, continuamente se lamía las puntas de los dedos, en un acto compulsivo que lo hacía parecer más inhumano todavía – No tengo los medios adecuados.

- ¿Conocisteis al cainita de los Pastores llamado algo así como shu o zu? – Probó el transilvano. Parecía que era el momento idóneo para soltar la pista que podría encajar algunas piezas.

-Zhou, si no me equivoco. Sí. Lo cierto es que los Pastores de Caín nunca me han tenido entre sus seres más afines y allegados. Son Cainitas, a mi modo de ver, elitistas en cuanto al trato personal y muy herméticos en sus costumbres. La manera más fácil de acercarse a ellos es aceptando y adoptando sus creencias y sus cultos, la religión es algo que a mí nunca me ha atraído en lo más mínimo. Mis dos vocaciones son la experimentación y el espectáculo. Pero, por supuesto, tengo mis fuentes y sé algunas cosas de sus señorías.

-Mas, precisamente, Zhou, - continuó, volviéndose a lamer las puntas de los dedos - es alguien del que prácticamente no tengo nada. Siempre me ha resultado enigmático ese oriental. Le he visto moverse por toda la ciudad caóticamente, realizando extrañas pintadas, cuadros y rituales o simplemente observando una pared. Si no perteneciese a la cofradía que pertenece, habría sido uno de mis principales candidatos de pertenecer a un culto infernalista. ¿Sospecháis acaso de él, maese Bestia? Hace tiempo que no le veo, por cierto.

-Sé, por una fuente bastante fiable, que Zhou también ha desaparecido y que él mismo investigaba los misterios de los que hablamos - Le indicó Bestia.

-Hummm. Es extraño. Según mis informantes, los pastores oficialmente dan por cerrado el caso Sangre. Aunque es cierto que nunca han aportado mucha información al respecto en reuniones más allá de los círculos de la inquisición o de altos cargos de la secta. Me pregunto...

En ese momento, se oyó un pequeño revuelo fuera de la carpa y un criado Bratovitch asomó cauteloso por la puerta: - Maestro Zarnovich. – dijo en voz queda.

- ¿Qué diablos pasa?, sabéis que no me gusta que me interrumpen cuando estoy reunido. – Al tizimisce se le veía bastante molesto por haber perdido el hilo de la conversación.

-Stephanie ha...- mientras el sirviente hablaba, fue interrumpido y apartado bruscamente.

- ¿Tanta insistencia en que viniera y ahora resulta que no me esperabas?

La cainita que entró a la carpa era una obra de arte en movimiento. Un arte conceptual, casi abstracto, descabellado en términos normales, pero de un gusto sublime, de acuerdo con los cánones del voivoda transilvano. Incluso la tradicional vara de medir de La Bestia, no podía sino inclinarse ante semejante demostración de monstruosidad y alienismo. Todo su cuerpo, además de estar claramente alterado en sus formas y proporciones mediante el viejo arte de la vicisitud, había sido esculpido insertando fragmentos metálicos en extremidades y articulaciones y algunas zonas del rostro y las manos. La boca y los ojos, apenas eran hendiduras sin forma, ventanas a un ser, que distaba mucho de su pasada humanidad.

-Stephanie, ¡Qué agrgradable sorrrpresa! Lo que pasa es que te pedí que vinierras hace dos semanas. - Zarnovich, mostraba una actitud paternal y consentidora hacia aquella repentina intrusa.

-He estado ocupada. Ya sabes. Tengo mis prioridades. - Le respondió, ella sin tapujos. Se acercó a ellos despacio, echando un vistazo a su alrededor, quizás intentando averiguar si algo había cambiado en aquel desordenado cubil.

-Clarro, claro. Cualquierr cosa antes que ayudarr a tu viejo sire con su ttrabajo y sus experrimentos. - Aquello le hizo entender algunas cosas al Silver Rocket, que no quitaba los ojos de encima a la recién llegada.

-Deja de lloriquear como un perro abandonado. Aquí estoy, ¿No? ¿Y este quién es? - Su actitud era desafiante y descarada.

-Oh, perrdonad mi descorrtesía, Maese Bestia, esta es mi chiquilla: Stephanie l'Heureux. Stephanie, deberrías ttrattarr con algo más de deferrensia a un viejo voivoda de los Cárrpatos. La Bestia está de visita en la ciudad.

-Sabes perfectamente que los títulos y la sangre no son motivo de mi admiración, viejo, pero

me intriga su nombre, señor Bestia. – Ahora era ella la que lo miraba con el rostro ligeramente inclinado hacia un lado.

-Fui bautissiado a la manierra ttradisional Ssabbat y me fue otorrguiado porr misss liogrrross en el rito dil abrrasso. En unia épioca en que los ritoss erran contiempladoss y respietadoss de ferdad. Lo lievo con orgulio.

-Los viejos ritos ¿eh? – Se acercó más.

La Bestia entonces, viéndola interesada, le contó cómo habían sido aquellos antiguos procesos de conversión vampírica, en los que la humanidad era desgarrada y separada del alma del sujeto para siempre de las formas más crueles imaginables y que, la manera en que uno las superase, si es que lo conseguía, era tomada como motivo para elegir el nuevo nombre que portaría en su nueva condición de existencia. Aquella historia pareció agradar a la chiquilla de Zarnovich, que, sentándose a su lado, comenzó a congeniar con él, pidiéndole más detalles de su no vida.

El Maestro circense, que ya había escuchado poco antes, aquellos relatos, les interrumpió un momento para anunciar que iría a prepararlo todo para el ensayo. Como Bestia pudo saber poco después, lo que Zarnovich le había pedido a su chiquilla, era que le ayudara a realizar un ensayo general para un espectáculo especial que estaba preparando.

Pese a que ella ya no pertenecía a la manada del circo y lideraba desde hace años la suya propia, con aspiraciones y actividades completamente diferentes, su relación con su sire y su pasado como integrante del elenco artístico, hacían que el tzimisce polaco hubiese requerido de sus habilidades en aquel momento de crisis.

Stephanie, le contó a Bestia que era la líder y cofundadora de la manada de los Desgraciados, cainitas empeñados en descubrir la verdadera naturaleza vampírica. En alejarse lo más posible de su anterior condición de mortales, por considerarlo un paso anterior en la evolución, y conseguir alcanzar el paso siguiente lo más rápido posible. Había desarrollado incluso un ritual taumatúrgico llamado el Crisol, para la transformación del cuerpo, con el que bautizaban a los miembros que se unían a su manada. La metamorfosis de su alma, era la búsqueda personal que luego cada uno debía realizar para alcanzar el siguiente paso en la evolución.

Estando en medio de aquella conversación, fueron nuevamente interrumpidos por Lágrimas, que les comentó que ya había aparecido Midget. Por lo visto, el enano deforme había sido encontrado por Pierre Bellemare y los Huérfanos, montando un buen jaleo con el rebaño en su territorio. Al parecer, efectivamente, el malkavian antitribu, había sufrido un nuevo brote sicótico descontrolado, lo que explicaría su desaparición.

La Bestia, aprovechando la coyuntura, le preguntó a Stephanie por Bellemare. El voivoda transilvano seguía algo preocupado con la escena que había sufrido al principio de aquella noche. Pero la chiquilla de Zarnovich lo tranquilizó bastante al respecto, diciéndole que el líder de Les Orphelins, pese a ser un bravucón y un bocazas, era un Sabbat de los buenos. Sus acciones y su fidelidad a la secta estaban por encima de lo que sus formas pudieran aparentar. De hecho, sus dos manadas estaban hermanadas y apoyaban el nuevo orden de gobierno que pronto dominaría en Montreal: el Obispo Ezequiel, sería el futuro Arzobispo de la ciudad, le dijo y la secta entonces, también alcanzaría un nuevo paso en su evolución.

La guinda del pastel de aquella maravillosa noche fue cuando Zarnovich invitó a su congénere transilvano a presenciar el ensayo general del espectáculo que estaban preparando. La Bestia se sentó en una butaca de una carpa gigante que los Bratovitch se habían encargado de levantar durante su estancia en la otra más pequeña del tzmisce polaco. Fue invitado a alimentarse de un par de jóvenes mortales despistados a los que sentaron junto a él y que creían que iban a ver una nueva y secreta actuación del Circo del Sol – Un espectáculo creado allí, en los grandes lagos, que ahora estaba muy de moda entre los mortales. Según Zarnovich, lo habría ideado uno de los pocos supervivientes a su función, un acordeonista al que premió con unos pocos años más de vida insulsa, borrándole sólo algunos de sus recuerdos más comprometedores, para que quedase medianamente cuerdo -.

Tras una inigualable introducción del Maestro, en la que pudo apreciar la enorme habilidad de su nuevo amigo como comunicador y transmisor de pasiones, siguió la actuación de Lágrimas, que le pareció bastante sorprendente. El Pierrot, se transformó por completo y presentó una escena inquietante y desgarradora en la que el voivoda apenas reconoció al cainita que había estado con él unas horas antes recorriendo las calles y charlando. Sus vecinos de butaca estaban aterrorizados y asqueados ya a aquellas alturas y tuvo que retenerlos, haciendo uso de la fuerza, para que siguieran viendo el espectáculo. Los entreactos protagonizados por las criaturas de Zarnovich, mezclas fabricadas de distintos tipos de animales, formando horribles aberraciones que, sin embargo, resultaban maravillosas a la vista para un observador refinado,

sirvieron a La Bestia para abrirle el apetito y en poco tiempo, sus acompañantes ya no se resistían ni, seguramente, eran conscientes de lo que tenían a su alrededor.

El maestro de ceremonias tzimisce, volvió a aparecer en el escenario para disculparse por no poder ofrecer el número humorístico del enano deforme, ya que, este último, se encontraba indispuerto. Pero ofreció a cambio, el número especial de trapeecistas sin red, en el que unos Bratovitch, entrenados desde niños en esta materia, se dedicaban a lanzarse algunos mortales de un trapecio a otro, a gran altura, hasta que estos se resbalaban y caían, por algún fallo de cálculo o, como pasó en la mayoría de ocasiones, terminaban dejándolos caer a posta, simulando el fallo teatralmente.

Prevía presentación realmente sentida y agradecida de Zarnovich. Dejaron para el final la actuación de su chiquilla. L'Heureux, realizó un ejercicio espectacular de contorsionismo y transfiguración del cuerpo que podía desencajar la mirada del más inhumano de los sabbats que La Bestia conociera. Terminó el espectáculo, haciendo algo que casi ningún vampiro en el mundo se atrevería a hacer: jugar con fuego. Su increíble habilidad, le permitía tragarlo y expulsarlo a modo de lanzallamas y sus juegos malabares finales, con antorchas, dejaron asustado incluso al tzimisce, algo que hacía muchos años que no experimentaba.

La Bestia, por unas horas, se sintió más en casa que nunca, en cuerpo y en alma. Aunque los vínculos generados por las voulderics con su manada ya estaban haciéndole echarles de menos, y sabía que pronto se vería impelido a volver con ellos, aquella experiencia, le había cambiado el ánimo de raíz. No recordaba haberse sentido tan plenamente satisfecho y encantado, desde las primeras noches de la formación de Silver Rockets o su lejano pasado en Europa.

Capítulo 10. La gran reunión.

Una noche más, Lilith se despertó desconcertada. ¿Quién era realmente? A veces se sentía Atram, atrapada en un sueño, mirando desde una ventana lo que pasaba, sin poder comunicarse ni tomar el control. Otras, sin embargo, era plenamente Lilith. Lilith la valiente, la sabia, la completa. Una evolución total, sin fragmentar, sin dudas ni confusiones. Tenía recuerdos de Atram, y muchas veces la añoraba. Llegaba a pensar que la estaba traicionando o abandonando en cierto modo. Pero cuando hacía esto, el mundo era peor y se sentía muy mal. Se colapsaba y sufría delirios. Prefería cuando se sentía plenamente Lilith. Ese silfo, fuera lo que fuera, ya formaba parte de ella, le gustara o no y lo mejor que podía hacer era aceptarlo, cabalgarlo, convertirse en su nuevo yo por completo.

Después de todo, Atram había muerto, como aquel ente felino ya le auguró, poco antes de que pasara, en la capilla de Atlanta. Y no era la primera vez. Aún recordaba su abrazo y su rito de creación, algo suave para los cánones de la secta, en el que simplemente, Marta, la alumna más brillante de Historia Antigua de todo Méjico, volteó su nombre para aceptar su nueva condición. Strathcona había dirigido todo el proceso. Utilizó a un tremere camarilla al que había capturado y torturado, para, tras dominarlo por completo mediante sus habilidades de hipnosis y borrado de recuerdos, obligarle a crearla a ella. Y luego, le dio la muerte definitiva. Pero esto, su verdadero origen, el Cardenal, lo guardaba en secreto y le hizo jurar que así lo hiciera ella.

Durante su etapa de preparación, tuvo que pasar algunas pruebas de estrés y pequeños periodos de aislamiento y hambre... mucha hambre, para aprender a manejarse ante el frenesí. Fue instruida en diversas técnicas de control mental para optimizar su poder de concentración y sometida a largos y complicados ciclos de estudio de las artes de la magia de la sangre. Pero posiblemente, su verdadero rito de creación, había sido el que le proporcionó aquella gárgola treinta años más tarde. Aquel paso por la muerte definitiva, la convirtió en una verdadera Sabbat.

La noche anterior había sufrido una especie de regresión al ver a la criatura marmolea miembro de los Navegantes. Durante unos minutos, el control sobre su nuevo yo colapsó y a punto estuvo de entrar en Rostcheck, aquel miedo descontrolado al que tanto temían los vástagos, recordando sus últimos momentos como Atram.

Pero, finalmente, se iba haciendo con ello. Estaba cogiéndole el tranquilo. Cuando comenzó a encajar todas las piezas, las últimas horas antes del amanecer fueron llegándole en tromba. La desolación de su querido Lupus, el arribo al refugio comunal junto a De Paso, Pantera y Quatemoc contándoles la charla con la Arzobispo y el encuentro de De Soto con su sire. Y como colofón de la noche, la llegada de un enardecido Bestia, a punto de despuntar el alba, radiante como nunca antes lo hubiera visto, contando maravillas sobre un Tzimisce polaco, su circo y sus experimentos y asombrado con las habilidades mostradas por su chiquilla en lo referente a malabarismos con fuego.

Recapitulemos. - Dijo De Paso. Aquella noche, se habían reunido tras despertarse en el refugio que habían habilitado, en una cripta, dentro del Templo de los Eternos Suspiros. - Tenemos una serie de misteriosas desapariciones y un ambiente político revuelto y enrarecido, en una ciudad maravillosa, llena de chupones curiosos. - El tzimisce, aseado y acicalado como siempre, con su aire de señorío de principios del siglo veinte, se había sentado con una silla colocada al revés y movía las manos ayudándose en el discurso. - La Arzobispo Valez nos ayudará si le mostramos pleitesía y le ayudamos a enfrentar a sus rivales. Los Pastores de Caín que, junto a los Bibliotecarios, puede que sean los que más saben a cerca de nuestras cuitas, no están dispuestos a recibirnos.

-El dioctor Zarnovich asiegurra que los Passtorres noss resibirrán si nos mostriamoss interesadoss en suss ritoss rieligiososs. Perro él crrie que exciepto Zhou, el riesto no estafa ya intieresado en temas de ifierrnalismo. - La Bestia, de pie en una esquina y de brazos cruzados seguía pareciendo, tras la noche, mucho más animado que de costumbre. Lilith podía notar un ostensible cambio en el viejo cainita. - Porr lio que puede qui no quierran ni habliarr de elio.

-Tal vez Carolina tenga razón y si nos ponemos de su lado, se nos abrirían muchas puertas. - Aportó Pantera pensativo. Se había colocado junto a Quatemoc y Lupus, sentados con la espalda pegada a la pared, al otro lado de la cripta -

- ¿Ahora la llamamos Carolina? - Lupus miró a su ductus con cara de guasa, mostrando los colmillos, Lilith no podía creer lo rápido que su compañero se recuperaba de los golpes anímicos y volvía a bromear. ¿O sería todo una pose? -

-Si pudiéramos tener acceso al Alexandrium y a los Bibliotecarios, tendríamos todos los

archivos del juicio de Sangris y no haría falta inmiscuirse políticamente, ni molestar a quien no quiere ser molestado. – Dijo ella, tratando de ser práctica. Apoyada en una losa enorme de piedra, estaba hojeando las notas de viaje de su colega De Paso mientras escuchaba. No era capaz de estar a una sola cosa. Nunca lo había sido. –

-También podríamos hablar con De Soto. – Quatemoc les había contado la noche anterior que pudo seguir a Santo Domingo hasta una vieja mansión de Westmount, la zona rica cerca de Mount Royal. Le había sido difícil acceder a un sitio seguro, fuera de la casa, desde el que poder ver algo sin poner en peligro su escondite pues estaba protegida con rituales taumátúrgicos. Pero, tras mucho esfuerzo, consiguió que, cuando el contramaestre de los navegantes salía, algo de la conversación llegara limpia a sus oídos. El cainita al que había visitado, resultó ser su sire, De Soto, el Juez inquisidor que había condenado a Sangris y se había retirado desde entonces de la actividad nocturna de Montreal, en teoría, abrumado y atormentado por aquellos sucesos. A parte de la identidad de su contertulio, Quatemoc pudo entender en la conversación, algo acerca de la importancia de mantener a la Cobra alejado del poder y de la influencia de algunos de sus aliados y de que intentase reclutar a los recién llegados para su causa, pero la respuesta de Santo Domingo había sido bastante airada y prácticamente le había tratado como a un viejo loco que no sabía lo que decía. Le reprochó el no inmiscuirse directamente en aquellos asuntos y no implicarse con los de su propia manada y le dijo que él terminaría por cansarse de aquella ciudad y volviendo a navegar, con o sin su capitán al que ya no reconocía. –

Lilith, dejó la lectura a un lado, impaciente: - No sabemos si quiera si De Soto está cuerdo, y sigue siendo alguien que nos pedirá unirnos a su bando, sea el que sea, para contarnos lo que sabe, eso si es que quiere hablar de ello. Sigo creyendo que los Bibliotecarios son nuestra mejor baza.

-Ya cariño, pero ¿qué te hace pensar que los Bibliotecarios sean más accesibles que el resto? Seguramente estén muy ocupaditos con sus Letanías y sus estuditos del Libro de Nod y demás vainas. Necesitamos conectar con la gente, hacer amigos, caerle bien a alguien para que nos dé acceso a sus secretos, ¿me siguen? Nadie va a ponérselo fácil y tenemos poco tiempo... - De Paso siempre parecía ponerles pegas a sus ideas. Y justo cuando iba a reprenderle, la interrumpieron.

-No estaría mal qui estudiaseis un poco las enseñansas de nuesrtio patrrre, de todas forrrmas.

– El voivoda siempre impelía a sus cofrades a estudiar los textos nodistas.

-Yo, si hay que confraternizar muy a fondo con alguien, me decanto por ir a hacer una visita a las Viudas – Añadió Lupus socarrón. Desde luego era incansable en su búsqueda, pese a todos los fracasos. – A lo mejor ya estamos preparados y temo que pase algo y al final nos lo perdamos.

-Haces que esto parezca un parque temático, jodido pendejo hedonista, tenemos un cometido y se complica por momentos. No podemos dejarnos llevar por tus impulsos masoquistas. - Pese a la dureza de su comentario, Pantera usaba un tono tan festivo como el de Lupus y le respondía así al comentario anterior, por lo que ambos se rieron y Lupus repuso:

-Claro, pero su señoría si puede confraternizar con su excelencia en sus aposentos, jajaja.

La diversión de sus hermanos con aquellas chiquilladas era buena para el ambiente en la manada, pero a Lilith le parecía una pérdida de tiempo:

-Pues a lo mejor deberíamos dividirnos. – Dijo, deseando poder ir a investigar por su cuenta. Pero en aquel momento, antes de que nadie pudiera responder, se oyeron unos pasos fuera y llamaron a la puerta de la cripta. Cuando De Paso abrió, resultó ser Marie Hélèn que les dijo que la Arzobispo había convocado una reunión general a petición del Obispo Ezequiel. Todos los cainitas del Sabbat de la ciudad, estaban llamados a comparecer en el Mausoleo principal del Templo.

Cuando la cainita de los Ángeles Perdidos se hubo marchado, De Paso propuso que aquella sería una buena oportunidad para entablar relaciones con muchos de los vástagos de Montreal y Pantera hizo mucho hincapié en que debían mostrarse abiertos y simpáticos con aquellos, si querían conseguirlo. Pero que se cuidaran de parecer afiliados a alguno de los bandos en liza para evitar suspicacias o malentendidos y animar a los miembros de las cofradías de la ciudad a contarles sus impresiones y motivaciones sin tapujos.

Lilith, pensó que una buena apariencia sería importante para conseguir sus objetivos y así lo expuso. Desde que habían llegado a la ciudad de los milagros, una de las cosas que más le había impresionado era la importancia de la imagen y la moda de muchos de los cainitas que habían visto: Ropas, tatuajes, piercings, peinados, maquillaje y abalorios marcaban las

tendencias de las manadas, los rangos e incluso las posiciones políticas o sendas morales. Entre lo que había visto ella y lo que le habían contado sus compañeros, se había hecho cierta idea de la moda que dominaba la urbe. Y pensaba que a lo mejor ellos mismos con un poco de trabajo podrían ofrecer una imagen poderosa que atrajese las miradas y el asombro de los demás, ayudándoles así en su labor de ganarse aliados y abrirse nuevas puertas.

Pantera y Lupus recibieron la idea con entusiasmo y aportaron algunas impresiones más o menos acertadas al respecto, pero De Paso y Quatemoc no parecían muy contentos de tener que variar su aspecto, por no hablar de que La Bestia se cerró en banda a modificar en lo más mínimo su indumentaria y apariencia argumentando que su experiencia de siglos le daba autoridad suficiente para estar por encima de aquellas nimiedades que sólo interesaban a los jóvenes cainitas.

Lilith no quiso presionar más a sus hermanos, ya que, conociéndolos, sabía que no conseguiría nada de esa forma. Pero ella misma, para aquella especial ocasión, se puso un maquillaje que dejó a todos sorprendidos. Utilizando gena y productos naturales, se adornó el rostro y las manos con motivos rúnicos y tribales y se vistió a juego con los colores. El resultado fue espectacular y en cuanto la vieron, Pantera, Lupus, e incluso Quatemoc, le pidieron que les ayudara a mejorar su propia imagen e intentaron animar a sus otros cofrades.

Al cabo de media hora, los Silver Rockets al completo, desfilaban hacia la sala principal del trono, con un aspecto mejorado. Lupus y Quatemoc, habían añadido intrincados tribales y runas de gena a sus ya potentes tatuajes, y plumas y cordeles de motivos indígenas a sus pulseras, pendientes, collares y broches. Pantera había adornado su indumentaria de cuero negra con múltiples correas con hebillas, cadenitas y chapitas de plata y se había colgado al cuello una gargantilla con cruz del mismo material, además de ponerse varios anillos que solo usaba en rituales y fiestas importantes. De Paso se puso su traje de arreglarse y Bestia aceptó sacudir sus ropas y ponerse una capa de viaje de Lilith, que a él le quedaba como una capa corta, estilo inglés. La tremere antitribu se sentía bastante satisfecha de su trabajo.

La imagen que contempló Lilith cuando entraron en la grandiosa sala, la dejó nuevamente impresionada. Los ecos que había escuchado la primera vez, se hallaban ahora completamente apagados por el alto volumen de ruido que generaban los casi cuarenta cainitas allí reunidos. Las representaciones de mármol se veían, en esta ocasión, compitiendo con las almas de carne y hueso ocupando el espacio repartido, pero, pese al blanco mortecino de los segundos, sus

ropas y movimientos les hacían diferenciarse en la vitalidad que, contradictoriamente, no poseían.

Un primer vistazo le ofreció a la tremere antitribu una abundante variedad de estilos y complexiones, portes y expresiones. Su llegada atrajo algunas miradas, mas, la mayoría de los allí reunidos, se encontraban afanados en sus propias conversaciones, ritos e interacciones, esperando a que la reunión fuera iniciada por la Arzobispo quien, en aquellos momentos, se hallaba conversando en voz baja con Miguel Santo Domingo, de los Navegantes, que se había acercado hasta el trono.

Valez lucía aquella noche un mono de motorista de cuerpo entero, negro y verde, ajustado, que hacía resaltar su pequeña figura, pero le otorgaba una imagen de fuerza que un vestido le hubiera arrebatado. Guantes y una trenza de raíz completaban su oscuro dibujo. Tras ella, a unos pasos, se encontraba Smith, el antiguo con el que Pantera les había advertido que había que tener cuidado. Vestía exactamente igual que en la primera ocasión en la que lo vieron, gris y negro clásico, con una capa cubriéndolo y caminaba de un lado a otro, con las manos en los bolsillos, como si estuviera impaciente por algo, mirando alternativamente a su chiquilla y hacia el resto de los presentes, cuando separaba los ojos del suelo. Cerca de ellos, sentado en la escalinata bajo el estrado, el desgarrado Gharston Roland, acariciaba a sus perros ghoul sin hacer mucho caso a la concurrencia, o fingiéndolo. Vestía su larga gabardina de cuero azabache y los vaqueros desgastados y el largo cabello oscuro escondía el tatuaje que Lilith observara en su primer encuentro, a un lado de su rostro.

Lejos de ellos, junto a una de las entradas de aquella estancia, la última integrante de Los Ángeles Perdidos, se mantenía como siempre, observando a distancia. A juicio de Lilith, o no estaba a gusto con tanta gente al rededor, o en general, no se encontraba cómoda cerca de otros cainitas. Aún no la había tratado lo suficiente para conocer la respuesta. Una camiseta de tirantes y una camisa de cuadros constituían todo el complemento a sus jeans ajustados y botas con flecos.

Cerca de la entrada por la que ellos mismos estaban accediendo, se encontraban las Navegantes, Erinyi y Celeste, a las que Santo Domingo había dejado solas con su acercamiento al trono. Ambas vestían camisetas a juego con el logo de WyldChyld, el grupo musical de las que ellas mismas eran parte, pero, mientras que Celeste llevaba unos pantalones de cuero negro y botas y el pelo suelto y cardado, con un maquillaje que podría definirse como de

estrella del Rock, y sus tatuajes, piercings y demás abalorios, Erinyi solo llevaba unos vaqueros cortos y raídos y el resto de su pétreo cuerpo a la vista, alas incluidas, rematado con unas gafas de sol que le daban un aire más humano. Fueron de las primeras en recibir a los Silver Rockets, pese a que Lilith pudo captar claramente la frialdad con la que la gangrel antitribu saludó a Lupus y la cara de circunstancias de su amigo.

Mientras estos saludos eran efectuados, Santo Domingo, que ya había terminado de departir lo que fuera con la líder de la ciudad, volvió con su manada y se mostró como siempre, muy afable hacia sus nuevos hermanos Sabbat. El alto bruja antitribu llevaba puesta una chaqueta color crema y una camisa marrón de cachemira, abierta, sin nada debajo, mostrando sus collares y amuletos y su torso tatuado y musculoso. Lilith podía adivinar su legado mortal de sangre mezclada, que le había dejado un cuerpo escultural y que pese a haber perdido el característico color de la vida, rivalizaba con las formas y relieves perfectos de las tallas allí presentes. Pantalones de cuero blanco y botas del mismo color, con punta, protegían sus extremidades inferiores, dándole al conjunto, un toque informal muy a la moda. Seguía llevando puestas sus gafas redondas y el pelo corto peinado hacia atrás que le daban ese aspecto de contrabandista moderno del narcotráfico.

Estando el contraamaestre intercambiando impresiones con Pantera y Bestia, Lilith observó que, junto a ellos, los tres vástagos que componían Las Reinas de la Misericordia, con Sebastian Goulet a la cabeza, se disponían a cruzar el gran auditorio hacia el lado opuesto, donde una decena de cainitas, a los que ella no conocía, conversaban entre ellos en corrillo, bastante ajenos al resto de las demás manadas allí congregadas. Pero justo cuando estaba tratando de dilucidar si alguno de ellos podía pertenecer a la cofradía de Los Bibliotecarios, ya que Pantera les había contado que las tres manadas eran aliadas políticas, un grito se escuchó por encima de todas las conversaciones proveniente del fondo más poblado del mausoleo:

- ¡Goulet!, reina maricona, ¿Vas a hacerle una mamada a tu pastor a ver si puede protegerte?
– Las feas palabras fueron escuchadas por toda la sala, y aunque Lilith y alguno de sus hermanos parecieron bastante sorprendidos de la cruda y peligrosa provocación, tras responderle sin mirar y alzando el dedo corazón:

-Va te faire enculer, Bellemare! – el ductus de las reinas, siguió su camino sin inmutarse y el resto de los allí presentes, lo tomaron como una anécdota que debía ser bastante regular.

-Ya te gustaría a ti... jajajajaja – El cainita que había proferido aquel impropio, se hallaba

junto a la pared que estaba justo en frente del trono, abrazando a dos féminas que debían ser de su manada. Por la descripción, calvo, musculoso y con pintas de ángel del infierno, el tatuaje de una pistola en su mano derecha, y el nombre que le había parecido entender a Goulet, debía tratarse del pandillero del que había hablado Bestia, Pierre Bellemare. Un tío bastante despreciable en apariencia, pero, al parecer, respetado como guerrero por muchos. Las dos vástagos a las que sujetaba con sus poderosos brazos, no parecían especialmente a gusto, aunque tampoco intentaban liberarse de su presa ni se quejaban. Una de ellas, la más robusta, a juego con él, vestía de cuero negro de motorista y llevaba abundantes piercings y tatuajes coronados por un pelo rojo sangre en media melena lisa y suelta. Su expresión, dura, podría ahuyentar a cualquier hombretón no acostumbrado a la violencia. En el otro brazo, también joven en apariencia, una espigada cainita de cuerpo más atlético y fino, llevaba una larga trinchera negra sobre un top y pantalones de camuflaje, botas altas y el pelo rapado a lo skin head, con dos grandes aros en las orejas. Su rostro, que podía parecer más dulce en un principio, lucía apagado y triste, con gesto de resignación. La taumaturga de Silver Rockets, no envidiaba a aquellas dos vampiras y el ductus al que soportaban, pero pensaba que como sabbats, eran libres de alzarse contra su yugo si no les gustaba e incluso de buscar otra cofradía más de su agrado. Si no lo hacían, sería por propia voluntad.

Junto a los que Bestia había nombrado como Los Huérfanos, ahora que se fijaba, los otros cainitas que allí se encontraban, debían conformar el grupo que apoyaba al Obispo Ezequiel: tanto los mismos 25:17 como los Desgraciados. Lilith, acababa de localizar, entre ellos, sin duda alguna, al serpiente de la luz por el que su nueva amiga Erinyi poseía fuertes sentimientos, justo cuando Lupus gritó: - ¡Amigo Polidori!

El nosferatu antitribu al que conocieran justo antes de llegar a Montreal, se encontraba allí, precisamente, mezclado entre los partidarios de la cobra, y al darse cuenta de quién le llamaba, se acercó amablemente a saludar. Seguía llevando su guardapolvos gris y sus gafas y casco de policía. Tras un pequeño, pero sentido saludo de cortesía, y preguntar qué tal les había ido su toma de contacto en la ciudad, Polidori, al saber que les estaba costando un poco conocer a los cainitas de su urbe, ofreció a Pantera presentarles al Obispo Ezequiel y su manada, con los cuales tenía una relación bastante buena, según les explicó.

Acercándose al grupo que debían ser los partidarios de la cobra, Lilith se dio cuenta de que le había pasado inadvertido un gigante de casi tres metros de alto, con el volumen de un elefante, que se hallaba entre ellos. El único motivo por el cuál no lo había visto hasta ahora,

tenía que ser el uso del poder ofuscatorio que aquel cainita debía estar utilizando a tal efecto. La tremere antitribu, no era capaz de imaginar cómo era posible que un vástago pudiera llegar a ese tamaño, partiendo de que no había registros históricos de humanos mortales de tal envergadura y ella no conocía ningún proceso o disciplina vampírica que permitiera aquella transformación. Se le ocurrió que, seguramente, aquel cainita estaba utilizando algún efecto alucinatorio mental para provocar el engaño visual. Ella había visto con sus propios ojos, emplear un poder llamado Quimerismo que provocaba tales resultados y mayores. Pero si se trataba de eso, estaba muy conseguido.

Era calvo y de rostro deforme, posiblemente un nosferatu antitribu también, y salvo por un taparrabos, su cuerpo blanquecino y macilento brillaba húmedo a la luz de ambiental de los fluorescentes distribuidos por toda la sala. Se encontraba sentado contra la pared, varios metros hacia la izquierda de Bellemare, junto a un pequeño y flaco cainita, con la piel de un color negro antinatural, cuyos miembros extremadamente finos y alargados se asemejaban a las patas de un insecto. El blanco de los grandes globos oculares del empequeñecido acompañante, destacaba en el contraste, mientras miraba atento a todos lados, visiblemente incómodo de encontrarse allí.

Aquellos dos extraños cainitas estaban acompañados de cerca por otra a la que Bestia saludó con una ostentosa reverencia, antes de que alcanzasen al obispo. Ella era espectacularmente distinta: casi desnuda, su cuerpo era una especie de imagen imposible de carne y metal, con formas pseudohumanas, entre un faquir y un ciborg de película de serie b. Sin duda, pensó Lilith, debía tratarse de Stephanie L'Heureux y aquel trío tenían que ser la manada de los Desgraciados. Ahora entendía mejor aquel extraño concepto del que había hablado el voivoda, cuando les describió las motivaciones evolucionistas de dicha cofradía. Aunque seguía sin cuadrarle el tamaño de aquella montaña sin pelo.

Finalmente, alcanzaron al quinteto que debían conformar la manada del obispo Ezequiel y fueron presentados uno a uno. El serpiente de la luz, lo que venía a ser la versión Sabbat de los seguidores de Set, era hermoso incluso para los cánones vampíricos. Su Imagen irradiaba seguridad y poder. Vestido con un chaleco de cuero abierto, dejaba al descubierto un torso libre de vello, tatuado hasta el extremo con motivos y dibujos coloridos que armonizaban con sus formas y le cubrían al completo hasta las manos y el cuello, subiendo algunas ramificaciones hasta el rostro. Su expresión era seria y distante, como la de quien ve más allá de lo que tiene delante, los ojos de alguien que sigue un propósito que le guía y observa todo

lo demás como meros trámites necesarios para alcanzarlo. Y así se sintió la taumaturga cuando le fue presentada: un mero trámite. La mirada profunda de aquel deslumbrante cainita apenas se posó en ella un segundo antes de pasar al siguiente, mientras que ella casi no era capaz de separarla de él. Podía entender la atracción que el individuo ejercía sobre Erinyi y la devoción de todos los que le seguían. Su aura era sorprendentemente poderosa, teniendo en cuenta además que, como habían podido averiguar, la Cobra era un vampiro con una edad no muy diferente de la de los mismos Silver Rockets, lo cual era una media bastante juvenil en términos de la estirpe.

Polidori fue el que habló y nombró a la cofradía nómada uno por uno, mientras que el serpiente de la luz asentía y les cogía por el antebrazo, al modo romano, lo que parecía ser una moda o costumbre de aquel grupo según había observado la tremere. Mientras lo hacía, no dijo ni una palabra, parecía muy concentrado en algo ajeno a aquella situación, algo que debía estar a punto de comenzar.

Cuando por fin fue capaz de apartar su mirada del Obispo, Lilith se obligó a repasar a sus hermanos de manada, estaba especialmente interesada en Yasmin, la antitribu tremere de la que le había hablado la gárgola. Allí, detrás de su ductus, entre otros dos cofrades que la flanqueaban, se encontraba una cainita con el rostro parcialmente oculto por la capucha de su capa que no dejaba advertir su expresión. Solo podía entreverse algo de la nariz y unos finos labios rojos apretados. El negro de su túnica, llena de motivos rúnicos cosidos en blanco y dorado, cubría todo su cuerpo, aunque dejaba adivinar unas formas bastante proporcionadas para su altura, algo por encima de la media. La tremere antitribu parecía algo tímida, o tal vez, asocial. Lilith no fue capaz de trabar contacto con sus ojos para intentar abordarla de alguna manera, antes de que Ezequiel se adelantara hacia el trono y dijera, a un volumen que no todos pudieron escuchar:

- ¿Podemos empezar con la reunión, su excelencia? – Su tono denotaba impaciencia.

Las voces comenzaron a apagarse y la cobra volvió a colocarse junto a sus cofrades a la espera de que Valez abriera la sesión. El vástago a su izquierda, con rasgos de oriente medio, llevaba, sin embargo, un traje occidental blanco impoluto, algo holgado, a la moda mortal, con una fina corbata negra y el pelo muy corto del que salía una larga coletilla decorada con decenas de anillas. Sus pequeños ojos, perfilados de negro, miraban inquietos todo, dando una imagen de continua alerta, lo que le indicaba a Lilith que debía de ser el encargado principal de la

seguridad del obispo. El último integrante de la cofradía, posicionado a su derecha, era el robusto individuo al que conocieron el día de su presentación a la Arzobispo. Aquel que pasó cómo un rayo, con malos humos, antes de que Valez les recibiera en aquella misma sala. Vestía igual que la otra vez, como un soldado de las viejas guerras de principios de siglo XX, con una gastada trenca beige y el pelo suelto y enmarañado. En aquel momento, parecía más calmado, pero daba la sensación de estar a la espera de lo que fuera a suceder.

La Arzobispo se levantó del trono de huesos y se dispuso a hablar. La tremere aún no había podido fijarse en el grupo de manadas que se aglutinaban a la izquierda de Carolina, los que, en teoría, formaban los Pastores, los Bibliotecarios y las Reinas de la Misericordia, que se habían desplazado con ellos. Y no había ni rastro de Musa, Skin o Juguete, ni tampoco veía al pierrot, ni a nadie con la descripción que había dado La Bestia del voivoda circense. Lo que significaba que no todos habían acudido. De hecho, cuando ellos mismos se colocaron a cierta distancia de las otras manadas, entre Ezequiel y el estrado del trono, casi en el centro de la sala, y pudo ver los grupos que se habían formado, se dio cuenta de que Los Ángeles Perdidos solo contaban, en realidad, con el apoyo de la manada de los Navegantes, así que, las Viudas, tampoco debían haber venido.

-Tengo la impresión de que estamos todos los que van a acudir esta noche, – Valez arrancó con la seguridad característica que solía dirigir sus discursos. – así que, doy por iniciada la reunión. Podríamos comenzar con la lectura de los textos sagrados por parte del poeta de la Noche, el Obispo Alfred Benezri, como es costumbre y tradición en la secta y en nuestra ciudad, pero estoy segura de que el carácter de urgencia y el apremio con que el obispo Ezequiel ha demandado la celebración, ha de ser atendido con premura y que el asunto que nos trae a todos aquí, debe ser de suma importancia. Así que pospondremos las oraciones, ritos y voulderies para el final de la reunión, en consecuencia.

El Obispo Benezri y sus partidarios prorrumpieron en un sonoro murmullo que manifestaba su desaprobación a la medida tomada por Valez. Lilith se fijó en que aquello provocó una mueca de fastidio en la cara de la arzobispo y más murmullos en los otros grupos. O aquello no era muy habitual, o alguien estaba pensando que Carolina demostraba debilidad ante su rival.

Ezequiel, sin embargo, sonreía irónico, aparentemente orgulloso de lo que era capaz de provocar:

-Una sabia decisión, excelencia, si se me permite el halago. – soltó la cobra. Hablaba bajo, para

que la gente se obligara a esforzarse para escucharle.

-Se te permite, pero no ha lugar. Espero que lo que tengas que relatarnos sea tan importante como para que nos hayas traído a todos aquí. No me gustaría haber hecho que todas las cofradías de Montreal acudieran para que nos cuentes las mismas bravatas de siempre. Creo que ya todo el mundo es consciente de lo que quieres y no posees. – Carolina soltaba así su órdago. Si lo que tuviera que contar el serpiente de la luz no era de una importancia vital, le dejaría en entredicho. Sobre todo si simplemente se trataba de la matraca de siempre. Los discursos recurrentes, pensó la taumaturga, terminan por cansar si no suponen cambios reales. Y eso es lo que parecía estar buscando la lasombra. – Así que, sin más preámbulos, cedo la palabra al obispo, miembro de veinticinco diecisiete.

Ezequiel, sin dejar de sonreír, pareció sopesar la situación unos instantes antes de empezar a hablar. Posiblemente, aunque tuviera preparado su discurso, intentaría utilizar las palabras de su adversario para hilvanarlo en su favor. Cabeceó asintiendo a la argumentación de la arzobispo:

-Lo que quiero es la victoria del Sabbat – dijo elevando ya un poco su voz de tenor. – Mi único deseo es el que todo miembro de la Espada de Caín debería llevar en su corazón. Y es cierto eso que dices, Valez. No lo poseo. El Sabbat no tiene la victoria. Nuestra secta no ha sido capaz en quinientos años de historia de vencer a sus enemigos. Es más, de hecho, no hemos hecho más que ser derrotados. - Hizo una pausa mirándola directamente, - Casi siempre – La gente recordaría los éxitos de él en Chicago y los fracasos de la lasombra en Los Ángeles. La Arzobispo negaba con la cabeza evidenciando su desaprobación, con cara de incredulidad, como pensando: ‘aquí viene otra vez’. Pero la cobra prosiguió:

-Hoy, hemos recibido, a través de nuestro querido hermano Polidori, - Dijo esto mientras señalaba al nosfe antitribu. - un informe corroborado y directo de lo que ya habíamos anunciado durante las últimas reuniones. No solo sabemos que la ciudad de Ottawa se encuentra en un estado lamentable en cuanto a sus defensas y que sus principales líderes camarilla han huido de allí, sino que además conocemos de primera mano, una directiva que varios altos cargos de La Mano Negra van a extender en breve por todo Norteamérica. En ella, se anima a los valientes guerreros de nuestra secta a tomar la ciudad lo antes posible. – Los rumores y murmullos, comenzaron a extenderse por toda la sala. Ezequiel levantó los brazos para acallarlos y poder seguir hablando, pero Carolina se adelantó elevando la voz por encima

de todos.

-Ya hemos hablado de lo que supone para nuestra ciudad abordar una cruzada en estos momentos. Esos informes de los que hablas no cambian para nada nuestra situación interna. Y como ya hemos repetido muchas veces aquí, cobra, la Mano no tiene autoridad por sí misma para emitir una orden semejante. Sólo un Priscus o un Cardenal, podría hacerlo y sé de buena tinta que no ha sido así. – Lilith observó la suficiencia de Valez. Parecía tener todo bajo control. Aquella noticia no la había tomado por sorpresa, lo que la dotaba de una confianza y tranquilidad ostensible.

-Yo no he hablado de ninguna orden, excelencia. – La voz del serpiente de la luz se hacía casi inaudible entre el tumulto de susurros que recorrían el mausoleo. Pero se llamó al silencio para poder escuchar sus argumentos. – Sin embargo, se trata de una llamada que ningún hermano que se precie debería desoír. Porque este puede ser nuestro momento. – Su volumen se fue elevando progresivamente. - El comienzo de la reconquista de Canadá, Ottawa solo es el principio. Quebec, Toronto, Vancouver. Todas caerán como fichas de dominó. Y más tarde, los Estados Unidos. Porque esa es nuestra lucha, ese es nuestro objetivo, no lo olvidemos. No estamos aquí para mantener lo que hemos conquistado, el Sabbat no lucha para sobrevivir, nuestro destino es predominar y muchas veces lo perdemos de vista, nos conformamos, pero la Espada de Caín no nació para conformarse. – Los partidarios de Ezequiel aplaudieron y vitorearon a su líder.

-La verdad de la joven cobra ya está aquí para iluminarnos a todos. – Cuando los aplausos comenzaban a apagarse, Alfred Benezri, un vástago de aparente mediana edad y porte impresionante, que vestía una túnica oriental abierta y cuyos brazos cubiertos de tatuajes orientales, tenía colocados juntando las manos, a modo de plegaria, interrumpió con su voz grave, sin ser invitado - Olvidad vuestras no vidas, hermanos, olvidad vuestras creencias, olvidad vuestras ocupaciones y obligaciones. – Su larga perilla de oscuro pelo anudado, bailoteaba con los movimientos de su barbilla. - Olvidad la realidad de la noche tediosa y larga, porque ya está aquí su revelación. Oh, mesías de los desamparados, adalid de los herederos, chiquillo de la oscuridad, tráenos tu luz.... de serpiente. – El verso del Pastor y su interpretación eran magistrales. Lilith entendía ahora por qué había adquirido su sobrenombre. - ¿Cuándo olvidé que no soy digno? Oh, ya recuerdo, me lo enseñó un tal Sangris. – Algunas risas y aplausos de parte de sus partidarios, apoyaron el discurso. En especial desde la manada de Las Reinas de la Misericordia, lo cual tampoco es que le pareciera

a la tremere que agradara demasiado al obispo.

- ¡Dos manadas! – Gritó Ezequiel en respuesta. No parecía querer enfrentarse dialécticamente con el otro obispo. Pero el atronador griterío de la sala entre las diferentes facciones, pareció descender con la propuesta de la joven cobra. – Solo pido dos manadas. Apuesto mi existencia y la de los más valientes cainitas de la ciudad. - A aquellas alturas, todo el mundo se había callado para escuchar lo que el obispo tenía que decir. – Tomaré Ottawa con 25:17, Les Orphelins y Los Desgraciados. – Hizo una breve pausa. Y los murmullos comenzaron de nuevo – Y si fracaso, os habré quitado un problema de en medio a los dos. ¿No es así? No tenéis nada que perder.

El obispo Benezri se giró hacia la arzobispo, buscando su respuesta. Ella, se había quedado con los brazos en jarras mirando a Ezequiel:

-Confundes mis palabras y a los demás, como siempre, Serpiente. – Carolina, habló esta vez más calmada, bajando el volumen. A Lilith le pareció que trataba de conseguir una imagen más cercana frente a la multitud. - No quiero deshacerme de mis problemas, sobre todo cuando éstos forman parte de mí, de mi ciudad, de mi secta, de mi familia. Si lo que buscas es inmolarte gloriosamente, adelante, no voy a impedírtelo. Pero no te llevarás a tres cofradías de guerra de Montreal contigo. – Las quejas y los murmullos surgieron esta vez de los partidarios de la cobra. Pero Valez prosiguió - Nos dejarías a merced de nuestros enemigos. Encuentra aliados en la Mano Negra, llama a alguno de tus amigos de Chicago, pero a los Desgraciados los necesito para controlar las alcantarillas o las ratas nos invadirían. Ya te dije que, aunque Ottawa pueda parecer desguarecida, todo podría ser una estratagema desde Quebec o Toronto, y si nos cogen debilitados, podría ser fatal.

-Me temo que estoy completamente de acuerdo con la Arzobispo en eso, joven cobra, por más atractiva que me resulte la posibilidad de tu sacrificio. - Argumentó el líder de los Pastores de Caín.

Las impresiones de la muchedumbre volvieron a producir un murmullo que revoloteaba por todo el mausoleo, Lilith observó que Stephanie L'Heureux se quejaba con un bufido, mientras que Bellemare, no borraba su socarrona sonrisa del rostro, como si todo aquello le resultase una broma. Ezequiel, negaba con la cabeza, incrédulo. La taumaturga iba haciéndose una idea de las relaciones entre facciones y de las diferentes personalidades de algunos de los ductus.

De Paso, que estaba a su lado, también cambiaba impresiones con la Bestia y con Lupus, mientras Quatemoc, observaba impasible la escena. Pantera, hasta ahora pensativo, de pronto se giró a los demás y les dijo, para que sólo ellos pudieran oírlo:

-Esta puede ser nuestra oportunidad. Ofrezcámonos para acompañar a Ezequiel en su cruzada.

– El lasombra, normalmente era muy sutil cuando daba sus órdenes. Parecían sugerencias y cuando las hacía, miraba a todos como si buscara su aprobación y consenso. A muchos cainitas aquello les parecía una debilidad, pero la tremere había aprendido a ver sus ventajas. Quatemoc afirmó con la cabeza el primero, el hecho de saber que Polidori y 25:17 pertenecieran a la Mano Negra, parecía que le ofrecía confianza.

-Siempre me han gustado las celebraciones pre cruzada, ¡por no hablar de las de victoria! ,jajaja. – Lupus era un incondicional.

-Pero ¿No dijite que no escogeríamos bando? – respondió en un susurro el templario argentino, que siempre atendía a las posibles inconveniencias.

-Y no olvidemos que una batalla en Ottawa, nos alejaría de nuestra investigación. – Lilith no estaba segura de querer participar en una partida de guerra de nuevo, tan pronto.

-Porr una vuez tiengo quie darrle la riazon al ductuss. Si salimoss victorriososs, el riesto de cofrradiáss tendrá una miejorr opinión de nosiotrross, e incluso loss Pastiorres noss mostrrarrán riespeto. – Dijo el tzmisce, casi contrariado, colocándose su nueva capa.

-Además, – Añadió Pantera, cada vez más seguro de su idea. - si salimos victoriosos, el poder se inclinaría del lado de la cobra y tendremos su apoyo por haberle ayudado. Valez tendrá que darnos lo que necesitamos como recompensa por nuestros servicios a su ciudad e intentará recuperarnos para su bando.

Lilith, tuvo que reconocer que la idea no era mala, pero como era habitual, sus hermanos nunca pensaban en el 'si no salimos victoriosos', porque no era honroso ni aceptable para una manada Sabbat que se preciase. Y aquello era un problema, por mucho que no quisieran hablar de ello sus hermanos. Todo se iría al garete si la cruzada contra Ottawa resultase un fracaso. Su prestigio, su investigación, su propia existencia, podían perderlo todo de un plumazo. La no vida en el Sabbat, era sin ninguna duda estresante y muy exigente.

Mas todo estaba ya decidido. Pantera se acercó a hablar con Polidori que, a su vez, se lo

comunicó al obispo. Ezequiel, comentó con sus cofrades, en corrillo, la oferta que se les había transmitido y la antitribu notó como la mirada de los veinticinco diecisiete recorría a toda su manada, tratando de valorarla y sopesarla. Carolina Valez, que estaba viendo desde arriba los movimientos del Nosferatu, pareció darse cuenta de que algo estaba sucediendo y preguntó:

- ¿Alguna otra idea rocambolesca? – La arzobispo quería cerrar el tema y no parecía tenerlas todas consigo.

Ezequiel, miró a Pierre Bellemere, quien le hizo un gesto de indiferencia con los brazos, abriéndolos y elevando los hombros, con cara de ‘por mi bien’. Y entonces, respondió a la Lasombra:

-De acuerdo. Los Desgraciados se quedan. – Dijo, y se dirigió a la tzimisce chiquilla de Zarnovich, que había emitido un gruñido de desaprobación, para consolarla: -Te prometo que vuestro momento llegará, L’Heureux. Esto no cambia nada. – Y volviendo a Valez, prosiguió: – Nos llevaremos a la manada nómada mejicana. Su líder se ha ofrecido valientemente a acompañarnos, cosa que les honra.

Sus palabras, cogieron por sorpresa a Valez, que se quedó mirando fijamente a Pantera, como intentando adivinar por qué lo había hecho. Su gesto no dejaba lugar a dudas, la jugarreta no le había gustado, mas, en aquel momento, Tobías Smith, se le acercó y le susurró algo. Entonces intercambiaron algunas palabras mientras Benezri decía:

-No puedo poner objeciones a eso, excelencia. No veo que tenemos que perder, más allá de algo de músculo y mucho ruido, salvando quizás, la inestimable presencia e inteligencia de la maravillosa Yasmin. – Dijo mientras miraba a la tremere antitribu con un gesto caballeroso - Pero ahí, temo no poder hacer nada al respecto.

-Pareces dar por sentado que perderemos, poeta. Yo de ti no estaría tan seguro. - Le dijo Ezequiel envalentonado. Y continuó – Si vencemos, las cosas van a cambiar mucho por aquí, te lo aviso. – El serpiente de la Luz, se veía regresando como el César a Roma.

En aquel momento, la arzobispo intervino, al parecer, de acuerdo con su sire:

-Si salís victoriosos, uno de los dos, tú o Bellemare, deberéis quedaros en Ottawa con vuestra manada durante un tiempo para proteger lo ganado. No sería la primera vez que se pierde una conquista por no defenderla adecuadamente, y sólo alguien de aquí puede garantizárnoslo. Si

además, encontráis a alguien dispuesto a apoyaros allí, la cosa podría funcionar. Y me sentiría muy orgullosa de ti, cobra.

Lilith, se dio cuenta de lo que aquello significaba. La lasombra, de esta forma, separaría a la facción de Ezequiel, debilitándola para que no pudiera regresar a destronarla con su victoria. Y lo hacía, apoyándose en una estrategia impecable, que no dejaba lugar a réplica. La tremere estaba segura de que el sire de Valez, había tenido algo que ver en aquella decisión. Pero, cuando miró a Smith, no pudo descifrar nada en su impertérrito rostro, ni rastro de orgullo o congratulación. De hecho, lo que sí pudo percibir, fue una rápida y sutil mirada a alguien situado cerca del chiquillo de Sangris y un leve cabeceo. Algo no encajaba. Cómo les había dicho Pantera, el antiguo lasombra era alguien de quien no fiarse, y, si la arzobispo le había dicho la verdad, en realidad, ni ella misma lo hacía.

-Puedes poner todas las condiciones que quieras, Valez. Nada cambiará lo que está por venir. El futuro de esta ciudad y de la secta, lo escribiremos los vencedores. No busco tu aprobación ni tu orgullo, sino el de todos mis hermanos y hermanas del Sabbat y el del mismo Caín, nuestro padre. ¡En tres días, Ottawa caerá y volveré aquí a anunciarlo! ¡Recordadlo! – Gritó Ezequiel para que quedase bien claro. Y tras arengar a los suyos que lo vitoreaban fervientemente, destacando entre ellos el grito grave y profundo de aquel descomunal cainita que había sorprendido tanto a Lilith, el Serpiente de la Luz se dirigió hacia la salida, deteniéndose en su camino para hablarle a Pantera:

-Sed bienvenidos, hermanos. Agradecemos vuestro apoyo y esperamos que no nos defraudéis en la lucha que está por venir. Preparaos para la guerra, pues pronto la sangre correrá a mares en la ciudad camarilla. Ahora, nosotros nos retiramos, mañana al anochecer, acudid a nuestro refugio, La Caída del Ángel, cualquiera puede deciros dónde está. Iniciaremos desde allí las preparaciones para la cruzada. – Y todos los partidarios del obispo se marcharon en una procesión, cerrada por el curioso efecto que producía ver a una especie de luchador de sumo gigante, con el otro extraño vástago oscurecido colgado a su espalda, moverse con una agilidad imposible, probablemente gracias a la fuerza sobrehumana que poseían algunos cainitas.

El resto de la reunión se celebró con mucha menos intensidad. Pese a la marcha de aquellas tres cofradías, la arzobispo trató de seguir formalmente con los ritos y ceremonias habituales como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal aunque, durante aquellos, Lilith observó que el resto de vampiros, parecieron mucho más pendientes de observarles a ellos y

murmurar que de la celebración.

Erinyi, se acercó para felicitarla por su futura empresa junto a su adorado cainita y le pidió que, a la vuelta, le relatase las azañas del obispo, que, sin duda, serían de lo más valientes e inspiradoras, sin dejar de transmitirle la envidia que sentía de no ser ella la que acudiese a la cruzada. La tremere antitribu no se atrevió decirle que ella hubiera preferido no ir y que le cambiaría el sitio encantada. Habiendo otra hechicera de sangre en el grupo, mucho más experimentada que ella, no veía que podría aportar en aquella batalla. Aunque quizás podría aprender algo de Yasmin.

Más tarde, durante las lecturas del Poeta de la Noche y la anunciación de la próxima apertura de la Letanía de la Sangre, fue uno de los miembros de los Pastores, otro nosferatu antitribu que se presentó como Rafael Catarari, el que se acercó a los Silver Rockets para desearles la mayor de las suertes en su empresa. Lo más destacado de aquel vástago, más allá de sus vaqueros y su camiseta sin mangas que dejaba al aire tatuajes de ángeles y motivos celestiales, era que actuaba como si fuese y se sintiese, no solo normal, sino atractivo. Y su aura junto con sus ojos, funcionaban a favor de aquella actitud, pese a la notoria fealdad provocada por su sangre. Catarari, les advirtió de las ínfulas de grandeza que marcaban la personalidad del chiquillo de Sangris y de que no se dejaran impresionar por sus potentes discursos y lecciones. Les pidió que les informaran a la vuelta de la lucha y los Pastores de Caín les acogerían y les otorgarían su bendición. Tendrían una visita especial al Alexandrium.

Al final de la reunión, cuando Carolina Valez se retiró por fin, sin embargo, un vástago se quedó para intercambiar unas últimas palabras con ellos. Se trataba de Tobías Smith, que tras despachar a Gharston Roland, para que acompañara a los cainitas que quedaban a la salida, se acercó a Pantera y le dijo:

-Puede que te haya subestimado, Francisco. A lo mejor eres más listo de lo que esperaba. Pero no olvides lo que te dije. Por cierto, Carolina deseaba que te recuerde su oferta, pese a todo.

Capítulo 11: Segunda Cruzada.

La Caída del Ángel era un oscuro antro de música atronadora. Luces estroboscópicas, fluorescentes de colores y posters de grupos de todo tipo de Metal, recorrían las paredes y el techo entremezclados con pintadas y grafiti con mensajes que iban desde la rebeldía hasta lo obsceno.

Jóvenes mortales de complejos peinados, tatuados y taladrados por objetos punzantes por todo su cuerpo, bebían y bailaban, charlaban y jugaban al billar o los dardos, en la antigua pista de baile de la mansión del Risco del Cuervo, imbuidos por el efecto de drogas sintéticas, setas alucinógenas y hachís.

Nada parecía reposar tranquilo en aquel lugar y, sin embargo, Quatemoc se sentía un remanso de paz en medio del maremágnum. El rock metal, trash, black, death y demás estilos que sonaban de grupos como Metallica, Ministry, Fear Factory, Korn o Sepultura eran como una nana para cualquier cainita que hubiera sufrido y superado sus pruebas de iniciación. Aquella música, que los servicios de inteligencia occidentales solían utilizar para torturar y rebajar a los prisioneros capturados antes de los interrogatorios, se utilizaba en la Mano Negra para templar los nervios y poner a prueba la concentración y resistencia de sus futuros miembros y terminaba por convertirse en algo familiar y relajante, algo propio. Posiblemente aquel fuera el motivo para 25:17 de convertir su refugio en un templo del Metal.

Ezequiel lo había habilitado años atrás, cuando era un viejo hospital mental en desuso que se había reformado a partir de una mansión abandonada. Con dos pisos y sótano, estaba separado de la plaza de la Milla de Oro por un muro de cuatro metros de alto y una pequeña arboleda, lo que le daba intimidad relativa y permitía mantener cierto grado de seguridad, teniendo en cuenta que se hallaba en pleno centro de la ciudad, junto a la universidad McGill, cerca del Hospital Reina Victoria.

Habían llegado hasta allí siguiendo las indicaciones de Miguel Santo Domingo, que, nada más empezar la noche, les había hecho una visita para pedirles su intercesión entre el obispo Ezequiel y Carolina Valez. El Contramaestre de los Navegantes no quería una guerra en Montreal y, argumentaba que, si Valez había conseguido mantener unidas a las cofradías tanto tiempo, poco importaban sus anteriores fracasos o el origen de su designación. Lo importante, les dijo, era permanecer juntos. Les sugirió que trataran con Soldat, uno de los cofrades de la

cobra que hacía las veces de mentor y consejero.

Quatemoc se dio cuenta de la relevancia que había obtenido su manada en tan poco tiempo. Como grupo externo, ajeno a las fuerzas establecidas y a las influencias de las facciones imperantes, se convertían en el blanco de todas las miradas y despertaban el interés de los líderes para intentar desequilibrar la balanza. A él no le atraían nada los tejemanejes políticos y los juegos de poder, aunque si estaba siempre interesado en descubrir secretos que guardaban muchos cainitas y que, además de jugar una baza importante en sus relaciones sociales, podrían llegar a esconder traiciones a la secta y a sus hermanos. Por eso, su militancia en la mano, era tan importante para él y, pese a lo que pudieran pensar sus cofrades al respecto, de que les ocultara parte sí mismo y de la información que poseía, sentía que su labor y la finalidad de sus acciones, lo justificaban con creces.

Pero ¿Qué era la Mano Negra en realidad? ¿En qué consistía su trabajo para aquella organización dentro de la secta? Le preguntaban muchas veces. Él, siempre evitaba responder. Y no solo por el hecho de la importancia de mantener el secretismo que juraban todos sus miembros, bajo pena de ser destruidos definitivamente si se descubría que habían difundido algo, sino porque en realidad, él mismo tampoco poseía una idea clara sobre ello, más allá de la búsqueda de todo tipo de enemigos de la Espada de Caín y las actuaciones militares secretas. Imaginaba que cuanto más tiempo se pasaba a su servicio y más importantes fueran sus misiones, más descubriría. Por ello, estaba tan convencido de participar en aquella cruzada y conocer de primera mano a una manada con gran experiencia, en la que, además, todos sus miembros la militaban.

- ¿Cómo es posible que sea tan grande? – Preguntó Lupus a Soldat una vez las presentaciones iniciales les habían llevado a buscar conversaciones de acercamiento. La Bestia estaba también escuchando.

-Su nombre es Elías, pero todo el mundo le llama 'la ballena'. - Respondió el otro cainita. Parecía amable en el trato y tenía una voz curtida, como de sargento de marines. – Es tan gordo, que para moverse tiene que usar potencia constantemente. Pero el caso es que es él mismo el que se lo ha provocado, parece ser que, a base de mantenerse casi todo el tiempo en el agua, dicen. Aunque también está el tema ese del Crisol, el ritual de cambio que practican todos los miembros de los Desgraciados. Seguramente, L'Heureux ha tenido algo que ver en su transformación. Lo cierto es que nunca vi nada igual y eso que he visto cosas que ni os

imaginaríais. – Su mirada pareció perderse en algún recuerdo.

La música estaba tan alta que Quatemoc apenas podía escuchar mucho desde su posición. Desvió su atención hacia otro lado y se fijó en que Atram, o Lilith, como se hacía llamar ahora, se hallaba apartada en uno de los sillones de la pared aladaña, sentada junto a la otra taumaturga. Hablaban entre ellas, aunque, más bien parecía que era su cofrade la que intentaba sacarle tema de conversación a la tal Yasmín y que esta no estaba muy por la labor de hacer amistades. Ni siquiera se había quitado la capucha y sus ojos permanecían ocultos.

Recorrió la pista en la que se encontraban con la vista y descubrió al vástago de rasgos del medio oriente mirándole desde el quicio de una de las puertas en el que estaba apoyado de pie. Ahora sabía que su nombre era Reza Fatir y que era un ángel de Caín, como él mismo. Su gesto parecía una invitación silenciosa a que se acercara a hablar con él, así que lo hizo.

-Salam aleikum, hermano. – Dijo el árabe. Poco antes, Soldat les había dicho que cada anilla de su coleta simbolizaba una vida destruida por su mano.

-No soy musulmán. – El silver Rocket sabía que muchos assamitas profesaban aquella religión incluso allí, en América.

-Tanto da ¿No es cierto? – Y le mostró la palma de su mano haciendo surgir la media luna plateada durante menos de un segundo. Era un tatuaje hecho con magia de sangre, la marca por la que se identificaban los manus nigrum entre ellos. Podía hacerse ver a voluntad y de ninguna otra forma. Quatemoc hizo lo propio. El assamita de los 25:17 continuó con su aterciopelada voz:

- ¿Quién te introdujo?

- El Cardenal.

- Él no pertenece a la Mano.

- Tiene contactos.

- ¿Quiénes son sus contactos?

- Pregúntale a él.

- Te lo estoy preguntando a tí.

- Y yo te he respondido.

- ¿Cómo sé que no mientes?

- Por la marca.
- La marca se puede imitar.
- No. No se puede.
- ¿Cómo lo sabes?
- Todos lo sabemos.
- ¿Y si no fuera verdad?
- ¿No existiríamos? – Esta última no la sabía.

-Hmm. No andas desencaminado...- dijo sonriendo. Aquel interrogatorio formaba parte del ritual de presentación de los militantes y, a partir de las respuestas, se suponía que uno podía hacerse una idea del rango del interpelado y su nivel de conocimiento de los secretos. No era tanto el contenido de la conversación como la manera en la que se respondía a cierto tipo de preguntas. Obviamente, Reza Fatir, poseía más rango y experiencia:

-Necesitamos saber si tu manada trabaja para Valez.

-Trabajamos para el Cardenal. - las lacónicas y parcas palabras del indio, aunque habrían desesperado a cualquier otro, parecían ser del agrado de Fatir, pues no cambió su sonrisa, cuando le dijo:

- Pues durante esta cruzada, trabajaréis para la mano.

El Ángel Oscuro, sobrenombre con el que les habían presentado al asamita antitribu de los 25:17, se esfumó tras estas palabras y Quate se quedó un rato pensando en lo que aquello podría implicar. Era fácil que pudiera presentársele pronto un conflicto de intereses en el que tuviera que elegir entre sus hermanos y la organización secreta. No sería plato de buen gusto, desde luego.

Estando en aquellas cavilaciones, aparecieron los Huérfanos en tropel. Aunque la manada de vástagos, la formaban el tal Bellemare y sus dos acompañantes femeninas, normalmente, el grupo se movía con una banda de moteros mortales que les seguían a todas partes, como ya había podido comprobar la Bestia. Aquello hizo que el local se llenase de pronto y que se formaran algunas peleas y disputas que ellos mismos generaron. Estaba claro que a su ductus le gustaba provocar, pero por lo que pudo observar Quatemoc, debían contar con el total beneplácito de Ezequiel, pues allí nadie intentó poner orden o impedirles que hicieran su voluntad. Pierre Bellemare no se mostró especialmente interesado en conversar con ninguno de los Silver Rockets y se limitó a saludar con la cabeza mientras seguía con los jueguecitos con

sus chicas y los demás. Se dedicó a insultar a otros mortales que estaban allí y a meterse con las mujeres con las que iban para incitarles y luego pegarles y hacer que se fueran. Al asamita no le importaban los mortales, pero la actitud de aquel cainita le desagradaba.

Poco después, llegó Polidori. Quatemoc aún no había conseguido averiguar mucho sobre su rango en la Mano, pero sospechaba, que por la deferencia con la que le trataban los 25:17, al menos debía tratarse de alguien con buenos contactos. El nosfe antitribu se mostró muy amistoso y correcto con todos, como siempre que le habían visto y, cuando la manada del obispo anunció que se reuniría solo con Les Orphelins y con él para concretar los planes, trató de explicárselo. Les reunió a parte, en un sitio donde la música llegaba apagada:

-Debéis entender que el obispo acaba de conoceros. Y aunque yo quiero confiar en vosotros, hay demasiado en juego. Por lo que sé, vuestro papel consistirá en seguirme a mí y hacer lo que yo os diga, así que no necesitáis conocer el resto de los pormenores. En media hora partiremos hacia el punto de reunión. Estad preparados. – Y Polidori, bajó al sótano con las otras dos cofradías autóctonas, dejándoles allí.

-Estio ess un ultrraje. No noss tienen el máss mínimo resspieto. – La Bestia estaba completamente fuera de sí. – Noss hemos ofrriesido a alliudarrless y mirra cómo noss lio paghan. Y ese patán de Bellemare no mie gussta. Pantierra, si no hasess algo tú lo harrié yo. Les dirré unas cuantass guapurras a essos engrrieidos.

-A mí esto me gusta tan poco como a ti, Bestia. Pero ¿Qué vamos a conseguir protestando? – El Lasombra parecía también bastante contrariado, aunque se contenía, como era habitual en él. – Al fin y al cabo, nos conviene estar en este barco.

- ¿Estamos seguros de eso? Yo sigo pensando que una visita al Alexandrium sería un camino más rápido y seguro para nuestros intereses. – Lilith no parecía satisfecha de su conversación con Yasmín.

-Gente, yo confío en Polidori, es un Sabbat de verdad. Puedo olerlo. Y el tal Soldat me ha caído bien. – Lupus, era más visceral.

-Si tuviéramos que fiarnos de tu intuición con los condenados, agarrábamos por el lado de los tomates. Estaríamos más perdidos que un turco conchudo en la niebla. – le reprendió medio

en broma De Paso. – Pero el caso es que nos re cagaron y basta. Y es tarde para volvernos a la biblioteca.

Por una vez, el assamita antitribu se decidió a intervenir: - Ya sé que, a lo mejor, no tengo derecho a pedirlos esto, hermanos. Pero sea lo que sea en lo que vayamos a meternos y dejando de lado si nos conviene o no para nuestra misión ordenada por Stratchona, mi deber es seguir a estos cainitas allá donde vayan esta noche. Entiendo que algunos no lo veáis así y aceptaré vuestra decisión. Aunque preferiría hacerlo con todos vosotros. – Casi se sorprendió a sí mismo con su sentencia y aún más con la acogida que tuvo. Nadie osó cuestionarle, es más, tanto Pantera como el voivoda estuvieron de acuerdo en que habían sido contadas las veces en que Quatemoc les había pedido algo y que, por tanto, sería justo otorgárselo.

Así que media hora después salieron hacia Ottawa. Las customs y la furgoneta siguieron a Polidori para salir de Montreal, dejando atrás la ciudad de los mil campanarios por el Suroeste, pasando el aeropuerto Dorval y hacia la 417 de la autopista transcanadiense. Normalmente, les había dicho De Paso, sería más rápido que enfilarse por la 50 por el Norte y, los territorios a atravesar, no estarían infestados de Lupinos. Aunque, precisamente por ese motivo, la Camarilla lo tendría mejor vigilado. Pero se suponía que sus enemigos estaban en horas bajas. Si aquello no era cierto, pronto lo comprobarían. En poco más de dos horas, como a las 4:00 AM habían llegado, sin ningún percance, a un parque industrial situado a las afueras, cerca de Sheffield Glen y allí se bajaron.

Ezequiel y Polidori les condujeron hasta una zona de aparcamientos prácticamente vacía a aquellas horas de la noche. Pierre Bellemare dijo que la hermana Evelyn, que resultó ser una de sus dos inseparables acompañantes, se encargaría de los vigilantes de seguridad, y al parecer, así lo hizo, pues se ausentó unos veinte minutos y no hubo noticias de ellos el resto de la velada.

Como había supuesto Quatemoc, no parecía que aquella misma noche fueran a iniciar las hostilidades, sino que, las horas que quedaban, las utilizarían para prepararse como mandaban las costumbres. Y qué sería de los llamados *Authoritas Ritae*, o ritos primordiales de la secta de Caín, sin su Danza del fuego antes de una Cruzada. El assamita antitribu de los Silver Rockets pensaba que nunca había visto una como la de Atlanta. Con tantas manadas, la música de los Cosechadores, el rugir de la multitud. Pero la de aquella noche en Ottawa no le fue a la zaga.

Empezando por la espectacularidad de la creación del pasillo de fuego, que no se debió sino a la increíble destreza de Yasmín la Negra con el uso de la senda de la llama, un conocimiento taumatúrgico reservado a los más intrépidos cainitas y estudiosos aplicados de la Magia de la sangre, que maravilló a todo el mundo y en especial a Lilith. Siguiendo por la sorpresa que fue para Lupus, el ver a Soldat sacar del maletero de uno de sus coches y colocarse una vestimenta típica escocesa y una gaita y comenzar a tocar una melodía pagana que Bellemare acompañó con impíos ritmos, sacados de un gran Yembé. Y terminando con Reza Fatir y Cairo, la acompañante espigada del líder de Los Huérfanos, batiéndose junto a las brasas y sobre ellas, en un fulgurante combate ritual que dejó boquiabiertos a los que nunca les habían visto en acción. Ella, con una exótica katana que manejaba como si fuera un samurái y él con un puñal ancho con guarda que hacía girar en su puño en cada finta. La velocidad y precisión de ambos y sus asombrosos movimientos y reflejos hicieron las delicias de sus observadores, que tuvieron que reconocer que habían visto pocos cainitas que pudieran rivalizar con ellos.

Con semejante cuadro, las desconfianzas y asperezas de la manada mejicana para con las otras dos cofradías canadienses, fueron limándose y desapareciendo. Todos completaron el rito ígneo con éxito, y cuando parecía que ya nada más podía mejorar el ambiente y preparar el espíritu para la batalla, Pierre Bellemare propuso algo:

- ¡Caribdis! – Anunció. – Y Ezequiel, Soldat, Reza y Yasmín lo celebraron con fervor.

-Sí, ¡la lavadora!, gritó el obispo. Un gran colofón para esta noche señalada. – Y la cosa se puso en marcha. Caribdis, o ‘la lavadora’ como lo había llamado la cobra, era un Ignobilis Ritae propio de la manada de Les Orphelins. Estos ritos, eran creados y practicados por las diferentes cofradías o grupos o ciudades, sin ser parte de los 13 principales Authoritas que conformaban la columna vertebral ritualista de la secta. En este caso, el ritae parecía consistir en una especie de Voulderie conjunta, lo que no atraía demasiado a Quatemoc. Por así decirlo, para él, aquella situación podría ser más peligrosa que la Danza del fuego. Su autocontrol para con la sangre de vampiro se veía incluso más comprometido que cuando debía enfrentarse a las llamas. Era la debilidad que cargaban los de su sangre en el Sabbat, pero si Reza Fatir, que le miraba con curiosidad, no parecía preocupado, él no podía ser menos. Así que comenzó a prepararse mentalmente para una difícil prueba.

Mas la suerte parecía estar de su parte. Polidori, tras excusarse con Ezequiel y Bellemare, dijo que debía partir ya para iniciar los preparativos de la noche siguiente y que necesitaba hablar

un momento con el indio assamita para concretar ciertos pormenores. Pese a que el líder de los Huérfanos se quejó al obispo de la falta de respeto a su cofradía, éste le instó a aceptar ciertas licencias que los miembros de la Mano debían tomarse, en aras de un objetivo superior y tuvo que acatarlo. No obstante, el resto de los miembros de Silver Rockets, sobretodo Lupus, parecían entusiasmados con la idea de participar en aquel singular evento.

Alejándose, Quatemoc pudo observar como todos allí presentes, comenzaban a tomarse de las manos unos a otros en corro y a corear al unísono, primero en susurros y luego elevando el volumen cada vez más: 'LA-VA-DO-RA, LA-VA-DO-RA'. Mientras uno a uno, se iban incorporando a la actividad que consistía en morder la muñeca del que tenían al lado, succionando con fuerza el espeso fluido, haciendo que la vitae de todos ellos comenzase a circular mezclándose, a la vez, a través de sus cuerpos, en una vorágine ininterrumpida. La mera visión, ya le estaba suponiendo un reto al assamita, que se alegró de tomar distancia lo más rápido posible con Polidori.

-Te preguntarás por qué Fatir no le teme a la voulderie. – Le dijo cuando se hubieron apartado lo suficiente. El silver rocket lo miró sin contestar. Por un momento, pensó que el nosferatu antitribu era capaz de leerle la mente. – Es normal porque el Ángel Oscuro en realidad no es un antitribu abrazado por un sabbat. - Continuó Polidori - Él se cambió de bando en plena guerra. Tenía un contrato de sangre para acabar con Ezequiel. De esos que firman los chiquillos de Hassan que aún sirven al Viejo de la montaña, en Alamut. – Quate conocía la historia de los Assamitas 'originales', aunque nunca se había cruzado con uno. Sabía que no eran capaces de beber la sangre de otro vástago ya que ésta les dañaba, debido a un ritual taumatúrgico que les habían impuesto los Tremere a todos los que no se unieron al Sabbat, tras las revueltas y la convención de Thorns. Pero lo que aquello implicaba, le cuadraba menos, si cabe.

– Pero Reza es especial. – Añadió - Cuando ingresó en la Mano, guiado por la cobra, tras haberle convencido de que servía a falsas promesas, se vio obligado a enfrentarse a pruebas más despiadadas y mortíferas que casi ningún otro, teniendo en cuenta el peligro que había de que, en realidad, su traición fuera simulada. El fanatismo de los asesinos, como también se les llama, es muy conocido y también su astucia. Pero sus mentores se dieron cuenta rápido de que algo no encajaba. La vitae, no solo no le provocaba daño, sino que ni siquiera era capaz de afectarle del modo común. Hasta ahora, ningún otro cainita ha sido capaz de forjar con él un vínculo, ni directo, ni a través de Voulderie. Y, posiblemente, por esa misma rareza, el Ángel Oscuro tampoco siente un impulso irrefrenable de consumirla.

- ¿Y la Mano se fía de él? – Preguntó extrañado Quatemoc.

-La Mano se fía de Ezequiel y es chiquillo de un infernalista confeso y conocido. Pero más que fiarse, la Mano posee, como irás descubriendo, mecanismos de autoprotección que sólo unos pocos conocen. – Polidori parecía dispuesto a contarle algo más al assamita y eso le hizo sentir un cosquilleo interno que no sentía desde hacía mucho tiempo. - Pero existe la desconfianza en el seno de la secta. Es más, es una tónica en toda organización secreta y más en una que se basa en la propia desconfianza entre los cainitas. Hay quien dice que la Mano Negra, no sirve al Sabbat, sino a sí misma. También algunos proclaman que en ella hay miembros de la Camarilla, Garous e incluso Magos. O que a la que nosotros servimos, no se trata sino de una falsa tapadera, que esconde a la verdadera organización. – El rostro deforme de Polidori era inescrutable, aunque Quatemoc, podía intuir cierto grado de ironía en las palabras del nosferatu antitribu. - Existe toda una red de rumores y falsas propagandas que, en mi opinión, no están ahí sino para confundir y despistar a sus enemigos y detractores, incluso entre sus propios integrantes.

-Reza me dijo que, en esta cruzada, trabajábamos para ellos. ¿Debo entender que es un objetivo independiente al de la Espada de Caín? – Probó el assamita.

-En efecto, muy perspicaz. Te revelaré, aunque no puedes decírselo a nadie más, ni Sabbat, ni siquiera a otros miembros de la mano que no sean los 25:17, que yo soy un Dominio. – Aquel término le sonaba, lo había oído mentar en susurros durante sus entrenamientos. Polidori prosiguió - El líder militar de la zona de Canadá. Y tengo instrucciones de arriba que debo cumplir a toda costa. Para ello es indispensable que llegue hasta el corazón de Ottawa y hable con una vieja amiga. - Quatemoc no entendía muy bien a qué se referiría, pero cada vez sentía más aprecio por aquel cainita que parecía confiar en él, más de lo que ningún otro miembro de la Mano lo había hecho hasta entonces, y además era un líder. – Y te preguntarás por qué te estoy contando esto, ¿No? – Le miró - Mañana, tú y tu manada me acompañaréis en esa misión y necesito que les convenzas para que sigan al pie de la letra mis órdenes, sin preguntas y sin dudas. Pase lo que pase y veáis lo que veáis. – Polidori dejó al assamita de los Silver Rockets reflexionar unos segundos. – Ten en cuenta que todo dependerá de nosotros dos en el campo de batalla y si tus cofrades están interesados, una buena actuación podría granjearles mi apoyo para un eventual ingreso en la organización, por no hablar de tu promoción incondicional. Pero un error nos costaría no solo la muerte definitiva a nosotros, sino algo

mucho peor de lo que puedas imaginar.

-Y si es tan importante, ¿Cómo es que no te acompaña 25:17? – Aquella duda, le surgió al instante.

-Mi cometido dependerá totalmente de que Ottawa sea tomado y no puedo dejar esa responsabilidad sobre Pierre Bellemare y sus Huérfanos, por muy débil que estén las defensas. Prefiero que ese trabajo lo haga alguien de mi total confianza. – Sentenció el Dominio. Y ambos permanecieron en silencio durante un tiempo. La temperatura comenzaba a descender, anunciando que faltaban pocas horas para el alba. – ¿Puedo contar contigo entonces? – Dijo finalmente Polidori. – Quatemoc, cabeceó afirmativamente, sin decir palabra. – Veamos pues si has aprendido algo hoy. – El nosferatu antitribu se colocó el casco y se puso los guantes dirigiéndose hacia su motocicleta mientras hablaba. - ¿Qué ocurriría si no fuera verdad que la marca no puede ser imitada? –

El silver rocket se miró la palma de la mano:

-Nada. No cambiaría nada. – Dijo lentamente. Y el ruido del motor arrancando se propagó todo alrededor, apagando en su mente los ecos de la conversación.

Polidori sonrió, si a aquella mueca cadavérica se le podía llamar sonrisa y le enseñó el pulgar hacia arriba como validando su respuesta. Cuando pasaba a su lado, se detuvo y gritó para que se le oyera por encima de aquel potente petardeo: -Mañana pasaré a buscaros nada más anoecer. Dile a Pantera que debéis estar preparados para todo, y que confíe en ti. – Y se alejó en la noche hacia Ottawa.

Cuando Quatemoc regresó a donde estaban los demás se sorprendió bastante de ver a los integrantes de las tres manadas, conversando, divirtiéndose y relacionándose tan animadamente y de forma tan abierta y sincera. El rito de Caribdis, debía poseer una fuerte capacidad para impulsar los vínculos, mayor que el de una voulderie normal. Nunca había visto a La Bestia mostrarse tan amigable, o a De Paso cantando pasodobles a alguien que acababa de conocer. Incluso Yasmín, pareció abrirse un poco y estuvo un buen rato conversando con Lilith. Era como si estuvieran embriagados por alguna droga social. El caso era que aquellos dos cainitas, Ezequiel y Bellemare, poseían, aunque por motivos muy diferentes, caracteres poderosos, que atraían a sus semejantes. El assamita antitribu creía que era el único que se mantendría ajeno a aquella sinergia hasta el amanecer, cuando fuesen a guarecerse en el

refugio que les habían preparado. Pero cuando se fijó en Reza Fatir y se acordó de lo que Polidori le había contado, se dio cuenta de que aquello no era cierto. El Ángel Oscuro, reía y conversaba como los demás, pero en realidad, el ritae no le había afectado en lo más mínimo.

Nada más despertar, Quatemoc recordó lo largas que se le habían pasado las últimas horas hasta el amanecer. Pero la hora había llegado por fin, y él, estaba preparado. Quizás no podría decir lo mismo de sus cofrades, ya que, al parecer, el rito de la lavadora poseía algún tipo de efecto similar a la resaca, aunque teniendo en cuenta que los vástagos no podían enfermar, aquello no tenía demasiado sentido. Pero así era. Lupus fue muy descriptivo al respecto:

-Mierda, me siento como si catorce elefantes me hubieran pisoteado la cabeza y luego hubiesen jugado a succionarme por sus trompas y expulsarme por el culo.

-Va ¿qué es esto? ¿Nos revivieron para hacernos sentir enfermos? – añadió De Paso. - ¿O es una nueva tortura de la Mano Negra que estuvieron probando con nosotros?

-Eso no tiene nada que ver con la Mano. – Dijo el lacónico assamita. Aunque sabía que su cofrade estaba bromeando. – Pero puede que muchas de las cosas que veamos hoy sí que lo tengan.

Pantera que parecía tan afectado como los demás, pero intentaba guardárselo para sí mismo, dijo entonces: - Ayer hablaste con Polidori sobre nuestro cometido, ¿No es así? ¿Qué nos puedes decir?

-Espierro que ssea algo máss que simplemente tenrremoss quie seguirrle y confiar siegamente en él. Essto de la Manus Nigrum nunca mie ha gustado. Yo sirrvo al Sabbat. – Intervino el voivoda.

-Si no podéis confiar en la Mano, sólo puedo pedirlos que confiéis en mí. – Quatemoc intentó mostrarse más cercano que de costumbre. - Además, todos habéis podido ver que Polidori parece de fiar. Siempre nos ha tratado con respeto. ¿No es así? Os pido que le demos una oportunidad de demostrárnoslo. – Dijo esto mirando a la Bestia que soltó un resoplido, pero no puso objeción. Y luego miró al Lasombra: -No quiero inmiscuirme en tu labor como ductus de la manada, pero sí que debo pedirte que acatemos las directrices de Polidori mientras estemos con él, al menos durante esta incursión. Puede que nos movamos en un terreno que

nos sea desconocido.

-Yo siempre digo que hay que dejar a los especialistas en su terreno. El nuestro es el de los chuchos, si esto no va de cambiaformas, yo apoyo el consejo de nuestro amigo Quate. – El assamita sabía que podía contar siempre con la confianza de su hermano Lupus. A veces se equivocaba, pero nunca te dejaba en la estacada.

-Lo veremos. – Pantera estaba algo reticente al respecto. Y no sólo porque pareciera afectado por aquella extraña resaca. Quatemoc sabía que no le gustaba seguir ciegamente a nadie, estaba en sus principios. Si consentía en todo aquello, solo era por su hermano, pero no podía pedirle más. Así que, se lo agradeció con la mirada.

Una hora más tarde avanzaban por los canales que conducían a los túneles de las alcantarillas por los desagües del río Ottawa. El caudal, dividía en dos la ciudad y también separaba las provincias de Ontario y Quebec. Era un río ancho, cruzado por grandes puentes a lo largo de su recorrido, pero los más impresionantes, se encontraban en Montreal y en la propia capital canadiense. Quatemoc sabía poco sobre la ciudad, ya se preocuparía más adelante de informarse. Por suerte para él, su misión consistiría en seguir las órdenes del cainita que ahora les guiaba en silencio.

Alcanzaron un pequeño promontorio en el que una estructura soportaba una oquedad. Una puerta enrejada daba paso a la entrada de un túnel, oscuro y húmedo, con dos vías de paso a los lados y un caudal en el centro que transportaba las aguas que se vertían al río. Justo en el momento en que Polidori abrió fácilmente la cerradura con una ganzúa, unas cuantas gotas anunciaron el inicio de una fina lluvia nocturna.

-Hoy os daré un curso acelerado de cómo son las cloacas de una ciudad. No os vendrá mal, siempre que tengáis que enfrentaros a un nosferatu camarilla. - Mientras hablaba, el agua que resbalaba por sus mechones desiguales de pelo, empezó a mojar los hombros de su gabardina. -Como ya sabréis, a mis némesis les gusta vivir protegidos y ocultos de miradas indiscretas. Piensan que esto les va a mantener alejados del peligro – Cuando dijo esto último, el nosfe antitribu, les miró. – Pero hay algunos peligros de los que es inútil esconderse. – Quatemoc no sabía si se refería a ellos mismos, en aquel momento, aunque por alguna extraña razón, le pareció que no. – Id pasando dentro y esperadme un minuto.

Los Silver Rocket se adentraron en el conducto, resguardándose de la humedad exterior, aunque Quatemoc sintió que la del interior, resultaba más espesa y recargada. No obstante, el agua que recorría aquel canal, no parecía excesivamente sucia.

-Crrieo qui esto no fa a gustiarrme demasiado. – Dijo el viejo Tzemisce.

-Pues debés saber, que esta es la parte más limpia. – Empezó a explicar De Paso, a lo que Lilith soltó un gemido de disgusto – Esta agua que se vierte en el río, ya pasó por una depuradora. Si nos adentramos más a fondo, podremos disfrutar de los más exquisitos olores del ganado. Delicias del orto, le dicen. -

-Ya salieron los remilgaditos. Para encontrar oro, a veces hay que revolcarse en el fango - le respondió Lupus con sorna.

Quatemoc se fijó en que Pantera estaba serio y pensativo. A todas luces seguía preocupado, y eso, posiblemente, no le permitía participar de la conversación y las chanzas de sus cofrades.

Al cabo de unos segundos, Polidorí regresó al túnel. Traía consigo, bajo la empapada gabardina, unos cuantos bultitos peludos que resultaron ser murciélagos colgados en su interior. Susurró algo, mezclado con unos silbidos y grititos y los pequeños mamíferos se soltaron y comenzaron a revolotear a su alrededor. La imagen se le hizo bastante curiosa al assamita antitribu, poco acostumbrado a ver demostraciones de aquella habilidad cainita.

-Como ha dicho vuestro sabio hermano, este conducto es lo que se llama un emisario interceptor. Son los que vierten de nuevo las aguas al exterior, ya sean ríos, mares o campos de riego. Con suerte, como aquí, el agua pasa por una depuradora antes. Pero para nosotros, esto podría suponer más un problema que algo deseable. - El nosfe realizó un gesto y las pequeñas criaturas aladas se lanzaron hacia el oscuro interior. -He traído linternas y frontales para los que no veis en la oscuridad, aunque no todo el camino estará sin iluminar.

-No tienéiss una antorrchiá, me niego a ussarr estos cachivachesss modiernos.

-Me temo que no mantendríamos una antorcha encendida mucho tiempo en este lugar, maese Bestia, pero id tras de mí y yo os iluminaré. – El Dominio de la Mano, quien demostraba saber tratar con el tacto necesario al viejo cainita, avanzó con seguridad hacia lo profundo,

encabezando al grupo. Quatemoc, se dio cuenta de que el agua corría hacia afuera por la sencilla razón de que las galerías debían haberse construido con una leve inclinación desde su origen. Aunque no llegaba a encajarle muy bien mentalmente como aquello era posible, teniendo en cuenta las distancias, pero a sabiendas de la situación, se guardó sus preguntas para más adelante.

Avanzaron durante un buen rato por aquel túnel, escuchando solo la corriente y los pasos de los otros, con alguna que otra queja de La Bestia, que, por suerte, había tenido la buena idea de no traer su chistera, pues la altura de la cavidad, parecía ir disminuyendo cuanto más caminaban. De vez en cuando, se oían los chillidos de los murciélagos y aparecían de vuelta a revolotear en torno a su controlador, que parecía escuchar lo que tenían que decirle y volvía a enviarlos, sin dar más explicaciones.

En un momento dado, arribaron a otra reja con puerta y cerradura que les franqueaba el paso. Polidori anunció que se trataba de la entrada a la depuradora y que, a partir de ahora, tendrían que andar con más cuidado, ya que había podido observar ciertas marcas en las paredes que indicaban que allí comenzaban los dominios Nosferatu de Ottawa.

-Entonces, ¿el príncipe Cranston es un nosferatu? – Preguntó Pantera.

-Una nosferatu, para ser más exactos. -Respondió Polidori levantando el dedo índice. - Le gusta el título en masculino para mantener el mayor anonimato posible. Una de las cosas que más nos costó descubrir fue su verdadera identidad. Pero por desgracia para ella, tuvimos un pasado común y eso me permitió desvelar su mascarada. Es tan ladina que, aunque sabemos que ha contactado con varios cainitas de Montreal, no hemos conseguido averiguar quiénes son, y ahora mismo, podríamos tener varios espías actuando a la sombra de algunas manadas. Así que, nuestra visita, será sin duda de gran ayuda para todos. – Quatemoc se daba perfectamente cuenta de que, en vez de asalto, había dicho visita y que al decir todos, no se estaba refiriendo a todo el Sabbat, o no exactamente.

No habían recorrido más de unos cuantos pasos dentro de las grandes cavidades que albergaban los pilones de agua tratada químicamente, cuando empezaron a notar los desagradables efluvios que envolvían el ambiente. El dominio les dirigió rápidamente a través de los pasos habilitados para el tránsito humano y les mostró varias marcas y trampas que sus enemigos habían dispuesto especialmente para los intrusos. Los pequeños roedores alados

que le servían, según les contó, tenían la labor de detectar ciertas pautas que sólo ellos captaban y por las que él sería capaz de localizar ratas antes de que ellas les vieran. Las ratas eran las cámaras de vigilancia de los nosferatu desde la antigüedad. Sus ojos en las cloacas que dominaban. Atacarlas o intentar controlarlas en su terreno, haría saltar las alarmas. Por eso, los murciélagos eran el instrumento disruptor que el antitribu utilizaba contra aquellas defensas en apariencia inexpugnables. Una argucia interesante, pensó el assamita y muy del gusto de su hermano tzmisce, por lo tradicional que resultaba.

Sin embargo, cuando hubieron dejado atrás la estación depuradora y llegaron a los aliviaderos de tormentas que no eran, según les explicó, sino depósitos que retenían el agua pluvial que entraba por los imbornales para regular el caudal que llegaba hasta allí y que no hubiera desbordes, Polidori anunció que había perdido contacto con sus improvisados sirvientes. Algo o alguien los había neutralizado de alguna manera. Lo que podría llegar a ser, o un contratiempo menor, o un desastre para el éxito de su incursión sorpresa. Así que, les apremió para que avanzasen con mayor rapidez. Y fue entonces, cuando habían perdido a sus avanzadillas y con ellos, posiblemente, la iniciativa, cuando cayeron en la emboscada.

De varios pequeños colectores que llegaban desde el techo, empezaron a caer miríadas de ratas que chillaban mordían y arañaban como si se hubieran vuelto locas, provocando el desconcierto y el caos en el grupo. Aprovechando esta distracción, de una de las compuertas laterales que daban a los pozos de inspección, contruidos para uso del personal de mantenimiento, apareció una figura en sombra, chepuda y encorvada, pero fuertemente musculada que se movía a cuatro patas y saltaba, cual orangután, de tubería en tubería y de pared a pared, de forma que era casi imposible de alumbrar con las linternas y antes de que lograsen si quiera verla bien, ya había golpeado violentamente a varios de los acompañantes de Quatemoc.

El assamita, decidió rápidamente emplear su poder de ofuscación y meterse en el agua para deshacerse de las ratas y esperar el momento en que su enemigo pasase cerca para golpearle, ya que, de esta forma, no sería capaz de percibirlo. Pero cuál fue su sorpresa al verse, nada más sumergirse, sujeto fuertemente por unas enormes manos palmeadas y mordido por unos horrendos colmillos en el hombro. Fuera quien fuese su atacante, no solo no había conseguido esconderse de él, sino que además le había cogido desprevenido. Al instante, decidió convertir la sangre que le succionaba en veneno, una de las habilidades reservadas a los de su clan, para esperar a que su incauto predador, perdiera su fuerza y cambiar así las tornas. El plan

funcionó, tras unos segundos bajo el agua, su captor mostró su debilidad aflojando la presa y el ángel de Caín aprovechó para golpearle con fuerza quitándoselo de encima. Continuó el movimiento sacando la cimitarra y empapándola con su sangre una vez fuera del agua para finalmente, hender su filo hacia abajo en un tajo que le partió desde el cuello, todo a una velocidad y con una precisión sobrehumana, como le habían enseñado.

Aquello le dejó exhausto y hambriento, al borde de perder la cordura. Pero algo inesperado, le hizo volver en sí. Cuando se volvió para intentar ver entre las sombras y luces que se movían desbocadas en la oscuridad, un gran estruendo y una repentina sacudida que hizo temblar la estructura, provocó la huida de todas las ratas en masa.

El ser que peleaba con el resto de sus hermanos y Polidori, perdió su concentración y con ello su ventaja, quedando a merced del dominio el suficiente tiempo como para que éste, le metiera una estaca entre las costillas y lo dejara incapacitado y espatarrado contra la pared. Sin embargo, antes de que pudieran si quiera pararse a ver a qué se estaban enfrentando exactamente, escucharon otro fuerte estruendo y un desagradable chirrido que más parecía un rugido imposible. Un sonido sumamente inquietante que hizo que Polidori les hiciera señas para que no se movieran y no hiciesen ruido:

-Creo que hemos llegado justo a tiempo. - dijo en voz baja. - Seguidme en silencio. A partir de ahora, os recomiendo ignorar y olvidar todo lo que veáis y escuchéis, por vuestra propia seguridad y salud mental y os conminó a que confiéis en mis órdenes y las acometáis sin dudarlos, pues nuestra supervivencia puede depender de ello. Mentiré y hablaré de cosas que no entenderéis. Seguidme el juego y todo saldrá bien. - dijo esto mirando a todos, pero centrándose sobre todo en La Bestia y Pantera. Cuando acabó de hablar, se acercó a Quate y apoyando la mano en su hombro, añadió: Tú mantente a mi lado y consíguenos silencio, yo nos ocultaré a todos de la vista hasta el momento apropiado.

- ¿Y este? - Preguntó Lupus señalando al enemigo estacado. Ahora que lo alumbraban directamente, Quatemoc pudo observar los inconfundibles rasgos de un descendiente de Absimiliard, nombre del, en teoría, primer vástago de la línea nosferatu. Aunque este concreto, era especialmente horrendo y deforme, una mezcla entre un humano jorobado y un simio. - ¿Vamos a dejarlo aquí tirado?

-Nos encargaremos de él a la vuelta, no se moverá de ahí y es importante que alcancemos la

madriguera lo antes posible. – Sentenció el dominio.

Comenzaron entonces a adentrarse en un intrincado laberinto de colectores húmedos y oscuros lo suficientemente amplios como para caber de pie. El olor era muy intenso y desagradable, haciendo de la experiencia, como había dicho De Paso, una encantadora degustación de aromas escatológicos. Pronto, las paredes comenzaron a llenarse de marcas pictóricas, grafitis e incluso adornos con telas y lienzos, lo que le decía a Quatemoc, que los túneles que recorrían, eran en realidad el hogar de una comunidad. Pero por alguna razón, ahora se encontraban vacíos.

Volvieron a escuchar el estruendo y todo tembló de nuevo dos veces más durante su trayecto por las madrigueras, lo que provocaba en el assamita antitribu una sensación de alarma constante y una incertidumbre creciente. Pronto, una espesa niebla comenzó a elevarse por todas partes, según se iban aproximando a aquellos intrigantes sonidos. Unos gritos, más humanos, resonaron con el eco, cuando la luz de alguna especie de sala a la que llegaban, comenzaba a reflejarse en la bruma y en el agua de los colectores, y a iluminar por fin su camino:

- ¡Esh imposible! ¿Cómo puede haber acabado con todash nueshtrash defenshash tan rápidamente? – Escucharon. La voz, acartonada y antigua, se arrastraba sibilante entre los dientes de quien la producía. Parecía de una vieja mujer. – No claudicaremosh. Karyn, Felonio, dirigíosh con todosh losh shervidoresh y lash armash a la eshtación de bombeo. Por muy grande y fuerte que shea no podrá shuperar la preshión de diez toneladash de agua encima.

-Pero señora – Dijo otra voz, casi suplicante mientras se oían los pasos apresurados de los que parecían cumplir sus órdenes. – Las noticias de la ciudad son preocupantes, dicen que el Sabbat nos ataca.

-Lo she ingrata shabandija – respondió ella de nuevo. – ¿Dónde eshtá Claudiush? Búshcalo. Mientrash mi hijo proteja losh túnelesh exteriores eshtaremosh a shalvo aquí abajo. Neceshito saber qué esh esha maldita niebla. Tengo un mal preshentimiento... -

Al tiempo que escuchaban la conversación, el grupo se adentró en aquella enorme caverna iluminada de la que provenían las voces. Si lo que decía Polidori era cierto, y nadie podía verles, aquello demostraba un manejo poderoso de su disciplina de ofuscación, sin duda. Y

sumando eso al cono de silencio que podía provocar el assamita antitribu, su camuflaje debía resultar perfecto. Podrían plantarse delante de sus enemigos y escucharles sin que ellos supieran que estaban allí. Al entrar, Quatemoc observó varias estructuras de metal de gran tamaño, con decenas de indicadores, válvulas y medidores a lo largo de las paredes. El agua no entraba en aquella gruta. Había tres salidas más que partían de lo que parecía una sala de control central y luces que iluminaban prácticamente todos los rincones. Curiosamente, un montón de cables, recogidos en gruesas madejas y unidos con cinta, recorrían la sala por el suelo y algunas paredes. La gruta albergaba varios monitores y consolas repartidos aquí y allá y una zona elevada con barandillas y un viejo sofá mohoso frente a una gran pantalla. Y de ahí parecía provenir la voz que escuchaban y que el Silver Rocket atribuía a Cranston. Un bajito y orondo muchacho con la ropa demasiado pequeña y una capucha que le cubría el rostro avanzaba hacia ellos en pos del túnel por el que habían entrado. El dominio se apartó y les indicó a los demás que hicieran lo mismo. Lo que hizo que el joven nosferatu pasara de largo sin siquiera darse cuenta de su presencia.

- ¡Huye Alicia! - dijo de pronto Polidori una vez que quedaron a solas con la cainita del sillón y tocó a Quate para que disparara el silencio. El amasijo de capas y trapos que se giró en ese momento, parecía contener a un pequeño ser, del tamaño de una niña, con las manos y la cara vendadas, que no dejaban ver lo que escondían. Pero casi en un instante, los trapos se arremolinaron y callejón al suelo, descubriendo a una bella adolescente, rubia y de azules ojos, vestida como una colegiala, que miraba curiosa a todas partes buscando de donde había salido aquella voz:

- Muéstrate viejo sombrerero tarado. - dijo sonando ahora como una niña - Quiero verte. Hace tiempo que no respondo ya a ese nombre. Debes saber que ahora soy la Reina - Y, al recoger los trapos y ponérselos, estos transformaron a la joven, inexplicablemente en una reina de cuento, delante de sus narices.

Y Polidori se dejó ver y con él a sus acompañantes.

-Déjate de juegos Cranston. ¿Es que no ves quién se acerca? ¿Es que no te acuerdas? Si en algo aprecias tu existencia, lárgate de aquí. Coge a tu progenie y huye. - El assamita supo que empezaba la función, cuando empezó a no cuadrarle aquello y Bestia desencajaba la mandíbula. Pero Pantera mantuvo su templanza y los miró pidiendo calma.

- ¿Qué pretendes viejo tramposo? ¿Embaucarme? Ya no soy tan inocente. Si en verdad fuera

quien dices, uno de ellos, un Nictuku, tú mismo estarías huyendo, no habrías venido hasta aquí para avisarme. Lo que quieres es quitarme mi corona. Deseas mi ciudad para el Sabbath. – La interpretación de Cranston estaba siendo de Oscar. Impostaba como si en realidad fuese una actriz de Hollywood.

-Abraxas, Señor de la niebla. – Continuó el antitribu sin seguirle el juego - Tu viejo conocido. Vamos tras él. Este es mi Kamut - Dijo señalándoles a ellos - ¿Recuerdas? ¿Ya has olvidado cuando te recluté? El Sabbath solo es un instrumento. Yo trabajo para la Mano, la verdadera.

-Tal 'Mahe 'Ra. – Dijo ella abriendo mucho los ojos, como invocando su gastada memoria. - ¿Desde cuándo persiguen Nictuku? - Quatemoc ya empezaba a elucubrar de forma desenfrenada. ¿Se trataba de un embuste? ¿O Había algo de verdad en aquel galimatías? Otro gran rugido acompañado de un estruendo y un temblor sacudieron la sala que no dejaba de llenarse de aquella densa bruma.

-Perseguimos a los enemigos de la estirpe. Te estoy ofreciendo una salida. Por los viejos tiempos. Busca refugio en Quebec. - Uno de los aparatos junto al sillón estalló en estática. Parecía una comunicación entrante:

-Señora, ¡le hemos dado con todo! ¡No sé detiene! – Entonces, Cranston se acercó a una de las válvulas que tenía cerca:

- ¿Y si le dejo entrar? – Amenazó sujetando la rueda. - Entonces veré si es verdad lo que dices con mis propios ojos.

- ¡Aaaaaah! – Un terrible grito y un golpe seco se escucharon a través del comunicador seguidos de silencio y estática. La tensión aumentaba.

-Ya sabes que no funciona así. – Polidori se mostró firme. – Si no te marchas me veré obligado a matarte. No me dejarás opción. – Los Silver Rockets entendieron aquello como una señal y todos mostraron sus armas y sus mejores poses amenazantes. Y debió funcionar, porque, en aquel momento, Cranston se desmoronó. Perdió su máscara volviendo a su apariencia inicial. Una pequeña anciana cubierta de vendas y capas de trapos sucios.

- ¡Maldito sheash viejo loco! Hash traído la deshgracia a mi ciudad contigo y me hash hecho perder la corona. ¡Quédate con tus shombrerosh, tu monshtruo y mi ciudad! ¡Allá te

empachesh! Dijishte que podría shalvar mi progenie ¿Dónde eshtá Claudiush?

-Lo encontrarás estacado de camino a la estación depuradora, junto a los aliviaderos. – Se escuchó otro rugido, esta vez mucho más cerca. La niebla ya era tan densa que apenas se veía a más de un brazo de distancia. Fuera lo que fuese aquello a lo que habían llamado Nictuku, se acercaba. – Lárgate ya y no mires atrás. – Y Cranston se perdió en la niebla.

-Ahora debéis marcharos vosotros – les dijo a los Silver Rockets Polidori. – Aquello pilló a Quatemoc y sus hermanos totalmente por sorpresa. – El objetivo del Sabbat ya solo depende del buen hacer de Ezequiel y los suyos. Nosotros hemos cumplido el nuestro. Pero como habréis podido imaginar, a mí me queda un asuntillo por cerrar. – El sonido era ya tan estruendoso, que el dominio tenía que gritar para que pudieran escucharle. Un golpe hizo retumbar toda la sala y caer gravilla del techo, algunas válvulas se soltaron y el agua comenzó a manar de varias tuberías.

-No vamos a dejarte sólo ante ese ‘lo que sea’. – Gritó testarudo el assamita.

-El Nictuku es un viejo enemigo de todo mi antiguo clan. Yo lo atraje hasta aquí para librarnos de Cranston. Ahora es responsabilidad mía alejarlo de los dominios del Sabbat. Pero no os preocupéis, tendré apoyo de la mano. – Cogió a Quatemoc y lo apartó un metro de los demás. – No todo lo que he dicho antes son mentiras y casi nada es verdad. – le dijo, para que solo él pudiera oírlo - Recuerda a tus cofrades que no os conviene andar haciendo preguntas sobre lo que habéis visto y que más os vale olvidarlo por ahora. Si todo va bien, pronto nos veremos y podré darte algunas respuestas. Huid por aquel túnel, que lleva al centro de la ciudad y volved al punto de reunión. En pocas horas, Ottawa habrá caído.

Capítulo 12: Celebraciones y Honores.

-Aún no logro entender qué pintábamos allí. Ese Nosfe no nos necesitaba, maldita sea. – Dijo Lupus enfadado, algo no muy común de ver. – Seguro que hubiésemos sido mucho más útiles arriba, con los 25:17. – Hacía media hora que habían llegado al punto de reunión y se habían metido todos en la furgoneta a esperar noticias del Obispo. De Paso controlaba un walkie talkie que le habían dejado para comunicarse y esperaba impaciente que surgiera alguna voz de él. Fuera estaba cayendo una tremenda tormenta, con rayos y truenos y mucha agua y estaban todos empapados. Así que, aunque el templario, como los demás, había estado un buen rato callado, intentando asimilar lo que habían experimentado durante las horas previas, las palabras de Lupus lo despertaron:

-No, a mí, si me dicen lo que voy a hacer allá, no me llevan. Fue todo un paripé. Un chamuyo. ¿Nos cagaron el olfato para qué? – le salió el enfado de golpe. Luego hubo un ligero silencio, hasta que Quatemoc lo rompió:

-Siento que penséis así. Yo creo que sí éramos necesarios. Aunque aún no consigo entenderlo del todo. Me falta mucha información. Cuando hable con Polidori de nuevo... - Dijo, casi balbuceando.

-A lio mejorr, si noss contassess loss siecrretitoss que te trraías con él, los demáss tamfién lo entendierríamoss. Eso de la ferrdaderra Mano, de que ssi el Ssabbat es una hierramienta. ¡A mí me suena a trraissión! – La Bestia se estiraba de las mangas de su guardapolvos empapado. Su cara era un poema, entre el enfado y la irritación de encontrarse incómodo. – Perro lo del Nictiuku... - Dijo bajando la voz – tengo qui reconocer que si conosía la antigua leyenda. – Parecía que algo le reconcomía por dentro. Algo que sin duda temía. De Paso también había sentido verdadero terror cuando aquel terrible sonido se acercaba cada vez más y todas las paredes retumbaban. Todos parecían intrigados al respecto.

-A ver, mentes simples. ¿A ninguno se os ha ocurrido pensar que todo haya sido un montaje? – soltó, de pronto Lilith. Su rostro empapado brillaba con las luces que entraban por las ventanillas - Yo también había leído sobre el Nictuku. Hay mucho misterio y mito y poca información fidedigna al respecto. De hecho, la mayoría de los historiadores, hablan de que es sólo un cuento que los antiguos nosferatu mantienen para tener controlada a su progenie. Es más, el propio Polidori nos dijo, al final, que él mismo había traído a ese ser hasta allí. – Se

detuvo un momento mirándoles a todos - Una buena puesta en escena, una historia de miedo, una máquina de niebla y voilà ... como haría un mago, uno falso, claro.

-Y ¿Cómo explicas los rugidos, los golpes, los temblores? – Intervino Lupus incrédulo, negando con la cabeza.

-La Ballena. – Respondió ella resuelta. – El tal Elías de los Desgraciados. Más de trescientos kilos de masa corporal, tres metros de alto y una fuerza descomunal. Apuesto a que sería capaz de haber provocado algo así. – De Paso se quedó boquiabierto. Y el resto, parecieron alucinar también. Pero Quatemoc se negaba a aceptarlo.

-No. Imposible. Valez le prohibió a su cofradía intervenir en la cruzada. Además, entendería que Polidori quisiese engañar a Cranston, pero ¿Por qué no contárnoslo a nosotros? ¿Qué gana él? – El asamita antitribu parecía reacio a pensar que su nuevo amigo pudiera engañarlo. Pero a De Paso no le convencía el argumento de la prohibición de la Arzobispo. Después de todo, las manadas alineadas al obispo, despreciaban a la lasombra. Y el que no se lo dijeran a ellos, podía tener que ver, con el hecho de que aún no sabían si alguno de los Silver Rockets espiaba para Carolina.

-En realidad no sabemos si te lo contó a ti. – Pantera, aparentemente ausente de la conversación, entró a las bravas en ella. – No sabemos muchas cosas, porque nos han mantenido al margen desde el principio. Y tú también lo has hecho, aunque me da a mí, que te han engañado a ti tanto como al resto. – Quatemoc le miró muy serio. - Por eso no me gusta seguir órdenes a ciegas. Porque mi confianza hay que ganársela. Yo te he seguido esta noche por lealtad y amor hacia a ti, pero espero que no vuelvas a pedirme algo así sin garantías. – Pantera se levantó y abrió las puertas de la furgoneta, saliendo al exterior en plena lluvia. Y se dio la vuelta para mirarlos desde fuera:

-Quiero deciros esto a todos ahora para que quede claro. Ninguna Mano Negra, Inquisición, obispo, arzobispo ni cardenal, ni la propia regente, está por encima nosotros. – La lluvia le empapaba la cabeza y los hombros y le resbalaba por todo el cuerpo - Nosotros somos hijos de Caín y somos el Sabbat. Tanto como cualquiera. Por eso hemos llegado hasta donde estamos. Así que, si alguien quiere que Silver Rockets le apoye en su causa, le siga en su lucha o admire y atienda a sus consejos, deberá demostrarnos que lo merece. Los secretos, las mentiras y los jueguecitos solo servirán para acabar con aquello que más amamos. Lealtad, valentía y pasión

por la causa. Esas son nuestras armas y nuestros principios. – El lasombra, allí parado, bajo la lluvia, con las gafas de sol y la espada cruzada a la espalda, era un cuadro digno de pintar, pensó De Paso. Discursos como ese eran los que hacían de él el líder que era. – A partir de ahora, nada de secretos entre nosotros. Si alguien quiere seguir a otro, es libre de hacerlo. Pero deberá hacerlo en solitario. – El templario vio como Quatemoc se levantaba también y salía al exterior. Pasó al lado de Pantera mirándole fijamente, también con su cimitarra cruzada a la espalda tatuada. Le pasó de largo y siguió hasta perderse en la noche.

Poco después, Les Orphelins y 25:17 aparecieron triunfantes. La lluvia escampó y los ánimos mejoraron bastante. Tanto Ezequiel como Pierre les trataron como héroes que habían permitido que su causa llegara a buen puerto. Explicaron que la cosa se había puesto muy difícil hasta que la moral de sus enemigos cayó de pronto en picado con la noticia de que los nosferatu habían abandonado la ciudad, atacados por un enemigo terrorífico y que Cránston había huido. Les contaron sus refriegas con pelos y señales. Reza Fatir les mostró como se colocaba cuatro nuevas anillas en su coleta con la ayuda de su orgulloso ductus. La cobra, poco más que ya se veía el futuro Arzobispo de Montreal, y les hablaba sin tapujos de sus planes, como si ya los sintiera parte de su causa. Así que, De paso, empujado por la insistencia de Lilith, y aprovechando la confianza que parecía reinar, preguntó a Soldat si tenía conocimiento de la participación de Los Desgraciados o alguna otra ayuda externa que hubiera planificado Polidori para las alcantarillas, pero el gangrel antitribu se mostró bastante seguro de que, si el nosfe había utilizado ayuda, no habría sido de las manadas conocidas de Montreal. Los planes del obispo, pasaban por que L'Heureux y los suyos se mantuvieran alerta de lo que allí sucedía mientras ellos estaban ausentes. Aprovechando el tema, Soldat le preguntó por Polidori y De Paso le dijo que, pese a que había sido algo críptico, prometió volver en algún momento. También Reza Fatir, se dio cuenta de que no estaba Quatemoc y se interesó por el ángel de Caín. El templario tzmisce le tranquilizó explicándole que había tenido que salir a cazar con premura porque el hambre lo acuciaba tras el esfuerzo.

Pierre, por su parte, había recogido a un par de bandas de moteros que parecía que estaban emparentadas de alguna forma con la suya. Les había utilizado durante el ataque y ahora, para traer mortales maniatados y drogados para la ocasión. Una vez que descargaron su mercancía, Bellemare les despidió dándoles orden de vigilar ciertas zonas y territorios para los suyos. Por lo que parecía, los planes sobre Ottawa, llevaban mucho tiempo fraguándose entre los partidarios de Ezequiel. El obispo propuso y dispuso la celebración con un Banquete de Sangre antes de la llegada del amanecer. Utilizarían los refugios de nuevo para pasar el día y volverían

tranquilamente la noche siguiente. Después de todo, habían pedido tres jornadas.

En un momento dado, tras el banquete, el ductus de los Huérfanos volvió a proponer la Lavadora para ‘cerrar el círculo’, según dijo. De Paso, que vio a Pantera con otro espíritu, más animado, se dio cuenta de que, sin embargo, ahora parecía preocupado por Quate y le dijo que no se preocupase, que estaría bien. De hecho, cuando el rito había acabado y todos estaban eufóricos de nuevo y con el alma plena, el indio de Silver Rockets reapareció. Mientras se preparaban para ir a los refugios, quiso que la manada se reuniera para decirles unas palabras:

-Siento haberos empujado a una misión a ciegas, hermanos. Habéis confiado en mí y yo no os he correspondido como merecéis. Aunque no puedo contar todo lo que a mí me es revelado, por ahora, se me ha hecho saber que la cofradía entera podría recibir el privilegio de ser invitada a su ingreso en la Mano. Y ese podría haber sido el motivo y la causa de que Polidori nos llevara con él.

-Una prueba para testarnos – Dijo Pantera. – No es mala excusa. Pero aún tenemos muchas preguntas sin respuesta.

A la noche siguiente. De Paso volvió a sufrir aquella extraña resaca al despertar. Era como estar enfermo durante un rato. Algo que no había sufrido desde antes del abrazo. Por los conocimientos que él tenía, la única explicación razonable que se le ocurría, era que alguno de los integrantes de alguna de las manadas que practicaban el ritae Caribdis, fuese, en secreto, un yonqui de alguna sustancia potente, que actuaba de forma extraña en la sangre, pasado un tiempo. Las drogas no hacían efecto directo en los vampiros si las consumían ellos, pero si se alimentaban de la sangre de un mortal afectado por una, sí que podían experimentar sus sensaciones y embriaguez.

Una vez estuvieron todos en pie y reunidos, el obispo les dijo que tanto su manada como los Silver Rockets volverían a Montreal, mientras que Les Orphelins serían los encargados de vigilar Ottawa. Preguntó a la manada nómada si conocían a alguien de New York o Atlanta que pudiera viajar a apoyar la defensa de la ciudad conquistada por un tiempo, para no dejar toda la responsabilidad sobre Bellemare y su cofradía. El pandillero bravucón dijo que no lo necesitaría, pero Ezequiel insistió. La momentánea desaparición de Polidori le hacía estar menos confiado. Lupus les dijo a De Paso y Pantera que a lo mejor podían ponerse en contacto

con Los Cosechadores y preguntarles, y en eso quedaron. Una vez aquellas cuestiones fueron resueltas, las dos manadas partieron hacia la ciudad de los milagros negros. El serpiente de la luz, durante el trayecto, usó el walkie talkie para advertirles de que había recibido noticias sobre un recibimiento con pompa y honores por cuenta de Valez y los Pastores. Les conminó a acudir en representación suya ya que él había tomado la decisión de no aparecer por el Templo de los Eternos Suspiros por el momento.

De Paso y los demás estuvieron un buen rato debatiendo cuáles pensaban que eran los motivos de aquel movimiento, tanto por parte de la arzobispo, como de la joven cobra. Pero, sobre todo, trabajaron en qué historia contarían y cómo, para que resultase creíble. En lo que duró esa conversación, llegaron a su destino.

En la sala del trono del Mausoleo les esperaban los Ángeles Perdidos, con Carolina Valez engalanada como nunca la habían visto hasta ese momento. Junto a ellos, Los Navegantes y tres despampanantes cainitas que De Paso estaba seguro de que se trataba de las Viudas: una, con vestido de cuero y marfil y cara inhumanamente perfecta, otra, una muñeca oriental, vestida de satén y con adornos de plata y jade, y la tercera, de apariencia demasiado joven, con la inocencia de la niñez por atractivo. Justo a su lado y como haciendo frente común, se encontraban Alfred Benezri, Yitzhak, Catarari y unos cuantos vástagos que debían ser el resto de Los Pastores de Caín, Las reinas de la Misericordia y, seguramente, algún representante de los Bibliotecarios. Pero ni rastro de L'Heureux ni de los suyos.

La escena le resultó un tanto extraña al templario tzimisce. No sabía si sus anfitriones estaban más preparados para otorgar honores y felicitaciones o para defenderse de un eventual ataque, por cómo estaban distribuidos y la actitud que presentaban. Pero la cosa se relajó bastante cuando Pantera anunció que Ezequiel y su manada no comparecerían y que serían ellos mismos quienes representarían a todos los participantes en la reciente cruzada.

-Entonces, sed bienvenidos de nuevo y aceptad mis felicitaciones y el agradecimiento de toda la ciudad por vuestra ordalía. Como habéis podido comprobar, nuestros informantes nos trasladaron las nuevas de vuestro éxito en seguida. Y nos dispusimos para el recibimiento. Es una pena que el obispo Ezequiel no haya podido venir – Esto último lo dijo con sorna – todos esperábamos ávidamente su regreso. - Añadió, ante lo que se despertaron numerosos comentarios entre los presentes. – No obstante, nos encantará que, tras la ceremonia, nos contéis los detalles de la, sin duda, difícil batalla que librasteis por la causa de la Espada de

Caín. Y de cómo expulsasteis a la Camarilla de allí en dos días. – El tzimisce, no terminaba de saber si las palabras de Valez contenían algún tipo de ironía o sospecha.

-Pero antes, como héroes vencedores de la toma de la ciudad de Ottawa, - prosiguió formal - yo os concedo el título de caballeros cruzados de Montreal: Francisco Vazquez, Antonio de Paso, Maese Bestia, Quatemoc, Lupus y Lilith. Desde ahora, siempre seréis bienvenidos a mi ciudad y quedaréis immortalizados con honores en los escritos de la Letanía de la Sangre. – Pese a lo enrevesado de la situación. De Paso se sintió enormemente orgulloso, y le pareció que sus hermanos también. Si Valez no confiaba en lo sucedido, al menos, aparentaba aceptarlo y con ello continuaba intentando ganarlos para su causa.

-Además, para premiar vuestra valentía y arrojo, seréis recibidos por aquellas cofradías que gustéis, las cuales, tendrán mi expresa directiva para que os traten con la atención y el respeto que merecéis, como campeones del Sabbat. - En ese momento, Benezri pidió la palabra y le fue concedida:

-Yo, actual ductus de los Pastores de Caín y obispo de esta ciudad, ofrezco a los homenajeados una recepción honorífica y una visita abierta esta misma noche, si les place, a la Capilla de Caín con una charla sobre la moral y la filosofía de nuestra secta y posteriormente, al Alexandrium, acompañados de Beatriz y sus Bibliotecarios, para que puedan observar, de primera mano, la confección de las páginas de los tomos de la piel, que conforman la base de la exposición de la Letanía de la sangre, la cual, pronto abrirá sus puertas en la ceremonia anual. Mi cofradía al completo se verá complacida de que aceptéis mi invitación. – El tzimisce, miró a Lilith y la vio exultante. Emocionada con aquel regalo. El resto de sus cofrades, excepto Lupus y quizás Quatemoc, también se mostraban sonrientes y halagados. Desde luego era una experiencia que ningún sabbat amante de su historia y su legado podía rechazar. Y podría ser crucial para su misión.

Con aquel movimiento, también quedaba patente, que los pastores, y Benezri en particular, como candidato al futuro arzobispado de Montreal, no querían perder la oportunidad de mostrar su poder e influencia a ojos del resto. Pero cuando De Paso pensaba que el asunto no podía mejorar, se dio cuenta de que Carolina Valez, eventualmente, habría pensado también en la más que posible intromisión del obispo que, secretamente, codiciaba su trono y tendría un as en la manga:

-Pues mi regalo, siendo la última obispo que queda y fiel a mi inestimable líder, la arzobispo Carolina Valez, y a su petición, – Dijo la primera de las cainitas que De Paso había identificado como las Viudas. Su voz, había sido elegida para el encanto o transformada magistralmente. Su porte, hecho para la atracción - será una cita inolvidable con mi cofradía, en nuestro cubil del deseo, el Corazón. – El grito apagado de Lupus, pese a haberlo intentado controlar, se escuchó en toda la sala – siiiii. – Lo que provocó ciertas chanzas por parte de algunos de los presentes. - Esta misma noche o en cualquier otro momento que deseéis, estaremos las tres, y todos nuestros sirvientes, disponibles para que vuestros anhelos más oscuros se conviertan en realidad. - La cainita miró a Lupus directamente al decir sus últimas palabras.

-Casi se me olvida, - Valez rompió la magia del momento - hay otro asunto que os afecta y que debemos tratar. – Añadió, dejando luego una pequeña pausa que a Antonio De Paso le hizo preocuparse. - Hay aquí un vástago que reclama ser un Silver Rocket. O por lo menos, poseer el derecho de llegar a serlo. - El templario no entendía nada. - Adelante Lázaro. - Entre los presentes, desde detrás de los Pastores, avanzó un muchacho de pelo rapado, vestido a la moda punk, con jeans rotos, una cazadora de cuero roja con parches y un tatuaje de una virgen católica asomándole en el pecho bajo la camiseta. Llevaba además gafas de sol y su actitud parecía altiva y segura:

-Buenas. Como ha dicho su señoría...

-Su excelencia - le corrigió Tobías Smith, que se hallaba al lado, entre él y la arzobispo. -

-Sí, bueno eso, su excelencia. Mi nombre es Lázaro y vengo desde Atlanta buscando a mi manada. Un tal obispo Corben me puso el nombre y me dijo que os encontraría aquí y que os dijera que vosotros me habíais creado y teníais la responsabilidad de enseñarme a ser un buen Sabbat. – De Paso pensó en cómo habría sido aquello posible. Cuando se fueron de la capilla tremere, allí no parecía haber nadie en pie. Si aquel vástago había emergido de las cenizas de Atlanta, podía entender el nombre otorgado por el obispo. El destrozo provocado tanto por las explosiones como luego por las defensas de los usurpadores, no había dejado títere con cabeza. Y aquella había sido más o menos la idea. En ocasiones, cuando se creaban cabezas de pala, se hacía sin la intención de que sobreviviera ninguno. De hecho, se creaban alimentándolos con sangre de toda la manada, de forma que la mayoría de las veces, los cainitas resultantes, no pertenecían a ninguna línea de sangre concreta y en el Sabbat se los llamaba Panders.

-Aceptamos la responsabilidad, si a su excelencia le parece bien. - dijo Pantera. Lo último, mirando a la arzobispo. De paso se dio cuenta de que el lasombra mantenía en ella la mirada más de lo necesario, y Valez, tampoco la eludía.

-Me parece bien, aunque una manada de siete cainitas puede ser demasiado numerosa para hacerse con ella y, en Montreal, existen cofradías mermadas como muchos sabréis. – Añadió mirando a los Navegantes - Cabe la posibilidad de que os pida su traspaso, una vez le hayáis iniciado en los caminos de la secta, o el de algún otro de vuestros miembros, si así lo quiere. -

Al templo se le pasaron por la cabeza mil ideas de golpe, con posibles motivos y candidatos a abandonar los Silver Rockets para unirse a otra cofradía montrealense. Pero no dio valor a ninguna realmente.

Después de la ceremonia, la acogida y las ofrendas, los Silver Rockets tuvieron una corta discusión de prioridades que Pantera zanjó emplazando a sus cofrades a visitar a las Viudas a la noche siguiente y no esa misma, pese a las evidentes quejas de Lupus. Los Pastores de Caín seguían siendo la principal baza en el avance de su investigación y no podían dejar pasar aquella magnífica oportunidad. Debían preguntar por Zhou antes de que su única pista desapareciera. El gangrel de ciudad, consiguió como concesión, saltarse la visita al Alexandrium para ir al corazón, si así lo deseaba, pero pospusieron los detalles para cuando llegara el momento. Y ya estaban por irse cuando, sin embargo, Valez intervino de nuevo:

-No iréis a dejarnos sin el relato de vuestra magnífica victoria. No creo que a los presentes les interese más ningún otro asunto en estos momentos. – Carolina no pensaba quedarse sin su interrogatorio y lo quería público, no haría concesiones. El templo iba conociendo cada vez mejor a aquella inteligente lideresa. Los Silver Rockets se miraron y procedieron como lo habían planeado:

-La verdad sea dicha, – comenzó Pantera – nosotros actuamos un poco a ciegas, excelencia. Nuestro relato podría resultaros bastante inconexo e incompleto, ya que, aunque estuvimos en primera línea y doy fe de que nuestras acciones ayudaron a expulsar a Cranston de Ottawa, en realidad hubo muchos elementos del ataque, seguramente, orquestados por la Mano, de los que no fuimos informados. Por tanto, sería algo difícil para nosotros explicar el cómo y por qué, nuestra ciudad vecina, cayó tan rápido, más allá de una incursión con éxito a las

alcantarillas, el cubil de los nosferatu y su príncipe. – Concluyó, con los brazos abiertos, como diciendo: es lo que hay.

-Si me lo permite, su excelencia. – Intervino De Paso. – Nuestro amado líder dice toda la verdad. Tanto el obispo como su amiguito el matón de las dos pibas se lo guisaban y se lo comían solos. A nosotros nos mandaron con el nosferatu, el tal Polidori, a las cloacas a comernos toda la mierda, con perdón de todos aquí los presentes, mientras ellos hacían y deshacían en las calles. – Estaban consiguiendo que pareciera improvisado, lo que en realidad habían ensayado en el viaje hasta allí.

-Sie nios trrató como a unios extraños, cierrtamente. Estiuve a punto de negarrme a actuar, lo qui no hice porr amorr a mi secta y miss prrincipioss. – La Bestia actuaba exageradamente, pero eso era habitual en él. - Perro por mi dilatiada experriencia diría qui el ataque estiafa prreparrado diesde hasse basstante tiempo ya. No erra imprrevisado – El templario estaba bastante orgulloso del guión que le había dado al tzimisce transilvano.

-Hermano Quatemoc, - Intervino Benezri - ¿vos no sois miembro de la Mano Negra? – Parecía que el Pastor no estaba dispuesto, pese a sus ofrendas, a dejarlos salir de rositas con aquel escueto relato. - ¿No os dieron más información que al resto de vuestros cofrades?

-Delo por seguro – Respondió tajante. También habían previsto aquella circunstancia. – Pero nada en lo referente a lo que aquí interesa o que pueda revelar.

-Apostaría, de hecho, a que, pese a su pertenencia a la organización secreta, se le excluyó al igual que al resto de la manada, de los planes principales del ataque, por motivos de rango y prioridades – Añadió Pantera. – Además de ser de la Mano Negra, Quate también es un Silver Rocket. – Aquello no estaba en el guión, pero a De Paso, al que, normalmente, no gustaban las improvisaciones, le pareció una magnífica forma de darle un toque sentimental bastante creíble.

- ¿Y por qué dejasteis con vida a Cranston? – Preguntó la lasombra, inquisitiva. – Mis informantes dicen que ha huido a Quebec.

-Eso me prregunto io también. Fuerron orrdeness. – Dijo aleccionador La Bestia, con el dedo levantado -Perro no es la prrimerra ves qui passa. Cuando tomamoss Atlanta hasse unas

nochess, también si diejó huir a unos cuantoss eniemiross, porr orrdenes de arrifa. Parrese serr qui ixisten cierrtas rieglass qui escapan a mi entiendimiento: ‘Pierdemos aquí parra ganar allí’, crieo qui erra. – Aquella cuestión, enfermaba de verdad al voivoda y despertó una mirada de cuchicheos que demostraba que no solamente le molestaba a él. Ese tipo de temas eran recurrentes como asunto de disensión entre líderes y súbditos de la secta, por lo que a Carolina no le convenía alimentarlos. La respuesta de La Bestia había sido muy inteligente o simplemente oportuna, ya que el templario no pensaba que hubiese sido calculada. Mas fue suficiente para que la arzobispo diera por concluido el interrogatorio y con él la sesión. Valez no estaba contenta con el informe y la información que le habían proporcionado, eso lo decía su gesto claramente, pero no podía seguir insistiendo en algo que no le daría mayores frutos. Por tanto, se despidió de los presentes y se retiró, no sin antes dejarle otra mirada seria de regalo a Pantera.

-Che, ¿Qué jueguito te traés con la arzobispo? – Le preguntó a su ductus el tzimisce apartándolo del resto cuando estaban intercambiando detalles de la lucha con los cainitas que se habían quedado a mostrarles sus respetos.

-No sé a qué te refieres. – Respondió Pantera a la defensiva.

-Vos sabrás donde os metés. Pero no nos jodás acá a nosotros con tus escarceos, porque esa mina no es limpia, no es la típica flaca apapachable. – Como siempre, se ponía muy nervioso cuando algo le parecía peligroso y comenzaba a soltar términos de su tierra que sólo él comprendía.

- ¿Ahora resulta que eres mi consejero sentimental? Ya me conoces Antonio, no me interesan ese tipo de cosas. Estás imaginando. – Sentenció el lasombra. Pero a De Paso aquello no le dejó tranquilo. Habría que estar atento por si la cosa se ponía fea.

-En verdad que nunca te ví de esa guisa. Así que imagino que vos irás también mañana con las Viudas. – Probó.

-Por supuesto.

13. Redención y Recompensas:

-Tíos, acabo de hablar con el Teclas, dice que no habrá ningún problema. – Empezó Lupus animado - El tema de Atlanta ya lo tienen bastante controlado. Varias nuevas manadas nómadas han llegado por allí en las últimas noches. Con el cardenal dirigiendo, la cosa marcha. Así que hoy mismo parten hacia Ottawa. – Se sentía triunfante y no quería ni pensar en lo que sería lo del día siguiente. Las Viudas. Una de las mejores experiencias de su vida seguro y eso que las últimas estaban dejando el listón muy alto. Excepto pequeñas salvedades, claro.

La recepción había finalizado y los Silver Rockets se disponían a hacer su visita a la Capilla de Caín con los Pastores, quienes se habían adelantado para ir preparando una homilía para la ocasión. Lupus, que no estaba precisamente ansioso por empezar, se había ofrecido para ir a una cabina a hacer la llamada acompañado de Lázaro, que aún se encontraba incómodo entre toda aquella gente extraña. Tenía ganas de volver a contactar con los Cosechadores, con un poco de suerte, pronto se encontrarían estando tan cerca.

Mas ahora tocaba lo que tocaba. La chapa moralista. Solo esperaba que no todos los sermones fueran religiosos y que hubiese alguien más divertido en aquella cofradía que los que había conocido hasta el momento. Benezri le había resultado un pedante poetastro, Yitzhak un borde altivo y arisco y Raphael Catarari, el típico guapo actor de telenovela, pero con cara de nosferatu. Además de ellos, había podido ver a otro en la anterior reunión y a una mujer y un niño, o algo así le había parecido.

Cuando Benezri volvió al mausoleo a buscarlos para decirles que todo estaba listo, les acompañó, guiándolos por un pasaje abovedado hasta las puertas del pequeño templo. La antesala poseía tres entradas separadas, arquitrabadas, con sus correspondientes frisos ornamentados como el resto de la arquitectura circundante y sus tres firmes hojas de madera. Una vez dentro, la belleza del lugar sorprendió incluso al gangrel antitribu. Junto a la pared, frente a la entrada por la que habían accedido, una enorme escultura de un varón, parecida al David de Miguel Ángel, dominaba toda la sala con una fuerza y una expresión que quitaban el aliento. La reproducción en mármol de Caín, era quizás la más vívida de todas las estatuas presentes en el complejo que ellos hubieran visto y tenía la facultad de sobrecoger a los que la miraban de una forma casi mística. Pero aquello no era lo único que resaltaba allí. Una serie de altares, con sus propias estatuas más pequeñas y lienzos como encabezado, se repartían por las paredes de la capilla, dándole un aire eclesiástico y espiritual muy característico. Además,

en la pared a su izquierda, unas enormes puertas de bronce con bajorrelieves, flanqueaban otra entrada, que según había oído Lupus, debía ser la del Alexandrium: la milenaria biblioteca que guardaba gran parte de la historia de la secta y que custodiaba la cofradía de Los Bibliotecarios.

Pero en la Capilla de Caín, en la que ahora se encontraban, estaban reunidos sus Pastores. Según les habían contado, aquel no era su refugio, pero sí uno de sus lugares de oración, y, en concreto, el que utilizaban para aleccionar e iluminar a sus feligreses y a todo aquel interesado en aprender un poco más de las filosofías y principios que hacían a los cainitas del Sabbat sobrevivir a la bestia y a las noches tras su abrazo.

En fila y frente a ellos estaban Yitzhak, Catarari, y otros tres vástagos, todos con sus túnicas ceremoniales doradas con bordados en negro, como la que también llevaba puesta Benezri. De pronto, uno de los que no conocían, echó a andar hacia los Silver Rockets y con voz alterada comenzó a decir:

- ¡Vosotros sois la clave! Acabo de verlo. - su porte era el de un lunático, alto pero encorvado y venido a menos. Andaba casi cojeando y la piel que mostraba bajo la ropa, estaba llena de cicatrices. - Sois la respuesta, el antídoto, la cura que nos manda Zhou. - Llegó hasta Lupus que se había quedado alucinado mirándolo y le puso las manos en la cara.

- ¡Hermano Marc! – Le reprendió Yitzhak, persiguiéndolo y agarrándole de la túnica. Su barba y pelo blanco, le hacían parecer el padre de toda la cofradía. – Perdonadle, se quedó anclado en la marea de la locura desde la desaparición de nuestro hermano oriental. –

Lupus se echó hacia atrás y levantó las manos para quitárselo de encima, mientras el resto miraban atónitos:

-Oye, sin tocar o no respondo.

- ¿No lo entendéis? – Prosiguió el tal Marc, ahora sujeto por su cofrade y Benezri que trataban de calmarlo – Ellos tienen que ser la respuesta. ¡Jacob me lo ha revelado, Zhou tenía razón, el mal sigue vivo, sigue aquí, está latente y nos observa! ¿No os dais cuenta? ¡Ellos lo saben! ¡Ellos entienden! – El resto de los Pastores se acercaron e intentaron calmarlo hablándole

hasta que pareció más sosegado, y fue entonces, cuando Lupus pudo ver que, entre ellos, había una vástago adulta y otra que parecía una niña.

-Sabrina, Querubín, llevad al hermano Marc a Los Santos Vacíos, está claro que la mejoría era transitoria. Nosotros tres nos encargaremos de los invitados. - Ordenó Yitzhak. - perdonad hermanos, como pecadores, a veces nos vemos atados a nuestro pasado. Prosigue, por favor Alfred. - Las dos cainitas que más interesaban al gangrel antitribu se marchaban llevándose al pastor que le había acosado.

- Disculpame amigo pastor, pero creo que el hermano suyo, a pesar de su alteración, podría tener algo importante que decirnos. - Intervino De Paso - En verdad es cierto que, de alguna manera, vinimos atraídos por la pista del tal Zhou.

- Tonterías. - dijo Yitzhak agitando su mano. - Nada de lo que dice tiene sentido. Lleva años hablando de un mal que fue desterrado hace ya mucho tiempo. Su locura es cada vez más patente, lo cual nos tiene preocupados. - El cainita con pinta de rabino se giró hacia sus otros cofrades con las palmas de sus manos hacia arriba, como pidiendo corroboración.

- Muy cierto - le secundó Catarari. El nosferatu, que no había dejado de mirar a sus hermanos y hermanas que se iban, hablaba algo agitado. - Su estado es cada vez peor. Y es una pena. El hermano Marc es el miembro más antiguo que queda de nuestra cofradía. Uno de sus fundadores, de hecho. Él empezó todo esto junto al santo Ignatius. No queríamos que le pasase lo que a Zhou. -

- ¿Y qué es lo que le pasó a Zhou, exactamente? – Preguntó Bestia. - Teníamos entendido que no estaba corroborada su muerte definitiva.

- A Zhou lo mató su obsesión por las energías. – Dijo Yitzhak. – Esas teorías tuyas tan tuyas. – Estamos casi seguros de que acabó descorporeizándose por accidente en alguno de sus experimentos. Después de todo, nunca apreció realmente la unión con la divinidad. Él pensaba que ya estábamos unidos o algo así. – A Lupus no le pareció que Zhou tuviera muy buena relación con sus hermanos de manada. Empezaba a caerle bien. – Creía ver energías malignas por todos lados. Todo el tiempo y desapareció sin dejar rastro, en Nueva York, cuando actuaba como Juez Inquisidor, casi por cuenta propia, según tengo entendido.

- Pero, ¿y si tuvieran razón? - Intervino Lilith, inquisitiva, cuando ya se habían marchado con el hermano Marc. - ¿Y si el mal que acechaba la ciudad siguiera presente de alguna forma?

- ¿Creéis que no lo sabríamos? ¿Que no nos habríamos dado cuenta? - Dijo divertido Benezri. - Yo fui Juez y Caballero Inquisidor durante años, Yitzhak prácticamente fundó la institución junto a Julián, el primer inquisidor mayor. Fuimos nosotros los que, junto a De Soto, acabamos con el infernalista Sangris y su lacra. - El pastor parecía muy orgulloso para ser un penitente, pensó Lupus.

- ¿Y seguís en activo? – Preguntó Pantera. - ¿Podiera ser que vuestras nuevas funciones y ocupaciones hubieran provocado que algo se os escapara? – La pregunta pareció molestar bastante al poeta de la noche que le miró airado, pero Catarari habló antes de que su cofrade respondiera.

- Sin duda, uno de los mayores pecados es la soberbia hermanos. – Dijo. - El orgullo. - lo que Yitzhak apoyó apuntándolo con un dedo y cabeceando afirmativamente. – Nadie es infalible, excepto Dios. No podemos asegurar que lo que decís, no pudiera haber ocurrido. Los caminos del oscuro acechan en cada esquina y para eso estamos aquí. Para dudar de nosotros mismos, de nuestra fe. – Continuó, aferrándose las manos, en gesto de plegaria – Pero tampoco podemos dejarnos llevar por la paranoia. Durante años, esta ciudad milagrosa ha albergado secretos y misterios insondables para sus habitantes. El maligno nos ha tentado y el todopoderoso nos ha puesto a prueba incontables veces, y seguirá haciéndolo hasta que trascendamos, hasta que nos unamos a él.

- Amén a eso. – Apoyó Benezri, relajándose, mostrando sus manos tatuadas a modo de disculpa. - Ciertamente es que nunca podemos estar del todo seguros. Pero quiero dejar claro que, en los temas de las creencias y prácticas de los cainitas de esta ciudad, nadie conoce más que nosotros. Prácticamente todos los que profesan alguna religión o senda de iluminación, se han confesado o han recibido nuestra atención o consejo. Y a los más peligrosos, los hemos seguido de cerca.

- ¿Se refiere a las Viudas? - preguntó Bestia sonriente. A Lupus le pareció que al tzmisce tampoco le agradaban aquellos fanáticos engreídos y pretendía ponerles en evidencia.

-Nos referimos a todos los cainitas descarriados cuyas creencias flaquean vadeando desde la más pobre humanidad, hasta la herejía. - Respondió Yitzhak. Que se puso muy solemne y elevó la voz mientras decía - Tan peligrosos son los que no son capaces de adaptarse a su nueva condición y se ven arrastrados al dominio por parte de su bestia interior, como los impíos que pretenden alcanzar las más altas cotas de iluminación, a través de caminos erróneos, muy tendentes a caer en el vicio y la depravación, en el oprobio y la locura. Pues en esos caminos acechan el maligno y sus huestes. - Y bajando finalmente la voz añadió - estoy hablando de las Revelaciones Perversas. La senda que siguió Sangris, la senda que perdió a Cedília de La Lengua y que siglos atrás fue traída a nuestra tierra por algún mequetrefe mortal...

-Todo el que piense que está a salvo de caer en la tentación solo por estar al abrigo de una Senda de Iluminación, está muy equivocado. - Añadió Raphael Catarari - En nuestra vasta experiencia, hemos visto caer a los más puros. Sufrir la pérdida de su cordura a los más insignes y la muerte definitiva a los más valientes. Por eso existimos nosotros, los pastores. Para guiar a los perdidos en su camino. La verdad nos fue revelada y ahora velamos por las almas de los que aún no la han hallado.

Pese a que al gangrel antitribu no le gustaba la actitud de aquellos cainitas, tenía que reconocer que sabían transmitir su mensaje. Pero no terminaban de dejar claros algunos puntos, así que preguntó:

-Cuando dice que tratan con prácticamente todos los Sabbat de Montreal, ¿quiere decir que no son todos?

-En efecto. – Respondió Benezri. - La joven cobra y sus partidarios, seguramente, en gran medida, alentados por su relación con la siempre traicionera Mano negra, se han resistido, desde su regreso, a compartir sus pecados con nosotros. – Lupus se fijó en que Quatemoc, hacía un gesto de desprecio ante las palabras del Pastor poeta sobre la Mano. –

-Excepto Elías. El nosferatu Nodista de los Desesperados es el único de ellos que se ve con Sabrina bastante a menudo, pero él es un caso aparte. – Apuntó Raphael. – Por eso, despiertan nuestra desconfianza y no veríamos con buenos ojos que Ezequiel tomara el control de la ciudad. Es tan buen candidato a la archidiócesis como a ser corrompido por el mal que aquejó a su sire.

- ¿Y Quié pensáis de Zarnovich? – preguntó el tzimisce, curioso.

–Ni la chiquilla de Zarnovich, ni el enano, ni el Pierrot, ni el mismo Maestro circense, nos visitan ni piden consejo tampoco. – Respondió Benezri - Aunque pensamos que se debe mayormente a diferencias ideológicas. Pero no serían descartables si sospechásemos que alguien estuviese flirteando con poderes oscuros. – Agregó con paciencia - Aunque su poca influencia en los asuntos de la Ciudad, les convierte en menos peligrosos. Pues habéis de saber, que el principal peligro del infernalismo es su propagación.

-Y habría que sumar a esta lista a Skin y a Musa, - Se sumó Yitzhak – que, si habéis podido conocerles, entenderéis lo difícil que resulta comunicarse con estas pobres almas torturadas. Y una de las causas es, que ya en su día, fueron interrogados por la Inquisición y pese a ser su grupo exonerado de toda culpa, los tormentos a los que fueron sometidos, en especial Musa, les dejaron bastante tocados. Mas como fueron juzgados y se les encontró inocentes, sería casi imposible volver a juzgarlos, por las reglas que guían a la Santa Orden. Desgraciadamente, desde que su anterior líder, el Predicador, desapareció, la manada no ha vuelto a levantar cabeza. Y mucho nos tememos que tarde o temprano dejarán de existir, si no ocurre algún milagro. - Un corto silencio se apoderó de la sala tras estas palabras. Pero, en seguida, Yitzhak, con voz tranquila, propuso:

-Creo que hemos sido bastante corteses y sinceros respondiendo a vuestras preguntas sobre asuntos delicados y ya que me parece a mí que no tenéis demasiado interés, por lo menos algunos, en participar en nuestra misa, puede que a cambio podáis saciar nuestra curiosidad con respecto a temas que no nos han quedado muy claros de la reciente Cruzada.

A partir de aquel momento, las tornas cambiaron completamente. Los Pastores allí presentes, dejaron de mostrarse tan amables y dicharacheros y comenzaron a interrogar de manera intensa a los Silver Rockets acerca de lo ocurrido en Ottawa. Lupus pudo sentir la tensión que se respiraba en la capilla cuando el obispo y sus cofrades presionaron a Quatemoc para que revelara lo que sabía sobre los planes de la Mano Negra con respecto a la ciudad vecina. Se dio cuenta de lo inteligentes y astutos que podían resultar, cuando el assamita antirtibu se acogió a los principios de su militancia y ellos le argumentaron que aquellos iban en contra de los que él, como cainita seguidor de la senda del Acuerdo Honorable, debía practicar. Pues era cierto que, para un patriota o caballero, que eran los apodos que se les ponía a los que ostentaban aquellos mandamientos, lo más importante era el Sabbat, por encima de todo lo demás.

Y cuando Pantera salió a defenderlo, alegando que la palabra que había dado era tan sagrada como todo el Sabbat en su conjunto, lo atacaron con respecto a sus propias incongruencias con la Senda del Poder y la Voz Interior. Pues cómo era posible que un unificador, un líder que aspiraba a ser determinante y mantener el control podía haber consentido en ir a una Cruzada a ciegas, sin saber dónde se metía ni a quién le hacía el juego. Aquellos argumentos parecieron dejar al ductus sin palabras y malhumorado.

Lupus nunca se había planteado cuestiones tan complicadas referidas a la moralidad. En México, al principio de conocerse, Pantera le habló un poco de su senda y de que se basaba en el ejercicio del poder y el control sobre uno mismo y sobre los demás como norma de existencia. Perfeccionarse para conseguir doblegar y cambiar el mundo que te rodea. Con lo poco que entendió, ya supo que aquella senda no era para él. Pero sabía que, incluso para alguien como el lasombra, había sido siempre difícil adaptarse a ella, por el desapego que había que sentir hacia el resto de sus hermanos y la frialdad que requería el juzgar y reprender constantemente a los que fallaban siguiendo sus órdenes.

Sobre el Acuerdo Honorable, la que seguía Quatemoc, sabía que mandaba seguir los preceptos y leyes del código de Milán a pies juntillas, los ritos y las órdenes jerárquicas. Es decir, ser un Sabbat con todo lo que aquello conllevaba y como principio, la verdad y la palabra dada. ¿Pero qué ocurría cuando aquello entraba en conflicto con una orden de la Mano Negra? ¿No servía acaso la Mano Negra a la Espada de Caín también? Todo eso era muy complicado. Por no hablar de las horas de estudio, meditación y chapas, que había que soportar si querías seguir la senda de Caín. ¿Aguantar varias horas al día los discursos de La Bestia?, no gracias.

Al principio le hablaron de los armonistas: aquellos que, como Celeste, la gangrel antitribu rural de los Navegantes, a la que conocieran recientemente, se reconfortaban viviendo la parte más animal de la bestia, los instintos naturales de la caza, la alimentación y la libertad salvaje. Pero su experiencia con el lado Bestial en su abrazo fue tan traumática que aquello no le llamaba nada. Nunca le gustaron las filosofías profundas a cerca de la muerte y la existencia de los mundos del más allá, por lo que la Senda de la Muerte y el alma y su búsqueda macabra, no atrajeron su atención en ningún momento.

En cambio, la senda de la Catarsis, como a él se la habían enseñado, consistía en un camino de placer hedonista y libertad continuos. Una visión dual de la realidad, en la que los creadores del mundo reconocían el bien y el mal como fuerzas contrapuestas y de igual necesidad y

valor, dejaba a los cainitas como los heraldos del vicio y la perversión. Y ellos debían vivir su parte del contrato. Extender a los demás los placeres corrompiéndolos o simplemente animándolos a abandonar las estrictas barreras impuestas por la supuesta pureza. Algunos lo veían como la más pura vileza, como el mal en sí mismo, pero a él le gustaba pensar que esas cosas las decían sólo los que no sabían disfrutar de los placeres terrenales, la otra cara de la moneda. Y aquello era lo que él había elegido, y lo demás ya no le importaba.

Así que cuando los Pastores, después de su demostración anterior, decidieron comenzar una especie de simposio religioso de las sedas de iluminación, su historia y su importancia en el origen de la secta, Lupus entendió que aquello no iba a gustarle nada y se dispuso a aburrirse.

Sus anfitriones, explicaron como muchos cainitas no entendían bien los preceptos que seguían por culpa de no estar bien asesorados y apoyados por verdaderos expertos, y que aquel problema, llevaba a muchos a perderse y caer en las redes del maligno. Les contaron al respecto de la senda de las Revelaciones Perversas y de cómo sus seguidores eran corrompidos por su baja espiritualidad o sus débiles principios y terminaban sirviendo a demonios y entidades ultraterrenas de diferente índole. Por eso era importante también la figura de un sacerdote en cada manada y les apremiaron a que se decidieran, lo antes posible, con respecto a quien ocuparía ese cargo en los Silver Rockets. Asesoraron también a la Bestia en cuanto a sus conocimientos de la Senda de Caín y le alentaron a él y a De Paso y Lilith, como sus acólitos a hacer una visita a Los Bibliotecarios, según les dijeron, los nodistas más sabios que se conocía en la Secta, con la mayor fuente de información existente hasta la fecha, que era la Biblioteca del Alexandrium. Animaron también a Lupus visitar a las Viudas, como prefecti – título ritual - de la Senda de la Catarsis, sus conocimientos de los límites de la perversidad las hacían las perfectas maestras en lo suyo, aunque ellos consideraban que era uno de los caminos más peligrosos para adoptar en el Sabbat y no apto para todos los gustos.

Finalmente les hablaron de los principios que seguían ellos. Un camino creado por los primeros Pastores de Caín y perfectamente apto y válido para cualquier Sabbat interesado en la iluminación y el ascenso espiritual. La llamada Senda de la Redención Nocturna, daba por sentado que los hijos condenados, como progenie maldita, debían redimirse de su pecado original a la manera cristiana más tradicional, aunque con tintes claramente cainitas. La oración, la meditación, la confesión y el proselitismo formaban parte fundamental de sus mandamientos. Encontrar el origen del pecado, de la maldición, comprenderlo y expiarlo y ayudar a otros en su búsqueda, además de señalar al descarriado y reconducirlo. Los mortales

iluminados, deberían ser abrazados para poder aspirar a la ascensión. El camino se seguía recorriendo, lo que ellos llamaban, mareas divinas, en las que iban adoptando personalidades e incluso otras sendas, para descubrir todos los puntos de vista y perspectivas durante años de vivencias. Tras esto, los vástagos que creían haber alcanzado el sumun, se sometían al escrutinio de sus hermanos y si superaban la prueba, recibían el ritual máximo de la orden, la Beatificación, en la que, de alguna forma, eran destruidos para ascender uniéndose con la divinidad.

Todo aquello le sonaba a Lupus a locura malkavian, a gente que se le había ido la bola de darle demasiado al coco. Pero por lo menos, los Pastores reconocían y ponían en valor su senda y decían que era no apta para todos. Aquello le gustaba, le hacía sentirse especial. Y si las Viudas eran las más altas representantes Albiguenses – como también se les llamaba a los seguidores de la senda de la Catarsis – cada vez tenía más ganas de que acabara aquella interminable sesión y llegara la noche siguiente.

-Os agraddessemoss la encomiable laborr pastorral hacia loss hijos del Sabbat. Pierro lo qui nossotros rialmente querriemos sabierr ess si essta siudat pudierra estarr siendo acechiada porrr un demonio en el prriessente. – Lupus agradeció que La Bestia intentara reconducir la conversación para no dar más rodeos.

-Las entidades ultraterrenas pertenecen a un plano que, posiblemente, sólo el altísimo puede conocer. – Dijo Yitzhak. – No me atrevería a asegurar nada concerniente a su ser o su existencia. Lo que sí podemos saber nosotros es si sus tentáculos de influencia, en forma de cultos y seguidores terrenales, están activos, a través de nuestro conocimiento de las conciencias de la urbe. Pero para que nuestro estudio fuera completo, necesitaríamos poder abarcar a todos los cainitas de Montreal.

-Lo cual solo sería posible si nosotros gobernáramos la ciudad con nuestra sabiduría y nuestros métodos purificadores – Añadió Benezri melosamente. – Apoyadnos en nuestra misión evangelizadora y todo el Sabbat saldrá beneficiado. Acabaremos con los infernalistas, con los herejes, con los infiltrados y aunque esto solo lo digo como una posibilidad de futuro, incluso con la guerra ancestral entre las sectas.

-Si queréis más datos concretos acerca del juicio de Sangris y sus pormenores, hacédselo saber a Béatrice. - Intervino Catarari - Ella es la líder de los bibliotecarios y, aunque estarán muy ocupados con la preparación de la Conferencia de Caín y la apertura de la Letanía, les hemos pedido que os hagan un hueco en su agenda.

Y tras esas palabras, se despidieron de los Pastores que se disculparon, alegando que debían atender al hermano Marc y a sus otras labores. Lupus se dio cuenta de que ya estaba pronto el amanecer y lamentó que hubieran perdido prácticamente toda la noche, pero sabía que lo bueno vendría con el siguiente despertar.

De camino al refugio, Bestia, De Paso y Lilith dijeron no estar muy interesados en la visita a las Viudas y, en cambio, tenían bastantes ganas de acercarse al Alexandrium y hablar con la tal Béatrice. Así que, Pantera dispuso que la noche siguiente se separaran para acelerar las cosas. El ambiente parecía estar muy convulso y no se sabía cuándo podía explotar. Además, había que ir planificando un rito de creación para Lázaro, el nuevo miembro de la manada.

Pasó el día y poco después del anochecer, despertaron en su cripta refugio y se prepararon para ir cada uno a su lugar de destino. Decidieron que Lázaro iría al Alexandrium, por el hecho de que, seguramente, allí aprendería más cosas básicas acerca del origen de su nueva condición que en el Corazón. Aunque Lupus mismo veía mucho más interesante el local de las Viudas, estaba de acuerdo en que era una experiencia para cainitas experimentados y quizás poco recomendable para novatos. Por tanto, el propio gangrel antitribu, Quatemoc y Pantera, salieron antes para abandonar el Templo de los Susurros Eternos y dirigirse al 7667 de Saint-Laurent donde se hallaba el selecto club nocturno.

Lo que no podían haberse imaginado era que, a la salida del Mausoleo, les estuviera esperando un misterioso motorista que les abordó deslumbrándoles con el foco de su moderna Honda deportiva. Al principio, Lupus se sobresaltó y se puso en guardia. Pero enseguida se dieron cuenta de que conocían el traje de su furtivo acosador de la noche del gran cónclave. Se trataba de la Arzobispo en persona y la imagen que dibujó al quitarse el casco y dejar que su lacio cabello negro escurriera suelto sobre el cuero del mono, entreabierto en el escote, fue digna de un provocativo anuncio de colonia. Valez lucía deslumbrante de aquella guisa.

-Vais camino de El Corazón, supongo. – Dijo, pero su mirada mostraba que la pregunta estaba dirigida al ductus en concreto. Aunque sin dejar muy clara su intención. – Seguro que encontraréis la experiencia altamente gratificante. – añadió.

- ¡Cómo rechazar un regalo de su excelencia! No se me ocurriría. – Dijo el lasombra. – Pero si tenéis alguna idea o plan mejor que queráis compartir conmigo, seguro que a mis hermanos no les importará que yo vaya más tarde.

- ¿Acaso has decidido ya a quién debes tu lealtad, Francisco? ¿El aburrido sermón de los pastores te ha abierto el apetito? - La frase la dijo en español y con un tono que no dejaba lugar a dudas de lo que estaba ofreciendo, apoyado además en la, en opinión de Lupus, espectacular puesta en escena.

-De momento tengo claro que opción me atrae más. - Respondió Pantera, también en español, sin dejar de mirarla. Por un momento, Lupus creyó que su cofrade había empezado a caer en la red que le estaban tejiendo. Pero enseguida añadió - Mas aún debo conocer todo el cuadro antes de decidirme.

-Ya no hay tiempo para eso, pendejo. - zanjó Carolina, que parecía bastante contrariada - Alguien me dijo una vez que abarcar demasiado puede hacer que al final no consigas nada. - Y cambiando de nuevo al inglés, sentenció: - Disfrutad vuestra recompensa, merecida o no, Silver Rockets, pero tarde o temprano deberéis elegir bando. Aunque quizás, cuando queráis decidiros, no quede nada para vosotros. - Se colocó el casco de nuevo y, tras accionar el acelerador, retorciéndolo un par de veces que hicieron retumbar el sonido del escape modificado en toda la calle, salió quemando rueda hacia la ciudad con un impresionante derrape.

-Vaya, parece que no soy el único al que le dan calabazas - Lupus, que no sabía muy bien hasta qué punto aquello había afectado a su cofrade, intentaba quitarle hierro bromeando. – Estoy seguro de que las Viudas harán desaparecer todas nuestras penas en un momento.

-Claro – fue la lacónica respuesta del lasombra, cuya mirada, continuaba perdida tras las huellas de Valez. El gangrel antitribu le hizo un gesto a Quatemoc en plan: ‘¿sabes que mosca le ha picado?’, levantando las cejas, a lo que el ángel de Caín respondió elevando los hombros y negando con la cabeza.

Recorrieron las calles nocturnas del centro de Montreal, desde Sainte-Catherine hasta Saint-Laurent, deleitándose en la vida que en ellas bullía. Luces de neón, música retumbante, ambiente de fiesta que, a aquellas horas, indicaba que debía ser fin de semana. Los jóvenes se movían entre los locales y discotecas famosas como el De Villes, el Foufs, del que Lupus había oído hablar, el Metrópolis o el Purple Haze. Bailaban, bebían y se drogaban para divertirse y descansar de sus trabajos y estudios diarios. Pero muy pocos conocían el secreto club nocturno, de gustos fetichistas y sadomasoquistas, situado en el barrio rojo, tras una pequeña puerta de cuero carmesí que parecía latir con la música que salía de su interior.

Cuando Lupus y sus cofrades entraron, un maromo enorme, musculado y vestido como el policía gay de los YMCA, que parecía ser un ghoul, por las marcas que lucía en su piel, claramente realizadas con vicisitud, les saludó y les introdujo sin preguntarles nada. La impresión que daba era que allí todo el mundo era bienvenido. Mientras lo seguían, el gangrel de ciudad se dio cuenta de que aquel era un laberinto de pequeños cuartos y corredores de paredes, camas y divanes cubiertos en terciopelo, goma y cuero, todo ello en tonos sanguíneos y rosáceos y con una tenue luz y un aroma a incienso y rosas que invitaba a despertar los deseos más recónditos y sacarlos a jugar. El sirviente, no obstante, parecía haberles reconocido de alguna forma, pues les llevaba muy seguro hacia la parte más profunda del local, dejando a su paso, imágenes y escenas de lo más variopinto. Desde discusiones acaloradas, performances o bailes subidos de tono, hasta representaciones artísticas, exposiciones de fotografía o vídeo, o escenas de sexo en vivo de muchos tipos.

Todo aquel cúmulo de expresiones y manifestaciones de los instintos lujuriosos, junto con los sonidos y el cargado ambiente, hacían que Lupus estuviera con el frenesí a flor de piel. Se sentía en su salsa. En cambio, desde el principio, se dio cuenta de que Quatemoc, andaba más bien a la defensiva y Pantera seguía distraído con su anterior encuentro.

Finalmente, y tras atravesar una entrada aparentemente normal que, sin embargo, poseía varios cerrojos y sistema de alarma, llegaron a un corredor que les condujo hasta una gran puerta metálica. En el dintel de la misma, un relieve destacaba sobre todo lo demás. Eran como un hombre y una mujer entrelazados en posición evidentemente sexual. Había algo diferente en aquella obra artística, algo que no terminaba de encajar, por su realismo y el calor que desprendía. Pero unos segundos después, Lupus pudo entender qué era lo que le producía aquel efecto singular, cuando las figuras se movieron revelando la salvaje realidad.

-A partir de aquí, - Habló por primera vez el sirviente – os dejo solos. Bueno, ejem, solos sin mi grata compañía, jijiji, - su voz era impostada y afeminada, pero suave y melosa a la vez. - estaréis bien acompañados por vuestros más puros y perversos instintos y por las más grandes maestras del placer, claro está. – Les abrió - ¡Ciao! ¡Qué disfrutéis!

Nada más entrar, fueron recibidos por las tres cainitas en persona. Las Viudas les explicaron que aquel era su santuario personal, el lugar al que traían a sus invitados más ilustres y de confianza. Se trataba de una cámara diseñada y construida por ellas mismas, en forma de estrella de siete puntas, que representaban los siete pecados capitales. Con sus apartados y altares correspondientes. Además, sus paredes estaban literalmente vivas, con todo lo que ello conllevaba y el suelo, forrado de terciopelo afelpado, poseía decenas de almohadones de satén. Había incluso un lugar, en el centro, en el que un pequeño estanque de sangre, con dosel, de alguna forma alimentaba toda la sala, haciendo que las gotas de vitae se elevaran hacia el techo.

-Decidme, campeones de la Espada de Caín. – Dijo con la voz más apetitosa que se pueda imaginar La Rosa. Llevaba puesto un vestido negro como la noche más oscura e iba maquillada a juego – ¿Cuál diríais que es vuestro mayor pecado?

-Yo no tengo dudas – Respondió rápidamente Lupus sonriente – La lujuria es mi debilidad, jajajaj. – Estaba completamente exultante y emocionado.

La segunda vástago de las Viudas, la muñeca oriental llamada Jade la Cremosa, se acercó lentamente a Pantera y le sujetó la barbilla con una larguísima y fina uña color sangre. – Vos sois un líder. El peso de la responsabilidad y el poder os abrumba, ¿No es cierto? – El lasombra, no llegó a responder – Pero ¿cuál es vuestra mayor carga?, ¿Por qué habéis elegido el camino del dirigente?, ¿Para alcanzar lo que no poseéis, lo que otros poseen o para demostrar lo que creéis que valéis? – le cortó ligeramente la piel con un movimiento de su dedo y rápidamente probó la gota de vitae que brotó en consecuencia. – Mmmmm. – expresó, cerrando los ojos. Su cara blanca, pintada como una geisha hacía que los carmesíes labios destacaran exageradamente. – Yo me decantaría por.... muy interesante.... - sonrió – la envidia es tu pecado.

-Un momento – La cara de ductus era de desconcierto - ¿La envidia?, no. – Dijo casi tartamudeando – Yo no envidio a nadie, me gusta cómo soy y lo que tengo.

-O eso es lo que te haces creer a ti mismo, Pantera. – Argumentó la obispo, divertida. - La mayoría de las veces, las almas no reconocen sus peores sombras, y mi experiencia con los cainitas de tu línea de sangre, así me lo ha demostrado.

-El indio es para mí. Es de los míos. Puedo verlo en sus ojos. – La tercera de las Viudas era Loto Negro. Una cainita de apariencia adolescente que, pese a no poseer la belleza ni el gusto y refinamiento de sus cofrades, en opinión de Lupus, tenía un punto de tristeza real que la hacía interesante. Sus palabras hicieron que el assamita antitribu se sobresaltara y la mirara con precaución. Estaba claro que el pobre no sabía dónde se había metido, lo cual divertía a Lupus sobremanera

-Será mejor que yo espere fuera – dijo, intentando esconder sus dudas.

- ¿Y despreciar un regalo de tu Arzobispo? – La Rosa no parecía dispuesta a dejarlo escapar tan fácilmente. – Eso podría interpretarse como un insulto. Además, puedo asegurarte que una experiencia en mis dominios, no la olvidarás jamás.

-Eso es lo que me temo. – dijo Quatemoc, casi para sus adentros.

-Vamos, hermano. ¿Es que tienes miedo de esa pobre cainita? ¡Te he visto enfrentarte a hombres lobo de dos metros y medio! No me jodas ahora, este es mi momento - Efectivamente, aquel era su momento, sin lugar a dudas. El premio que deseaba, lo que había estado esperando toda su vida. Y nadie iba a fastidiarlo. – Dale una oportunidad, ¿De acuerdo? Por tu hermano Lupus...

El ángel de Caín no pudo negarse y la sesión comenzó como estaba prevista. Se separaron y fueron a partes distintas de la sala, dirigiéndose Lupus a la punta de la estrella que recogía la lujuria.

- ¿Hasta dónde practicas la senda querido? – Le dijo La Rosa cuando se quedaron solos - ¿Te han contado los Pastores lo malvadas y peligrosas que somos? A lo mejor no sabes dónde te metes.

-Me han dicho lo suficiente para ponerme los colmillos largos, jajaja. No, en realidad, creo que os reconocen como maestras de la Catarsis, pese a que ellos prefieran sus pecados y redenciones. Pero están vigilando.... jejejeje.

- ¿Hay algo que quieras hablar antes de empezar? Luego te resultará complicado – la tzimisce sonrió lasciva mientras lo expresaba. – Me he enterado que andáis preguntando por ahí a cerca del caso Sangris.

- ¿Sabéis algo que nos podáis decir? – preguntó, casi sin mucho interés, deseando que empezara lo bueno. - ¿Algo que no sepan los Pastores o los Bibliotecarios?

-Sobre el juicio, los sucesos acaecidos y los implicados, preguntadles a ellos, pero nosotras sabemos algo desde hace muy poco, que estamos seguras que ellos desconocen. – la voz de la Rosa se modulaba en graves y agudos, su piel se movía sola, a ratos parecía aterciopelada y luego áspera, mientras le recorría el cuerpo con sus manos. - Si te portas bien esta noche, creo que te lo contaré. ¿Estás dispuesto a arriesgar tu no vida por sentir una experiencia inolvidable?

-Nací dispuesto, maestra. – Respondió él, retador.

Durante una hora, los gritos de dolor, aullidos de placer, rugidos y bramidos de ambos colmaron los oídos del gangrel antitribu. Su experiencia sensorial y psicológica alcanzó un clímax inimaginable hasta aquel momento. Sin duda, había elegido bien su senda y pese a todos los descabros anteriores, su camino le había llevado hasta su destino finalmente. Apenas se dio cuenta de que, en un momento dado, Jade la Cremosa se les había unido diciéndole a la obispo algo que él ni pudo escuchar. Había llegado a trascender tanto su cuerpo que cuando volvió en sí, no recordaba cuánto tiempo había pasado.

-Creo que estás preparado – Le dijo en susurros al oído. – Podrías sobrevivir al consolamentum. Solo tienes que pedirlo – Sus palabras resonaban como en un sueño, Lupus nadaba aún en un mar oscuro mientras trataba de volver a la realidad. Pero oía unos golpes y unas voces insistentes que le urgían a salir. Había alguien llamándole. ¿Qué era el consolanosequé?

– ¿Se lo has dicho ya? – Escuchó decir a la otra.

-No parece que le interese demasiado. Quiere ser de los nuestros, quiere ascender. –Ella lo miraba ensimismada, estaba completamente concentrada en su obra.

-Pero a lo mejor es importante. Además, ya has visto a sus cofrades, están inquietos por algo. A lo mejor podríamos dejar el ritual para otra noche. Si está tan dispuesto seguro que volverá. – Cada vez identificaba mejor los ruidos y las voces. Parecía que Pantera estaba golpeando la puerta de fuera y gritando su nombre.

-Dad por seguro que volveré – dijo sonriendo – volveré cada maldita noche – parecía borracho o drogado, mientras trataba de levantarse y ponerse la camisa y la chupa. – Pero dejad que hable con mis hermanos un momento, ¿De acuerdo? No sé qué les pasa. Por cierto, ¿No estaban aquí dentro?

-Tu hermano, el indio, no aceptó de buen grado el tratamiento de Loto y casi se matan el uno al otro. Por suerte, Pantera y yo pudimos intervenir a tiempo y tu ductus se llevó fuera al assamita para que se tranquilizara. – Jade hablaba tranquila, como si todo hubiera sido un percance normal. Los golpes en la puerta se intensificaron y ahora sí pudo escuchar la voz de Pantera diciendo:

-Vamos Lupus, es importante. ¡Tenemos que irnos!

-Ya lo oís – dijo, intentando acostumbrar los ojos a la luz. Su cuerpo aún no funcionaba como debería – El deber me llama. Pero juro volver y probar el consoladorum ese. Contad conmigo. ¿Por cierto, no ibas a contarme algo que solo vosotras sabíais? – dijo mirando fijamente a La Rosa.

-No sé si tiene algo que ver con lo que estáis buscando – La líder de las Viudas parecía algo decepcionada de que se le escapara aquella ocasión. – Pero lo que voy a deciros, sin duda tiene algo que ver con la inquisición. - Lupus trató de centrarse para entender y recordar lo que parecía que podía ser importante.

-Hace unas noches, Cairo, una de las cainitas que va con Pierre Bellemare vino a visitarnos. Nunca habíamos hablado antes con ella, o eso creíamos al principio. Por eso, cuando entró en El Corazón y se movió hasta aquí como si ya lo conociera nos resultó bastante curioso. Luego, cuando nos pidió que por favor la iniciásemos en las prácticas de la senda y la ayudáramos nos

quedamos bastante perplejas. Habíamos oído hablar de que Bellmere era un capullo y bastante violento y por eso pensábamos que debía tratarse de un caso de abuso. Como que ella sufría maltratos y solo quería aprender a disfrutar con ello. No sería la primera vez que esto pasa, también entre cainitas, aunque no lo creáis.

-Pero lo que nos encontramos fue algo mucho más extraño, y sobretodo mucho más grave. Intentamos contárselo a Valez, aunque nos transmitió que tenía demasiados problemas como para participar de elucubraciones y chismorreos. Nosotras pensamos que se equivoca y que no es ninguna elucubración.

-No sé si sabes que, hace años, desapareció una cainita llamada Elisa Carini. Había llegado a la ciudad de forma encubierta, porque en realidad se trataba de una inquisidora.

-Sí, me suena - La nube de su mente se iba despejando mientras se subía la bragueta. La historia que La Bestia les contó del tipo del circo: Una inquisidora, un compañero nosfe que también desapareció. – El tal Zarnovich nos habló de ella. – Jade miró a La Rosa.

-Intenté hablar con él – dijo la oriental, con apuro - Pero lleva dos noches desaparecido.

- ¿Quién? ¿El viejo circense? – Preguntó el gangrel antitribu. Ella asintió. Los golpes en la puerta se incrementaron.

-Lupus, ¡hermano! Es importante. Puede que estén en peligro. – Se escuchó.

-El caso es que Cairo vino a pedirnos ayuda, aunque sin saber muy bien por qué. Y nosotras, que en su día acogimos a Elisa Carini, desconociendo quién era en realidad, y compartimos mucho tiempo con ella, creemos que las dos son la misma alma. Pero que algo o alguien, la ha transformado y atado a su nueva forma.

Capítulo 14: Traición.

Una noche más, la Bestia despertaba con la sensación de que el mundo no era tan anodino como lo había sido sus últimos cuarenta años de existencia. Las cosas estaban cambiando, o por lo menos, él había encontrado un lugar donde podía no sentirse alienado por sus gustos o sus costumbres. Montreal, era sin duda la ciudad de sus sueños en los tiempos modernos. Ni Tijuana, ni México city, ni Nueva York, ni Atlanta. La ciudad de los milagros negros, reunía las características de población y ritualidad cainita, cultura de la estirpe y sobretodo del Sabbat que el tzimisce podía aceptar como propios. Lo que había vivido hasta ahora con los Silver Rockets, no había sido lo que le hubiera gustado. El nomadismo no era para él, acababa de entenderlo. Ya no solo era el haber pasado todos estos años fuera de su tierra lo que le había alienado y agriado el carácter. Todos los cambios constantes, los viajes, el no asentarse en un entorno social estable. No había conseguido encontrar su lugar en el mundo, ni su función.

En la cofradía no era el líder y ni siquiera, pese a ser seguramente el más apto, se le elegiría como sacerdote. Lupus caía mucho mejor a todo el mundo, y encajaba mejor con los demás. Sus hermanos le toleraban gracias a las voulderries y porque les había sido muy útil durante los primeros años, pero estaba seguro de que, una vez se consolidaran de alguna forma, o encontrasen un sustituto, le darían de lado. Así que, aquella tenía que ser su oportunidad, su momento. Montreal era un buen sitio donde pasar el resto de su no-vida. La arzobispo había dicho que hacían falta cainitas para completar las manadas de la ciudad, los Silver Rocket le harían los ritos de creación a un nuevo miembro, Lázaro. Todo encajaba.

Los Pastores parecían un poco engreídos y tratarían de aburrirle con sus sermones, pero prefería eso a vivir rodeado de incultos, punkis y camorristas viajando de refugio comunal en refugio comunal. Además, El Alexandrium le llamaba con fuerza. Toda la sabiduría, la cultura y la historia del Sabbat concentrada en una gran biblioteca. Aunque él, pese a ser Nodista, era más de tradición oral que escrita, había dedicado algún tiempo a los libros que habían caído en sus manos durante los viajes y sabía sacarles partido. Toda aquella lectura le abrumaba un poco, pero estaba seguro de que, con tiempo y paciencia, aprendería muchas cosas de su interés.

Esta noche iría con De Paso y Atram a ver a los Bibliotecarios y se haría una idea de lo que era vivir allí, seguir la senda de Caín y ser respetado y admirado por ello. Quién sabe, a lo mejor, con el tiempo, hasta podría formar parte de aquella notoria cofradía y dedicar su eternidad al

estudio y la meditación. Pero si aquello no le terminaba de llenar, siempre podría buscar un sitio en el circo de su congénere Zarnovich. El tzimisce polaco, había dejado huella en su corazón, y aunque su espectáculo era itinerante, siempre regresaba a Montreal a pasar el invierno.

Media hora después de que salieran Pantera y los otros, el cuarteto siguió el recorrido por los pasillos del mausoleo hasta la Capilla de Caín. Allí les recibió Béatrice L'Angou, una cainita de una línea de sangre de la que La Bestia había oído hablar, pero con la que nunca se había topado, al menos de tan cerca. Era una Kiasyd y podía saberse a primera vista porque sus ojos eran completamente negros, sin blanco alrededor del iris y la pupila y sus cuerpos poseían piel azulada y resplandeciente además de miembros estirados y alargados. Béatrice no debía haber acudido a la gran reunión porque la habría recordado de haberla visto. Iba desnuda, con el negro cabello suelto hasta la cadera. Aunque seguramente no salía muy a menudo, si lo hacía, tendría que tener cuidado para no llamar mucho la atención, cubriéndose u ocultándose como un nosferatu.

-Bien hallados - dijo, con una voz que parecía provenir de un sueño. - Me han dicho que queréis conocer el Alexandrium y que tenéis interés en cierta información acerca del juicio de Sangris y todo lo relacionado con ello. - Se movía, al hablar, un poco como los árboles mecidos por el viento – Ya veis que voy directa al grano. Es porque estamos ahora mismo muy ocupados, como os habrán informado. –

Les hizo un gesto para que la siguieran y les condujo a través de la Capilla de Caín, hasta la gran puerta bronceada.

-Las puertas de la Eternidad, - Anunció - la entrada a nuestra biblioteca. Solo pueden ser abiertas por alguien de nuestra máxima confianza que conozca la sutil magia que las custodia.

-La Kiasyd se acercó al bajorrelieve formado por pequeñas figuras de hombres y mujeres desnudos que se subían unos sobre otros y susurró algo ininteligible. Las grandes hojas, se abrieron lentamente, con un quejoso chirrido. Si le hubiese dado tiempo, el tzimisce hubiese utilizado sus sentidos aguzados por el Auspex para escuchar. La próxima vez, estaría más atento.

Tras las puertas, dos figuras con túnicas y capuchas aguardaban en actitud servil para

acompañarles. El tzimisce los reconoció como ghouls aparecidos, de la familia Obertus, una rama también afiliada al Sabbat y que solía encargarse, precisamente, del custodio de información y secretos asociados a la secta. Los sirvientes les flanquearon por el corredor principal de lo que más parecía una cueva que una biblioteca. Había poca luz y, aunque podían entreverse pasillos laterales que se perdían en las sombras y cuyas paredes contenían estantes llenos de extraños volúmenes, éstos eran angostos y agobiantes, con el techo bajo y apenas espacio para que cupiera una persona de pie.

En el mismo corredor, sí que había algo más de luz, proveniente de lámparas, posadas sobre unas cuantas mesas, que se hallaban colocadas cada varios metros. Algunas de aquellas mesas estaban ocupadas por cainitas inmersos en el estudio y la lectura de aquellos singulares libros. Al final del corredor había una escalera de caracol que subía, indicando que el complejo poseía varios pisos, aparte de aquel en el que se encontraban. Lo cierto es que al tzimisce le gustaba aquello, era distinto a lo que había imaginado, pero lo gustaba.

Béatrice les presentó a varios de los integrantes de su cofradía que se encontraban allí en ese momento. Christanius Lionel era un nosferatu antitribu, oscuro y aparentemente bastante hosco que apenas les dedicó una rápida mirada y un saludo antes de volver a centrarse en sus lecturas. Molly 8, sin embargo, se mostró dulce y educada. Era una belleza irlandesa, de ojos verdes y cabello rojizo que poseía una piel parecida a la porcelana. El voivoda, no tardó en descubrir que se trataba, posiblemente, de una tzimisce o por lo menos alguien cuya maestría en la vicisitud, con respecto al arte de la alteración de la piel, era envidiable. De hecho, Béatrice, les contó que era ella la que confeccionaba los volúmenes que allí se escribían y guardaban, precisamente con piel que ella misma se iba exfoliando cada cierto tiempo.

Y luego estaba Jacob. Según les relató la Kiasyd, el cainita callado y tímido que les saludó desconfiado, era una de las incógnitas más indescifrables de la ciudad. Había sido el único vástago conocido que había sobrevivido, de algún modo, a su rito de creación realizado en Mount Royal. Lo sabían porque lo habían abrazado, como un experimento del hermano Marc, a principios del siglo XX, a sabiendas de la extraña anomalía que se daba en aquel lugar. Aunque, tras desaparecer como el resto, volvió a aparecer, hacía solo un par de años atrás, vagabundeando por las alcantarillas de Montreal.

Cuando La Bestia insistió en saber más, Béatrice, le contó que, desde entonces, habían estado estudiándole y en algunos casos interrogándole, ya que, su singularidad, le hacía bastante

intrigante. Cada mes perdía toda su memoria hasta antes del abrazo y tenía que volver a empezar a conocer todo su entorno cercano. Pero en sus últimos días antes de perderla, entraba en un extraño trance en el que hablaba, cantaba y gritaba en idiomas y lenguas de todo el mundo y algunas otras desconocidas. Aquello era estudiado por los Pastores y por los Bibliotecarios, aunque no lo prodigaran mucho entre las demás cofradías. Jacob era un tremere antitribu y, como tal, ya era bastante sospechoso en muchos sentidos y por ello, los Bibliotecarios lo habían adoptado y lo mantenían como miembro de su cofradía, a modo de protección, pero también de exclusividad.

-En esos episodios alucinatorios, ¿revela saberes arcanos o palabras rituales taumatúrgicas? – Preguntó interesada Lilith. La líder de los Bibliotecarios la miró en silencio unos instantes antes de responder.

-Tú también eres una tremere antitribu, ¿No es cierto? – La Besia pensó que quizás L'angou desconfiaría de Lilith por ello.

-Así es. – Respondió ella sin dudarlo. - Y una novicia en la Senda de Caín. A lo mejor podría ser de ayuda.

-No sé si conoces a Yasmín. – Dijo la Kiasyd ladeando la cabeza. – Acudimos una vez a ella para comprobar si podía entender algo que a nosotros se nos escapara con respecto a la magia de la sangre, algún detalle relacionado con los usurpadores que pudiéramos estar soslayando por desconocimiento. Tras una sesión con Jacob bastante frustrante, nos aconsejó que contactáramos con alguien con mayores conocimientos y poder. De hecho, nos recomendó acudir al mismo Goratrix, pero parece que él tiene cosas más importantes de las que ocuparse.

-Molly querida – Béatrice cambió de tema rápidamente. La Bestia suponía que, aunque se mostraba educada y paciente, quería acabar cuanto antes con la visita para seguir con sus propias tareas. – Ya sé que estás hasta arriba con la elección de los textos de la conferencia de este año, pero ¿podrías pedir a uno de tus sirvientes que nos trajera lo que te pedí?

-Lo tengo aquí mismo. – Dijo la otra, dispuesta. - Los tomos tercero, cuarto y quinto de procesos y sentencias, de la sección B. Aquí está todo lo relacionado con el juicio. También el tomo décimo cuarto y su cuaderno adjunto, de la sección de hechos de lo desconocido, que contienen alusiones a material referente a Sangris, el infernalismo, la inquisición, Mount Royal

y las desapariciones. He dejado marcas puestas en las páginas más relevantes que he encontrado.

- ¡Pero vos sos un portento! – Expresó De Paso, con lo que le pareció al tzimisce, su talante adulator. - Cualquiera diría que solo trabajaste para nosotros. – añadió mostrando su mejor sonrisa. Molly pareció sonrojarse. Era increíble como algunos vástagos imitaban expresiones humanas, pero aquello no era muy cainita. Bastante contrario a los principios nodistas, de hecho.

-Yo lo qui me prriegunto ess, con tianta inforrmassión como tienen aquí, ¿Quiomo puede sierr, qui esta siudat continúe ssiendo un missterrio inssiondable? –

-Nosotros nos dedicamos a recoger información, transcribirla y almacenarla. - El tal Christanius, que parecía completamente evadido de la conversación hacía un momento, claramente no lo estaba y se había dado por aludido. Su voz era grave y profunda. - Nuestra labor de investigación se reduce a lo que la arzobispo o los Pastores nos encomiendan. La calidad de los datos es condición sine qua non para una buena constatación de los hechos, pero esto no conduce necesariamente a un buen entendimiento o exposición de los mismos. Todo depende del propósito de quien los maneje.

- ¿Estás sugiriendo algún tipo de confabulación para que no se sepan ciertas cosas? – Preguntó hábil la taumaturga de Silver Rockets.

-Lionel solo apunta a que los intereses de la ciudad, no pueden dedicarse sólo a un caso en concreto. – Intervino Béatrice – Nuestros líderes saben que, aunque no estuviera resuelto del todo, un acontecimiento como aquel, de tamaña relevancia y magnitud, podría enfangársele a cualquiera. Además, Montreal es mucho más que Sangris. Como dice Alfred, - Bestia supuso que se refería a Benezri y le pareció notar algún tipo de afinidad hacia el Pastor por parte de la Kiasyd - hay no vida más allá de la serpiente. Por cierto, Molly, ¿has visto a Marie-Ange? – volvió a cambiar de tema bruscamente.

-Sigue encerrada en su laboratorio. Su último experimento le está consumiendo mucho tiempo. – La pelirroja mostraba signos de preocupación cuando dijo aquello. Era obvio que no podía expresar todo lo que pensaba al respecto.

-Necesitamos más tinta de vitae, ¿se lo recordarás? – L'Angou le parecía al voivoda una líder muy calmada y comprensiva. ¿Sería una pose?

–Se me ha ocurrido que tengo algo más que podría interesar a nuestros invitados. – Dijo Molly.

- Acompañadme a mi cámara y os lo mostraré. De paso me acercaré al laboratorio para echar un vistazo.

-De acuerdo, pero no os demoréis demasiado, ya andamos bastante apurados. – fue la respuesta de la ductus de los Bibliotecarios.

La Bestia, cogió por el hombro a Lázaro y lo condujo tras los pasos de los otros. Durante el trayecto, comenzó a aleccionar al joven vástago en relación a la historia de Caín y su descendencia, mostrándole las imágenes que se observaban en diversos murales colgados de piel, en los que varios de los aparecidos Obertus estaban trabajando para la próxima celebración. Cuando hubieron dejado atrás la biblioteca y los corredores principales, Molly les llevó a través de unas subcámaras del piso inferior donde debían tener sus dependencias individuales. Giraron un recodo y a La Bestia le pareció escuchar una conversación algo airada, pero apagada, entre un varón y una fémina. Notó que Molly se detenía un momento a escuchar justo antes de que les hiciera un gesto para que parasen y dijera, en voz alta y clara:

- ¿Mamá Mary? ¿Estás bien? ¿Interrumpimos algo? – Se oyó un movimiento apresurado y enseguida una puerta que se cerraba. Luego desde detrás de la puerta, la voz femenina que La Bestia había escuchado anteriormente les dijo que se encontraba bien, pero muy atareada con un extraño experimento de conexión con los muertos. Que intentaba comunicarse con un antiguo residente de Montreal bastante hosco y que necesitaba toda su atención y soledad para conseguirlo. Aquello, al tzimisce de Silver Rockets, le pareció un comportamiento extraño y sospechoso, pero Molly, tras recordarle a su cofrade Mary-Ange, desde el otro lado de la puerta, el tema de la tinta sanguínea, le quitó importancia explicándoles que era muy común entre su manada el uso de la nigromancia para sacar información de las almas que habían abandonado ya este mundo. Era un arte complicado, que todos habían ido aprendiendo de Béatrice, pero la propia Molly se jactó de haber superado a su maestra en aquel campo. En cambio, a su sire, no se le daba tan bien y por eso necesitaba aislarse por completo.

Les dijo que, aunque Mary-Ange Gagnon le había dado el abrazo, su rito de creación fue dirigido por Predicador, el antiguo ductus de Les Misérables y bendecido por Béatrice en

persona. Pero que desde la desaparición del Malkavian antitribu, su padrino y maestro espiritual había sido Zhou. El pastor taoísta le habría estado enseñando su arte y su percepción del mundo durante años a la bibliotecaria y si tenía algún aprendiz en Montreal, sin duda sería ella misma. Así que, desde su reciente desaparición, medio en secreto, había estado intentando averiguar qué podía haber sido de su maestro.

Cuando llegaron a su cubil, pudieron comprobar que se hallaba completamente forrado de escrituras y dibujos tatuados en piel con tinta y sangre. Seguramente su propia piel y su propia sangre. Allí, les enseñó su secreto. Había encontrado varios cuadros pintados por Zhou en los últimos años y que, según ella, guardaban alguna relación con su estudio de la existencia de un mal ultraterreno que habitaba bajo la ciudad. Una corriente de energías negativas al que temía y que sospechaba que podría haber estado detrás de muchos de los oscuros misterios que azotaban la historia de Montreal. Aquellos lienzos, se suponía que representaban lugares, donde la entidad tenía nódulos de poder, o algo parecido. Mientras los sacaba y mostraba, la Bestia la vio cómo se quedaba extrañada con algo, pero cuando Lilith desplegó uno de aquellos cuadros para observarlo, el voivoda tzimisce sufrió una revelación momentánea. Pese a lo oscuro e impresionista de la pintura, en aquella escena podía distinguirse, claramente, una perspectiva singular de la carpa de su amigo Zarnovich, algo que para alguien que no hubiera estado allí recientemente, habría pasado desapercibido, pero no para él. Le arrebató la pintura de las manos a su cofrade y la miró con más detenimiento. En ella había una sombra que no reconocía, pero que podía sospechar de quién se trataba. Así que, mientras Molly 8 se mostraba contrariada porque acababa de descubrir que, al que ella llamó su hermanastro Skin, le había robado uno de los cuadros, La Bestia le devolvió el que tenía en las manos a la taumaturga y les dijo a todos que tenía que irse inmediatamente. Aunque los otros quedaron extrañados por su urgencia, el hizo oídos sordos a sus preguntas y, tras cuestionar a lázaro si conducía y responderle éste que tenía una moto, se lo llevó con él.

Azorado, abandonó con prisa las estancias y la Biblioteca Alexandrium tirando del neonato. No podía ser verdad. Lo había tenido tan cerca y tan pronto y se le había escapado. Sabía que tenía que haber alguna relación. Esperaba llegar a tiempo, antes de que algo más pudiera suceder. Lázaro cogió su casco y las llaves en el refugio y salieron al exterior del mausoleo. La noche era cálida y la ciudad estaba despierta todavía, así que, el camino hasta la isla de Santa Helena estuvo transitado en todo momento, pero en quince minutos habían alcanzado su destino.

El tzimisce le pidió al pander que le esperara junto a la moto y se dirigió directamente a uno de los sirvientes Bratovitch que aguardaba con su can en una hoguera, a la entrada del viejo parque de atracciones. Se presentó y le pidió hablar con el maestro circense enseguida. Pero el aparecido le explicó que Zarnovich había salido hacía dos días y aún no había vuelto. Cuando La Bestia lo interrogó más bruscamente, el ghoul confesó que había salido con una partida de los suyos y con Lágrimas hacia Ottawa, tras la pista de su chiquilla. Al parecer, Stephanie, había sido raptada por Midget. Aquel enano traidor, se le había adelantado entonces. Su deforme silueta pintada en el espejo de la carpa del voivoda circense había sido una revelación. Sabía que tenía algo que ver. La noche de su encuentro con Bellemare y sus pandilleros y la extraña ausencia del malkavian antitribu tenían que estar relacionadas. Y ahora Los Huerfanos y el brujah antitribu estaban en Ottawa y Zarnovich había ido hacia allí. Tenía que avisar a los demás cuanto antes. Habían estado durmiendo con su enemigo y habían dejado Ottawa en sus manos.

Tardaron aún menos de lo que habían tardado a la ida en arribar de regreso al refugio comunal, pues cada vez había menos tráfico según avanzaba la noche y, en la vieja iglesia que daba entrada al complejo subterráneo, además, encontraron a De Paso y Lilith esperando con cara de preocupación. Nada más llegar, les explicaron que habían recibido una llamada por el walkie desde Ottawa de Sid, la gángrel antitribu de los cosechadores. Algo horrible estaba ocurriendo en la ciudad conquistada y sus colegas estaban en grave peligro. A penas habían podido averiguar nada más, pero decidieron avisar a Pantera mediante un mensajero obertus para que volvieran en seguida de su visita a las Viudas. De Paso, preparó las motos y la furgoneta y comprobó el combustible para el viaje, haciendo tiempo para que llegaran sus cofrades que se estaban demorando más de lo normal. La Bestia estaba tan impaciente que llegó a sugerir que se iría él solo de avanzadilla con Lázaro, pero el templario le detuvo arguyendo que aquello sólo serviría para dividirlos y que necesitaban planificar sus movimientos con cuidado, dado que no sabían exactamente a qué se enfrentaban. Lilith, mientras tanto, devoraba parte del material que les habían prestado, tratando de buscar alguna relación o dato que pudiera ayudarles.

Finalmente, unas cuatro horas antes del amanecer, aparecieron sus hermanos. Aunque Lupus parecía algo aturdido, decidieron partir enseguida hacia Ottawa y hablar allí cuando llegaran. No había tiempo que perder.

Llegaron a su destino en una hora y tres cuartos, apurando el límite de velocidad de la

Transcanadiense al máximo. Durante el camino, Lilith estuvo intentando atar cabos entre lo que iba leyendo y los dibujos de Zhou, pero no encontraba ningún patrón razonable. Por si fuera poco, la lectura de los documentos del juicio de Sangris era ardua y farragosa, no apta para realizarla durante un viaje en furgoneta a más de cien kilómetros por hora. A la Bestia no le decían nada ninguna de las otras pinturas y De Paso iba demasiado concentrado en la carretera como para participar de las pesquisas. Antes de partir, Lupus había dicho algo que aún andaba rondando en la cabeza del voivoda. No se le entendía bien porque estaba como beodo, pero al tzimisce le había parecido escucharle algo así como que Karini y Cairo eran la misma alma. Aquello no tenía ningún sentido. Elisa Karini había sido una inquisidora que desapareció en Montreal investigando lo mismo que ellos y Cairo era una templaria silenciosa y mortífera a las órdenes del traidor.

Porque si algo le había quedado claro a La Bestia, era que Bellemare estaba detrás de lo que estaba pasando. No le había gustado aquel tipo desde el principio, aunque bien era cierto que con la maniobra aquella de la 'lavadora', Bellemare había conseguido captar su interés y le había mantenido con la guardia baja, afectado por los efectos derivados de la misma. Pero lo que realmente le asustaba, era que todo aquello hubiera tenido algo que ver con el principal objeto de su misión, la presunta actividad infernalista. Casi esperaba que solo se tratase de un caso más de transfuguismo y contraespionaje camarilla.

-Pero entonces, - dijo Lupus encendido cuando todos hubieron desmontado de los vehículos en el aparcamiento de Sheffield Glen, como en su visita anterior – ¿Qué coño está pasando? ¿Por qué de pronto los colegas cosechadores están en peligro? Creo que antes no he entendido bien lo que habéis dicho. – Parecía que el gangrel de ciudad estaba más despejado, aunque ahora se le veía malhumorado, algo no muy habitual en él. Antes de que nadie pudiera decir nada, se escuchó una sirena y un coche de los de vigilancia se paró junto a ellos. El guardia se bajó apuntándoles con su arma y les dijo que no se movieran, pero en el momento en el que se disponía a avisar por radio para, posiblemente, pedir refuerzos, el mismo Lupus salió disparado como una bala hacia él y lo degolló con su machete, cortando a la vez el cable que unía el comunicador a la radio del coche. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos y consiguió cabrear más si cabe a Lupus.

- ¿Dónde está Bellemare? ¿Sabemos algo de Polidori? – Continuó, contrariado.

-Lo sierrto es qui lo único qui sabfemoss a sienssia sierrta ess qui Loss cosiechadorres, en

concrrieto, Sidd, mandó un mensaje de siocorro por le Walkie Talkie qui se suponía que poseía Bellemare parra contactarrnos en Montrrieal, dissiendo que todo se había ido a la mierrda y qui corrían peligrío y que acudiérramos lo anties possiblie. –Soltó el voivoda de carrerilla. Y tras una pequeña pausa, continuó.

-Y, por otrro lado, que mi amigho Zarnnovich, hafía descubierro la trraisión de siu cofrriade malkafian antitribu, llamado Midget, el cual se hafría llevado a su chiquilla Stephani L'Heureux raptada y ésste se habrría dirrijido dirrectamente hassia Ottawa, sigiéndole la pista, lo qui sumado a miss sospechias a serrca de qui el eniano y el matón pandillerro de Les Orphelins estiaban de alguien modo compichiados y detrras de algunas de las desaparrisiones del sirrco, me disse que Bellemare tiene algo qui verr en lo qui aquí esstá oquiurriendo.

-Con ese aire de chulo de putas, no sé cómo pudo engañarnos. – Soltó de repente Lilith.

-Y esto..., precisamente hablando de su relación con las minas, – la voz de De Paso surgió detrás del voivoda. - ¿Dijiste vos algo acerca de la tal Cairo que va con él? – Señalaba a Lupus con un cigarrillo que acababa de encenderse.

-La Rosa me dijo que habían descubierto que ella y Elisa Karini eran la misma alma. De alguna forma, Karini se halla atrapada en el cuerpo de la huérfana.

-No hay que ser un experto para sospechar que todo esto huele a infernalismo a kilómetros. – Las palabras de Pantera le provocaron una visión a La Bestia: Calor, olor a azufre y montones de cucarachas, arañas y escolopendras recorriendo el suelo a su alrededor. Cada vez encajaba más todo el conjunto. No quiso imaginar lo que eso significaba si realmente, Midget había logrado llevarle a Bellemare a Stephanie. – Debemos movernos cuanto antes.

-Tendríamos que haber informado a Ezequiel antes de irnos de Montreal – Protestó Quatemoc.

-Y ¿Quién noss assiegurra qui no está en el ojo? – Le espetó La Bestia inquisitivo, mientras le señalaba con dedo acusador y se acercaba a él, que le miró como retándole.

-No teníamos tiempo, che – medió De Paso, metiéndose entre los dos para que no fuera a más la cosa. - Si se nos va la noche y no sabemos ni por donde buscar. Necesitamos concentrarnos,

trabajar unidos. No es tiempo de pelear ni de reproches.

De pronto, una gran explosión se hizo eco en la distancia. Provenía del centro de la ciudad. Pantera les ordenó que montasen en los vehículos y se dirigieran hacia el lugar, fuente del estruendo. Cuando fueron acercándose hacia el centro, las sirenas de policía, bomberos y ambulancias formaban una banda sonora continua y molesta que, por el contrario, servía de guía hacia el lugar del incidente. Pero en seguida se dieron cuenta de que los vehículos de policía que los veían, informaban por radio o intentaban detenerles, así que pronto tuvieron que despistarlos y alejarse callejeando desapareciendo de la escena principal. Fue entonces cuando, quizás por casualidad, vieron a tres moteros alejándose de allí a toda prisa, con la policía pisándoles los talones. No les hizo falta hacer mucha memoria para recordar que los distintivos y marcas que portaban aquellos pandilleros coincidían con los de las bandas que se juntaban con Pierre y sus Huérfanos. El ductus lasombra, de nuevo les hizo señas desde su moto para que les siguieran a cierta distancia.

En un momento dado, los pandilleros se separaron, consiguiendo que uno de ellos despistara a sus perseguidores. Sin embargo, los Silver Rockets lo siguieron hasta lo que parecía la entrada de un gran cementerio. En el cartel de su puerta podía leerse: Cementerio de Beechwood, servicios de cremación, funeraria y enterramiento. 280 Avenida Beechwood, Fundado en 1873.

El pandillero introdujo su motocicleta en el recinto por una puerta de servicio y desapareció en su interior. Pantera les dijo que dejaran los vehículos a cierta distancia y que se acercarían a pie sin llamar la atención. Como siempre, Quatemoc se adelantaba y les iba avisando de lo que veía, cada vez que alcanzaban su posición. Entraron por una tapia donde no parecía haber cámaras ni vigilantes y se encontraron en una zona del cementerio llena de tumbas y mausoleos de aspecto oriental, más concretamente chinos, por su decoración y su escritura. La Bestia no las tenía todas consigo de si aquello podía tratarse de una encerrona, aunque era verdad que el motero, no había dado signos de haberse sentido perseguido. No entendía qué estaba pasando en Ottawa, ni si Zarnovich había logrado encontrar a su chiquilla y se había enfrentado a Bellemare o se sabía algo de Ezequiel o Polidori. Lo cierto es que estaban bastante ciegos y despistados en aquella situación. Pero es que solo podían seguir adelante si querían llegar a tiempo de salvar a sus amigos. A él no le importaban demasiado los Cosechadores, a decir verdad, pero no le gustaría que el voivoda Polaco o su chiquilla desaparecieran de su vida, ahora que había encontrado alguien afín. Incluso se descubrió albergando algo de preocupación hacia el Pierrot. Aquel joven había sido muy atento y

deferente hacia su persona, cosa que no era tan habitual como debería.

Tras avanzar durante más de diez minutos por el cementerio, llegaron a una sección repleta de tumbas del tipo de las que se crean después de una guerra, con hileras e hileras de soldados caídos en batalla. Todo el entorno era muy idílico y estaba limpio y bien cuidado, rodeado de árboles y arbustos, flores y estatuas. No todos los cementerios podían jactarse de aquello. Pero lo que atrajo la atención de la manada fue que, en el lugar donde confluían todas las losas, había una cruz elevada, rodeada de flores rojas y una placa conmemorativa donde podía leerse: Cruz del Sacrificio. Y unos textos que alababan la participación de los soldados en la segunda guerra mundial. Junto a ella, parecía que se había escarbado un gran hoyo hacía poco tiempo. Había palas, rastrillos, e incluso una máquina excavadora de pequeño tamaño y un grupo de pandilleros reunidos, bebiendo, fumando y en actitud celebratoria.

Pantera les dijo por señas que se ocultaran para observar. Al tzimisce le hubiera gustado lanzarse directamente al ataque, pillarlos desprevenidos antes de que se dieran cuenta de su presencia. Aquella demora hacía que cada vez hubiera más posibilidades de que sucediera algo desagradable. Pero fue justamente entonces, cuando vieron llegar a alguien que provocó que los integrantes de las bandas, dejaran lo que estaban haciendo y se acercaran hacia allí. No podía distinguirse a esa distancia de quién se trataba, ni de qué estaban hablando, por lo que el ductus, volvió a utilizar las señas estipuladas para que se acercaran y que la vanguardia llegara hasta el hoyo si fuera posible.

La Bestia se encaminó directo hacia el hoyo, procurando no ser visto, pero sin pararse a comprobarlo. Gracias a eso, llegó el primero a su destino y se asomó. Al principio no entendió lo que estaba viendo. ¿Un montón de arena? Pero había cosas asomando en el montículo. Y además, era arena muy fina, casi vaporosa, se elevaba con la brisa que había provocado él mismo al llegar tan deprisa. ¿Polvo quizás? Se concentró en encontrar su auspex interior y volvió a mirar justo cuando Quatemoc y Lupus llegaban al borde, cautelosos, por detrás del montón de arena que se había sacado del agujero. Y en ese momento lo entendió. Aquello eran cenizas. Cenizas, huesos y restos de ropa y objetos. Con sus sentidos agudizados, lo primero que distinguió fueron un montón de trozos de metal. Bandas y placas y clavos y grapas. Escarbó con sus manos el montículo de muerte sacando objetos que iba reconociendo con desesperación y dejándolos a un lado. Injertos del cuerpo de Stephanie, el casco de policía característico de Polidori, la hebilla del cinturón del maestro de circo, restos de ropas del pierrot.

- ¡Eh!, Pero ¿qué...? – La voz de uno de los pandilleros se quebró al ser atravesado en la garganta por un certero disparo. Pero aquello había alertado ya a los otros que comenzaron a sacar sus armas y abrir fuego allí donde veían movimiento. No obstante, en menos de cinco minutos, casi todos los pandilleros habían caído bajo las garras de Lupus, la cimitarra de Quatemoc, los certeros disparos de De Paso o el claymore de Pantera.

La Bestia, en cambio, decidió esquivar a los enemigos y dirigirse, bajo el fuego cruzado, directamente hacia el lugar desde el que, en un principio, se había creado la distracción. Supuso que allí estaría Pierre o uno de sus secuaces. Y estaba en lo cierto. En cuanto la refriega daba comienzo, una de las cainitas de los Huérfanos, se había puesto a cubierto tras la cruz central y había sacado dos pistolas. Además, al tener sus sentidos aguzados conectados pudo ver perfectamente como una pequeña y esquiva sombra que conocía de un cuadro que no podía quitarse de la cabeza, salía disparada corriendo en dirección a la salida del cementerio.

Sin pensárselo dos veces, se lanzó en persecución del enano traidor. Ya estaba a punto de darle alcance, cuando, de pronto, la sombra se dio la vuelta y comenzó a crecer a una velocidad imposible. Sus ojos eran los del demonio al que temía desde su infancia, sus enormes dientes, una deformación bestial. Todo aquel ser se componía de los miedos más profundos del voivoda y en aquel momento estaba delante suya, esperando a que se acercara. Retándolo a que lo hiciera. La determinación del tzmisce pareció quebrarse durante unos instantes. Estuvo a punto de arrodillarse y ponerse a sollozar. Mas, rápidamente, recordó las cenizas: a su nuevo amigo Zarnovich, a su más que interesante chiquilla, el circo, su esperanzador futuro en Montreal hecho trizas. Y todo se volvió rojo.

Cuando volvió al lugar del enfrentamiento, con el cuerpo del Malkavian antitribu destrozado, a rastras, parecía que la contienda había acabado. La cainita llamada Hermana Evelyn aún se resistía en los tentáculos de sombra que la estaban sujetando, Su largo gaban negro se agitaba en el aire mientras Lilith hacía eso que tanto le gustaba hacer con la sangre de sus enemigos.

-No lo entendéis. – Dijo la Huérfana, debilitada e impotente. – ¡Lo habéis jodido todo! Me habéis jodido a mí y a toda Montreal.

-Claro, dulzura – le respondió Lupus con sorna – ¿Y todos estos agujeros de bala que le has hecho a mi chupa?, ¿Quién ha jodido a quién? Menuda fiera, casi no podemos con ella.

-Por eso estáis jodidamente muertos. – Volvió a gritar – Sois putas cenizas, joder. – comenzó a gimotear, como si algo la aterrorizara. - Va a venir. Va a venir y ahora ya no se puede hacer nada.

- ¿Te riefigieras a Bellemare?, ¿Tu ductuss infernalista? – intervino el voivoda. Su aspecto, con la ropa hecha girones, empapado de sangre y con el cuerpo inerte y en proceso de descomposición del enano colgando de su mano, era una imagen bastante intimidante. Pero lo que hizo que ella lo mirara conspicua, pareció ser su afirmación.

- ¿Lo sabéis entonces? – Preguntó, casi con esperanza. Su cara y su actitud cambiaron de pronto. - ¿Traéis a los Pastores con vosotros? ¿La Inquisición?

-Solo estamos nosotros, cariño. – Lilith, había dejado de jugar con su vitae a distancia. -Tendrás que conformarte. – La respuesta no pareció gustarle en absoluto.

-Pero, se lo habéis contado a alguien antes de venir, ¿no?, ¿Ezequiel, la arzobispo, Los Pastores? – Su voz parecía desesperada.

-Aquí las preguntas las hacemos nosotros. – Pantera, bajo ella, con los brazos cruzados, parecía concentrado en los negros tentáculos que la sujetaban en vilo e impedían que se moviera. - ¿Quién es en realidad Pierre Bellemare?, ¿Para quién trabaja?, ¿Quién está con él y qué es lo que está ocurriendo en Ottawa? – interrogó.

- ¡Qué te jodan! Estamos todos muertos – ella seguía resistiéndose.

- ¡Respóndeme! – El lasombra, había tomado contacto con los ojos de su cautiva y los suyos propios la estaban hipnotizando. Aquel poder vampírico, que llamaban dominación, solo funcionaba con cainitas de menor generación, pero parecía que surtía efecto porque su víctima comenzó a hablar.

-Bellemare es infernalista, no sé desde cuándo. No trabaja para nadie, pero sirve a algo que él llama ‘el decani’. Es su señor, su maestro infernal, su dios o algo así. Por lo poco que he podido averiguar, el decani está débil, como preso de algún tipo de ritual que lo mantiene atrapado. Pero, aun así, tiene poder y puede otorgar dones a sus servidores. Pierre mantiene un culto en secreto. Cientos de humanos le sirven y Midget y Cairo y ... yo. Pero yo trataba de salir. No

quería hacerlo – comenzó a sollozar mientras hablaba – quería huir, yo pensaba escapar... - El llanto surgió de su garganta incontenible. Luego paró y abrió los ojos para continuar. – Tomé contacto con Cranston. Desde que iniciamos las misiones de espionaje en Ottawa, me escapaba y preparaba mi salida. A cambio de información, me sacarían de allí. Entendedlo, nadie en Montreal podría ayudarme. Nadie se da cuenta, ¿No lo veis? La ciudad está condenada. El Decani la tiene en su poder. Está ahí, delante de sus narices, lo ha estado siempre y nadie puede verlo...

- ¿Y Cairo? ¿Sabes si es totalmente fiel a Pierre? – Continuó Pantera.

- ¿Fiel? Es como una jodida marioneta. La Caribdis nos mantiene unidos y contentos, es un ritual mucho más potente que la voulderie tradicional, de hecho, así mantiene contentos y despreocupados a Ezequiel y sus partidarios, pero lo de Cairo no es normal. Es como si fuera parte de él, como si la tuviera lobotomizada, o algo así.

-Pero ¿Qué ha pasado con los otros? Polidori, los Cosechadores... - Lupus se temía lo peor cuando preguntó, mirando al montón de cenizas del gran hoyo.

-Bellemare está consagrando esta tierra a su maestro. Quiere conseguirle una ruta de escape, una forma de liberarlo del yugo que lo mantiene atado en Mount Royal. Está sacrificando almas a su señor.

No pudo seguir. De pronto, en la quietud circundante de la noche comenzó a escucharse un eco profundo:

-Ju, ju, ju, ju, ju, ju, ju. – Venía de todas partes y de ninguna en concreto. A la vez, cientos de insectos aparecieron de la nada, zumbando y revoloteando a su alrededor. El suelo del cementerio empezó a llenarse de gusanos, cucarachas, arañas y ciempiés y un olor a azufre se le metió a La Bestia en las fosas nasales. Y, por si fuera poco, el sonido característico de decenas de motocicletas accionando el motor y los haces de sus luces hicieron aparición en escena en ese mismo momento. Una especie de temblor, que no parecía provocado por el mero retumbar de los vehículos, comenzó a extenderse por toda la tierra cercana. El voivoda pudo comprobar como la cara de horror de Lupus al oír las palabras de la cautiva, se había transformado en sorpresa e incomprensión cuando la tierra comenzó a abrirse delante de ellos. Justo al otro lado del hoyo y el montículo, brotó del suelo, como si de un gusano se

tratase. Allí estaba el bruja antitribu, con su chaleco y sus tatuajes por todo el torso y los poderosos brazos. Con su rapada calva y sus pequeñas gafas de sol, ahora sí, podía verse con claridad, la mirada infernal que había tras sus ojos.

Pantera perdió la concentración y los tentáculos soltaron a la hermana Evelyn al momento, que cayó con un ruido seco. Intentó salir corriendo, pero Pierre fue más rápido y la agarró por el cabello diciendo:

- ¿A dónde vas con tanta prisa pajarito traidor? – Su voz era si cabe más profunda y potente que como la conocían. En ese mismo instante, el ductus hizo una seña y De Paso disparó. Pero la bala, inexplicablemente, salió desviada. Lupus también lanzó su cuchillo, que hizo una curva imposible y acabó clavado en el suelo. Entonces Lilith comenzó a recitar arcanos galimatías mientras se cortaba con la uña el brazo, pero con un simple gesto de su mano izquierda, Bellemare hizo que un enjambre de bichos penetrara en la boca de la taumaturga haciéndola enmudecer y cortando así su ritual. En aquel mismo instante, Quatemoc aparecía como una exhalación detrás del líder de los Huérfanos enarbolando su cimitarra ensangrentada pero su sorpresa fue total, cuando una katana se cruzó en su camino, apareciendo de la nada y deteniendo el golpe. Cairo había llegado y se había interpuesto entre su señor y sus atacantes. A todo esto, La Bestia seguía allí parado, con el cuerpo de Midget deshaciéndose en cenizas en su mano y mirando a su enemigo fijamente.

Bellemare, que no parecía haberse fijado, echó para atrás la cabeza de su todavía cofrade, mientras le decía:

-Tú serás la próxima, hermanita. Suponía que no estarías a gusto a mi lado, no tienes visión. – Mientras hablaba, Cairo se había interpuesto entre él y los Silver Rockets y las motocicletas habían comenzado a acercarse lentamente, cerrando un gran anillo que les dejaba sin salida posible. – Pero ¿Cranston? ¿La Camarilla? ¡Qué poco estilo!, hum. –

El tzimisce entendió que Pierre había escuchado toda la conversación. Además, había surgido de la tierra y comandaba legiones de insectos. No iban a poder con él. No allí, no con lo que tenían. Sus hermanos estaban atrapados, quizás no aterrados, aunque si atenazados, sin saber qué hacer. Veía como Pantera miraba alrededor intentando buscar algún plan, una salida, una oportunidad. Quatemoc, se movía cerca de Cairo, buscando un punto débil, pero ya la habían visto combatir anteriormente con Reza Fatir y sabían de lo que era capaz. Las posibilidades del

ángel de Caín eran escasas contra aquella mortífera combatiente. Mas quizás había un modo.

- ¡Elissa Karrini! – Gritó el voivoda. - Cabaierro inquisidora – Continuó. – Artistia cirrciense y admirriadorra de las Viudas, ¿Amante quissasss? – Estaba intentando llegar a ella, a lo que quedara de sus recuerdos. Si había tenido un momento de lucidez al ir a visitar a la Rosa, es que quedaba algún fragmento de la inquisidora allí, en alguna parte.

Sus palabras consiguieron captar la atención Cairo y aturdirlo lo suficiente como para que el assamita antitribu la derribara de una patada barrida a ras del suelo. Su siguiente tajo con la cimitarra tenía por destino la garganta de Bellemare, pero encontró sin embargo la de Evelyn en su lugar. El cuerpo calló al suelo inerte mientras la cabeza seguía en las manos del infernalista que dando un paso atrás dijo, casi divertido:

-Jo, jo, jo, No tan rápido chico indio. No tan rápido, apenas me ha dado tiempo a consagrarla. –

Otro disparo de De Paso salió desviado, Lupus sacó sus garras y se dispuso a atacar, al igual que Pantera con su argénteo espada bastarda. Lilith, ya estaba haciendo gestos arcanos silenciosos, mientras trataba de aguantar el vómito. Tal vez no sirviera de mucho, pero Bestia sabía que los Silver Rockets morirían allí luchando.

-¡¡Marrrrchaosssss!! - gritó con toda la potencia de la que era capaz. - ¡Huíd mientrrrasss podáissss! – El tzmisce iba adquiriendo la forma zulo de combate tan característica mientras les gritaba a sus cofrades. – ¡Le detiendrreé tantio como mi sssea possiblie!

- ¡Oh! – Exclamó Bellemare – un valiente. Me gusta.

- ¡No! – Pantera se interpuso entre ellos. – ¡Seguro que hay otro modo!

-Passiarré por ensima tuio si mie obligass, alfeñique. – Su voz era ahora la del monstruo en el que se había convertido. - No crieass que no lo he desseado durriante muchio tiempo. - Su mirada retadora ocultaba algo nunca antes expresado. Algo que el lasombra pareció entender -Larrguiaté y siacaloss di aquí porrr mí. – Le rogó en voz baja. Y se abalanzó hacia su enemigo por última vez.

Capítulo 15: Guerra Civil.

La enemistad entre Pantera y La Bestia había existido desde el mismo momento en que se conocieron. Sus caracteres eran opuestos. Sus ideales, pese a confluir en los preceptos sabbat, también se enfrentaban en las formas y los matices. Su forma de actuar, casi nunca había sido compatible y sin embargo, a lo largo de los años, su equilibrio, había resultado fundamental para Silver Rockets.

La cabeza del lasombra era un maremágnum de pensamientos, su alma un maelstrom de sentimientos y furia. Conducía por la Transcanadiense a más de 150 kilómetros por hora, lo que, para su motocicleta, y las normas autoimpuestas para viajar de la manada, era una completa transgresión. Lo seguían en procesión Quate, Lupus y la furgoneta con De Paso y Lilith. Faltaba uno.

No podía dejar de visionar en su memoria una y otra vez aquello. El momento en el que el viejo voivoda, convertido en un monstruoso quiróptero, se abalanzaba sobre Pierre Bellemare para cubrirles la retirada y el líder de los Huérfanos, apuntándole con su mano, colocada en forma de pistola, en la que llevaba tatuado el revolver colt, le decía: - ¡Bum! Estás muerto. – Entonces, un chorro de llamas verdes, proveniente de los fuegos del averno, brotaba de la punta de sus dedos y rociaba al tzimisce con todo su calor abrasador.

Y ni siquiera aquello impidió que La Bestia, en sus últimos momentos de no vida, agarrara al infernalista por el cuello, y volcara todo su cuerpo en llamas sobre él para retenerlo durante el tiempo necesario para que ellos pudieran escapar. Por su lado, Pantera consiguió que los Silver Rockets se dirigieran juntos hacia un punto concreto del cerco de cultistas moteros y lo rompieran combatiendo fieramente, pudiendo así, batirse en retirada, haciendo valer el sacrificio de su cofrade. Les estuvieron persiguiendo durante un buen rato, pero una vez cogieron los vehículos y salieron de la ciudad, terminaron dejándolos atrás.

Mas, ¿Qué había sido de Cairo? Pensó. Desde el momento en el que La Bestia había intentado invocar a Elisa Karini en su interior, la templaria había caído en una especie de estupor. El barrido de Quatemoc la había derribado, pero aquello no era suficiente para derrotar a alguien como ella. Sin embargo, el lasombra no había vuelto a verla durante el resto del combate y la persecución. ¿Lo habría hecho alguno de sus hermanos? ¿Habría huido?

¿Y Pierre?, un último vistazo atrás, antes de abandonar la zona, le permitió al ductus atisbar

como se quitaba de encima el bulto llameante en que se había convertido el voivoda y se intentaba poner en pie con dificultad, sin duda, herido también de gravedad, aunque ni mucho menos acabado. ¿Les estaría persiguiendo o se quedaría en Ottawa para afianzar su tierra consagrada para su amo infernal? ¿Quién era y qué representaba aquella entidad a la que la hermana Evelyn había designado como decani? ¿Cómo afectaba todo aquello a Montreal y a su misión? Más allá del dolor por los hermanos y amigos caídos, tenían muchas incógnitas por resolver y algunas, que se habían quedado antes en el aire, quizás nunca llegarían a descubrirse.

Por ejemplo, si Polidori había caído ¿Qué había sido del Niktuku? ¿Sabrían alguna vez si había sido una amenaza real o solo una treta del astuto nosferatu antitribu? Y la Mano Negra, ¿seguiría en pie la oferta para que Silver Rockets se uniera a la organización secreta o al morir el dominio, se habría perdido? ¿Cómo era posible que, siendo tan listo, no se hubiese dado cuenta del oscuro secreto que escondía Bellemare? Ni siquiera se podía saber qué pasaría con el control de la ciudad conquistada. Si la mano había dejado de controlarla y el Sabbat no tenía a nadie allí, una vez demostrada la traición de los Huérfanos, quizás Cranston o algún otro miembro de la camarilla que estuviera al acecho, recuperaría rápidamente el territorio. Todo dependía del interés que demostrara el brujah antitribu en reclamar la ciudad para su causa y su capacidad para retenerla. Pantera nunca había oído hablar de ciudades enteras controladas por infernalistas y no pensaba que aquello se fuera a convertir en una excepción. Posiblemente, En cuanto Pierre sacara lo que necesitaba de ella, la abandonaría a su suerte.

Tenían que llegar cuanto antes al Templo de los Eternos Suspiros. Carolina Valez ahora tendría que escucharles. Y si ella no lo hacía o los Pastores se mostraban reticentes a creerles, Ezequiel y los 25:17 querrían saber qué había pasado con Polidori y Stephanie L'Heureux. La distancia se le hizo eterna al lasombra. Una frustración contenida se le iba acumulando en la nuca cuantas más vueltas le daba al asunto. Había fallado como ductus. Por primera vez desde que la manada fuese fundada, había caído uno de sus miembros, exceptuando claro está, si se contaba a Atram, pero Pantera prefería pensar que Lilith y ella eran la misma alma, de alguna manera y con ello, había logrado mantener su autoestima intacta, hasta ahora. Lo del viejo tzimisce, por muy mal que se llevaran, sería algo que nunca iba a perdonarse a sí mismo. Tenía que habersele ocurrido algo. Alguna otra distracción, otra forma de salir de allí todos de una pieza. O podría haberse sacrificado él. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué ni siquiera se le había pasado por la cabeza?

La tortura mental se fue paliando una vez que llegaron a los lindes de la ciudad de los mil campanarios. La vista que le brindó la vía de incorporación radial, con todas las confluencias hacia el centro de la isla y Mount Royal y su cruz, situadas en el centro, lo sobrecogió al momento. ¿Cómo aquel bastión de las distintas fes mundiales del mundo mortal, podía albergar a una entidad de un poder y una maldad tal que ni siquiera ellos, los más viles entre los condenados, podían llegar a medirse con ella? Aquella sensación se le metió por debajo de la piel y tardaría mucho tiempo en dejar de sentirla desde entonces.

Cuando alcanzaron el refugio comunal, probaron a entrar por una entrada distinta, a través de una de las estaciones de metro cercanas. Su paranoia llegaba ya hasta aquellos extremos. Al escuchar los ecos característicos de los llantos infantiles, Pantera se acordó de La Bestia y de sus continuas quejas al respecto, sintiendo una punzada en su fuero interno. Además, todos estuvieron de acuerdo en que los quejidos habían aumentado aparentemente en volumen e intensidad. ¿O sólo era una sensación? No obstante, según se iban acercando al mausoleo, aquellos quejidos fueron siendo sustituidos por voces. Altas y enfervorecidas. Un claro tumulto se desarrollaba entre los muros subterráneos. ¿Habrían llegado ya las noticias de lo sucedido en Ottawa? La vez anterior, tras la cruzada, los rumores fueron más rápidos que ellos, pero en aquella ocasión, el sol había salido y se había puesto entre medias, antes de su viaje de regreso. Los Silver Rockets, forzaron el paso para ver qué estaba ocurriendo.

Nada más llegar, pudieron ver una escena parecida a la del gran cónclave, en la que las distintas manadas, se repartían según sus alianzas y simpatías políticas. Pero se respiraba un ambiente, si cabía, más beligerante. La tensión podía sentirse nada más entrar en la gran sala.

-No puedes achacar su desaparición a un complot por parte de la arzobispo sin pruebas, joven cobra. – Era Benezri, el poeta de la noche, el que poseía la palabra en aquel momento. - Sin duda podría tener algún motivo para hacer lo que dices, dada la rivalidad desatada entre vosotros. Pero la reciente cruzada también ha podido provocar que arcontes o justicars de la Camarilla, hayan podido venir a indagar a nuestras fronteras o las de Ottawa y que L'Heureux estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado.

-Toda la manada del circo ha desaparecido casi sin dejar rastro, incluso sus sirvientes han abandonado el refugio. – La voz atronadora y profunda de Elías la Ballena retumbaba en los oídos como un contrabajo. Él y su enjuto y negruzco acompañante, se habían situado junto con los 25:17, a la vista, desprovistos de su ductus.

-Habrán partido finalmente a su gira anual – Respondió incrédulo Miguel Santo Domingo. Se hallaba junto al trono con Erinyi y Celeste a sus flancos. – ¿Qué tiene eso de raro? Ya sabemos que el viejo voivoda va y viene sin pedir permiso ni dar explicaciones.

-Una casualidad muy sospechosa, sin duda. – Argumentó Ezequiel. Parecía muy enfervorecido, alterado y resuelto a actuar - El tzimisce, su chiquilla y toda una manada no alineada con los intereses de su Excelencia. Y sus sirvientes, de la familia Bratovitch, que como es por todos sabido, nunca se han llevado bien con los Grimaldi. – Aquella frase desató los comentarios de muchos de los allí presentes.

- ¿A dónde quieres llegar? – Dijo Carolina valez exasperada. Se revolvía en el trono impaciente. Estaba cada vez más claro lo incómoda que la hacía sentir toda aquella situación – Estoy y creo que estamos ya hartos de tus conspiraciones, tus insinuaciones y tus insultos.

El Serpiente de la luz se adelantó y la señaló con dedo acusador: – Estoy hablando de traición a la secta. – Dijo, usando su tono característico - Estoy hablando de encubrimiento y de asesinato. ¡Y estoy hablando de Monomacia!

El tumulto que se formó fue tal que nadie se percató de la llegada de los Silver Rockets. Pantera había estado, desde su aparición, intentando hacer alguna seña a Roland, a Santo Domingo o a alguno de los 25:17, pero estaban todos tan metidos en la confrontación que no consiguió nada. Por su parte, la cobra prosiguió tras los gritos de ‘explica eso’, ‘¿qué pruebas tienes?’ y demás, que se escucharon:

-Teníamos informes, de nuestra más entera confianza, a cerca de las conexiones, más que continuas y cercanas, de su excelencia con miembros de la familia Grimaldi. – Aportó el obispo -Lo que no era de extrañar, dada su política de control hacia el mundo mortal, tan despreciable e inmoral para el Sabbat como la estúpida Mascarada que emplea la Camarilla.

-Sin esa política, como tú la llamas, la seguridad de la ciudad estaría continuamente comprometida. Y si no quieres verlo, demuestras la inexperiencia e ignorancia que todos sospechábamos que poseías. - Carolina Valez, soltó su discurso con desprecio, aleccionando.

- ¿Realmente crees que podría haber una ciudad Sabbat sin ningún tipo de control del mundo mortal? ¿Sin vigilar lo que pasa tras salir el sol?

-Esos informes, como iba diciendo, - prosiguió Ezequiel sin darse por aludido - provenían de una fuente fiable que también ha desaparecido. Casualmente. – El barullo y la expectación crecían por momentos. Pantera se fijó en las caras de los allí presentes. Tobías Smith se removía nervioso tras el trono. Gharston Roland, parecía más atento que de costumbre, pero no vio por ningún lado a Mary-Hélèn. Los Pastores, parecía que asistían a un partido de tenis, esperando el momento de reclamar algo de protagonismo y se fijó que a las Reinas de la Misericordia también les faltaba un miembro. En concreto, Caroline Bishops, la joven de mirada esquiva.

-También Caroline ha desaparecido – Intervino Sébastien Goulet precisamente, visiblemente afectado y nervioso. – Y todos sabemos que tu lacayo Pierre ha tenido algo que ver en ello. ¿De eso no vas a hablar?

-Espera tu turno de palabra – le censuró Tobías Smith casi inesperadamente, lo que provocó protestas, comentarios y una mirada de sorpresa de Valez. Pero el antiguo Lasombra continuó. -Ante una acusación de tal calibre y un desafío de Monomacia, deberán priorizarse las intervenciones de acusador y acusado. – Aquellas palabras hicieron dudar a Pantera de la oportunidad de intervenir. Sus hermanos estaban todo el rato haciéndole señas para que interrumpiera y contara lo sucedido. Pero el ductus no veía momento de hacerlo y esperaba a que aquello se resolviese o llegara a algún receso. Por su parte, la arzobispo, no podía creerse lo que estaba oyendo de su propio sire y cofrade.

- ¿De verdad vamos a tener que escuchar más falsedades y calumnias de este alborotador? ¿Alguien que me llama traidora a la cara cuando lo único que busca es su culo en el trono? – Carolina estaba asustada. Algo le preocupaba. Y su expresión mostraba que se sentía desprotegida. Estaba completamente a la defensiva.

-Siempre puedes aceptar su reto y zanjar el asunto – Desde luego, la actitud de Smith, no parecía la de alguien de su confianza y su bando. ¿A qué jugaba con ese posicionamiento neutral?

- ¿Acusada de qué? Si puede saberse, ¿de gobernar una ciudad de forma eficiente? ¿De ocuparme de los problemas que todos provocáis? – La lasombra parecía tener su discurso controlado, pero algo la hacía contenerse. La hacía dudar.

-Acusada de utilizar esa herramienta, ya de por sí vergonzosa, para fines personales más vergonzosos todavía. – Soltó Ezequiel, dejando entrever algo sin decirlo. Algo que, al parecer, había más gente que ya sospechaba, por los murmullos y los gestos de sus rostros.

- ¡Mentiras! – Dijo ella elevando de pronto la voz. Llegando a gritar. - ¡Calumnias y falsedades! Las serpientes sois iguales dentro y fuera del Sabbat. Solo sabéis corroer las mentes y a las masas. Corromper y ser corrompidas, como tu sire antes que tú. ¡Sólo buscas el poder! – Y mirando a los demás declaró - Si sigo siendo la arzobispo de esta ciudad, exijo la cabeza de esa cobra al momento.

Los Pastores de Caín, se quedaron como estatuas. Y detrás de las estatuas se escondían los pocos Bibliotecarios que allí se habían congregado. Goulet, hizo ademán de adelantarse mirando a Santo Domingo y los Navegantes que junto con Gharston Roland, parecían los más dispuestos a intervenir. La formación de combate que adoptaron los 25:17, junto con La Ballena y su cofrade era para pensárselo dos veces, desde luego. Pero fue entonces cuando Pantera decidió hacer su movimiento.

Utilizó su potencia para plantarse de un salto en medio de los contendientes y clavar el claymore de plata en el pétreo suelo del mausoleo. Aquello, sin lugar a dudas, consiguió llamar la atención de todos y cada uno de los allí presentes.

- ¡Acabamos de llegar de Ottawa! – Soltó – ¡Pierre Bellemare nos ha traicionado! Es un infernalista. Mientras vosotros peleáis por el trono, él ha tomado la ciudad conquistada junto con su grupo de cultistas y ha asesinado varios de los cainitas de los que habéis mencionado. Ha acabado con L’Heureux, Zarnovitch, Polidori, y seguro que algunos más. Y está urdiendo un plan para su maestro infernal, que vive bajo Montreal.

En aquel momento todos se quedaron paralizados. Las palabras de Pantera habían conseguido llamar la atención de la concurrencia y habían detenido momentáneamente la contienda en ciernes. Durante un rato, parecía que todo el mundo estaba intentando procesar aquel bombazo.

-Lo sabía – Se le oyó susurrar a Goulet. Los pastores se miraban entre ellos, buscando las reacciones de sus propios cofrades, pero no estaba el hermano Marc. Posiblemente él les habría creído al momento. Carolina se había quedado mirando a Pantera y una medio sonrisa

le surgía en los labios. ¿Creería que aquello era una treta de su congénere para defenderla? ¿Que finalmente había tomado partido?

Ezequiel debió darse cuenta porque su reacción fue inmediata.

-Los lasombra sí que sois maestros del engaño y la traición. – Dijo lentamente – ¿Tú solo has inventado todo eso para defender a tu dominatriz, Pantera? ¿Creéis que no nos hemos dado cuenta de vuestros continuos devaneos? Debo reconocer que imaginación no te falta. Pero Bellemare... ¿Infernalista? Ja, ja, ja. – Rió brevemente - Se nota que no le conoces bien. Además, si así fuera, todos andaríamos infectados ya. – Aquella última afirmación, le hizo sentir bastante incómodo al Silver Rocket, que se recordó participando en la ‘lavadora’ con gran fervor y hasta ahora no se había parado a pensar en las posibles consecuencias de aquello. Pero al momento, reaccionó.

- ¡Un miembro de mi manada ha sufrido la muerte definitiva a manos tuyas quemado por fuegos del infierno! Creo que ahora mismo, le conozco mejor que su señoría. ¿Es que nadie va a creernos?

-Es una acusación que tendrá que investigarse – Volvió a intervenir Tobías Smith, esta vez, algo alejado ya del trono – Pero antes de que esto se salga de madre y por la prioridad que posee el asunto de la monomacia, instaría a las partes a reconsiderar sus posturas y a nombrar a un campeón que defienda su honor, si no quieren que esto acabe en un baño de sangre.

-No aceptaré las palabras de un traidor, aunque fuera de mi manada. ¿Lucharías tú para defender mi honor, maldita cucaracha cobarde? – Le espetó la arzobispo, levantándose del trono.

-Creo que no soy el más indicado, excelencia. – Le respondió él, manteniéndole la mirada.

Efectivamente, nadie les creería. Y es que aquello parecía un complot orquestado y bastante planificado, pero, ¿Por quién?

-Me veo en la obligación de intervenir. – Dijo Benezri, que había consultado con Catarari y Yitzhak unos segundos antes. – Creo que, siendo el único cargo imparcial presente y, aunque no deseo que realmente nada de esto se produzca, preferiría que, efectivamente, se zanjara este conflicto del modo más civilizado, para poder resolver el caso de las desapariciones,

cuanto antes.

- ¡Malditos rufianes desleales! Yo me enfrentaré a la serpiente y le arrancaré esa lengua viperina. – Gritó Santo Domingo mientras se adelantaba, despojándose ya de su chaqueta.

-Te lo prohíbo. – Intervino la lasombra. – No dejaré que te sacrifiques por una falsa acusación. Además, si acepto el reto, puedo pedir que elija él primero a su campeón. Porque seguro que no vas a ensuciarte tus propias manos, ¿Verdad, serpiente cobarde?

-Si prometes ser tú la que luche, te aseguro que aceptaré el desafío encantado. Pero como sé perfectamente que no lo harás, tengo a mi lado a alguien que sé que podrá acabar con cualquiera al que designes y demostrar que lo que digo es verdad. - Y Reza Fatir, se adelantó sin dudarle ni un instante.

Pantera estaba asqueado, enfermo de decepción. Impotente. Aquellos cainitas demostraban el peor aspecto de la Espada de Caín. La desconfianza, las luchas por el poder, los conflictos personales e ideológicos. Ni siquiera en la ciudad más importante cultural e históricamente, las luchas intestinas ofrecían cuartel en un momento tan delicado como aquel. Quizás, toda la tensión acumulada durante años de aquellas facciones y personalidades había llegado a un punto crítico. Mas no sería raro pensar que, de hecho, la influencia de poderes oscuros posteriores estuviera haciendo efecto sobre los nocturnos habitantes de la urbe, precisamente en aquel momento, y no por casualidad.

-Larguémonos de aquí, Pantera. La Bestia no se merece esto. – Dijo Lupus amargamente, cuando la lasombra volvió junto a los demás.

-No dudes de que es lo que más me gustaría hacer en este momento, - respondió el ductus - pero por desgracia, nosotros solos no podemos hacer mucho. Debemos esperar a ver cómo termina esto y decidir quién podría ayudarnos. Necesitamos que alguien nos crea, si queremos parar a Bellemare.

-No pienso que esto termine bien, jefe. – auguró De paso – A lo peor acabamos de chivos expiatorios de alguno de estos pelotudos.

Quatemoc y Lilith seguían muy atentos a los acontecimientos:

-Va a pelear Roland. – Observó la taumaturga – No es tonta Valez. A él si le permite sacrificarse, aun a riesgo de quedarse sin manada. Sabe que Santo Domingo y sus Navegantes son, ahora mismo, su más firme bastión defensivo en caso de guerra. – Pantera pensaba que pocos cainitas de Montreal serían capaces de vencer a Reza Fatir en combate singular. Aunque también era cierto que no conocía muy bien aquella faceta de muchos de ellos. Podía imaginar que Erinyi o La Ballena por su tamaño y sus clanes de origen, serían poderosos combatientes, pero nunca se podía uno fiar de lo que otros clanes y disciplinas podían lograr. Le había parecido escuchar que Celeste era una luchadora feroz y sin duda Soldat, no le quedaría a la zaga. Si Valez, había sido una infiltrada y una asesina, era de esperar que tampoco fuese aquella una de sus debilidades, pero su posición y la situación en la que se encontraba, no le permitiría demostrarlo en aquel momento y lugar.

-Preparaos por si hemos de salir de aquí urgentemente – ordenó Pantera. – ¿Alguien puede ir a por Lázaro y traerlo?

Los preparativos se pusieron en marcha. Los combatientes se colocaron en el centro del mausoleo y todos los presentes se agruparon alrededor. Carolina Valez, con la cara completamente descompuesta de rabia, se aferraba a los brazos del trono impotente, echando de vez en cuando miradas asesinas a Tobías Smith que, por su parte, observaba con cara de póker lo que estaba sucediendo sin parecer percatarse de ello.

Raphael Catarari, se ofreció a arbitrar la contienda y los 25:17, como si de un juego se tratase, comenzaron a vitorear y a animar a su cofrade. Mientras se observaban todos los detalles del ritae y se recordaban las reglas, tales como que nadie más podía intervenir en el combate, ni utilizar sus disciplinas en ninguna forma hacia los combatientes, o que éstos debían elegir un arma o ninguna y sólo podrían usar eso y sus poderes y habilidades, o que podrían escoger entre matar o hacer que su contrincante se rindiera, Santo Domingo se acercó a los Silver Rockets:

-Espero que antes de que acabe esta farsa de duelo, hayáis elegido uniros a nosotros y defender a la arzobispo de esos miserables marrulleros. Me caéis bien y no me gustaría tener que mandaros al infierno. – Dijo amenazador, con su habitual sonrisa bravucona. – Además, mi sire, De Soto, seguro que está interesado en escuchar lo que tengáis que contarle a cerca del supuesto infernalista, si es que no lo habéis inventado todo. – Pantera sabía que ellos eran, de nuevo, una pieza clave en la guerra que se iba a iniciar por el poder de Montreal. Una manada

no alineada que podría significar la diferencia entre la victoria y la derrota. Por eso no se extrañó de que, en cuanto el contraamaestre se hubo marchado, fuera Soldat, el Gangrel antitribu de la manada de Ezequiel, el que se acercara a hablar con ellos:

-No sé qué pretendíais con esa escenita y la película de terror a cerca de Bellemare. Es cierto que es un poco insufrible, pero es leal a nuestro líder y eso le convierte en uno de los nuestros. Si vuestro ductus ha decidido iniciar un idílico romance con Valez y alguno de vosotros no aprueba la situación en que eso os deja a los demás, la manada de los Desgraciados necesita ser recompuesta y el futuro arzobispo os considera óptimos para sus filas. - Esto último lo dijo mirando directamente a Quatemoc. Pantera se interpuso entre ellos y le miró con furia:

-Si no fuera porque sé que algo o alguien está influyendo en vuestra razón y nubla vuestro entendimiento, pagarías cara esa afrenta a mi manada. – Utilizó toda su capacidad para intimidar al soldado.

-Más os vale no cruzaros en nuestro camino, - le respondió Soldat, con media sonrisa y sin mostrar ningún signo de haberse visto afectado. - aunque sea por error. No estáis a la altura, creedme. – y se marchó justo cuando se iniciaba la monomacia.

Era una pena que los caminos de aquellas dos cofradías estuvieran encontrados. Pese a las desmesuradas ínfulas de poder de la cobra, a los Silver Rockets, en general, les gustaba la manada de guerra de la mano negra. Pero si ellos no estaban dispuestos a dar crédito a la verdad, sería su problema. Pantera no les seguiría ciegamente, no volvería a hacerlo. La memoria de La Bestia, Polidori y los Cosechadores estaría presente para recordarles, durante el tiempo que fuese necesario, lo que era más importante ahora mismo.

En realidad, no conocían la gravedad o la veracidad de los cargos contra Carolina Valez y tampoco es que en aquel momento les importase demasiado. Lo que estaba claro, es que la población de la ciudad estaba siendo mermada y ella no parecía capaz de afrontarlo. Pero, ¿Cómo iban a conseguir que alguien les ayudara si nadie les creía y estaban todos enfrascados en su propia lucha interna? Necesitaban alguna prueba, algo que hiciese ver a los demás el peligro que corrían si no hacían algo al respecto. Quizás la visita a De Soto, fuera la solución a su problema. No obstante, nada les aseguraba que el viejo juez inquisidor, no les obligase a elegir también un bando antes de ofrecerles su ayuda. No había una salida fácil a aquel problema y el ductus empezaba a dudar también de su propia capacidad de liderazgo.

El combate comenzó raudo. Gharston había atado a los perros con fuertes cadenas a una columna y estos no dejaban de ladrar, inquietos, ante los gritos y jaleos de los presentes. El cainita del dragón enroscado tatuado en la mejilla, había elegido sus dos pistolas como arma y nada más empezar, comenzó a vaciar sus cargadores en el cuerpo de Reza Fatir, que, algo asombrado, solo consiguió evitar unas cuantas balas, dejando que las otras penetrasen en su cuerpo, pese a moverse a una velocidad sobrehumana. Cualquier vástago experimentado en mil batallas habría hecho lo mismo, ya que, aquellos proyectiles, no le producirían heridas lo suficientemente graves como para no poder curarlas, con un aceptable gasto de su vitae, y tras la regeneración, al otro no le quedarían balas con las que seguir disparando si no era capaz de recargar. Así que, tras las ráfagas iniciales, el ángel oscuro, se dedicó a instigar y acechar a su contrincante con su cuchillo, sin mucha energía ni contundencia, para ir recuperándose, impidiéndole simplemente que pudiera hacerlo. Pero lo más curioso fue que, durante aquella maniobra, por algún motivo, el Assamita empezó a notar algo raro. Su rostro se transformó. Sus movimientos eran cada vez más erráticos y lentos hasta que, en unos pocos segundos, hincó la rodilla en el suelo, con el gesto crispado, apretando los dientes y mirando hacia el suelo. Todo el mausoleo quedó en silencio, incluso los canes se callaron al notar el tenso vacío sonoro. El cofrade de la arzobispo, se dirigió directamente hacia su presa para acabar con él, pero sorpresivamente, en el último instante, el ángel de Caín evitó su golpe.

Aunque conseguía moverse a duras penas, a Reza Fatir, parecía que le ardía el cuerpo por dentro, por sus gritos y gestos. Como si algún veneno le estuviera haciendo efecto. Pero aquello no era posible en un condenado. Los venenos no mágicos eran simplemente inocuos. ¿Qué capacidades tendría Roland para provocarlo? Pantera no sabía a qué clan pertenecía el cainita de los Ángeles Perdidos, pero aquello tenía que ser algún tipo de sugestión mental, y tenía mucha pinta de Quimerismo ravnos. Por tanto, si Reza Fatir, no era capaz de afrontar, a base de fuerza de voluntad, sus miedos a las sensaciones, en realidad ilusorias, que le estaba provocando, sería su final. El campeón de Valez a lo mejor no era un luchador tan experimentado como el asesino de la mano, pero sin duda, era un superviviente y sabía jugar sus cartas. Aprovechó para recargar sus dos nueve milímetros y volver a vaciarlas en Fatir, que apenas pudo saltar, haciendo un mortal hacia atrás para evitar recibir toda la descarga. Pero, al caer, se derrumbó y quedó tendido en el suelo como un muñeco de trapo. Aquello provocó los gritos de júbilo de Goullet, Santo Domingo, Celeste y algún otro simpatizante y pareció relajar a la arzobispo, que no parecía tenerlas todas consigo cuando eligió a su pupilo como protector.

Sin embargo, Roland, no terminaba de fiarse y mientras hacía una nueva carga de sus pistolas,

rodeaba el cuerpo a cierta distancia. Pantera se fijó en que el Bando de Ezequiel se había quedado mudo. Todos miraban expectantes y aparentemente incrédulos la escena. Menos la cobra. El joven obispo, pese a seguir en silencio, como lo había estado todo el combate, observaba con gesto divertido, sin ningún tipo de duda o temor. Aquello hizo que el lasombra dudara también de que la pelea realmente hubiese finalizado.

- ¡Acaba con él, antes de que se recupere! – Se escuchó. - ¡Termina ya!

Y lenta y cautelosamente, apuntando con ambas armas, Gharston Roland se acercó hacia su víctima para darle el golpe de gracia. Pero en aquella ocasión fue él el que cayó de rodillas, de pronto, sin previo aviso. Y no por una ilusión que solo él percibiera, ya que todos pudieron observar como cientos de pequeñas heridas de su cuerpo, comenzaban a sangrar a la vez. Incluso sus ojos, su nariz, su boca y sus oídos, dejaban escapar el rojo fluido a borbotones. Aquello, pareció pillarle por sorpresa. Seguramente pensaba, como toda la concurrencia, que el asamita antitribu, apenas le había rozado durante todos aquellos ataques disuasorios, que su cuerpo había absorbido el daño sin problemas. ¡Qué ingenuo! Qué ingenuos todos los que no conocían al ángel oscuro. Sólo había estado jugando con él desde el principio.

Aquella treta de asesino, lo debilitó y aturdió lo suficiente como para que, aunque intentó levantar sus nubes para disparar, justo cuando seguramente, distinguió un desello borroso que todos atisbaron que se acercaba a él y cruzaba a su lado, no pudo. Primero cayeron las puntas de los cañones de sus pistolas. Luego su cabeza rodó por el suelo del mausoleo. Provocando un gemido de asombro entre la multitud. Los perros aullaron, los murmullos se elevaron y entre todos ellos la voz de Ezequiel se impuso reluctantemente:

-Abdicad ahora excelencia o las manadas de esta ciudad sufrirán las consecuencias de una guerra abierta. – Dijo, mientras Reza Fatir regresaba entre sus hermanos, aún algo tocado. Sus partidarios se colocaron de nuevo en formación de combate.

-No voy a aceptar esta pantomima. – Respondió Carolina con calma. -Tus acusaciones son vacías. Tus estúpidos prejuicios serán tu perdición, serpiente ingrata. Ahora probarás en tus propias carnes la eficacia de tenerlo todo bajo control y de utilizar todo lo que está en tu mano. -

En aquel momento, de todas las entradas de la sala, comenzaron a salir hombres vestidos de

negro y con pasamontañas, armados con armas automáticas, chalecos antibalas, visores nocturnos y miras láser. Eran por lo menos veinte y todos se colocaron apuntando al grupo del obispo.

-Esto no es aceptable, excelencia – Intervino Benezri – Le ruego reconsidere lo que está haciendo. - El resto de los Pastores recularon junto con los Bibliotecarios hacia la entrada de la Capilla de Caín.

-Elige el bando que prefieras o vete a esconderte con los tuyos, Pastor. Ya has demostrado muchas veces tu deslealtad, al igual que muchos de vosotros. – Dijo barriendo a todos con la mirada. - Creo que alguien, con sus palabras, ha ofendido el nombre de una familia a la que no le gusta que duden de su lealtad y su eficacia. –Añadió la lasombra y dirigiéndose a Ezequiel – Quizás ahora entiendas, por fin, que no eres tan listo ni tan poderoso como te crees.

En efecto, a Pantera le pareció que la arzobispo había logrado sorprender y arrinconar al serpiente de la luz con su movimiento, por ello, las palabras de Ezequiel fueron de rabia y desprecio cuando le espetó:

-Esto lo pagarás caro. Tú y los que se pongan de tu lado. No has aceptado una ley fundamental y has vuelto a utilizar al Sabbath para tu propio beneficio, delante de todos. Pero esto no acaba aquí, arpía. Tu cabeza rodará como la de tu lacayo.

- ¡Acabad con ellos! - Gritó la arzobispo. - ¡No dejéis que escapen! – Comenzaron a oírse los primeros disparos, pero fue entonces cuando una gran explosión hizo tambalearse toda la construcción y el humo lo cubrió todo. Al disiparse, Pantera pudo observar que se había abierto una gran brecha tras la pared en la que se habían ubicado siempre los 25:17, y que estos, parecían haber escapado por allí hacia el alcantarillado. Después de todo, nadie había podido prever todos los movimientos y tretas de sus enemigos, así que, pese a que los Grimaldi de Carolina, se lanzaron en persecución de los rebeldes, al lasombra no le cabía la menor duda de que aquella guerra, no había hecho más que empezar.

Capítulo 16: La Búsqueda de la Espiral

Aún no acababa de creérselo y, sin embargo, Lázaro sentía que había nacido para su nueva vida. O no vida, o lo que fuera. Toda su existencia había sido una mentira, una simple transición hacia lo que de verdad importaba. Todas aquellas noches de pedo en los garitos. Las broncas, las clases de historia y los discursos políticos, las pibas con las que se lo había montado, los líos con las drogas. Todo aquello había quedado atrás y ya no tenía sentido. El anarquismo, el punk, los colegas, no le habían conducido nada más que a su autodestrucción y aquello era lo bueno. Su autodestrucción le había hecho trascender.

Sus primeros pasos habían sido un galimatías sin sentido. El tío llamado Roger Corben que, junto con su panda de raritos, le había dicho que él, como cainita, pertenecía a un clan llamado Panders y le había convencido para que aceptase su nueva condición y buscarse a los que habrían de ser su familia, debía haber usado alguna especie de poder con él, porque ahora que lo pensaba, él nunca habría buscado a su familia por voluntad propia. Siempre odió a su familia.

Pero lo cierto es que desde que había llegado a Montreal todo parecía estar allí escrito: en aquellas paredes, en aquellas esculturas y edificios, en los susurros que no paraban de escucharse bajo la tierra. Las charlas de los sabios a los que llamaban Pastores de Caín habían calado hondo en su mollera. Nunca había sido una lumbrera, pero había entendido aquello de alejarse de la humanidad a la que ya no pertenecían. Todo ello, más la lectura que le habían proporcionado para que se entretuviera mientras se quedaba solo a esperar en el refugio a sus nuevos hermanos y hermana, una especie de resumen modernizado para novatos de lo que llamaban, el libro de Nod, le habían resultado una revelación. Él era Lázaro, el pander del Sabbat y nunca más Keynan Louis. Era un hijo de Caín, heredero de una estirpe de seres superiores y jamás se había sentido mejor.

Sólo quedaba un paso que superar para poder empezar a formar parte de los elegidos. Un ritual de iniciación, según le habían informado. Mortalmente peligroso incluso para alguien de su nueva condición. Pero no tenía ningún miedo. Ahora sabía que había nacido para ello.

Su nueva pandilla, sin embargo, se encontraba en un momento complicado. Cuando el tal Antonio De Paso había ido a buscarle, le apremió para que recogieran todas las pertenencias de la manada y salieran pitando de allí. Según parecía, la situación en aquella ciudad se había

descontrolado y tenían que esconderse y pensar en su próximo movimiento a tomar. Le habían contado así, por encima, que Montreal era un emplazamiento muy importante dominado por los chupasangres de su secta y tenían grandes sospechas acerca de que podía estar siendo manipulado por una entidad demoniaca. Partiendo de la base de que Lázaro aún no tenía muy claras las diferencias entre los cainitas y otros entes sobrenaturales, aquello no le dejaba el asunto claro del todo. Si además se le unía todo el batiburrillo político y la incontable cantidad de nombres y grupos que había escuchado en los últimos días, la cosa empeoraba.

No obstante, prefería fijar su objetivo en algo sencillo e ir noche a noche, como le había dicho el viejo. Aún no se hacía a la idea de que La Bestia hubiese caído. Su primer mentor. Su primer amigo de la noche. Ni siquiera le había dado tiempo a preguntarle qué significaba aquello de voivoda. Pero la jornada anterior, cuando salieron pitando del mausoleo y fueron a refugiarse en los túneles del metro, pudo notar en sus nuevos colegas las caras de abatimiento y pesar. Casi no le hizo falta preguntar al ver que el viejo de acento europeo no estaba entre ellos. Fue De Paso el que se lo contó y le aseguró que, a partir de aquel momento, él se ocuparía de formarle e informarle.

- ¿Qué fue lo que dijiste de que hubo avistamientos de un cogecabras pelotudo por las alcantarillas? – El templario tzimisce, pareció de pronto interesarse por lo que Lilith, de vez en cuando, hacía público de sus lecturas de los tomos del Alexandrium que les habían prestado. Llevaban una hora debatiendo sobre cuál debía ser su siguiente paso desde su despertar, mientras ella intentaba obtener alguna pista que les pudiera servir para algo.

-Según pone aquí, desde hace años, una criatura que muchos describen como un Lupino, se ha dejado ver, en varias ocasiones, en los túneles de las cloacas en torno a Mont Royal. La última reseña, parece ser que la añadió Elías la Ballena, que asegura, por sus conocimientos adquiridos en sus años de estudio... No sabía que el gigante nosferatu fuese un erudito, lo cierto es que no le pega. – añadió intrigada, interrumpiéndose a sí misma. Y luego prosiguió - Que es una especie que entre ellos llamarían, un Danzante de la Espiral Negra.

- ¿Y qué colmillos significa eso? – Salto Lupus, también interesado de repente.

- ¿Qué importa cómo lo llamen? – Dijo De Paso - Todos los mearbustos son bestias conchudas que nos odian y nosotros a ellos. Y no se me ocurre mejor ofrenda para nuestro amigo caído, para nuestro hermano, que iniciar a Lázaro en el Sabbat con la cacería de un pulgoso. Si en

esta ciudad todos se volvieron locos y no ven el peligro que les acecha, al menos nosotros tenemos que seguir con nuestra vida. Hacia adelante. Por La Bestia. – Su vehemencia le pareció a Lázaro inspiradora.

-Me parece una buena idea. – Intervino Pantera. El jefe parecía abatido, cansado. Como si pudiera agarrarse a un clavo ardiendo. – De todos modos, teníamos que ponernos a buscar por ahí, necesitamos pruebas de la actividad infernalista para poder parar esta guerra insensata. Pero hay que tener mucho cuidado si vamos a adentrarnos en las profundidades de Mont Royal, no olvidéis que por aquí piensan que es terreno maldito. Y ahora sabemos que lo es de primera mano. Nuestra mejor baza pasaría por dar por sentado que el Decani estará más pendiente de su pupilo en Ottawa y puede que no se percate de nuestra incursión. – Al pander le convencieron las palabras del ductus.

-Aunque parece que a nadie le interese, creo importante indicar, que aquí dice que los danzantes de la espiral negra, son los hombres lobo más mezquinos, traicioneros y peligrosos que se conocen. Sus propios congéneres mantienen una guerra contra ellos porque dicen que son adoradores del Wyrn. – Lilith se quedó pensativa al decir esto último. – Esa palabra... me suena haberla oído antes, maldita sea, ¿Cuándo? ¿Dónde?

Todos la miraron expectantes, pero Pantera interrumpió:

-Piénsalo por el camino. Tenemos que salir cuanto antes de aquí, este refugio improvisado no será seguro por mucho tiempo, estando las cosas como están.

-A mí me gusta cómo suena el nombre de la estación: Bonaventure. – Dijo Lupus.

-No la elegimos por su nombre bonito... - Le respondió el templario con gesto desaprobatorio. Lázaro sin embargo estaba de acuerdo con el gángrel antitribu.

Nada más partir, De Paso le explicó que, si se encontraban con un lupino, la única forma real de hacerle daño sería usando la plata, así que le habían preparado unas puntas metálicas, con una aleación especial que la contenía, para adaptarlas a su puño americano. Tenía que estar preparado para enfrentarse a su ordalía.

Les llevó más de una hora seguir los túneles sin llamar la atención y teniendo cuidado de no ser sorprendidos, ni observados, hasta la estación de Mont-Royal. Quatemoc había estado

guiándolos en completo silencio y ofuscado, mientras Lupus iba borrando sus huellas en la retaguardia. Al pander, le parecía increíble como actuaba aquel grupo al que ahora pertenecía. Eran como una escuadra militar de las películas. Nunca se movían sin cuidar su posición, sin coordinarse o sin tener presente que podían estar siendo observados o seguidos. Desde luego aquella gente se tomaba en serio lo de la supervivencia.

Mas con todo y con eso, cuando ya se encontraban cerca de su objetivo y comenzaban a acceder a los túneles de mantenimiento del andén, donde sospechaban, por algunas marcas que habían encontrado y las grandes pintadas de PELIGRO y NO RECOMENDADO EL PASEO, que había por todas partes en la estación, que estaban los canales internos de los que tanto habían oído hablar y sobre los que habían leído, escucharon claramente una voz grave y profunda:

-Me temo que os encontráis algo perdidos. – El eco resonó por toda la galería, aparentemente abandonada a aquellas horas de la noche. Lázaro había dado un respingo, pero intentaba mantener la compostura frente a sus cofrades. Todos se pusieron en guardia. Pantera habló entonces:

-Puede ser – Dijo, prudente - ¿Quién eres? ¿Puedes mostrarte y ayudarnos a encontrar nuestro camino? – No se podía ver a nadie. Había muy poca luz. Al quedarse todo en silencio, Lázaro se dio cuenta de que, de fondo, se escuchaba una melodía casi susurrada por un niño o una mujer y unos pasos rápidos se movían haciendo eco por el techo y las paredes, como si un insecto enorme se desplazara por ellos.

-Sólo existen dos caminos ahora mismo, lasombra. El bando correcto y la muerte definitiva. ¿Habéis escogido ya? – El pander percibió como la tremere antitribu le hacía señas al líder indicándole que se trataba de un tío muy gordo y justo después, se oyó un quejido sordo y el cuerpo del assamita antitribu de los Silver Rockets llegó volando desde la lejanía y fue a aterrizar delante de ellos. – Estáis en mi territorio vaqueros... ¿o, debería decir, cuatreros?, hum, hum, hum. Sois precavidos y os movéis bien, pero aquí os halláis en desventaja, creedme.

-No hemos venido a pelear contigo, Elías – Dijo Pantera, mientras ayudaba a levantarse a Quatemoc, aturdido por el golpe que acababa de recibir. – De hecho, no queremos pelear en ningún bando.

- ¡Pero si quieres probarnos, igual te llevas una sorpresita! – Arengó Lupus. Entonces Lázaro, se puso junto a él, colocándose su puño americano, envalentonado.

-En realidad, veníamos buscándote precisamente a ti. – La firme voz de Lilith los sorprendió a todos. – Sabrina nos ha dicho que solo tú podrías ayudarnos. – Todos quedaron en silencio. Lázaro no sabía qué quería decir aquello, pero parecía que había funcionado como armisticio temporal. De entre las sombras de la estación, apareció la inmensa mole de la Ballena nosferatu, haciéndole inverosímil al pander el no haberla vislumbrado hasta aquel momento.

-Has conseguido intrigarme, usurpadora conversa. – Empezó diciendo despacio. - No sé cómo sabes de mi relación con Sabi, pero eso no significa que vaya a acceder a vuestras peticiones o responder a vuestras preguntas o que vaya a dejaros deambular por mi territorio sin haber jurado lealtad al verdadero Arzobispo de Montreal. ¿Qué es lo que buscáis? -

-Venimos buscando... - Comenzó Pantera, pero Lilith le interrumpió:

-Sabemos que has perdido a tu ductus. Nosotros hemos perdido a un hermano también.

-Esa maldita hipócrita de Carolina lo pagará caro si le ha pasado algo a Steph. – El gigantón estaba visiblemente afectado. Lázaro vio como Pantera miraba impaciente a la taumaturga.

-Queremos demostrar que decimos la verdad con respecto a Pierre Bellemare y sus actividades infernalistas y para eso necesitamos adentrarnos en esos túneles. – Dijo ella con voz desesperada, señalando la entrada hacia el alcantarillado bajo Mont Royal.

-Impensable – Respondió Elías sorprendido. – Improbable, por no decir imposible. Aunque lo que decís tuviera algún sentido, esos túneles conducen a la muerte definitiva, a la desaparición segura, al olvido. Sin un guía experto os esfumaréis y no se volverá a saber de vosotros nunca. Ni yo mismo, ni Araña nos internamos allí salvo en contadas ocasiones. – En el momento en el que lo mencionó, su cetrino camarada de aspecto arácnido, se hizo visible cerca de él, desplazándose por el techo.

-Entonces, no os importará que vayamos ¿No? – Intervino Lupus - ¿Qué tenéis que perder? - Mientras decía aquellas palabras, tras el nosfe antitribu apareció, como si de un cuento o una visión se tratara, una mujer de pelo largo, rubio y lacio que entonaba la canción aquella que

habían estado escuchando desde hacía rato. La Ballena, la miró un momento pensativo, era como si su voz le hubiese distraído o le afectara de alguna forma. Lázaro, que se había quedado embobado con la escena, se preguntó por qué aquella extraña mujer llevaba los ojos tapados con una venda y aquella chupa de cuero roja tan molona encima de un vestido raído y viejo que no conjuntaba nada.

-Mmmmm, esperaba de verdad que reconsiderarais vuestra postura Silver Rockets – Dijo entonces, como abstraído, Elías. – Había oído cosas buenas de Ottawa. Del propio Ezequiel. Me hubiera gustado luchar y beber junto a vosotros. – Añadió, casi melancólico, mas algo continuaba distrayéndolo de la conversación, era como si alguien lo estuviera llamando de algún modo. - Pero si queréis suicidaros, supongo que es vuestra decisión. Yo debo irme ya, me necesitan. – Y mientras se alejaba a una velocidad impensable para alguien de su tamaño, recorriendo los oscuros túneles junto a Araña, el eco de sus palabras resonó en la distancia: - Si tenéis la suerte de que Musa decidiera acompañaros, yo no me separaría de ella en ningún momento. Quizás entonces tengáis alguna posibilidad.

Aunque la hija de la Cacofonía siempre parecía estar abstraída y en su mundo y no paraba de entonar su intrigante melodía, Lázaro se dio cuenta, al igual que el resto, de que, como si de alguna manera hubiese hablado con el gigante nosferatu antitribu, Musa les estaba incitando a seguirla hacia el túnel que ellos pretendían explorar. Todos parecieron, en cierto modo aliviados, después de haber escuchado las inquietantes palabras de Elías y se dispusieron a ser guiados, manteniendo, como siempre, una prudente cautela y los sentidos alerta.

Los túneles que ahora recorrían, cada vez presentaban un aspecto más lúgubre. Envejecidos y aparentemente poco transitados, los Silver Rockets que habían estado, coincidían todos en que no se parecían en nada a las alcantarillas que recorriesen días atrás en Ottawa. El ladrillo era tosco, y la arquitectura mucho más antigua. La humedad era menos pronunciada que en la capital, según De Paso, pero desde luego, el olor a podredumbre que emanaba de aquellas vías acanaladas, no podía compararse con nada que el pander hubiese experimentado hasta la fecha. Y lo peor era que, según avanzaban, la cosa empeoraba. Aquello era un puto laberinto subterráneo, una trampa mortal para cualquiera que no supiera por donde se estaba moviendo.

Lázaro era novato en aquellas lides y desde luego estaba bastante intranquilo ya de por sí, pero ver como la expresión en el rostro de sus nuevos hermanos y camaradas iba

transformándose a medida que recorrían más y más secciones de aquel entramado de salas y galerías, de grutas y túneles, que parecían no tener ninguna lógica técnica o arquitectónica, le estaba llevando al límite de su cordura. Se fijó en que Pantera, en más de una ocasión, miraba hacia atrás, como intentando recordar por dónde habían pasado, pero en seguida sacudía la cabeza negativamente, visiblemente contrariado por no conseguir hacerse una idea mental. Y como él, muchos de los otros. Todos sabían que a aquel ritmo y en aquel inhóspito lugar, estaban completamente en manos de su guía. Y la hija de la cacofonía continuaba su camino incesante y sin hacer caso a las preguntas de los otros, como un pastor que oyese balar a sus ovejas. Si aquello era una trampa, habían caído de lleno y sin resistencia posible al internarse de aquella forma.

Por si fuera poco, el enrarecido ambiente que se respiraba en aquella maldita oscuridad, empezaba a jugarles malas pasadas a sus sentidos. Las paredes, a veces parecían latir, el agua vibrar, y bajo la melodía incesante de la ciega cainita, podían escucharse siseantes susurros, el eco de risas fugaces o lejanos llantos incontenibles. Pero Musa no se detenía nunca. No paraba de avanzar ni de cantar, como si le fuera la vida en ello y, a Lázaro, no le extrañaría que aquel fuera el caso. Porque el terror que empezaba a sentir, no podía describirse con palabras. Imaginaba seres en aquellas sombras, más allá su vista, en los rincones, tras las puertas, en los otros túneles, acechando, observando.

Aparentemente condenados ya a su incierto destino, ahogados, como si pudieran estarlo, por aquella aura sofocante que les envolvía, recorrían las tinieblas en singular comparsa, durante horas y horas. Quizás días. Habían perdido la cuenta del tiempo, que allí parecía relativo y cambiante. La única nota de esperanza que iluminaba sus mentes, impidiéndoles caer en la más absoluta desesperación, era encontrar, cada cierto tiempo, símbolos en forma de espiral dibujados en las paredes; lo que les llevaba a pensar, al menos momentáneamente, que iban bien encaminados en su búsqueda, que existía algún sentido para seguir con aquella oscura odisea, con aquel periplo irreal a través del inframundo. Lázaro escuchó como los demás susurraban entre ellos preocupados pero animados por los hallazgos. Apenas entendió las palabras que De Paso le dirigía, pues su mente estaba embotada por el terror, y sus sentidos seguían buscando sin cesar a aquellos que permanecían sin ser vistos, en los límites de su percepción. Por eso, cuando lo que le habían parecido muchas horas después, comenzó a escuchar un claro y amenazador rugido gutural, le faltó muy poco para abandonarse a su miedo y salir corriendo.

Sin embargo, la visión de los Silver Rockets preparándose profesionalmente para la caza, en aquel escalofriante entorno, fue tan inspiradora que consiguió apaciguarlo. Pese a toda la tensión, la desorientación y las dudas, aquel grupo de seres sobrenaturales era capaz de sobreponerse y actuar como un equipo coordinado y efectivo. Todos interpretaron al unísono el rugido como proveniente de un cambiaformas. El Lupino que andaban buscando se encontraba muy cerca y por lo que parecía, no pensaban dudar a la hora de actuar en consecuencia. Desenvainaron sus armas, prepararon sus mentes y se dispusieron a pelear hasta la muerte incluso allí, en lo que podría denominarse como 'la guarida del lobo'.

El gruñido fue creciendo en intensidad. Se acercaba cada vez más. Musa se detuvo y abrió los brazos. Lázaro se fijó en que estaba sonriendo. Seguía cantando, pero sonreía. ¿Significaba aquello que les había traicionado? ¿Podría estar ella aliada con sus enemigos?

Dos enormes ojos rojos aparecieron frente a ellos. Mas cuando De Paso intentó apartar a la hija de la cacofonía para ponerla a salvo, ella se zafó con destreza y se lanzó hacia la oscuridad donde estos se hallaban. Y la abrazó. En ese momento, el pasillo fue iluminándose poco a poco. La cainita estaba arrodillada rodeando con sus brazos a una especie de hombre de avanzada edad, de piel arrugada y curtida y abundante cabello canoso. Su complexión era fibrosa, de marcados y delgados músculos. Su desnudo cuerpo, mostraba muchas cicatrices y tatuajes de espirales por todos lados. El rugido había cesado.

- ¿Quién eres? - Preguntó Pantera adelantándose a los demás. El hombre tardó en contestar. Bastante tiempo como para que Lázaro pudiera notar los nervios en sus cofrades, pero no el suficiente como para que se abalanzaran sobre él.

-Lo importante no es quién soy yo - Comenzó, prácticamente susurrando. - Sino qué supongo para vosotros. – su voz era áspera y seca.

-Supones una buena pieza para nuestra colección de chuchos malolientes. - Replicó Lupus. Al pander le pareció que su chulería y la sonrisa que mostraba, tenían que ser una forma de contener los nervios y aplacar la tensión de la situación. No había visto esa faceta del gángrel antitribu hasta ahora.

-Oh, claro... Sin duda, podría serlo. Sois unos excelentes cazadores. Eso lo huelo. Pero también hace mucho tiempo que sé reconocer a mis aliados. – Aquellas palabras confundieron al novato y tampoco convencieron para nada a los demás, que se miraron intrigados.

- ¡Dejate ya de boludeces chucho! Alejate de la mina y pelea por tu vida, aunque ya te adelanto que no te va a servir de nada. Aquí venimos forrados de plata y rituales como para asaltar a toda tu estirpe. - Amenazó De Paso, enfervorizado.

-Ji, ji, ji, ji. ¿Mi estirpe? ... ju, ju, ju, ju. – La risa de aquel extraño sujeto se asemejaba mucho a la de alguien trastornado. No dejó de mirar al suelo mientras continuó diciendo: - Si te refieres a los Garou, los hombres lobo, los cambiaformas. Sí... mi tribu fue una vez parte de su ‘estirpe’. Pero ya no. Desde hace muchos siglos, los míos nos dedicamos a lo mismo que vosotros. A aniquilarlos. Y por eso mismo, porque es a lo que os dedicáis vosotros, digo que, en realidad, sois mis aliados. Todos servimos al Wyrn, aunque yo sé que lo hago y vosotros aún no. –

Lázaro ya no entendía nada de lo que estaban hablando, por lo que se dedicó a pensar de qué manera podría atacar a aquel personaje sin dañar a la mujer que lo abrazaba.

-Te equivocas pendejo. - Dijo Pantera, indignado - Nosotros no servimos a nadie, solo a la espada de Caín y a su causa.

-Eso es lo que creéis, sin duda. – Le respondió el otro divertido. Sin moverse. – Solo veis una parte del cuadro, como todos los de vuestra clase.

-Explícamelo entonces – Intervino Lilith, impaciente. - ¿Qué es el Wyrn? ¿Es acaso el Decani? ¿Eres tú un danzante de la Espiral Negra? – La tremere antitribu parecía tener muchas preguntas que necesitaban respuesta. Y era obvio que no quería perder la oportunidad.

- ¿Es que no escuchaste lo que tú misma nos dijiste? – la cortó el templario tzimisce. – ¿Lo de que son tramposos, mezquinos y mentirosos? ¿Ahora le vas a conversar? ¿Realmente piensas que es nuestro amiguito porque también mata pulgosos?

-¡No tenemos nada, joder! – Se revolvió ella de repente. - ¡No sabemos una mierda! – Su reacción sacó al pander de sus planes de ataque y dejó a todos sus cofrades sorprendidos. – Y

vamos a continuar totalmente perdidos si no hacemos más que pelear y matar a todo lo que se mueve. ¿Es que no lo entendéis?

Desde luego, el ambiente estaba enrarecido. Algo estaba alterando sus ánimos. Todos estaban actuando de forma desproporcionada e histriónica desde hacía un rato. Lázaro acababa de darse cuenta de ello, pero el caso es que no sabía cómo evitarlo.

- ¿No os sentís... diferentes? – preguntó.

-Está afectándonos la mente con algún sucio truco – Dijo entonces Quatemoc.

-Hum, hum, hum. No seríais rivales para mí. Si fuéramos enemigos. Pero no lo somos. - Mientras decía esto último, se desembarazó gentilmente de la cantarina cainita que lo abrazaba y se puso de pie, despacio, antes de decir. - Y os lo demostraré. - Los Silver Rockets se pusieron en guardia. El cambiante abrió los brazos y se expuso totalmente a ellos mientras sonreía. - Adelante. Haced lo que hayáis venido a hacer. Sois mi liberación, mi destino, mi regalo...y yo el vuestro.

Y antes de que se le escapara la oportunidad, Lázaro se abalanzó sobre él con total determinación. Era su momento, quizás no hubiera otro. Alcanzó a oír un 'espera', posiblemente de Lilith. Captó como sus hermanos se habían quedado congelados, demasiado sorprendidos y seguramente reticentes a confiar en las palabras de aquel ser que decía ser su aliado imposible, que se ofrecía de alguna manera en sacrificio. Pero él no se lo pensó. Lo agarró por el cogote y comenzó a golpearle con todas sus fuerzas y velocidad en el rostro con su nueva arma de aleación de plata. Con el empuje, cayó sobre él a horcajadas y siguió golpeando sin piedad, clavando una y otra vez aquellas puntas afiladas en el rostro del lupino. Estaba cumpliendo con su deber, si iba a formar parte de aquella manada, tenía que demostrar su valía, sería la consecución de su misión, su ascenso al estatus de miembro de pleno derecho. Creía sentir como una gorjeante risa bajo aquella masa de hueso y sangre que se había formado. Ningún grito de dolor ni quejido bajo sus propios alaridos de furia que acompañaban los golpes. Cuando paró, parecía que su presa ya no respiraba. Nadie dijo nada. Todo había quedado en silencio. Demasiado silencio, porque Musa había dejado de cantar.

Era la primera vez, desde que se adentraran en aquel lugar, que no oían la voz de la hija de la cacofonía entonando su melodía. Ahora, solo un casi imperceptible pero profundo lamento

surgía de su garganta, acompañado de cortos sollozos que iban convirtiéndose poco a poco en un llanto cada vez más roto. Aquello no solo les estaba afectando a ellos, sino que parecía estar alterando el total de su entorno.

Cientos de sonidos que hasta ahora se habían mantenido acallados por la canción, comenzaron a surgir de las profundidades de aquel oscuro mundo. Las paredes realmente palpitaban y las sombras pronunciaban impíos mensajes de locura, oprobio y desesperación. La sensación que había percibido Lázaró de la existencia de seres ocultos a su alrededor se tornó en certeza. Estaban ahí, acechando, encaramados tras el velo de la cordura que hasta ahora había separado su mundo del de ellos. Dispuestos a cruzar la frontera y hacerles trizas en cualquier instante.

-Sea lo que sea lo que habite o domine este lugar, parece que acaba de darse cuenta de nuestra presencia – Lilith expresó lo que todos estaban pensando.

En el momento en que Musa comenzó a elevar su llanto de plañidera y su voz se convertía ya en una tormenta alarmante, el pander se dio prisa en seguir las instrucciones que Lupus le había explicado para hacerse con el corazón de su víctima y guardarlo para más tarde y todos salieron corriendo de allí sin casi mirar atrás.

Pero aquella no sería una huida fácil. Lázaró suponía que sus cofrades estarían sintiendo las mismas presencias, los mismos peligros que los amenazaban. Sus mentes no estaban al cien por cien y estaba casi seguro de que ninguno era capaz de recordar el camino por el que habían llegado hasta allí. No obstante, Lilith lideraba la marcha y había recurrido a algún tipo de truco ritual con el cuál pretendía guiarles hacia la salida. Los túneles y galerías se sucedían como a la ida, sin aparente orden ni concierto. Apenas se fijó en si volvían a ver las marcas espirales o algún otro indicio de que habían pasado por allí anteriormente. Toda su concentración estaba dirigida a no resbalar o trastabillar y no perder el ritmo de los demás, intentando apartar de su cabeza las visiones que lo acuciaban.

Pronto empezaron a escuchar el zumbido. Aquel terrible sonido no vaticinaba nada bueno. Algo de tal magnitud solo podía significar una cantidad desproporcionada de insectos que se acercaba de forma inminente. Y para más inri, otros sonidos provenientes del suelo y las paredes parecían augurar que algo más se movía dentro de aquella tierra maldita.

En cierto momento, Lázaro finalmente no pudo evitar tropezar y cayó de bruces contra el húmedo pavimento. En su intento de seguir avanzando para no quedarse atrás, trató desesperadamente de levantarse, asiéndose a la pared que se hallaba a su izquierda, pero ésta, pareció resistirse a su agarre con una especie de palpitación ondulante. Una extraña sensación repulsiva le recorrió el cuerpo, dejándole aturdido durante unos instantes, incapaz de entender que acababa de ocurrir. Y entonces, una mano surgió de la pared y lo aferró por el cuello.

Perdió unos cuantos segundos intentando zafarse de ella, sin acordarse de que ya no necesitaba respirar. La mano se fue convirtiendo en un brazo y una horripilante cara apareció tras este, atravesando el muro de forma incomprensible. Cuando quiso darse cuenta, una criatura deforme y monstruosa se le había echado encima y trataba de separarle la cabeza de los hombros con una fuerza descomunal. Los colmillos que asomaban del orificio que una vez pudo ser una boca, le sugirieron a Lázaro que aquel engendro quizás fue uno de los suyos en el pasado. O tal vez fuese uno de los que llamaban nosferatu, pero la piel entremezclada con la tierra y las raíces hacían suponer que vivía, de alguna forma, enterrado allí abajo y el brillo amarillento de sus ojos y la locura que transmitía su mirada, dejaba claro que no era dueño de sí mismo.

Gracias al cielo, el pander era duro, realmente duro. No había sido el único superviviente de la capilla de Atlanta por nada. Él mismo se sorprendía de que la criatura no estuviera consiguiendo dañarlo de verdad, así que, en cuanto tuvo la oportunidad, dirigió voluntariamente la sangre hacia sus músculos, incrementando su fuerza de forma ostensible y se desembarazó de su opresor con un movimiento que aprendió en clases de judo en su vida mortal. Escuchó un disparo de fusil y la cabeza de aquel ser, reventó de pronto junto al suelo. Lázaro levantó la mirada para ver como De Paso recargaba y le gritaba:

- ¡Levántate, dale!, no tenemos todo el día, novato. - Y justo cuando ya pensaba que había superado el contratiempo inicial y que podría recuperar la verticalidad, varios pares de manos más atravesaron las paredes. Aquello tenía que ser el infierno, tenía pocas dudas al respecto, pero Lázaro se levantó y corrió. Corrió como nunca había corrido. Ahora era consciente de lo poco que duraría su inmortalidad si no ponía todo su empeño en salir de aquel lugar. Siguió corriendo como alma que llevara el diablo durante un buen rato hasta que se dieron cuenta de que no parecía que las criaturas les estuvieran persiguiendo.

Sin embargo, cuando pensaban que estaban un poco más a salvo, en la siguiente galería los alcanzó el enjambre. Cientos de insectos les rodearon y se les metieron por todos los orificios del cuerpo. Se les apelotonaron en los ojos y los oídos, dejándolos ciegos, sordos y mudos. El pander, entonces, prácticamente perdió toda esperanza. El sonido que llegaba amortiguado por la masa de bichos que lo taponaba, era un atronador zumbido incesante. Por lo demás, el único contacto con el mundo exterior era su piel y estaba siendo mordida y aguijonada en toda su extensión. Tenía la impresión de que se habían convertido en una especie de crisálida rebozada, como una colmena repleta de abejas en la que éstas intentaran sorber toda la miel.

Casi incapaces de moverse o actuar, notó como algunos de sus hermanos caían, posiblemente secados por dentro y otros se tiraban a revolcarse para intentar quitarse aquella segunda piel. Pero él, una vez más, se dio cuenta de que las mordeduras y picaduras apenas lo dañaban. Su dermis era dura como la roca, incluso los tejidos dentro de sus cavidades. Así que, trató de relajarse y se concentró en apartar suavemente de sus ojos los insectos para poder ver algo, aunque fuera solo por unos segundos, e intentar buscar una salida. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir, en un lateral de la galería, la rejilla de un colector secundario de agua. Un canal, posiblemente de aguas fecales, que corría bajo el suelo hacia alguna depuradora o salida de residuos. Lázaro se dirigió hacia allí determinado a escapar. No iba a morir allí, aquel no era su destino. Pero entonces notó algo que no había notado en toda su vida de mortal. Miró hacia atrás, apartándose nuevamente el enjambre de los párpados y, viendo a sus cofrades, sintió que no podía abandonarlos a su suerte. Que no podía perderlos. Sin ellos no era nadie, no era nada. Los necesitaba, los amaba. Aquella sensación era prácticamente nueva para él, pero era tan fuerte, que no podía resistirse a ella.

Por lo que había aprendido en el poco tiempo que llevaba de su nueva existencia como cainita, sabía que aquel impulso venía provocado por los vínculos que creaba el compartir su vitae con sus hermanos de manada en los ritos de Vaulderie. Pero el hecho de saberlo, no hacía que pudiese evitar sentirlo, por mucho que lo intentara. Así pues, una vez que consiguió retirar la rejilla, arrancándola de sus ya herrumbrosas bisagras para que pudiera caber alguien por la abertura, fue arrastrando los cuerpos atestados de parásitos de sus cofrades e introduciéndolos uno a uno. Él fue el último en entrar a la corriente de agua, así que pudo ver cómo los bichos quedaban flotando impotentes cada vez que los cuerpos se sumergían y eran rápidamente arrastrados por ella. Aquello podía funcionar, tenía que hacerlo, aunque no tenía ni idea de a dónde les conduciría. En su última visión de aquel lugar, le pareció como si toda la nube de insectos enloquecidos estuviera formando una cara, una expresión de odio terrible.

Capítulo 17: Los Ángeles vencidos.

Antonio De Paso despertó en un lugar húmedo y oscuro. El olor era nauseabundo. Había alguien junto a él. Aunque se encontraba bastante aturdido por la falta de sangre y la vista no le funcionaba bien, estaba seguro de que no se trataba de ninguno de sus cofrades. El tzimisce trató de hacer memoria de lo que había sucedido antes de perder la consciencia. Lo último que recordaba, era haber llegado a una galería y haber sido literalmente engullidos por una horda de insectos.

Aquel momento le había hecho rememorar su vida en la guerrilla. Un capítulo bastante traumático de su pasado mortal. Las oscuras noches en la selva, rodeados de mosquitos que más parecían helicópteros y con los que en su pelotón bromeaban diciendo que eran vampiros comeabras. No tardaron mucho tiempo en descubrir que aquellos bichos podían cobrarse más víctimas que las balas. Las enfermedades fueron una de las principales causas de que su lucha fracasará, allá arriba en las verdes montañas. Eso y la pérdida de moral de los hombres. Pero seguía siendo una historia que prefería no revivir. Su personalidad paranoica y la melancolía que arrastraba desde entonces, daban cuenta suficiente de lo que tuvo que pasar.

La cara que se le acercó era conocida. Eso podía asegurarlo, pero aún no era capaz de discernir con claridad quién era:

-Unas gotas bastarán. - Dijo. Se rasgó la muñeca y le dio a beber su sangre, mientras parloteaba - Ahora seguro que me entendéis. Ya sabéis lo que significa que se te metan por dentro y te piquen ¿Verdad que es una sensación incómoda? Pues yo llevo así años y años y años y años...Al final te acostumbras, me decía. Seguro que dejas de notarlo y puedes seguir con tu no vida, pensaba. ¡Qué iluso! Esto nunca deja de picar. Hagas lo que hagas, rasques lo que rasques.

El templario ya había reconocido a Skin por la voz, pero su inconfundible monotema no dejaba lugar a dudas. La sangre del malkavian antitribu lo hizo recobrar la compostura rápidamente.

- ¿Adónde estamos? ¿Qué fue de los demás? - De Paso, azorado, temía haber perdido a los suyos.

-Tranquilo hermano, lo tengo todo bajo control. - Intentó tranquilizarlo el miembro de los Miserables - En esto de los parásitos soy un experto. Están todos aquí al lado, esperando su turno de limpieza y acicalado. Bueno, casi todos, ese nuevo que se llama Lázaro estaba mejor y me dijo que iría a buscar ayuda o algo para cazar. Le dije que se llevara a Juguete, que en eso de cazar se da mucha maña.

- ¿Pero en qué territorio estamos? Hay una guerra civil montada acá, ¿Es que no te enteraste?

-Ah, la guerra, sí. No le hice demasiado caso, esas cosas no me gustan. La gente deja de ser amable... y los que eran amigos ya no lo son... y unos matan a otros... y los otros se enfadan más. - Skin hablaba sin apenas modular el tono, muy tranquilo y pausado, como si estuviera medicado. - De todas formas, no duró mucho. Apenas un día. Hasta que llegó el Cardenal.

- ¿El Cardenal? - El malkavian antitribu le contó, a su manera, a De Paso, todo lo que había sucedido el tiempo que habían pasado en su aventura bajo el monte de la cruz, mientras iban recuperando al resto de los Silver Rockets y a la espera de que regresaran Lázaro y Juguete. Resultó que, al día siguiente de que comenzarán las primeras escaramuzas y la sangre empezará a correr por las calles, la noticia de la llegada del Cardenal Strathcona a la ciudad, provocó un alto el fuego momentáneo hasta saber cuál sería el bando al que éste apoyaría. Muchos esperaban que defendiera a la cainita a la que él mismo nombró como Arzobispo años atrás y que por tanto, parecía contar con su bendición incondicional. Algunos estaban dispuestos a enfrentarse a él por esa decisión, si fuera necesario. La sorpresa saltó cuando, contra todo pronóstico, su eminencia se presentó junto a Tobías Smith y con Carolina Valez reducida y apresada, en una reunión a la que convocó a todos los Sabbat de Montreal en el mausoleo del Templo de los Eternos Suspiros.

Según le dijo Skin, al parecer, a la lasombra se la acusaba de haber actuado en beneficio propio y sin ningún interés hacia la secta, al haber utilizado a la familia Grimaldi, no solo para proteger y defender los asuntos nocturnos de los cainitas de la ciudad, como ella pretendía hacer ver. Ni siquiera para procurarse una defensa de sus enemigos externos y opositores internos, lo que algunos podrían llegar a entender. El pecado que se le achacaba, era haber utilizado a esta familia de aparecidos, a espaldas de todos, para vigilar y proteger a su propia descendencia mortal, en un claro acto de aberrante debilidad humana. El miembro de Les Miserables le llegó a contar que la comidilla entre sus enemigos era la idea de que estaba tan afectada por no poder verse reflejada en los espejos, que necesitaba tener la posibilidad de observar a su

nieta, de vez en cuando, para no volverse loca. Aquello le sonó a Antonio De Paso a las típicas calumnias vertidas para desprestigiar a un enemigo odiado y poder vender una buena historia a tus seguidores, pero tampoco descartó que hubiera parte de verdad. Los Cainitas eran tendentes a caer en extrañas compulsiones con el paso de los años que los hacían vulnerables de uno u otro modo.

El templario quiso saber más, pero Skin no parecía tener mucho interés en las cuestiones políticas y Lázaro no tardó en regresar con Juguete y un par de inconscientes mortales que habían encontrado en las cercanías.

Pocas horas después, la manada al completo se dirigió hacia el refugio comunal ya recuperados de sus últimas correrías, pero aún preocupados y temerosos de lo que habían podido observar bajo la montaña. El tzimisce, aún barruntaba el asunto del extraño lupino que se había dejado matar por algún retorcido motivo que aún no alcanzaba a comprender. Había observado que Lilith estaba muy afectada y ensimismada desde que había despertado. Apenas había hablado y simplemente vagaba con la mirada perdida mientras sujetaba el libro que días antes no había parado de estudiar de arriba abajo, junto a su pecho, entre las blancas y mortecinas manos. No sabían cómo habían acabado en aquella alcantarilla junto al río, más allá de lo que el pander les había contado acerca de una corriente de agua por la que les introdujo cuando fueron engullidos por el enjambre. Ni qué hacían allí Juguete y Skin, quien, por cierto, ahora que lo pensaba, en ningún momento les había preguntado por su cofrade Musa, ni por cómo habían llegado hasta su improvisado escondite. Pero si algo habían sacado en claro, era que en el subsuelo de Montreal había una presencia milenaria que había estado a punto de acabar con sus no vidas y que, sin ninguna duda, podría llegar a ser la perdición de la ciudad y del propio Sabbat.

Antes de partir, Lupus se había obstinado en que, por mucho que fuera importante ir a ver al Cardenal y contarle lo que sabían, había que celebrar el ritual de iniciación de Lázaro como era debido. Después de todo, el pander había demostrado su fidelidad a la cofradía, así como su valor y determinación, salvándolos a todos de una situación extrema. Además, se lo debían a La Bestia. Así que, aunque lo hicieron de forma algo improvisada y con prisas, su nuevo cofrade fue ascendido al rango de miembro y felicitado por sus hermanos.

Por tanto, cuando llegaron a la Iglesia de los Desamparados, aquel edificio incendiado que daba entrada a la fortaleza subterránea de la secta, Strathcona ya había sido informado de su

reaparición y les esperaba sólo en la Arboleda Negra, un pequeño bosquecillo que la circundaba. De Paso había oído rumores de que aquel lugar tenía algún tipo de significado especial y lo cierto, es que el aspecto de aquellos árboles que ensombrecían la edificación, aparentemente quemados, en los cuales, apenas se había fijado anteriormente, era bastante extraño. El Cardenal, sentado en un viejo banco de piedra, se levantó para saludarles en cuanto aparecieron. Iba vestido con su largo abrigo de pieles y botas altas de montar, pero menos engalanado que otras veces:

-Demos gracias a Caín porque sigáis de una pieza. – Comenzó, efusivo pero amable. El templario se fijó en que llevaba su espada al cinto. – Por un momento me temí lo peor cuando me dijeron que habíais desaparecido bajo las entrañas de Mont Royal. Ese lugar es como una sima que engulle todo lo que se adentra en sus profundidades, para no devolverlo jamás. Pero ya que veo que estáis todos... Un momento. ¿Y Lord Bestia? – Preguntó extrañado.

-Al viejo lo mató un canalla infernalista llamado Bellemare – Dijo Lupus, tras lo cual soltó un escupitajo de sangre, maldiciéndolo. El resto se habían quedado cabizbajos tras la pregunta. El ventrue antitribu torció el gesto, la noticia pareció afectarle de veras.

- ¿Pierre Bellemare? ¿El ductus de Les Orphelins? – De Paso percibió a Strathcona realmente sorprendido. - Maldita sea, ¿Cómo pudo pasarme desapercibido? Sabía que tenía que ser alguien de dentro, pero siempre pensé en alguien más... cuidadoso, dedicado, inteligente. - Se giró sobre sí mismo, pensativo y dio unos cuantos pasos hacia los árboles, con las manos entrelazadas atrás, dándoles la espalda.

-Vos no os martiricés por ello. Acá nadie nos creyó cuando les dijimos. – De Paso pensó que el Cardenal posiblemente se sintiera responsable de la destrucción del voivoda. La carga que debía sostener un cargo de aquella importancia debía ser mayúscula, si era un buen líder. – Murió valientemente, cubriéndonos la retirada. Fue su decisión.

- ¿Y el resto de Los Huérfanos? – Preguntó el Cardenal, al aire.

-Descubrimos que Cairo en realidad era sólo una marioneta. Otra alma sin voluntad atrapada en un cuerpo transformado. – Intervino Pantera – Una caballero inquisidora que vino hace años a investigar junto a un nosferatu antitribu que también desapareció.

-Karini y Krieg. – Susurró, más que dijo Strathcona - Una pérdida tremenda para la Inquisición. Pero, de alguna forma, alguien consiguió que pensáramos que se habían pasado al otro bando, que habían huido a Europa a refugiarse en la Camarilla, con ayuda de Cranston, en aquel entonces, primogénito nosferatu de Ottawa.

-A lo mejor Krieg si lo hizo – Se atrevió a intervenir Lilith – De hecho, la Hermana Evelyn, la miembro restante de los Miserables, antes de morir, confesó que había contactado con Cranston para escapar del yugo de su ductus. Es posible que la nosferatu siguiera manteniendo su red de tráfugas, incluso una vez alcanzado su rango de príncipe.

- ¿‘La’ nosferatu? – El ventrue antitribu mostró su perfil derecho al realizar la pregunta.

-Conocimos a Cranston durante la cruzada. – De Paso entendió que Pantera pretendía retomar las riendas del relato para darle sentido a oídos del antiguo. – Polidori nos dijo que sabía muchas cosas del príncipe de Ottawa. Entre ellas, que ocultaba su género para despistar a sus enemigos. Pudimos comprobarlo cuando asaltamos su guarida. – Aclaró el ductus, sombrío.

-Polidori... - Reflexionó mirando de nuevo hacia los árboles Strathcona. - Otra gran pérdida para el Sabbat. Y todo por esta lacra infernal... - Pasaron unos pocos segundos hasta que volvió a hablar. Una suave brisa se levantó, elevando algo de polvo a su alrededor cuando comenzó a decir:

-¿Sabíais lo que son estos árboles? Los Pastores de Caín desarrollaron un ritual con el que torturar eternamente a los mortales seguidores de cultos infernales transformándolos en estas esculturas arbóreas. Los que siguieron primero a Cedilia de La Lengua y luego a Sangris, se hallan en éste bosquecillo. Y las cenizas de los cainitas que los secundaron están esparcidas también por todo su suelo. Montreal era, hace no tanto, una fortaleza, un baluarte contra los demonios. No me explico que es lo que ha podido pasar para que nos hayamos descuidado tanto.

-Sospechamos que aquello que llaman el decanus está ejerciendo algún tipo de influencia mental sobre los habitantes de la ciudad. - Dijo Pantera. - Como ocultándose a su percepción y su memoria.

-Es cierto, - lo apoyó Lilith - Muchos de los cainitas parecen desviarse del tema cuando les preguntas al respecto, sobre todo los que están más arraigados a la ciudad. Siempre parecen más dispuestos a interpretar los hechos de otra manera, como si no quisieran aceptar que hay algo detrás de las misteriosas desapariciones.

Lupus, que se había desplazado a un lado del parquecillo y estaba agachado, olisqueando los árboles, quiso quitarle importancia al tema diciendo: - O simplemente están tan preocupados de sus culos y su poder político que se ciegan ellos mismos, tanto nos da. El hecho es que está pasando algo gordo y aquí nadie se moja.

-Los Decani, - Escupió, más que dijo Strathcona. - son las entidades demoníacas que esparcen la plaga del infernalismo sobre nuestra estirpe y el rebaño. La Inquisición lleva combatiéndolos desde que se fundó. Fue uno de ellos el que atrajo a Sangris y lo corrompió y creemos que también a Cedilia de la Lengua. Pensamos que con la destrucción de Sangris y la erradicación de su culto lo habríamos debilitado. Pero está claro que nos equivocábamos.

- Y si es tan poderoso, ¿qué le impide hacerse con todo el cotarro? - Inquirió Lázaro, que había estado callado hasta ese momento. - ¿Por qué andarse con tantos rodeos durante años?

El semblante del antiguo Sabbat lucía crispado a la luz de las farolas exteriores cuando se dio la vuelta para dirigirse hacia ellos lentamente.

-Lo cierto es que sabemos muy poco acerca de todas esas cuestiones tan complejas. Zhou y yo, elucubrábamos al respecto que, probablemente, estos demonios, al ser ultraterrenos no tendrían la capacidad de cruzar abiertamente a nuestro plano de existencia. Es posible que no posean un cuerpo material, como nosotros lo entendemos. Quizás solo puedan actuar a través de otros. Sus marionetas. Aunque como vosotros, sospechábamos que sí que eran capaces de afectar, de alguna manera, la psique de los habitantes de su territorio, o por lo menos, de algunas zonas concretas en las que su poder les hace tener más influencia.

-Por eso, - Continuó - y por lo poco que podemos llegar a conocer en las cuestiones que están más allá de nuestros límites de entendimiento, decidimos desde el principio, dedicar nuestros esfuerzos, no hacia los Decani, sino hacia sus posibles víctimas de corrupción y lugares de poder. Hacia sus cultos e influencia. Pero lo que en teoría parecía más fácil tampoco lo ha sido, cómo habéis podido comprobar.

-Así como lo habéis descrito, los Decani podrían perfectamente ser antediluvianos de la tercera Generación. - Dijo Pantera, intrigado. – Ajenos a nuestro mundo, pero manejando los hilos de sus títeres a su antojo para conseguir sus fines.

-Precisamente. Tengan o no algo que ver con el enemigo jurado de nuestra secta, su función y su peligro son los mismos, por lo que debemos dedicar todos nuestros esfuerzos a combatirlos y desenmascararlos. – El Cardenal hablaba con vehemencia, mientras miraba a Pantera directamente, pero su semblante se ensombreció al añadir: – Sin embargo, parece que siempre buscamos cualquier excusa para enfrentarnos en luchas intestinas, como la que acabamos de sufrir. – Su mirada volvió a recorrer las sombras arbóreas circundantes. No parecía tranquilo con la situación que se estaba viviendo en sus dominios.

-Tratamos de detener aquella locura, pero no fuimos capaces. – El lasombra parecía seguir cargando con la culpa de lo ocurrido. Pero luego, añadió como de pasada: - ¿Qué ha sido de Valez?, por cierto. – Desde que le contó al ductus la historia sobre la captura de la arzobispo y sus acusaciones, De Paso estaba seguro de que Pantera había quedado muy preocupado por el destino de su congénere de clan.

Strathcona, por su parte, pareció sorprendido al captar la preocupación en las palabras del líder de Silver Rockets:

-Está a buen recaudo. – Contestó someramente, mientras se limitaba a observar su reacción, supuso De Paso, esperando a que le hiciera más preguntas. Pero Pantera debió darse cuenta del juego del cardenal y simuló quedar satisfecho con su respuesta con un débil cabeceo. El tzimisce ignoraba si aquello había convencido al antiguo, pero desde luego, él tenía claro que su amigo quería saber más.

-Pero entonces, eminencia ¿Cómo queda el asunto de la archidiócesis? ¿Habrá consecuencias inmediatas? ¿Se hará cargo vos mismo del mando de la ciudad? – Dijo, tratando de echar un capote a su ductus.

El Ventrue antitribu, mostró sus habituales dotes diplomáticas al decir:

-Sin duda habrá consecuencias. Pero dejad eso en mis manos, queridos amigos. Hay asuntos más importantes, concernientes a vuestra misión que habremos de tratar y quizás este no sea el lugar más indicado para hacerlo. Os dejaré unas horas para que os repongáis en vuestro refugio en las salas del mausoleo y más tarde os reuniréis conmigo en el Alexandrium.

Quedaban pocas horas para el alba cuando llamaron a la puerta del refugio de los Silver Rockets. Tras haber estado bajo tierra tanto tiempo como estuvieron las noches anteriores, De Paso había perdido un poco la noción de la duración de los días y las noches, pero tenía la impresión de que las jornadas previas se habían alargado más de lo que acostumbraban y aquello había incidido bastante en el cansancio general de la cofradía. No obstante, estaban más o menos preparados para la llamada del Cardenal, aunque de ánimo andaban entre hoscos y taciturnos. Sin embargo, lo que no habían previsto, en ningún caso, es que el aviso no fuera de Strathcona, sino de una descompuesta Molly 8 que apenas era capaz de encontrar las palabras para explicarles lo que había sucedido inesperadamente mientras ellos descansaban.

Al parecer, la tzimisce de piel de porcelana, había encontrado en sus estancias todas sus cosas revueltas cuando acudió a ellas en un descanso de su trabajo. Alarmada, lo primero que hizo fue buscar las pinturas de su antiguo maestro, pensando que a lo mejor Skin había vuelto a hacer de las suyas. Cuando efectivamente, descubrió que los lienzos habían desaparecido, corrió a preguntar a su sire, Marie-Ange Gagnon, para ver si ésta había visto al malkavian antitribu por allí. Pero lo que encontró en el laboratorio de la bibliotecaria, fue su cuerpo al borde de la muerte definitiva.

Tras avisar al resto de su manada y conseguir reanimarla, acudieron allí el Cardenal y algunos miembros de los pastores de Caín que, al interrogarla, quedaron completamente desconcertados por su relato. Según contó, había estado alojando en su cubil, desde hacía semanas a Sangris, o a alguien que decía serlo y que llegó a convencerla de que así era, pese a que resultará prácticamente increíble.

Según su versión de lo sucedido, todo había empezado con unos sueños que Marie-Ange había tenido, en los cuales, había visto el lugar en el que, supuestamente, yacía el cuerpo malherido y en letargo del Serpiente de la luz, resucitado 'milagrosamente'. Aunque no dio crédito en ningún momento a aquella visión, la sensación había sido tan poderosa, que ella misma decidió desplazarse hasta aquel extraño lugar, sin decírselo a nadie, ya que en realidad no esperaba encontrar nada. Pero su sorpresa fue mayúscula al descubrir, en el antiguo refugio setita abandonado, la imagen misma de lo que había soñado: aquel cuerpo retornado, con una pequeña chispa de no vida.

La primera noche se fue de allí sin tocar nada y estuvo a punto de avisar a sus cofrades o a Valez. Pero una voz en su interior, la disuadía de hacerlo. Como tenían mucho trabajo

pendiente y L'Angou no iba a permitir que abandonara sus tareas, decidió ofrecerse a su ductus para realizar ella misma la labor de nigromancia de la que normalmente se ocupaban otros y de esa manera, poder disponer de tiempo y espacio en solitario para investigar el increíble acontecimiento. Aquello podía resultar un hecho único en la historia de Montreal y sin duda, le reportaría, si era ella misma la que lo sacara a la luz, un prestigio y una notoriedad que nunca había alcanzado entre los suyos.

Durante las noches siguientes, se encerró con él en su laboratorio. Lo alimentó hasta que consiguió que despertara. Al principio le costó comunicarse, ya que mostraba claros síntomas de pérdida de memoria, pero, desde su primera conversación, se negó a que lo presentara a otros cainitas cuando ella, viendo las coincidencias con el caso de Jacob, le ofreció que hablara con los Pastores o con Beatrice. Su argumento fue que, si era realmente Sangris, no confiaba en que la actual arzobispo de Montreal no quisiera deshacerse de él, ahora que estaba débil, para impedir que recuperara su trono.

Debió haberse dado cuenta entonces de que aquel ser pretendía engañarla, pero su carisma personal y el aura de grandeza que proyectaba, lograron encandilar a la nodista hasta el punto de hacerla perder el sentido común. Se había obsesionado tanto con el serpiente de la luz, que llegó a pensar que lo amaba. Lo cual, mostraba a las claras, que era víctima de las poderosas artes de manipulación propias del sujeto.

Pero con la llegada del Cardenal a la ciudad y la captura de Valez, Marie-Ange, ya no tenía excusa para seguir ocultando su descubrimiento y le transmitió al supuesto ex arzobispo su decisión de acabar con el secreto. Fue entonces cuando este la atacó, dejándola malherida y huyó de su refugio sin que nadie pudiera detenerlo.

Cuando acabó de relatarles lo que había sucedido con su sire, Molly 8 les explicó que, debido a la sorpresa y el estupor provocado por semejante acontecimiento, Strathcona había reunido inmediatamente a los obispos Ezequiel, Alfred Benezri y la Rosa y al navegante Miguel Santo Domingo, en privado, en las estancias de los Ángeles Perdidos y que, ella misma, fue testigo de que ninguno de los convocados salió contento del rapapolvo.

A continuación, el antiguo ventrue antitribu, se despidió y se marchó, no sin antes pararse a pedirle que fuera a avisar a los Silver Rockets y les transmitiera un mensaje de su parte: Zhou estaba vivo, o más bien, seguía no muerto y él debía ir a buscarlo para traerlo a Montreal.

Mientras tanto, ellos deberían confiar en las decisiones que había tomado, por muy controvertidas o dolorosas que les parecieran, y apoyar al nuevo arzobispo en todo momento hasta su regreso.

Todo aquello había dejado a De Paso bastante perplejo, aunque estaba claro que aquella ciudad nunca iba a parar de sorprenderles. ¿Por qué ahora de repente Strathcona sabía que Zhou vivía? Por otro lado, no era capaz de anticipar qué decisiones había tomado el Cardenal que pudieran resultarles ‘dolorosas’. Suponía que habría tenido que determinar qué castigos se les aplicarían a los implicados en la guerra interna y quién sería el nuevo arzobispo. Y si conocía bien al viejo dirigente, lo normal es que tanto Valez como Ezequiel resultaran apartados de sus cargos y denostados de alguna forma y, seguramente, Alfred Benezri se hiciera con la archidiócesis, reunificándolos a todos en la comunión de los valores de la secta y guiándolos contra las acechanzas de los decani y su perverso influjo.

Aunque le cabía la duda de si, al convocar también a Miguel Santo Domingo al mencionado cónclave, no hubiese decidido castigar también a los Pastores por su descuido interno e investir al navegante como nuevo líder de la ciudad, en una maniobra más continuista con la política desarrollada hasta el momento, basada en el mantenimiento del equilibrio entre las presiones de las distintas facciones e ideologías. Kyle Strathcona era un excelente estratega, uno de los mejores del Sabbat, aquel era el motivo de que fuera tan valioso para la secta en la lucha contra sus enemigos.

Por eso, tras haberse despedido de la tzimisce y haber decidido quedarse a debatir todas estas cuestiones en el refugio hasta el crepúsculo, cuando a la noche siguiente, se despertaron y recibieron la notificación de que un nuevo cónclave se había convocado en la sala del trono, los Silver Rockets se apresuraron a acudir, expectantes a las nuevas que surgirían de él.

De nuevo, todas las manadas que quedaban se hallaban presentes en la gran sala. Las columnas, los relieves y las esculturas, lucían diferentes aquella noche. De Paso se dio cuenta enseguida de que lo que había cambiado era la luz. Todo el entramado eléctrico había sido sustituido por decenas de antorchas que se habían distribuido por la pared circundante, utilizando sus antiguos soportes. Aquello le daba un ambiente mucho más tétrico y oscuro, que el templo creyó atribuir a una maniobra de los Pastores de Caín y el nuevo arzobispo para reflejar un cambio en la forma de dirigir la ciudad, un nuevo comienzo, regresando a las antiguas tradiciones.

Pero seguramente casi nadie en aquella reunión, estaba preparado para lo que iba a presenciar. Lo primero que podría haberles dado una pista, fue que no estuvieran presentes en la sala, ni los 25:17, ni los Ángeles Perdidos. En el estrado del trono, se encontraban, de pié, Miguel Santo Domingo, La Rosa, Alfred Benezri y Sebastien Goullet, y salvo el último, ninguno tenía buena cara. Lilith le indicó al tzimisce que tanto los Pastores como los Bibliotecarios se encontraban allí, en el lugar que siempre ocupaban y éste se fijó en que parecían estar todos presentes, pese a lo reacios que solían ser a acudir a estas ocasiones, y lo mismo podía decirse de las Viudas. Estaba claro que el anuncio que se iba a dar sería decisivo para todos los cainitas habitantes de la ciudad. El único que seguía sin acudir era Santiago De Soto, lo cual implicaba que el brujah antitribu, sire de Santo Domingo y verdadero ductus de los Navegantes, definitivamente se había autoexcluido de los asuntos de la secta.

Sin embargo, lo que provocó el runrún general y desató las exclamaciones de asombro y sorpresa fue ver descender, por la escalera de caracol que daba acceso al antiguo cubil de Valez y su manada, a Tobías Smith junto a Ezequiel, escoltados por la cofradía del serpiente de la luz. Y no solo por el hecho mismo de la imagen que esto reflejaba, sino porque, además, el que Soldat fuera tocando su gaita, haciendo sonar una impresionante marcha marcial, suponía el anuncio a todas luces, de una investidura bastante inesperada. Así que, cuando el chiquillo de Sangris, una vez descendidos todos los peldaños, se adelantó para iniciar su discurso, De Paso entendió a qué se podía referir el cardenal con respecto a lo controvertido de su decisión:

-Ya sé que muchos no esperabais que este momento llegaría. No tan pronto, al menos. Y que algunos otros, ahora mismo desearíais que nunca hubiese llegado. – Dijo mirando primero a Santo Domingo y luego a Benezri. El tono de Ezequiel no era el mismo de siempre. Cuando habló esta vez, su voz no tenía esa cadencia incisiva que había utilizado el pasado, con la que martirizaba a sus oponentes políticos. Su expresión seria y su talante eran más cercanos y conciliadores. – Y a mí me hubiera gustado también llegar a este punto en otras circunstancias, habiendo demostrado realmente mi valía y mi visión y no teniendo que hacerlo por compromiso y necesidad y tras unos desafortunados sucesos que demuestran el fracaso de todos los que dirigíamos esta ciudad. – Hizo una pequeña pausa, posiblemente, pensó De Paso, para ordenar sus ideas. La concurrencia estaba completamente expectante.

-Se me ha encomendado la titánica tarea de luchar contra un nuevo enemigo. Y digo nuevo, no porque no lleve aquí desde siempre, sino porque ninguno hemos sido capaces de verlo. Y digo titánico, porque su poder va más allá de lo que podemos entender. Además, también habré de

cerrar las cicatrices que esta guerra ha provocado en nuestra ciudad. Y tendré que hacerlo sin olvidar el castigo para todos los responsables del daño causado, incluido yo mismo. – Aquellas palabras consiguieron despertar algunos comentarios irónicos por parte de sus detractores, lo que le dio pie a continuar diciendo. – Por lo pronto, y para los que creen que mi propio castigo no será ejemplar, anuncio que abandono mi manada y mi pertenencia a la Mano Negra durante el tiempo que ostente el cargo de arzobispo de Montreal. – El alboroto general fue tremendo. Lilith miró a De Paso con los ojos desorbitados y cara de no poder creer lo que estaba oyendo. Pero la serpiente de la luz continuó alzando la voz. – Además, mi primer decreto, será declarar la caza de sangre sobre alguien que dice ser mi sire, regresado de su pira funeraria y sobre mi reciente aliado, Pierre Bellemare. – De nuevo surgieron las exclamaciones de asombro. – Y tened por seguro que limpiaré mi nombre y mi pasado de todos aquellos que han intentado manipularme con engaños y argucias hacia sus propios y corruptos fines. Yo limpiaré mi propia mierda. – Esta última frase, la exclamó, ahora sí, en su habitual tono de arenga, provocando la aprobación de muchos de los presentes y el asentimiento de Tobías Smith, que se había quedado en un segundo plano, de pie, escuchando el discurso con los brazos cruzados y semblante serio.

-Muchas cosas van a cambiar. – prosiguió la cobra, levantando los brazos pidiendo que bajara el volumen general del auditorio. – Alfred Benezri, que con mi propio nombramiento ya tiene suficiente castigo, deberá encargarse, a partir de ahora, de la supervisión general de las creencias y sendas de los habitantes de Montreal, y será responsable directo de la desviación de cualquier miembro de la secta, hacia las oscuras sendas del infernalismo. Todos, y recalco, todos los cainitas de la ciudad, deberán responder ante un sacerdote de manada y este, proporcionará informes periódicos a los Pastores de Caín, los cuales tendrán potestad para investigar a cualquiera del que sospechen que pudiera estar jugando con poderes perversos. – Varias conversaciones fueron surgiendo por toda la sala a raíz de lo que iba comentando el nuevo mandatario.

El propio Lupus comentó:

- Al final va a ser que necesitamos concretar el tema del sacerdocio cuanto antes. – De Paso se dio cuenta de que Lupus había cambiado en los últimos días. Había estado más callado y reflexivo desde la muerte de La Bestia, aunque también había percibido en sus comentarios y observaciones, una especie de nueva inspiración.

-Por otro lado, – Continuó Ezequiel. – La Rosa se comprometerá a acudir a todas las reuniones y celebraciones de la ciudad si quiere mantener su título y su cargo de obispo. Nadie volverá a poner sus intereses particulares por encima de los intereses de la secta mientras yo sea el líder. – Y dirigiéndose directamente a ella, añadió: - El resto de lo que hagas en tu Cubil será cosa tuya mientras mantengáis el informe antes mencionado. – Ella lo miró con desgana, como si le siguiera la corriente por obligación, aunque a De Paso le pareció que a él no le importaba lo más mínimo su pose. El templario no terminaba de entender por qué la mantenía entonces como obispo.

-Habrá que elegir un nuevo obispo para suplir mi cargo. – Siguió Ezequiel sin demorarse. Era evidente que quería acabar cuanto antes con todas aquellas cuestiones, pero se movía diligentemente en sus funciones. – El cardenal escogió como candidato a Santo Domingo, pero yo, me he tomado la libertad de proponer también a Sebastien Goullet, ya que entiendo que le debo algo a su manada por el daño que ha sufrido en los últimos años a manos de Bellemare. Y aceptaré, si alguien más quiere presentarse para el cargo, que lo diga ahora. Al final de la reunión votaremos a mano alzada para decidir quién ocupará el puesto. – La cara del contraamaestre de los Navegantes era un poema. Antonio De Paso no podía imaginarse por lo que debía estar pasando el bruja antitribu. La arzobispo a la que había apoyado hasta el final, había sido apresada y por lo visto, completamente desposeída de su cargo y apartada de cualquier asunto concerniente a la política de la ciudad. Además, si el cardenal había querido tener un gesto hacia él y su manada, por su fidelidad y por haber estado siempre apoyando a la que él mismo designara años atrás como mandataria, proponiéndole como candidato, no lo había hecho del todo efectivo, permitiendo que su adversario político, pudiera soslayarlo y con suerte, dejarle fuera de la ecuación. Pero aquello no iba a ser lo que indignara más al sacerdote de los Navegantes esa noche.

-Por último y antes de comenzar con la ceremonia de mi investidura con un gran banquete y baño de sangre, quisiera tener una última mención para la que ha sido una de las manadas más importantes del Sabbat durante las últimas décadas. Los Ángeles Perdidos será, a partir de hoy, historia de la secta. – Los comentarios se desataron por todos los rincones del mausoleo. Ezequiel esperó a que se calmaran para continuar, ahora sin tanta prisa. Parecía que quisiera regodearse en lo que iba a anunciar. – Hemos sabido que Marié-Hèlen, recientemente desaparecida, parece haber desertado a la Camarilla de Toronto. – Nuevas exclamaciones de asombro. - Estos hechos, sumados a los ya conocidos por todos, como la innecesaria muerte de Gharston Roland o el abandono obligado de Tobias Smith, aquí presente, de la mencionada

cofradía, provocan que sólo quede un miembro en activo que la represente. - Hizo otra pausa dramática, que solo produjo un silencio expectante en los presentes.

-Y aunque un solo miembro debería ser suficiente para rehacer una manada, para hacerlo, este miembro tendría que mantener la cabeza sobre sus hombros. - El mausoleo prorrumpió en nuevos y airados comentarios. La Rosa no podía creer lo que oía, Miguel Santo Domingo se giró hacia Ezequiel, completamente descompuesto de incredulidad y de rabia.

Alfred Benezri exclamó:

- ¡Eso no es necesario! – Las voces de desaprobación se mezclaron con otras de apoyo.

-Como nuevo arzobispo de Montreal, - Dijo elevando de nuevo su voz de tenor - decreto que Carolina Valez sea ejecutada por sus crímenes contra la secta. – los gritos de Santo Domingo, que estaba siendo sujetado por Erinyi y Celeste, casi no dejaban que se escucharan las palabras de la cobra. - Por haber descuidado sus funciones y haber permitido que llegáramos hasta donde hemos llegado, anteponiendo sus propias debilidades y ocultas perversiones al interés general de su cofradía y al de la ciudad en su conjunto. – Ezequiel seguía hablando haciendo caso omiso de todas aquellas voces, sabiéndose controlador de la situación, por el poder que le había concedido el cardenal.

Cuando, tanto los Navegantes, que se retiraron, no sin antes dejarle claro su contra maestre al nuevo arzobispo por donde podía meterse el cargo de obispo y amenazarle con que lo pagarían caro si seguían adelante con aquel acto de cobardía sin par, como algunos otros simpatizantes de Valez, abandonaron la sala, el ex ductus de 25:17, mandó traer a la reo.

Antonio De Paso, al igual que el resto de Silver Rockets, no podía creer lo que estaba sucediendo. Se fijó en que Pantera luchaba de alguna forma, en su fuero interno, para no unirse a las voces que declamaban que aquello era desproporcionado. Una venganza personal. Esta sería la prueba definitiva que demostraría su grado de afecto hacia la lasombra, o su grado de fidelidad hacia la secta. Pero Pantera aguantó. Aguantó estoicamente cuando trajeron a Valez, con su mono de motorista, encadenada, amordazada y estacada y la pusieron arrodillada junto al trono. Aguantó, como muchos otros, cuando, después de desestacarla y quitarle la mordaza, ella gritó de rabia y lanzó una maldición a todos los presentes, con una cara de odio absoluto. Y se mantuvo firme, mientras Reza Fatir le cortaba la garganta y usaba

su vitae para realizar el ritual del baño de sangre al nuevo arzobispo, bajo la delirante melodía de la gaita de Soldat.

Ahora entendía De Paso a qué se refería Strathcona con lo de que sus decisiones también podrían resultarles dolorosas. Estaba claro que el cardenal era consciente de lo que ocurriría, y que, pese a que Pantera intentó ocultarlo, el antiguo le había calado desde el primer momento.

Cuando Lilith vio rodar la cabeza de Carolina Valez por el suelo del mausoleo y caer por la escalinata, lo primero que pensó es que algo no funcionaba en el Sabbat. Puede que la humanidad fuera un lastre para aquellos seres malditos que debían lidiar con la muerte y la sangre noche tras noche, pero aquello no era motivo para abandonar todo resto de empatía y sensibilidad de sus conciencias. Es más, si algo le había dado la líder de los Ángeles Perdidos a sus súbditos era una imagen de responsabilidad y cordura, de calma y raciocinio frente a la vorágine de violencia habitual, independientemente de los pecados o asuntos turbios que mantuviera en la intimidad de su dormitorio.

Era una obviedad que los hechos constataban su análisis sobre el machismo imperante en la secta. La imagen de lo sucedido, era fiel reflejo de lo que se daba en la sociedad mortal. Se acusaba a una fémina empoderada de no ser suficientemente fuerte por su necesidad de mirarse en el espejo antes de salir a escena. ¿Y quién lo hacía? Varones. Jueces y verdugos, abogados y acusadores. Todos varones.

Y no es que Lilith hubiera desarrollado ningún tipo de afinidad hacia la lasombra, más allá de su respeto y admiración por su trabajo. Lo peor de todo, lo que más le dolía a la tremere antitribu, era que la decisión que había provocado aquel fatídico desenlace, partió de Strathcona. Su mecenas, su mentor. Aquel que seguía sin dar señales de acordarse de ella, sin concederle audiencia, o simplemente unas palabras de ánimo o reconocimiento. ¿Era tanto pedir? ¿Por qué fue tan cercano con ella al principio si luego iba a ignorarla absolutamente una vez que partió de su regazo?

Pero todo aquel circo de desprestigio había hecho su efecto y la mayoría de los presentes, ya fuera por miedo a que los acusaran también de débiles humanistas o por la falta de apego hacia la antigua mandataria, se unieron en comunión con el ritual de la investidura y terminaron por alabar y vitorear al nuevo arzobispo. Algo que también tuvieron que aceptar los Silver Rockets, debido a la petición expresa del cardenal al respecto. Los festejos y ritos de investidura se alargaron durante casi una hora. La música de la gaita de Soldat dio color a varias performances realizadas por Reza Fatir, Elías la Ballena y Araña, con efectos especiales producidos por las artes de Yasmin y el apoyo de algunos cainitas que los Silver Rockets no conocían, seguramente pertenecientes a manadas de otras ciudades sabbat ligadas de algún modo a los 25:17 y la joven cobra, que habían acudido para la ocasión.

Y mientras todo ello ocurría, la taumaturga seguía dándole vueltas al puzle de su cabeza. ¿Quién era aquel ser que decía ser Sangris y que había robado los cuadros de Zhou? ¿Estaría aliado con Bellemare? ¿Por qué el cardenal, de pronto sabía que el Pastor oriental estaba no muerto? ¿Qué relación había entre el extraño lupino amigo de Musa y los Decani? ¿Y dónde había escuchado antes la palabra Wyrn? Había todavía demasiadas incógnitas pese a lo que habían conseguido averiguar. Lo que estaba claro era que, si el nuevo arzobispo no cogía el asunto por los cuernos, la investigación de las desapariciones y las traiciones a la secta no iba a resolverse pronto. Solo quedaba un cabo suelto. Alguien con quién todavía no habían podido hablar.

-Vayamos a ver a Santiago De Soto. – Propuso la tremere antitribu a Pantera directamente. - Es el único que puede decirnos a ciencia cierta si es posible que Sangris siga correteando por aquí después de todos estos años.

-Lo que sea que nos dé una excusa para salir de aquí, me parece buena idea. – Respondió el ductus, a todas luces afectado por los acontecimientos.

-Pues a mí me estaba gustando lo que se han montado. – Participó Lupus - Estos 25:17 son unos cabronazos, pero me parecen unos cabronazos molones, la verdad. – Su sonrisa socarrona no ocultaba una pizca de malevolencia hacia Pantera. El humor del gangrel antitribu en muchas ocasiones bordeaba lo desagradable y podía desquiciar a sus hermanos, pero aquello no tenía remedio y Lilith, creía que otros aspectos de su carácter lo compensaban.

Ya estaban preparándose para abandonar la sala del mausoleo cuando el arzobispo alzó la voz para que todos le oyeran:

-Por cierto, me gustaría tener unas palabras con aquellos que quisieron avisarnos de lo que estaba ocurriendo y no les creímos. Aquellos que se mantuvieron neutrales en la guerra civil y que también perdieron a un valioso hermano en su lucha contra Bellemare. Que se acerquen los Silver Rockets.

Lilith sintió un sobresalto al escuchar las palabras del serpiente de la luz. Todos en la manada se miraron como dudando de qué hacer, pero viéndose observados por el resto de la concurrencia y a la vista de que no podían negarse, Pantera los encabezó hacia el estrado del trono.

El resto de cainitas presentes se hicieron a un lado, dejándoles frente al arzobispo que se hallaba repantingado en el trono de huesos, saciado ya de sangre y elogios. La música había cesado y todos callaron para oír lo que el nuevo líder tenía que decir a la manada nómada mejicana. Lilith no sabía realmente que iba a pasar. Podía ser que la alusión del mandatario fuese irónica y aquello solo fuera una introducción engañosa como preludio a un castigo por no haberse posicionado hacia su bando. ¿No había previsto esto el cardenal?

-Sé que hemos tenido nuestros más y nuestros menos durante estos complicados días desde que nos conocemos. – Comenzó despacio, midiendo sus palabras. -También soy consciente de que el ajusticiamiento de Valez no ha debido ser de vuestro agrado, ¿me equivoco? – Esto último lo soltó mirando directamente al ductus lasombra de forma inquisitiva. Aunque no parecía que su pregunta esperase ser respondida ya que solo aguardó un segundo antes de proseguir, quizás, pensó Lilith, para que quedase patente alguna reacción de Pantera. Pero no la hubo. Ezekiel se levantó del trono y comenzó a pasear mirando a sus súbditos. – Sin embargo, todo lo que tengo yo que decir de los Silver Rockets, es que han sido, desde su llegada, los cainitas más fieles a los principios de la secta, a sus valores y los que mejor han servido a nuestra ciudad, por ende. – La tremere antitribu, habría dejado de contener el aliento, si lo hubiese tenido. Entre los presentes, se desató un nuevo murmullo de comentarios.

-Se unieron sin dudarlo a la cruzada contra Ottawa y tengo que decir, que lo hicieron con valor, diligencia y determinación. – Continuó la cobra - Por ello, cuando se presentaron victoriosos aquí, ante la traidora, ella no tuvo más remedio que recompensarles con el título de caballeros cruzados de Montreal, algo que yo no voy a revocar. Y les prometió que escribirían sus hazañas en la Letanía de la Sangre, junto a las de nuestros hermanos, lo que también se producirá, con la mención especial, en el libro de los caídos, de su valiente miembro del clan tzimisce, La Bestia, con el que tuve el honor de compartir los ritos y la Vaulderie previos a la partida de guerra.

Lilith seguía sin saber qué pretendía el serpiente de la luz con aquella escenificación ¿Trataba acaso de mostrarse como un líder conciliador y ecuaníme? ¿Les estaría usado para reforzar su imagen o había algo más?

-Y luego llegó la guerra interna. El momento clave. – Ezekiel parecía casi avergonzado o arrepentido de alguna manera. Conociendo a la joven cobra, todo debía formar parte de sus

artes manipuladoras, pero lo cierto es que sus capacidades eran muy eficaces, ya que, incluso siendo consciente de que las usaba, era difícil no caer en su influjo. – Casi todos fuimos arrastrados por nuestra ira, nuestras rencillas, nuestros egos. Algunos dirán que debido a la influencia de poderes superiores que nos mantenían ciegos a lo que en realidad estaba pasando. Pero eso no es excusa. Ya que ellos, una manada nómada mejicana, recién llegada, logró estar por encima de todo. Habían descubierto el origen del mal que nos aflige, habían perdido a un hermano en el proceso e intentaron sacarnos de nuestra confusión y ni siquiera en aquel momento les hicimos caso. No quisieron posicionarse y se mantuvieron ajenos al conflicto y continuaron poniéndose en peligro para intentar curar nuestro mal. – Aquí hizo una pausa mirando al suelo. Y de pronto levantó el rostro y elevó el tono del discurso hacia los ecos de la sala, emocionado, diciendo: -Esa debería ser la esencia de todo Sabbat. La rebeldía crítica, la ordalía, la lealtad al código de Milán y el valor ante el enemigo, sea el que sea y venga de donde venga. Y no la complacencia servil, la ritualidad pomposa ni el libertinaje o la búsqueda personal egocéntrica o religiosa sin un fin productivo.

Sus palabras levantaron a los presentes que prorrumpieron en gritos y vítores al nuevo líder y a los agasajados. La tremere antitribu estaba segura ya de que Strathcona le había pedido algo a Ezekiel a cambio de su nombramiento.

-Así que Pantera, os ofrezco mis disculpas por haber dudado de vosotros. –. Lilith se fijó en que De Paso y los otros aún parecían sorprendidos. El arzobispo dejó pasar un tiempo razonable para que todos interiorizaran su mensaje y luego continuó: -Y con respecto a eso, me gustaría compensaros ofreciándoos la posibilidad de convertiros, si os place, en una cofradía sedentaria de Montreal, teniendo además en cuenta que hemos perdido a muchos en estas últimas noches. – Se oyeron algunas voces a favor.

-Pese a que agradezco la oferta, - Respondió enseguida el ductus - creo que eso es algo que tendremos que hablar entre nosotros con detenimiento. – La actitud cautelosa del lasombra, no escondía cierto matiz de desconfianza y quizás algo de rencor por los recientes sucesos. La joven cobra pareció no inmutarse ante ello, incluso continuó en su misma actitud ante la respuesta:

-Por supuesto, por supuesto. Si algo hemos aprendido de vuestra manada es que sois reservados y reflexivos, sin que ello os prive de ser arrojados y fieles defensores de nuestros principios. – Lilith pensó que, si les hubiese visto en Atlanta, no diría lo mismo.

-Pero lo que si me gustaría es poder tener una charla en privado con vosotros en cuanto esto termine. – Sentenció, y la taumaturga volvió a temerse que hubiera algo más que el mandatario se reservaba decir en público y que pudiera afectarles. Mas Ezekiel prosiguió: - El futuro de nuestra ciudad depende de lo que hagamos a partir de ahora y es muy importante todo el conocimiento que podamos reunir al respecto del enemigo.

No tardó mucho en acabarse la celebración y los Silver Rockets se vieron obligados a permanecer allí. Pero en cuanto el nuevo arzobispo dictó las normas de convivencia y emplazó a las cofradías a seguir con sus quehaceres cotidianos, eso sí, con una especial atención hacia lo relacionado con las desapariciones, Bellemare y el supuesto Sangris, la reunión fue disuelta.

Prácticamente nada más despedir a todos, Ezekiel los emplazó a juntarse en la capilla de Caín. Allí estaban los 25:17, los desesperados, Benezri, Raphael y el hermano Marc, que parecía en bastante mejor estado que en su anterior encuentro, Molly 8 y su sire Mary-Ange, y el tal Jacob al que apodaban ‘cables cruzados’ por su extraña anomalía. El arzobispo les contó que el Cardenal le recomendó reunirlos a todos para recopilar la información que se tenía sobre lo que algunos habían llamado durante años ‘lo desconocido’ y con ello intentaran sacar todas las relaciones posibles que pudieran ayudarles a comprender a su enemigo para poder enfrentarlo.

Casi todo lo que se dijo ya era conocido por Lilith que lo había recopilado de los libros prestados de la Biblioteca, aunque descubrió algunos nuevos detalles de las revelaciones extraídas por los Pastores y los Bibliotecarios de los extraños delirios del tremere antitribu Jacob. No obstante, aquella amalgama de pensamientos, sensaciones y sentimientos sumados a números y cábalas aparentemente inconexas, no le dieron a la Silver Rocket nada a lo que aferrarse, incluso tras hablar con Yasmin que ya había tenido tiempo de estudiarlo con más detenimiento. Molly habló sobre los cuadros, pero decidieron que, si Zhou estaba realmente no muerto, él mismo les aclararía su significado cuando regresara con el cardenal. Otra incertidumbre era la de Musa, aunque Mary-Ange aportó que el pasado de la hija de la cacofonía y la relación de la manada de Les Misérables con Cedilia de la Lengua, que ya fue acusada de infernalista, podrían explicar que estuviera de alguna forma implicada.

Por otro lado, La fervorosa certidumbre del hermano Marc, ahora escuchado por sus hermanos de manada, con respecto a la presencia demoniaca no hacía sino corroborar lo que ya todos sabían, que el mal que habitaba bajo Mount Royal no había sido destruido, ni siquiera

expulsado. Si acaso, debilitado en otro tiempo, pero su resurgir y el de sus servidores estaba próximo si no lograban evitarlo. Así pues, cuando De Paso relató el episodio de Pierre Bellemare y la verdadera identidad de Cairo y entre Lupus, Lilith y Lázaro explicaron lo que habían experimentado en las entrañas de la ciudad, el dibujo que tenían ahora todos en la cabeza era más concreto, aunque fragmentado. La única pieza que no encajaba por ningún lado, a parte de los delirios de Jacob, era Sangris.

-Pensábamos acudir a hablar con De Soto justo antes de que nos emplazarais a este cónclave.
– Le dijo Pantera al arzobispo. – Tendríamos que saber cómo ha sido posible, si es que es cierto, que haya podido retornar si él lo ejecutó sumariamente tras el juicio. Es el único que puede saber algo.

Todos miraron a Ezekiel. Que se mantuvo mirando al frente, a un punto inexistente, durante unos segundos, antes de decir:

-Ese canalla lleva en mi contra desde el momento en que retorné.

-Cierto – Intervino Soldat de pronto. Era poco dado a hablar, o por lo menos eso le había parecido a Lilith, pero cuando lo hacía, siempre parecía muy seguro de sí mismo y de lo que decía. – Todos estos años he estado intentando abrir una vía de entendimiento entre nuestra manada y Valez, pero esa rata de Santo Domingo siempre se las apañaba para convencerla de que estábamos en su contra y no creo que esa estrategia fuera del propio contramaestre de los Navegantes. Estoy seguro de que Santiago de Soto sigue haciendo política en la sombra, pese a no mostrar sus cartas.

Inesperadamente, Quatemoc dijo en un volumen apenas audible: - Yo pude escuchar una conversación entre ellos, en la que efectivamente, el ex inquisidor le dejaba claro a su chiquillo que no debía dejar a Ezekiel llegar al poder, ni juntarse con los que lo ostentaban.

-Ese viejo loco siempre ha dudado de mí sólo por mi sangre y mi pasado – Escupió la cobra, encendido – Y ha manipulado a los demás para que también lo hicieran. Es un cobarde y un traidor. Siempre supe que disfrutó con la destrucción de mi sire por la envidia que le había tenido durante años. El fulgurante cruzado continuamente bajo la sombra del elegido para gobernar. – Escenificó con voz teatral, para seguir con dureza: -Pero pagaré por todos estos años. Vamos a ir a su casa y vamos a ir ahora. A lo mejor nos llevamos una sorpresa y resulta que está implicado en toda esta mierda.

Así que, un par de horas antes del amanecer, el recién nombrado arzobispo, su ya ex manada, los Silver Rockets y Benezri, que decidió acompañarlos, además de para escuchar de primera mano lo que el antiguo inquisidor tenía que decir, para mediar en el caso de que surgiera algún conflicto con Los Navegantes, se presentaron en Wesmount, en la vieja mansión que Quatemoc ya había visitado hacía alrededor de una semana. Y como era de esperar, efectivamente, el conflicto saltó, porque allí precisamente se encontraban Los Navegantes al completo y, de hecho, acompañados por unos cuantos individuos a los que no conocían y que parecían estar reforzando la seguridad del emplazamiento:

- ¡Largaos de aquí chusma traidora! – Gritaba el contraamaestre desde detrás de la valla de la mansión. - ¡No obedeceré órdenes tuyas hasta que el propio Strathcona me lo diga en persona! – incluso con la distancia que había entre las lujosas mansiones circundantes y la privacidad de que gozaban, con sus altos setos, sus rejas y la amplitud de sus terrenos, algunos perros comenzaron a ladrar y se escucharon algunas voces de reprimenda en los alrededores. Pero Miguel Santo Domingo no cambió su actitud - Cuando se entere de que has ejecutado a Valez sin su expreso consentimiento, seguro que cambia de opinión con respecto a tu capacidad para el liderazgo de esta ciudad. – Escupió con furia, y añadió – ¡Y a lo mejor hasta recibes tu merecido de una vez por todas! – El bruja antitribu estaba tan desbocado que tenían que sujetarlo entre Celeste y Erinyi para que no se lanzase a por su interpelado. La cara de la gárgola era casi de disculpa hacia Ezekiel, Lilith sabía que sus sentimientos por la cobra seguían ahí, pese a todo lo que estaba ocurriendo.

- ¿De verdad eres tan simple que sigues creyendo que el cardenal no sabía lo que iba a pasar cuando me eligió? – Le respondió mordaz el serpiente de la luz, en un tono mucho más controlado. - He venido a hablar con tu sire, y no necesito tu permiso para hacerlo.

- ¡Soltadme, Maldita sea!, - Les decía Santo Domingo a sus cofrades mientras se revolvía - ¡Yo mismo te daré tu merecido si no te marchas ahora mismo de aquí! –

Pero en ese momento, la puerta de la mansión se abrió. No estaba a más de veinte pasos de la verja. A contra luz, se pudo observar el contorno de un personaje de pelo largo, de buena estatura y corpulencia, aunque lucía algo encorvado y achacoso en sus movimientos. Su aparición pareció dejar sorprendido a todo el mundo, por lo que se hizo un repentino silencio expectante.

- ¿Es cierto, entonces? – Dijo una profunda voz, cascada como la de un viejo bluesman que ha abusado demasiado del alcohol y el tabaco. – El joven Ezekiel se ha convertido finalmente en el fiel reflejo de su sire. El hijo pródigo ha alcanzado su destino. -

-Ni todas tus argucias han logrado detenerme, viejo amargado. – Respondió orgulloso la cobra mientras el resto observaba atónito. – Y ahora tendrás que dar cuenta de lo que nos llevas ocultando todos estos años. Porque sospechamos que sabes algo que no nos has contado y que a lo mejor estás involucrado en toda esta basura infernalista que ensombrece nuestra gran ciudad.

- ¡Eso no va a ocurrir! – Volvió a gritar el contramaestre - ¡Tendrás que pasar por encima de mí, maldita cobra engreída! – El brujah antitribu se había conseguido agarrar a los barrotes de la verja, arrastrando en su movimiento a sus dos cofrades, que estaban dejando surco en el empedrado del camino de la entrada, y comenzaba a doblar el metal hacia adentro.

- ¡Basta! – Se oyó de repente, de nuevo desde la puerta. - ¡Déjalos pasar! Ya no puedo seguir escondiéndome. No después de los últimos acontecimientos. – Y la figura se dio la vuelta y comenzó a introducirse de nuevo al interior de la mansión.

-Pero... - Santo Domingo parecía completamente desconcertado, no podía creer lo que pasaba, mientras seguía aferrado a los perjudicados hierros. - ¿Qué...?

- ¡Haz lo que te digo! ¡Y vete a enfriar por ahí! – Se le escuchó decir a De Soto, desde dentro – Maldita sangre la tuya. Ni con el paso de los años sois capaces de controlaros – Estas últimas frases, las consiguió captar Lilith, que había expandido sus sentidos hacía unos instantes, para no perder ni un ápice de lo que ocurriera en aquel momento, que ella consideraba clave. Interpretó que se refería a la tendencia natural de los descendientes de la línea de sangre de Troile, todos los brujah, eran muy sensibles a la explosividad y a caer fácilmente en el frenesí en momentos de enfado o tensión, y sus contrapartidas antitribu, lo mismo. Pero no sabía por qué el antiguo ex inquisidor se había referido a ello como algo ajeno a su persona, cuando él también era poseedor de la misma sangre. Si no recordaba mal, el propio sacerdote de los Navegantes, le había contado que la antigüedad de algunos de ellos, les hacía menos vulnerables a tal efecto.

Lejos de calmarse, Miguel Santo Domingo, salió de allí soltando improperios contra todos los presentes, incluyendo a su sire y sus cofrades, incluso llegó a reventar de un solo golpe a uno de los chicos que se habían reunido allí para acompañar la vigilancia de la mansión.

El resto, bastante intrigados con las palabras de Santiago De Soto, se dispusieron a entrar en su residencia, aprovechando su invitación. Poca gente había traspasado aquellas puertas en los últimos años, según había podido saber la tremere antitribu.

La decoración interior de la casa, daba cuenta del poco cuidado y limpieza que el viejo brujah antitribu había dedicado a sus estancias. Todo estaba cubierto de polvo, enmohecido, oxidado o carcomido. Las telas de araña y sus habitantes habituales, tanto predadores como presas, campaban a sus anchas por todos los habitáculos. Los inodoros lucían resquebrajados y en completo desuso, sólo los espejos habían sido despejados de vez en cuando para echar algún fugaz vistazo, seguramente en miles de conversaciones que el antiguo cainita hubiese abordado consigo mismo en su acostumbrada soledad. Viejos cuadros decolorados, tapices, fotos en blanco y negro y lámparas de gas, colgaban aquí y allá en un completo caos de singular albedrío en los múltiples salones, bibliotecas y salas de estar que ocupaban la planta baja de aquel enorme caserío. Y hacia una de ellas, posiblemente la más grande, los dirigió el ductus retirado de los Navegantes.

Una vez acomodados, todos pudieron reconocer más detenidamente a su anfitrión. Lilith observó que se trataba de un varón muy desmejorado, aparentemente achacado por una especie de afección cutánea que pudiera ser lepra, a juzgar por las vendas que aquí y allá cubrían algunas partes de su incompleta anatomía, vestida con finas sedas. Una rala perilla marrón cubría sus gruesos labios y ocultaba algunas cicatrices que asomaban debajo de sus largos y descuidados cabellos. Sus ojos color de roble, observaban sin tapujos al arzobispo, como queriendo ver algo en él que pudiera ser ocultado.

- ¿Habéis cerrado bien la puerta? ¿Estáis todos aquí? – Dijo, con un claro deje paranoico, mirando alrededor, tras su meticuloso escrutinio a Ezekiel. – Me alegro de que alguien de los Pastores de Caín haya venido también. – Esto último pareció decirlo con sinceridad, mirando a Benezri.

- ¿Y eso qué importa? ¿Es que tienes algo que confesar? – El serpiente de la luz no parecía querer dejar que De Soto controlara y dirigiera la situación. – Empezarás a soltar lo que sepas

de por qué un tipo que dice ser Sangris, ha atacado a una miembro de los Bibliotecarios y ha escapado con algo que nos pertenece.

-No te impacientes chiquillo. - Respondió impertinente el ex inquisidor. No parecía que el cargo que ostentaba Ezekiel, ni su ímpetu, pudieran perturbarle en lo más mínimo. Al menos no más de lo que ya parecía por sí mismo. – Todo a su debido tiempo. Hay cosas que ni yo mismo sé. Ni siquiera si entre alguno de vosotros puede ocultarse algún espía de él. Alguien que le sirva en secreto. No puedo arriesgarme a que me encuentre, no a estas alturas. Con el poder que parece haber alcanzado ya, lo sabría al instante y entonces estoy acabado. Todo este tiempo habrá sido en vano y mi plan se irá a la mierda.

-No me importan tus malditos planes, cucaracha sarnosa. Ni siquiera si te has vuelto un jodido paranoico – Lo atacó la cobra. Parecía que se había decidido a morder definitivamente y ya nada lo pararía. Se acercó a De Soto señalándole con el dedo índice y mirándole directamente a los ojos, le dijo: – Llevo sufriendo las consecuencias de tus putos tejemanejes toda mi existencia. Por tu culpa, desde que acabaste con mi sire, y me prejuizgaste, he tenido que autoexiliarme, he tenido que ingresar en la mano, he tenido que forjarme una reputación, he tenido que demostrar a todos y cada uno de los Sabbat con los que me he encontrado, que no soy tan débil como él lo fue. Que no soy corruptible como él lo fue. Pero que sí soy digno de lo que él podría haber llegado a ser.

- ¡Por supuesto que eres digno! – Le respondió De Soto sorprendentemente, y tras un breve silencio: - Nunca he tenido la menor duda de ello, joven Ezekiel. – A medida que hablaba, continuó bajando el volumen y subiendo una octava de nota su voz: - Y por eso debes apartarte, alejarte de su influencia, de sus tentaciones y sus promesas. ¿Es que no lo entiendes? Nadie de tu categoría está a salvo. – La cara del brujah antitribu estaba casi desencajada, sus ojos desorbitados. Lilith pensó que la soledad y la paranoia, habían hecho mella en aquella alma desamparada.

- ¿Entonces puedes asegurar que tú mismo no sirves a ese Decanus? – Lo interrogó el arzobispo. - ¿No tienes nada que ver con Bellemare, ni con el supuesto Sangris? – La cara del antiguo se convirtió en una feria de muecas y tics nerviosos. Si pretendía ocultar algo, no se le estaba dando bien. No había duda de que Ezekiel había dado en el clavo, pero ¿Qué era lo que ocultaba De Soto?

-Está claro que este cainita necesita confesión. – Participó Benezri. – Pero andémonos con cuidado, excelencia. Puede que su estabilidad mental no aguante un interrogatorio tan... -
Tardó un segundo en encontrar la palabra adecuada - efusivo.

-No me importa lo que le pase. – Mientras hablaba, Yasmin se había acercado a Ezekiel para susurrarle algo al oído. – Me corroboran que esta mansión posee rituales taumatúrgicos que podrían rayar las artes oscuras. ¿Es eso cierto, De Soto? ¿Hasta dónde estás metido?

Lilith miró a sus cofrades cada vez más intrigada. Ellos parecían también en tensión. Era como si en cualquier momento se fuese a revelar lo que todos estaban esperando. ¿Sería el ex inquisidor la clave del oscuro secreto?

- ¿Has sido tú acaso el que ha traído de vuelta a mi padre de su calvario? – El arzobispo, se había acercado a De Soto y le había cogido por la solapa de su chaqueta, lo que había dejado al descubierto un viejo colgante que se escurrió de entre los pliegues de su camisa. Por un momento, el serpiente de la luz se había quedado mirándolo hipnotizado. Algo le había dejado descolocado.

-Eso es imposible, chiquillo. – Respondió al poco el antiguo, con voz casi apenada, observando como Ezekiel miraba aquella pieza de orfebrería. – Porque tu padre soy yo. – dijo y luego elevó la voz añadiendo. – Yo soy Sangris.

Todos quedaron mudos durante unos segundos. La cobra no dejó de mirar el colgante en ningún momento, ni soltó el cuello de la chaqueta. No levantó la cabeza para mirar al que había pronunciado aquellas crípticas palabras. Parecía que no se atrevía a hacerlo.

Por su parte, el autoproclamado Sangris lo miraba desde arriba apesadumbrado, la taumaturga diría que casi avergonzado, mientras decía:

-La historia es larga de contar, y ahora que la he comenzado y he echado a rodar mi suerte, te pediría que me soltases y nos sentáramos tranquilamente para que pudierais escucharla. Antes de que decidáis juzgarme y hacer conmigo lo que creáis oportuno, me gustaría aclarar algunas cosas para que no caigas en los errores que yo caí y por si hubiera algún hilo de esperanza que pudiera salvar esta ciudad del infinito mal que la aflige.

-Está definitivamente loco – Se oyó decir a Soldat.

-Llévemolo a la capilla de los Santos Vacíos y allí los Pastores le sacaremos la confesión. – Dijo Benezri.

Lilith, no sabía qué iban a hacer, pero prefería que aquello siguiese desarrollándose allí mismo, delante de su vista. Miró a Pantera expectante, el lasombra parecía abrumado y confuso. Sin embargo, la voz de Ezekiel surgió clara de su garganta cuando éste soltó la chaqueta del, hasta ahora, De Soto y dio un paso atrás:

- ¡No! No iremos a ningún sitio. -Dijo despacio. -Sentémonos y dejémosle explicarse.

- ¿Es que acaso le crees? – Preguntó Reza Fatir – ¿No estará usando su magia contigo? – El assamita antitribu desempeñaba bien su papel de paladín de su excelencia.

-Tranquilo. – Le respondió el mandatario, mirándole a los ojos. – Solo quiero dejarle que se explique. – Lilith captaba algo en la voz de Ezekiel, algo que le decía que había algún motivo por el cual, el serpiente de la luz había reconocido a su sire y tenía claro que decía la verdad. Supuso que esperaba que, con sus palabras, el resto pudiera llegar a tenerlo tan claro como él.

Entonces, el segundo candidato a Sangris de los últimos días, comenzó su relato haciendo mención a sus, por casi todos desconocidos, orígenes en Haití, en la época en la que solo era un mortal, perteneciente a un culto vudú, arraigado en la isla desde tiempos inmemoriales. Sus correrías juveniles y sus escarceos con las drogas, el alcohol y los negocios turbios, pronto le llevaron a buscar la compañía de poderes que no comprendía. Fue abrazado por un setita. Pero su ambición sin límites y sus delirios de grandeza pronto le hicieron querer ser libre y dueño de su propio destino. Mas el control de aquel clan de vampiros era tan férreo en su tierra, que solo pudo librarse de él haciendo uso de un aliado que luego descubriría que era mucho peor que sus anteriores amos. Bothothel, un decanus infernal, le dio el poder y la fuerza necesarios para combatir a sus viejos mentores y su inteligencia, le permitió unirse a los serpientes de la luz y al Sabbat en el momento oportuno para huir de Haití y de sus nuevas ataduras.

Aunque sabía que el calvario de su pacto le llegaría cuando acabara su existencia, había urdido un nuevo plan para intentar evitarlo. Su mentora en el Sabbat, había sido la malkavian antitribu Cedilia de la Lengua, que, huyendo de otro Decanus, que habitaba la Isla de Montreal años atrás, le había confesado que pretendía confundir a ambos poderes ultraterrenos,

ofreciéndolos a los dos su misma alma para que en su lucha, terminaran dejándola una vía de escape.

Por supuesto, él intentó hacer lo mismo, pero, al contrario. Y para ello, buscó refugio y compañía en la ciudad de los milagros negros. Había tenido noticias de que muchos setitas se habían desplazado a Montreal, con el éxodo de la guerra y que estaban instalándose allí a las órdenes de un tal Jéar, que traía de cabeza a las manadas sabbat residentes en la urbe. Así que nada más llegar, se presentó a la arzobispo Veronique La Cruelle, ex miembro de las Viudas, ofreciéndose como experto rastreador de serpientes de arena y como solución para el problema de desparasitación.

Al principio, nadie le creyó capaz de tal hazaña, ya que la guerra contra aquel enemigo escurridizo y tramposo, se había encallado y complicado en varias ocasiones. Pero sus esfuerzos no tardaron en dar resultado. Formó una manada llamada Cazadores de Serpientes y con ella sembró el terror entre los seguidores y cultos de adoradores de Set, escondidos por toda la ciudad. Sacudió el avispero y consiguió que muchas de las serpientes salieran de sus escondites y acabaran estacados y servidos al amanecer.

Esto hizo que su reputación se pusiera por las nubes y rápidamente atrajo la atención, como era su idea, de la intensa mirada del decanus de Mount Royal.

-Methatiah, es su nombre. – Dijo el antiguo, con un hilo de voz. - Tan malvado y retorcido como su hermano caribeño, pero quizás aún más necesitado de alimentarse de las almas de aquellos desgraciados que le sirven, ya que se encuentra en una prisión que lo debilita y lo retiene. Una trampa de redes espirituales, entretejida por los indios Hurones, habitantes primigenios de esta tierra siglos atrás y de la cual, nunca ha conseguido liberarse.

- ¿Y también reclamaste su ayuda? - lo interrogó su chiquillo. - ¿Antes o después de abrazarme y enseñarme que nunca debía depender de nadie? - Su voz de reproche acompañada de su expresión dolida, le dio a Lilith una idea de lo intenso que era el vínculo entre Ezekiel y su sire, incluso después de tantos años.

-Claro que lo hice. - Le respondió el otro a la defensiva. - De ello dependía mi supervivencia. Tenía que conseguir que el decanus de Mount Royal también reclamase mi alma, para poder

tener alguna posibilidad de escapar a una eternidad de servidumbre infernal, a la que me había condenado a mí mismo por mi inconsciencia y mi temeridad juvenil.

-Pero aquello no tenía nada que ver contigo. – Prosiguió. -Era mi pasado y tú eras mi futuro. Desde el momento en que te conocí lo supe. Tan parecido a mí, tan por encima de los demás... Estabas predestinado a ser grande, a lucir como una estrella, a liderar incluso a todo el Sabbat en su lucha. Mas para ello debía protegerte. Y la única manera que se me ocurrió para hacerlo era tomarte como pupilo. Enseñarte para que nunca cayeras en mis mismos errores y hacerlo desde una posición de poder, para que nadie pudiera descubrir mis oscuros secretos.

-De modo que, sí, efectivamente, acudí al decanus y solicité su ayuda para derrotar definitivamente a Jéar y hacerme un nombre en la secta. Lo que no fui capaz de prever, fue que, en pago por sus servicios, Methatix se cobraría más de lo que yo había imaginado.

-La arzobispo Veronique La Cruelle. - Interrumpió Benezri impaciente. - Esa parte de la historia la conocemos, De Soto, tú tan bien como yo, puesto que fuimos testigos de los interrogatorios. Pero eso no demuestra que tú seas Sangris. Lo que ocurre es que llevas tanto tiempo encerrado aquí solo, que has empezado a confundir los recuerdos del proceso a la cobra con los de tu propia memoria. ¡Has perdido el juicio!

-Si me dejas acabar, te demostraré lo equivocado que estás. - Le dijo, más sereno, el deslustrado cainita. Y continuó. - Efectivamente, la arzobispo La Cruelle, fue vista por última vez, antes de los ataques al refugio de Jéar, con su flamante cazadora de cuero rojo, hecha con la piel de varios setitas, a los que mi manada había dado caza.

Lilith recordó entonces la cazadora roja que llevaba Musa cuando la encontraron en los túneles y su imaginación se disparó. El supuesto Sangris siguió con su historia:

-Yo mismo la había dejado inconsciente, junto a toda mi manada, con un ritual con sangre contaminada, para que luego me sirviera de explicación de cómo les había logrado seguir la pista hasta el pozo de las serpientes, sin despertar sospechas sobre mis capacidades, debido a que la Inquisición había empezado a investigarme ya por aquel entonces. Tanto ella como algunos de mis hermanos fueron, como decía, reclamados por el decanus, como pude comprobar a la vuelta. Una astuta maniobra por su parte, que me colocó, además, tras mis últimas acciones heroicas, en una posición inmejorable para acceder a la archidiócesis de la ciudad.

-Y una vez en el trono, decidí que mi siguiente paso sería enseñarte y protegerte hasta el momento en que fuera descubierto. Pero mientras lo hacía, el miedo a una eternidad torturada bajo el yugo de un ser infernal me atormentaba cada amanecer. Así pues, decidí elaborar el ritual más poderoso que he conocido en todos mis años de aprendizaje oscuro. La transmutación de almas. Logré inscribírmelo en el cuerpo, tatuándomelo mágicamente con una técnica parecida a la que usan los Bibliotecarios con los libros de la piel y simplemente aguardé al momento oportuno.

-Cuando la Inquisición llamó a mi puerta y me señaló, muchos sabbat se ofrecieron para ayudarme, para clamar contra la injusticia de aquella acusación. Pero yo me entregué y me auto inculpé, dejándolos a todos atónitos. – La cara de pesadumbre del cuerpo de De Soto, hablaba por sí misma. – Luego vinieron los interrogatorios, las torturas, la búsqueda de cómplices y toda esa parafernalia. Pero yo sólo conté lo que quise contar. Hasta el día del Auto de Fe y mi pira de destrucción.

-Dos días tardó De Soto en dar muerte a mi cuerpo. Pero lo que no sabía, es que, en el último momento, cuando Boththel y Methatiah descubrieran que les había vendido mi eternidad a ambos a la vez, desviando así su atención de mi persona para enfrentarse por su botín, yo ejecutaría mi ritual, intercambiando mi alma por la suya, que fue la que finalmente los demonios tuvieron que repartirse. – Su rostro había cobrado cierto grado de satisfacción al revelar la treta. La tremere antitribu podía imaginarse la de veces que se habría contado la historia a sí mismo el solitario cainita que, una vez comprobó la cara desencajada de alguno de los presentes, prosiguió.

-De lo único que me arrepiento, es de no haber delatado al maldito Bellemare. Ese capullo juró que se marcharía y no mancillaría a mi chiquillo, pero no pensaba cumplir su promesa créeme. –Dijo esto último mirando a Ezekiel.

- ¿Sabías del infernalismo de Bellemare y no nos lo has dicho nunca? – Preguntó Soldat. – Seas o no quien dices ser, podías haberle señalado para que no cayéramos en sus mentiras.

-No podía. – Fue su respuesta. Volvía a su actitud paranoica. - Mi señor infernal es demasiado listo, estoy seguro de que sospecha e alguna forma que fue engañado. Me habría descubierto. Intenté hacerlo de forma indirecta. Traté de acercarme a Ezekiel a través de varios cainitas para alertarlo, pero solo la mención de De Soto hacía que los apartara de su lado, mientras

poco a poco iba acercándose a Pierre y a Cairo, que lo atraían con diversión, brutalidad y juegos sabbat.

- ¿Y has estado aquí encerrado todos estos años? - Fueron las primeras palabras del arzobispo, que seguía mirando al suelo, quizás, pensó Lilith, para hacerse a la idea de que aquel al que hablaba no mostraba el rostro de su interlocutor sino el que habitaba en sus recuerdos. – ¿Casi incomunicado, dejándome creer que habías dejado de existir, evitando tu condena, de forma cobarde y rastrera? ¿Por qué? – Dijo furioso, elevando de pronto la voz. Parecía que muchos sentimientos afloraban todos juntos en la joven cobra – ¡Ese no es el Sangris que yo veneraba! – Añadió, con lágrimas de sangre cayéndole por las mejillas. Y tras unos instantes en los que nadie más habló: – ¡Tú no eres él! ¡Dejaste de serlo hace mucho tiempo! – Se limpió con la manga y continuó. – Me voy de aquí, no puedo ni mirarte si quiera. Me das asco. – Y dirigiéndose a los demás, mientras se preparaba para salir de la casa, añadió:

-Sacadle lo que podáis, pero no dejéis bajo ningún concepto que abandone este sitio. A lo mejor todavía nos sirve como reclamo para tenderle una trampa al decanus.

Capítulo 19: Caza de Sangris.

Era una noche brumosa, de luces extrañas. La temperatura había descendido algunos grados en los últimos días, trayendo una pequeña borrasca de verano, que no parecía muy natural. Quatemoc llevaba un buen rato esperando acurrucado entre dos coches aparcados al final de un puente sobre el río. Sus instrucciones eran claras: no hacer nada hasta ver aparecer al objetivo, momento en el cual debía regresar al punto de encuentro, tratando de no ser detectado y dar el aviso a la partida de guerra.

Estaba bien alimentado, concentrado y listo para actuar. La meditación, arraigada ya en su rutina nocturna, tras años de práctica y entrenamiento, le proporcionaba una perspectiva ventajosa sobre sus presas en un alto porcentaje de las ocasiones. Sus habilidades y su determinación, hacían el resto.

El assamita antitribu repasó mentalmente los últimos acontecimientos para ordenar sus ideas y relajar la mínima tensión que pudiera estar sintiendo, no fuera a distraerlo.

La población cainita de Montreal volvía a estar en guerra, aunque esta vez, todos juntos contra un enemigo común. El Cardenal Strathcona, finalmente había vuelto con Zhou, mas nadie sabía de dónde, ni por qué había tenido que ir él en persona a traerlo. Lo que también se habían traído y, por lo que parecía, contra su voluntad, era a una cainita, vieja conocida de la ciudad. Nada más y nada menos que a Cedilia de la Lengua.

Al parecer, Zhou andaba trabajando incansablemente, desde su regreso, en repintar los cuadros que en su día creó. Mapas, según explicó, de las zonas de poder en las que Methatix, era, de algún modo, permeable a la realidad. Él y los Pastores de Caín al completo, estaban dedicados a la tarea de buscar las debilidades del decanus, para poder atacarle donde más le doliera, por orden de Ezekiel.

Por otro lado, la directriz del arzobispo, había consistido en atraer la mirada del enemigo hacia la propia urbe, evitando así que pudiera completar el plan de Bellemare, de huir de su prisión hacia Ottawa y probablemente, hacerse más poderoso y peligroso.

Cualquier otro líder menos comprometido, le habría dejado irse para librarse fácilmente del problema, pero el serpiente de la luz sabía que si lo dejaba escapar ahora, posiblemente no

volverían a tener la oportunidad de hacerle daño. Y sin duda, pronto regresaría a reclamar lo que creía suyo por derecho.

La noche en la que De Soto reveló que, en realidad, era Sangris, los Silver Rockets se quedaron con él y con la ex manada del arzobispo tras la marcha de Ezekiel. Incluso durmieron allí durante el día, ya que la mansión estaba perfectamente preparada para acoger a un nutrido grupo de cainitas: contraventanas, gruesas cortinas, sótanos a prueba de luz.

Pasaron la mayor parte del tiempo escuchando al antiguo contándoles sus batallitas, intentando sacar la máxima información posible referente al infernalismo de Montreal. Ahondaron en el papel que habían jugado Bellemare y Elías en las correrías de la serpiente, sin que la ballena llegara a saber nunca las secretas armas a las que recurrían los otros dos. Charlaron sobre la desconcertante figura de Musa, que Sangris les describió como guardiana de las huestes infernales del decanus, controlándolas con su voz, para esperar al momento preciso para soltarlas. De las enfermedades que se esparcían por la ciudad rápidamente, cada vez que uno de los sirvientes infernales conseguía transmitir su corrupción a cainitas desprevenidos y estos se alimentaban sin saberlo de cientos de mortales, el rito Caribdis, o como lo habían llamado, la 'lavadora'. O de los poderosos rituales que protegían el barco de los Navegantes y más especialmente aquella fortaleza en la que el propio habitante del cuerpo de De Soto se había encerrado, evitando que la entidad demoníaca, pudiera acceder a sus pensamientos y actividades.

Les confesó que, todas las noches, sentía una tentación irrefrenable de volver a acudir a su libro de taumaturgia, repleto de oscuros rituales e inconfesables secretos, con los que podría volver a ser el que era y alcanzar de nuevo la gloria y el poder. Fantaseando con la idea de liderar un ataque contra el decanus y liberarse a sí mismo y a la ciudad, de la terrible lacra que la envolvía. Pero no solo el miedo lo retenía. Era lo suficientemente inteligente como para saber que aquello no era más que una idea ilusa, un imposible. Utilizando las artes de su amo, lo único que conseguiría sería caer aún más bajo su dominio.

Toda aquella conversación, sin embargo, sirvió para que Yasmín y Lilith comenzaran a ver posibles líneas de acción para una eventual estrategia contra Methatiah. Aquella idea fue madurada durante dos noches más, junto con el arzobispo, los Pastores de Caín, los Bibliotecarios y a su llegada, transmitida al Cardenal y su amigo oriental, que además aportó su

experiencia y sus propias directrices para completar el plan, sin olvidar, la ventaja que les proporcionaría el tener en su poder, a otra antigua servidora del decanus.

Y así dio comienzo la última cruzada contra los poderes infernales de Montreal.

De momento, habían tratado de llamar la atención demoníaca, utilizando el reclamo de Cedilia. La malkavian antitribu, había sido torturada y expuesta en el mausoleo del Templo de los Susurros Eternos a ojos de todo el Sabbat de la ciudad. No tardaron mucho en llegar noticias de avistamientos de bandas de motoristas provenientes de Ottawa, lo que indicaba que Bellemare podría estar siendo impelido por su señor a investigar.

Poco después, se reclamó la colaboración de Sangris, quién, muy a su pesar, hubo de tratar de comunicarse con el decanus, fingiendo que, finalmente, no había podido dejar de resistirse a la llamada del poder, con la excusa de la ascensión de su chiquillo al archidiócesis y la noticia de la aparición de un alter ego falso, suplantador de su persona.

Esto último fue el detonante. Los espías bratovitch anunciaron la presencia inconfundible de Bellemare y varios acompañantes, en las cercanías de la ciudad. Había reunido una pequeña hueste de cultistas mortales y, según las fuentes, también algunos inmortales. Sí los cálculos de los líderes de la ciudad no estaban equivocados, el ductus de Los Huérfanos no tardaría en encontrarse con el falso Sangris e incluso era posible que intentase acudir a Mount Royal a reclamar un ejército de bestias leales a Methatix para conseguir su objetivo, que no era otro que las almas que le pertenecían y se le habían negado durante tanto tiempo.

El plan era impedirselo, por supuesto, y para ello, se había desplegado un dispositivo de vigilancia, minuciosamente distribuido por todos los límites de la ciudad. El subsuelo lo controlaban Los Desesperados, Elías y Araña, ayudados por otra manada de la mano que había acudido a la llamada de Ezekiel. Los accesos desde Westomunt, estaban cubiertos por los Navegantes, que habían recuperado a Santo Domingo, tras una charla intensa con Strathcona. Las Reinas de la Misericordia y las Viudas guardaban el centro urbano, mientras que los Pastores, Los Bibliotecarios, 25:17 y el propio serpiente de la luz, protegían el refugio comunal, a Sangris y a Cedilia.

A los Silver Rockets les había tocado en primera línea, pero el cardenal en persona estaba con ellos. Cubrían los accesos desde el norte de la ciudad, junto al Rivière des Prairies, río que

separaba la isla de Montreal de la ciudad de Laval y la isla de Jesús, y que los Hurones habían llamado Skawanoti, o 'el río de detrás de la isla'. Eran los más probables por los que podían aparecer sus enemigos y en uno de aquellos puntos de entrada, se encontraba Quatemoc.

No tardaron en aparecer. Era un nutrido grupo de motoristas, avanzando lentamente por el puente, entre la niebla, como si no quisieran hacer demasiado ruido. Los acompañaban, un Jeep sin capota y un par de ruinosas furgonetas plagadas de grafiti. El Silver Rocket permaneció un segundo más observando, para cerciorarse de que se trataba de lo que estaban esperando y poder averiguar quién lideraba la comitiva. Contaban con el hecho de que sus rivales efectuarán movimientos de distracción, con señuelos para despistarles y dejar desprotegidas sus defensas. Pero en este caso, ahí estaba. Bellemare en persona, montado en su custom. Y junto a él, la que parecía ser Cairo y otro cainita que bien pudiera ser el falso Sangris, por las descripciones que le habían dado al assamita. En cuanto se hubo asegurado de que avanzarían desde el puente de Pío IX hacia el bulevar, Quatemoc desapareció en la niebla sin hacer el menor ruido y corrió hasta el puesto de avanzadilla.

-Ya están aquí - Anunció una vez llegó al emplazamiento. Habían montado una pequeña barricada cortando la calle, con varios vehículos, neumáticos y algunos sacos de arena para parapetarse del fuego de los esbirros mortales. A esas horas, nadie transitaba la zona y si lo hacía, pensaría que eran algunos vándalos haciendo gamberradas. Además, el cardenal se había asegurado de que la policía no les molestara.

-Avísale - Dijo Pantera a Lázaro. Antonio De Paso, estaba perfectamente instalado como francotirador en la azotea de un edificio cercano, con Lilith y un walkie-talkie para ser informado y recibir las órdenes pertinentes. - Dile que nos haga una señal en cuanto les vea. - Añadió. Su voz, sonaba mortecina, posiblemente provocado por la densidad neblinosa y la humedad.

-Con está niebla...- Lázaro no parecía muy convencido de la posición del templario.

-Tú avísale. - le respondió muy seguro el ductus. Pero luego se explicó. -Tiene capacidades que quizás aún no conozcas y la ayuda de Lilith. Debemos confiar.

Antes de separarse, Lupus le había dicho a De Paso:

- ¿Crees que servirá de algo disparar a Pierre? Recuerda lo que pasó la última vez.

-Dejalo en mis manos, che. No llevo ochenta años tirándole para que ahora me vaya a joder una pelotuda barrera mágica.

Quatemoc no sabía si De Paso había descubierto una forma de contrarrestar las defensas del infernalista por sí mismo o si lo ayudaría la taumaturga. El caso es que parecía muy seguro cuando se marchó, aunque el tema de la visibilidad, podría ser otro contratiempo. Pero el assamita, por muy meticuloso que fuese, hacía tiempo que había aprendido a delegar y a confiar en el resto de la manada. Su función ahora era el cuerpo a cuerpo y si era posible, furtivamente. Algo que sí era favorecido por las condiciones meteorológicas actuales.

Desde su posición de flanqueo, podía ver a Lupus, Pantera, Lázaro y el cardenal, entre las sombras de la neblina, situados tras la barricada. Las hojas de los claymore que portaban el lasombra y Strathcona, soltaban destellos entre la bruma. Los destacados ojos rojos del gangrel antitribu, le daban una imagen siniestra y amenazadora, que ayudaría con la moral de los motoristas con menos redaños.

Ahora solo hacía falta comprobar, si el poder de un antiguo y sus pupilos, sería rival contra el de un servidor infernal y sus seguidores.

-Preparaos, hijos míos. Hermanos. – Le oyó decir Quate al cardenal. Estaba hablando lo suficientemente alto para que se le escuchara desde su posición, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para entender todas las palabras. - Esta lucha será difícil. Puede que sea nuestra última batalla. Pero no nos dejaremos amedrentar por ese motivo. Porque sabemos que todas nuestras batallas pueden ser la última, ya que pertenecemos al más alto linaje que puebla este mundo con orgullo. Somos la sangre de Caín y debemos proteger su legado. – Dicho esto, Strathcona pasó por encima de la barricada y se colocó delante con su espada en ristre justo en el momento en que la estática del walkie que les comunicaba con el templario, chisporroteaba anunciando la inminente llegada del enemigo.

Quatemoc observó cómo la comitiva encabezada por Bellemare se detenía a unos cien pasos de la barricada, muy cerca de su posición. El infernalista había levantado el brazo derecho al percatarse del bloqueo y de la presencia del cardenal.

-Su eminencia en persona - Bramó, con esa voz profunda que lo caracterizaba. - No esperaba tan alto honor, después de haber sido abandonado a mi suerte en una ciudad recientemente conquistada.

De lo que rápidamente se había dado cuenta el assamita antitribu, es de que había menos integrantes en el grupo que la primera vez que los vio, hacía unos minutos. Una de las furgonetas y algunos motoristas, ya no contaban entre los presentes, lo cual indicaba que se habían separado. De hecho, le pareció echar en falta al que había reconocido como posible falso Sangris. Tendría que decírselo a los demás, pero, en aquel momento, solo podía preocuparse de lo que tenían delante. Además, tanto Pierre, como Cairo eran objetivos principales para ellos.

-No te servirá de nada hacerte el mártir conmigo, traidor impío. - Le respondió firme Strathcona. -Sabemos de tus pecados por muchas fuentes. - Y añadió. - Algunas que no creerías.

-Entonces, ¿Ni siquiera tengo derecho a defenderme en un juicio? - Dijo el otro con sorna. A Quatemoc le pareció que el brujah antitribu trataba de ganar tiempo.

El cardenal le respondió entonces: -Entrégate ahora y te daremos un trato justo. Quizás los Pastores puedan salvar tu alma de las garras del infierno. Pero habrás de ayudarnos a acabar con tu amo.

-Ju, ju, ju, ju, ju, ju. - El Silver Rocket tuvo que reconocer que la risa de bajo que brotaba de Bellemare, era verdaderamente intimidante. - Mi alma no puede salvarse, viejo. No conoces el poder de mi señor. Pero pronto lo harás. Yo mismo te lo mostraré. - Y el infernalista volvió a levantar su mano ordenando avanzar.

Las motocicletas salieron en formación de flecha hacia la barricada. Los matones, unos con pistolas o ucis y otros como paquetes o desde el puesto de copiloto del Jeep, con escopetas o fusiles de asalto, comenzaron a disparar, un poco a bulto. A la distancia a la que estaban y en movimiento, aunque fuera lento, pocos hacían blanco en sus objetivos. Quatemoc estaba esperando a que pasaran para seguirlos y cogerlos por la retaguardia cuando se fijó en que Bellemare se ponía de pie en la moto y alargaba el brazo y los dedos tatuados con aquel gesto característico que imitaba una pistola, apuntando al cardenal. Aquello provocó la algarabía de

los suyos que dejaron de disparar y empezaron a aullar y a vitorear a su cabecilla, pero justo al instante siguiente, se escuchó en la lejanía el fusil de De Paso y la rueda trasera del infernalista reventó, haciendo saltar la custom por los aires y enviándole a él bajó las ruedas de sus seguidores, que no pudieron sino atropellarlo. Además, en el intento de evitarlo, muchos otros se fueron al suelo, provocando un tumultuoso accidente y la acometida motorizada quedó bruscamente neutralizada temporalmente.

Aquel fue el momento en que el cardenal y el resto de la vanguardia de Silver Rockets, iniciaron su ataque con un grito triunfal. Y consecuentemente, también el assamita aprovechó para cogerles desprevenidos desde atrás.

La sangre y los aterrados alaridos comenzaron a surgir por doquier. Los tajos a diestro y siniestro del asesino tatuado de la Mano, provocaron el vuelo de algunos miembros que su cimitarra iba seccionado con precisión quirúrgica y a una velocidad que apenas podía seguir un ojo humano corriente. Según iba matando, aprovechaba para alimentarse de la vitae aún caliente de sus víctimas, recargando así sus energías. Una forma de luchar característica de los vástagos entrenados en el combate y que con los años había ido refinando. Además, sus habilidades le permitían también ir dejando enemigos incapacitados y desprotegidos para mantenerlos con vida, por si más adelante los necesitaba. Los mortales no eran rivales para Quatemoc en el cuerpo a cuerpo, al menos no en este número y con esta preparación. Apenas logró ninguno apuntarle con su arma antes de caer bajo sus fieras acometidas.

Pero entonces apareció Cairo.

Silenciosa e inexpresiva como siempre, los ojos fijos en su objetivo, como si se tratara de una máquina, o más bien, una marioneta. Su cabello bermellón, le cubría la parte izquierda de la cara, mientras la derecha mostraba unos tatuajes en forma de pequeños triángulos alrededor del ojo ¿Era posible que el propio decanus manejara a aquel ser sin alma?, ¿Quedaba algún resquicio de Elisa Karini en su interior? El assamita antitribu intentó una finta y se encontró con un golpe directo de la ex inquisidora que le mandó varios metros hacia atrás dando con su espalda en el asfalto.

Desde su nueva perspectiva, pudo ver, más allá de su rival, como Pierre Bellemare se levantaba de debajo de un grupo de motocicletas con facilidad pasmosa y se sacudía el polvo, fanfarrón, como si nada hubiera pasado, mientras sus sirvientes caían a manos del Cardenal y

sus pupilos. E ignorando aquella escabechina, se dirigió hacia la furgoneta que había quedado a un lado de la calle a grandes zancadas.

Cairo, mientras tanto, se mantenía quieta, mirado directamente a Quatemoc, con su katana desenvainada, como esperando a su próximo movimiento. Algo que no lo extrañó, ya sabía que ella luchaba a la defensiva, sería difícil engañarla o cogerla desprevenida después de la última vez. Lo que no esperaba el indígena tatuado, era lo que vería aparecer cuando el infernalista abrió la puerta del vehículo decorado de grafiti.

-Ya que veo que mis fieles seguidores no os han caído bien. – Dijo en voz alta el brujah antitribu, para que se le escuchase pese a los ruidos del combate. Su afeitada cabeza, brillaba por la humedad. – Os voy a presentar a mi nueva manada. Estoy seguro de que ellos os van a encantar, ya que los he adoptado en vuestro honor, Rockets. – Y al abrir el portón trasero con un chirrido estridente, anunció, como si de un espectáculo se tratara: - ¡Aquí están mis nuevos Huérfanos!

Del habitáculo trasero, comenzaron a salir, en fila, versiones manipuladas de: el Teclas, el Estirado y Sid. Sus amigos los Cosechadores, habían sido transformados en cainitas marioneta, al modo de Cairo, algo repugnantemente retorcido que les dejó boquiabiertos. Y cuando Quatemoc creía que aquello no podía ser peor, detrás de ellos, surgió la alta y encorvada figura característica del viejo voivoda tzimisce. Su mirada perdida e inexpresiva, le restaba veracidad al embuste, pero las facciones negruzcas, chamuscadas y medio derretidas de La Bestia, mostraban lo que su hermano de sangre tuvo que sufrir en el momento de su sacrificio.

Si lo que pretendía Pierre era enfurecerles, lo había conseguido. Aquello no era un desafío, era una provocación malsana, un insulto burdo y despreciable, de una bajeza indescriptible. Pero, ¿qué se podía esperar de un servidor infernal, alguien bajo el influjo de las revelaciones perversas? Mas aquellas aberraciones, al fin y al cabo, eran adversarios. Nuevas fuerzas con las que contaba Bellemare y contra las que habrían de enfrentarse, pensó Quate. Otra forma de retenerles, mientras el otro grupo se infiltraba en Montreal.

-Y no son los únicos, - dijo precisamente, con sorna, avanzando hacia el cardenal y apuntándolo con su mano tatuada. Entre los zarcillos de niebla que revoloteaban a su alrededor y a veces lo cubrían, su aspecto, con aquellas gafas de sol y la imponente sonrisa, era de lo más amenazador. – También hay para vos, eminencia. Pero al resto los he enviado a que

conozcan nuestro mausoleo. O a que vuelvan a conocerlo, sería más correcto decir, ¿No es así? Jo, jo, jo, jo. – Parecía muy orgulloso de su plan y sus bravatas, por burdas que le parecieran a Quate. - Y viajan con un viejo conocido tuyo al que seguro echas de menos.

Un nuevo disparo se escuchó desde la azotea, provocando que el infernalista se detuviera y mirara en aquella dirección. Pero en aquel mismo momento, Strathcona cargó contra él, claymore en mano, profiriendo un grito en latín:

-¡Nobiscum Deus!, ¡Caelum Denique!

Aunque el assamita no era experto en la vieja lengua, reconoció el segundo, como un característico grito de guerra templario de las cruzadas. Pero sus sentidos estaban centrados en el destino del disparo que De Paso había efectuado, mientras se levantaba para atraer la atención de la acólita de Bellemare. Su experiencia y el conocimiento de sus cofrades, lo llevó a pensar lo que estarían tramando y buscar en la furgoneta. Y, efectivamente, allí estaba, el oscuro fluido saliendo a borbotones del depósito y esparciéndose por el suelo, bajo las completamente desprevenidas figuras de los nuevos Orphelins.

Y al a vez que el traidor brujah antitribu expulsaba su veneno verde en forma de llamas infernales, con una indescriptible muestra de regocijo y diversión, diciendo: - No temo a tu Dios, vejestorio, él no te protegerá de mí.... Ja, ja, ja, ja. – y haciendo que el cardenal tuviera que apartarse y revolcarse por el suelo para intentar apagar aquel inextinguible fuego, obligando además a retirarse a Pantera y los otros; otra pequeña llama surgió de las alturas y fue a parar directa al fuel desparramado bajo el vehículo. Cuando Cairo se percató, ya era demasiado tarde para sus recién adquiridos hermanos. El depósito estalló, flambeándolos por completo. Las cuatro figuras se tambaleaban enteramente cubiertas por las llamas, pero sin proferir ningún tipo de grito ni quejido. Incluso Pierre, que no se hallaba muy lejos, había sido afectado por la onda expansiva y había dejado de rociar su flamígero chorro de muerte. Pero, en cuanto se hubo recuperado del shock inicial, profirió un grito y una maldición y mirando hacia la azotea, comenzó a abrir su boca de forma imposible, haciendo surgir de ella un gran enjambre de insectos que volaron imparables, en pos del lugar del que habían venido los ataques.

Aquello había logrado llamar la atención de Cairo y Quatemoc lo aprovechó. Controló, como pudo, la irrefrenable sensación de pánico que todo cainita sufría con la visión de las ígneas

piras que se habían formado en su derredor. Confió en que sus cofrades allá arriba, supieran lidiar con lo que se les echaba encima y se olvidó del resto del combate para centrarse en su objetivo. Posiblemente el más duro al que se había enfrentado hasta la fecha, no tratándose de un lupino, al menos, en solitario. Pero si aquella era su misión en la situación en que se encontraban, la llevaría a cabo, aunque ello significase su final definitivo. No era, en vano, un miembro del sabbat, de su cuerpo de combate de élite, la Mano Negra y de los Silver Rockets, para más inri. Así pues, desapareció entre la niebla. Y, cuando su adversaria se dio cuenta de que había perdido a su rival de vista, ya se encontraba su espalda y con la cimitarra cubierta con su propia sangre envenenada para hacerle el mayor daño posible en un solo golpe mortífero.

Sin embargo, pese a que el tajo llegó a rozarla, porque en el último momento algún tipo de sentido la alertó del ataque y se lanzó rodando por el suelo hacia delante, su piel era rocosa como el mármol y apenas la hirió. Aun así, la templaria de Les Orphelins, tuvo que desembarazarse de su cazadora, pues se había impregnado de la corrosiva vitae assamita y la seguiría dañando si continuaba en contacto directo con ella.

Por primera vez, a Quatemoc le pareció que Cairo, o lo que fuera que la manejaba, comenzaba a tomarlo en serio. La ex inquisidora se colocó en posición de combate, como lo hiciera aquella vez que simuló su lucha con Reza Fatir, durante la preparación de la cruzada de Ottawa. Y lo cierto, es que él había memorizado aquel combate y había estado repitiéndolo y practicándolo siempre que había tenido tiempo desde entonces. Por lo que adoptó la postura que en su día adoptó el 25:17. Lo que siguió, fue una danza ritual de filos y sangre: Fintas, tajos, giros y estocadas, entretejidos en una coreografía, entre aprendida e improvisada. Cada vez que uno de los dos resultaba tocado, había una pequeña pausa, en la cual, volvían a adoptar posiciones iniciales y vuelta a empezar.

Su contrincante era más dura, sin embargo, el arma del assamita, con su sangre impregnada, era más mortífera, lo que igualaba un poco la cosa. No obstante, poco a poco, las fuerzas del Silver Rocket, iban disminuyendo debido al esfuerzo y el gasto de vitae que le provocaba combatir con aquella intensidad y velocidad. Cairo, por el contrario, no mostraba signos de cansancio. Quizás fuera debido a que la templaria no expresaba ningún tipo de emoción ni estado, pero por la forma en que seguía embistiendo con su katana, no lo parecía. La lucha estaba llegando a su fin y Quatemoc se estaba preparando para ser derrotado. No pensaba

huir, debía, al menos, hacer que su destrucción no fuera en vano. Ya estaba pensando en la forma en que iba a hacerlo cuando escuchó:

- ¿Es que no vas a dejar un poco para nosotros? – La voz de Lupus fue melodía para sus oídos. Cairo retrocedió unos pasos al verse rodeada. Tanto el gangrel antitribu de ciudad como Pantera, habían acudido en ayuda de su hermano, lo que provocó que éste, sin apartar la vista de la huérfana, desviara, por un instante su atención más allá del combate, pensando que quizás Bellemare habría caído ya. Pero por los gritos y sonidos que se escuchaban, no parecía el caso.

- ¿Y qué hay de Pierre?, él es el objetivo principal. – dijo Quatemoc, que, aunque aliviado por la llegada de sus hermanos, se sintió una carga por no poder encargarse sólo de la parte que le había tocado en suerte.

-El cardenal tiene más recursos de los que parece – dijo Pantera mientras amenazaba con su espada a Cairo, andando hacia su retaguardia lentamente para flanquearla de nuevo. – Además, no creo que soportase mucho más tiempo las calurosas muestras de afecto de Bellemare. No querría convertirme en burrito a la brasa inútilmente, creo que puedo aportar más aquí.

El assamita conocía muy bien a su ductus. El lasombra era un cainita muy práctico y prudente, lo que muchas veces había provocado las críticas dentro y fuera de la manada, con respecto a su arrojo o su capacidad para el sacrificio por los suyos o por la secta. Pero él tenía plena confianza en Pantera y sabía que, si algo le había movido a acudir, era la preocupación por la supervivencia de su hermano.

-A ver nenita, – Lupus, desde el otro lado, con sus garras extendidas cual largas cuchillas hirientes, la hacía imposible escapar. – alégrame la noche diciéndome que prefieres volver a sentir las deliciosas caricias de la Rosa, y los placeres de El Corazón, antes que seguir a este dechado de virtudes que dice ser tu señor, para que no tengamos que acabar contigo. Como cátar, lo sentiría mucho, la verdad. – Sus palabras sonaron sinceras, incluso en aquella situación, lo que significaba que el gángrel, realmente, preferiría no tener que destruirla.

Pero la respuesta de Cairo no se hizo esperar, y si hasta ahora, el assamita no había sabido hasta donde podían llegar los poderes de la ex inquisidora, quedó bastante sorprendido al

verla hacer aparecer de la nada un pequeño lanzallamas y accionarlo, a la vez que giraba sobre sí misma, tratando de afectarles a todos a la vez.

No podía ser, de la nada no aparecían las cosas, le decía su mente. Tuvo que poner toda su fuerza de voluntad y centrarla en aquel pensamiento para no sentirse abrasado por completo. Estaba preparado para ello, había sido entrenado para ello. A lo mejor no era tan rápido o tan resistente como la templanza de los huérfanos, pero su determinación era un muro infranqueable. Mientras veía como Pantera y Lupus se apartaban y mostraban signos de terror ante aquellas llamas imposibles, el combate entre el ángel oscuro de los 25:17 y Gharston Roland le vino a la memoria. Se acordó de las ilusiones que el ravnos antitribu de los Ángeles Perdidos conseguía que parecieran completamente reales, dañinas incluso, por efecto de su poder. Entonces se dio cuenta. Elisa Karini tenía que haber sido una ravnos también y Cairo poseía aquella habilidad.

Quatemoc consiguió dominar sus miedos, aquellas llamas que parecían tan reales, que le quemaban y trataban de engullirlo y derretirlo, eran sólo el efecto del quimerismo, no eran reales, no podían herirlo. Así que, se abalanzó hacia delante, cogiendo a su rival completamente por sorpresa, concentrada en su ilusión y soltó un tajo, con toda la fuerza de que fue capaz, para intentar separarle la cabeza de los hombros. Casi lo consiguió. Pero, aunque no lo hiciera del todo, el golpe fue suficiente para detener de repente y por completo aquella terrorífica imagen que estaba afectando a sus cofrades y estos, enseguida se vieron libres del hechizo que los atenazaba. Y, mientras Cairo trataba de regenerar el daño que acababa de recibir, sujetándose el cuello con las dos manos, intentando detener la sangre que escapaba, los tres Silver Rockets se abalanzaron sobre ella para acabar definitivamente con su infame existencia.

Antes de acudir en ayuda del cardenal, a Quatemoc le pareció observar un rictus de terror desahogado en el rostro de la ex inquisidora, previo a su descomposición. No quería pensar en el infierno que le esperaba a aquella alma torturada, que ni siquiera había decidido por sí misma aquel destino servil. Tenían que acabar con el decanus, se lo debían a muchos hermanos. Alguien pagaría por todo aquello.

Y el principal candidato a ello estaba combatiendo a muerte con el líder del Sabbat más importante de aquella zona de Norteamérica. Los tres cofrades de la manada nómada corrieron hacia allí, justo para ver como Strathcona, prácticamente desnudo y sin un pelo en su

cuerpo, abrasado ya por las infernales lenguas flamígeras, lanzaba un mandoble que seccionaba el brazo izquierdo de Bellemare, lanzándolo por los aires. Pero el otro, con un grito más de rabia que de dolor, lo cogió por la cabeza descabellada con el derecho y lo lanzó contra la barricada que se encontraba a varios metros. Quatemoc, se fijó en que el cuerpo de Lázaro, se hallaba tendido allí cerca, no sabía si malherido o definitivamente muerto y se lo indicó a sus hermanos. Todos corrieron primero hacia allí, dando por sentado que el antiguo aguantaría un poco más de tiempo sin su ayuda, pero lo que no imaginaban es que el líder de los huérfanos, aprovechara aquel momento de desconcierto para montarse en el jeep que había quedado solitario cerca de su posición y tratar de huir. Pasó a su lado conduciendo solo con un brazo, pasando por encima de todo lo que había y sin mirar atrás.

La voz del cardenal, que recuperaba el pelo por momentos, resonó potente, mientras se acercaba a ellos: - ¡Levántate Lázaro y anda! Ese canalla no escapará hoy a su destino. No si podemos evitarlo. – Y como si de un milagro se tratara, el pander abrió los ojos y se incorporó de pronto.

En cuanto el cardenal se cubrió con un abrigo recogido de uno de los secuaces, no tardaron en coger raudos sus motos y perseguirlo, confiando en que Lilith y De Paso se las apañarían. Y efectivamente, pronto dieron con su rastro, bajo la guía del antiguo que, de alguna forma, lo había marcado para que no se le escapara. Su presa estaba tratando de hacerse camino hacia el Sureste, lo cual no encajaba con que estuviese intentando dirigirse al mausoleo. Más bien, pensó el assamita, parecía que buscaba llegar a su propio territorio en el East End de la ciudad. Las calles se volvieron más estrechas, los edificios, más pobres. Estaban adentrándose en la zona más industrial de la isla.

Por como conducía Pierre, no parecía que quisiera despistarles, lo cual, preocupaba, en cierta medida a Quatemoc. Podría estar llevándolos hacia una emboscada. Sin embargo, una vez arribaron a una nave, aparentemente abandonada, Bellemare dejó allí tirado el vehículo y se introdujo en su interior por una puerta que no se preocupó ni en cerrar.

Entraron con cuidado, siguiendo las pautas tácticas necesarias para evitar una posible trampa, pero no sucedió nada inesperado. Encontraron al brujah antitribu sentado en el suelo junto a una gran máquina, abrazado a una tubería con el brazo que le quedaba, sobre un charco de su propia sangre. Aún estaba consciente, pese a la pérdida de sangre, aunque parecía estar delirando, hablando en voz baja, para sí mismo.

- ¿Pensabas que podías huir de mí, bastardo traidor? - dijo el enfurecido cardenal, acercándose a él, arma en mano.

-No pretendía escapar, excelencia. – dijo lacónico, como volviendo en sí al escuchar las palabras del mandatario. Les miró a todos despacio, con expresión cansada. Y una media sonrisa. - Mi vida iba pronto a llegar a su fin de uno u otro modo. Sólo quería despedirme del que ha sido mi hogar durante tantos años. Je, je, je.

-Pues no te has ganado ese derecho - le respondió Strathcona y levantó su claymore para darle el golpe de gracia, pero al caer la espada, Bellemare la detuvo agarrándola con su única mano, lo que le provocó un profundo corte y el que mucha más vitae escurriese por el brazo incontrolada. Pese a ello, el infernalista sostuvo la hoja mientras decía gritando:

- ¿Que no me lo he ganado? – Su rostro se había ido transformando por momentos. - ¡Claro que no! Porque sois tú y gente como tú la que siempre ha otorgado los derechos. Los que siempre decidís por los demás, los que determináis el destino del mundo. El bien y el mal ¿Verdad? - Bellemare utilizó toda su furia para levantarse haciendo retroceder al ventrue antitribu, sin soltar el filo, enterrado en su carne. Quatemoc se puso en guardia, al igual que sus hermanos.

-En la Camarilla y en el Sabbat, - prosiguió Pierre con su discurso- incluso entre los patéticos anarquistas. Nada cambia después del abrazo. El mundo..., todos los mundos son iguales. Yo, en vida, era un obrero, un don nadie, trabajando a cuenta de otros, para que ellos se aprovecharán de mi esfuerzo. Y nada cambió cuando me convertí en sabbat. Siempre hay un señor, siempre hay una ley, un padre o un dios. Alguien que está por encima, al que adular y servir ¿No es cierto? Yo solo decidí elegir a quién hacerlo por mi propia cuenta. – Aquello hizo reflexionar a Quatemoc, incluso en las mentes más perversas, siempre podía encontrarse una víctima, un motivo ulterior que les empujaba a caer hasta lo más bajo.

- ¡Has traicionado al Sabbat y a todo tu linaje! - Strathcona empujaba con todas sus fuerzas para contener el arrebató y no verse desplazado aún más contra la pared que tenía a la espalda. - Has abrazado el abismo e intentado corromper el mundo llenándolo de enfermedades y podredumbre. Nos has vendido a un señor infernal. No hay excusa para eso.

- ¿Es que acaso hay diferencia? - le respondió el otro - Tú mismo traicionaste a la Camarilla y vendiste Montreal a la espada de Caín. Nuestra maldición, de uno u otro modo, es una enfermedad que se extiende por el mundo y lo corrompe. Los propios mortales se matan y esclavizan unos a otros por codicia y envidia. Todo es una mentira. Un cuento que nos cuentan para controlarnos. - Mientras decía esto, Bellemare, movió la espada para colocarla en su propio cuello y prosiguió diciendo: -Yo escogí mi propio destino y se lo que me espera. Pero durante estos años, he sido libre y he tenido poder para cambiar cosas, como lo hizo Sangris. Y también para hacer mi santa voluntad. No creo que ninguno de vosotros pueda decir lo mismo. Así que no os atreváis a juzgarme, ratas pusilánimes. - Y de un tirón, se cortó a sí mismo el cuello de cuajo.

Las últimas palabras de Bellemare habían dejado un mal sabor de boca a todos los presentes, pero lo más horripilante de la escena, fue que aquella cabeza que rodaba ahora a sus pies, sonreía mientras profería un profundo: Ju, ju, ju, ju, ju. El cardenal clavó la punta de su claymore, con rabia, atravesándola, para acallar aquel tétrico sonido. Unos segundos más tarde, rompió el silencio que se había creado, diciendo: - No perdamos más tiempo aquí. Aún tenemos que cazar a un falso Sangris.

Pese a que Strathcona diera por cerrado aquel capítulo, el discurso del ya extinto líder de los Huérfanos, siguió rondando las cabezas doloridas y cansadas de los Silver Rockets durante un buen rato. Nadie iba a justificar sus acciones, obviamente, pero Quatemoc nunca hubiese pensado que el brujah antitribu fuera capaz de albergar tan complejos pensamientos. Ahora incluso podía verle como una especie de víctima. Aquello podía resultar muy convincente y peligroso para mentes poco preparadas. ¿Serían ideas implantadas por los Decani en sus siervos más destacados o realmente su propia filosofía les había conducido hasta ellos?

Tras recoger, de camino, a De Paso y Lilith a los que habían localizado mediante los walkie-talkie y que se encontraban razonablemente en buen estado, pusieron todos rumbo al refugio comunal. Aún tendrían mucho que hacer si la otra comitiva había conseguido infiltrarse en el mausoleo aprovechando la ventaja que pudieran darles sus cuerpos robados. Pero cuando llegaron, descubrieron lo que ya muchos de ellos pensaban desde hacía algún tiempo, que Ezekiel era un cainita extremadamente preparado y competente para ocupar el puesto que se le había designado. No solo había dado al traste con el plan de sus enemigos, descubriendo y desenmascarando a todos los impostores, sino que, además, había logrado atrapar a algunos de ellos.

Por lo que pudieron averiguar, durante el resto de aquella noche entre los muros del templo de los Susurros Eternos, una falsa Stephanie l'Heureux había tratado de engañar, sin éxito, a Elías y su grupo en las cloacas, ayudada además por otro engendro, que se hacía pasar por Polidori. Pero fueron ambos destruidos.

Peor les fue a Las Reinas de la Misericordia, pues en un principio, cayeron en el embuste fraguado por una falsa Caroline Bishops y sus acompañantes circenses Zarnovich y Lágrimas, que se habían presentado en el Heaven, su refugio particular, explicando que habían logrado escapar de Bellemare y sus secuaces y que necesitaban ayuda inmediata. Sólo la presencia cercana de Las Viudas y su mayor antigüedad como cainita, salvó a Gouillet de sufrir el destino de su otro cofrade, Alex Camille, que, por desgracia, no pudo contarle.

También les contaron que, en el mismo refugio comunal, se presentó Sangris, el falso, pretendiendo hablar con su chiquillo Ezequiel. Su apariencia era tal y como la recordaban, cabello largo, negro azabache, mulato, de cuerpo escultural, con un tatuaje de una serpiente enrollada en el hombro y aquella mirada altiva y cautivadora. Cómo iba solo y sin intenciones violentas, el arzobispo le permitió entrar y le concedió audiencia. Pero lo hizo en una sala en presencia de los 25:17, los Pastores de Caín y el propio Sangris en el cuerpo de De Soto. La joven cobra, quería averiguar quién era en realidad aquel impostor y qué pretendía, ya que hacía tiempo que estaba seguro de la veracidad de la identidad del otro. Tuvieron la precaución de prepararse para una eventual jugarreta de su invitado y menos mal, porque, aunque descubrieron que el pobre diablo realmente creía que era el verdadero serpiente de la luz, venido de Haití años atrás, el otro Sangris, le hizo ver la verdad a través de la neblina de su memoria y aquello le provocó un ataque de locura irrefrenable, debido al cual, se vieron obligados a reducirle entre todos, usando toda la fuerza y las habilidades que poseían.

El terrible combate taumatúrgico que tuvo lugar, hizo darse cuenta a Sangris de que, de algún modo, el contrincante al que se enfrentaban, albergaba los conocimientos y el poder de Santiago De Soto, al que él creyera destruido y con su alma torturándose en el infierno. Por lo que entendía que el decanus estaba jugando también su propio juego de trilerero. Finalmente, y no sin un elevado coste de sangre y energías, consiguieron derrotarlo. Pero cuando fueron a estacarlo para retenerle incapacitado, por si les era útil contra su megalómano enemigo, se murió. Resultó que en realidad no era un vampiro, aquel ser, nunca lo había sido, lo cual los desconcertó a todos sobremanera y guardaron su cuerpo para poder investigarlo con detenimiento.

Hubo mucho revuelo antes del amanecer en el refugio comunal. Quatemoc y sus cofrades decidieron retirarse pronto a su cripta particular para descansar y reponerse de las heridas sufridas. Estuvieron todos callados y taciturnos. El assamita antitribu sabía que, por muchas victorias que hubiesen logrado hasta ahora, lo más difícil estaba por venir. Y el peligro al que se enfrentaban, era de tal dimensión, que pocos cainitas en el mundo sabían si quiera lo que suponía. Los planes para expulsar definitivamente al demonio de Montreal estaban en marcha y él, como miembro del Sabbat y seguidor de la senda del Acuerdo Honorable, sería el primero en ofrecerse voluntario para lo que hiciera falta. Después de los últimos acontecimientos y todo lo que habían vivido en los últimos días, la Mano Negra, los lupinos, la Camarilla, todo había quedado en un segundo plano. Estos, podían ser los últimos momentos que pasara con la que era su familia, todo lo que ahora tenía en el mundo.

Capítulo 20: El ritual de Metathiax.

Aquellas jodidas llamas le habían quemado a Lupus como nada lo había hecho hasta entonces. Y no es que no disfrutara del dolor, sus gustos a ese respecto habían evolucionado mucho desde su visita a las Viudas. Pero las laceraciones y ampollas que le había provocado el veneno ígneo de Bellemare, no se curaban fácilmente. Y eso que el gángrel antitribu contaba con una especial resistencia al fuego entre sus habilidades y la habitual regeneración de su condición vampírica.

Había tenido que alimentarse tres veces aquella noche, solo para poder andar sin que pareciera que le habían dado una paliza y, por si fuera poco, sabiendo que debía acabar con sus presas, para que no se extendieran las enfermedades de las que ahora era portador. A este paso, la población de Montreal iba a sufrir una de las mayores pandemias de las últimas décadas, por no hablar del número desproporcionado de muertos y desaparecidos, por causas inexplicables, que tendrían que afrontar las autoridades.

Pero eso último no le quitaba mucho el sueño, y más, teniendo en cuenta que, de hecho, gracias a ellos, el Sabbat, la ciudad iba a poder deshacerse de una maldición que la ensombrecía desde su fundación. El ganado viviría más feliz, y, en consecuencia, los cainitas podrían seguir sus no vidas disfrutando de los placeres que les ofrecía su inmortal gracia.

Independientemente de su estado físico, Lupus se encontraba en un momento crucial a nivel espiritual. Había empezado a abrazar con fervor su senda de iluminación paralelamente a los últimos acontecimientos y aquello lo había empujado definitivamente a querer convertirse en el sacerdote de Silver Rockets.

La experiencia con La Rosa le había dado una nueva motivación, una nueva meta. No obstante, pese a que ella le había invitado a participar del consolamentum, que era el sumun de la experiencia cátera para los que seguían la corriente de Montreal, él, después de la fatalidad de la pérdida de su cofrade La Bestia, había tomado una decisión muy meditada. Debía asumir una responsabilidad consigo mismo y con la manada antes de ganarse el derecho a buscar su propia iluminación. Sí aquella era la cima de la montaña más alta, aun debía recorrer otros senderos, para no perderse el resto de lo que el mundo podía ofrecerle.

Por eso, cuando la noche siguiente a la lucha con Pierre, Molly 8 se presentó en su cripta preguntando por el sacerdote de Silver Rockets, se adelantó a sus hermanos y antes de que dijeran, como siempre, que no aún no tenían, y anunció:

-Si hay algún obispo disponible para otorgarme los poderes sacerdotales, yo me haré cargo.

Todos en la cofradía se alegraron y le felicitaron por tomar tal decisión. Pantera fue muy claro en sus palabras: - Ya era hora, hermano. Creo que tu carácter es el que mejor puede conducir el espíritu de esta manada. Siempre he sabido que serías tú el indicado, pero no podía obligarte a ello.

Las celebraciones no duraron mucho, pues la tzimisce de los bibliotecarios, les informó de que todos los sacerdotes de las manadas, o en su defecto, los ductus, debían acudir de inmediato a una reunión muy importante que se celebraría en el Alexandrium.

Los acontecimientos se estaban precipitando y los líderes estaban trabajando sin descanso para conseguir que aquella guerra contra el decanus acabara cuanto antes. Así pues, Lupus fue conducido sin dilación hacia la antigua biblioteca. Pero cuando Molly y él entraron en la Capilla de Caín para dirigirse hacia la gran puerta bronceínea, encontraron a un cuantioso grupo de cainitas, al parecer, a la espera de que se abrieran para la reunión.

Lupus pudo ver allí a Reza Fatir de 25:17, junto a Ezekiel y Elías la ballena. A Sébastien Goulet, a Benezri y Raphael Catarari de los Pastores. Miguel Santo Domingo se hallaba al lado de Strathcona, que charlaba entre murmullos con un tipo al que no conocía, que lucía una vestimenta de tipo tradicional oriental y cuyas facciones le hacían pensar al Silver Rocket, que se trataba del tal Zhou, del que tanto habían oído hablar. La mirada de aquel cainita, produjo en el gángrel una sensación de certeza ante la visión de un alma iluminada. No le cabía la menor duda de que el vástago que tenía ante sí, irradiaba un aura diferente a la del resto de los presentes en aquella sala. Ni siquiera ninguno de los otros Pastores de Caín, ni La Rosa en el momento álgido de su experiencia mística, le había producido aquella sensación de paz, de trascendencia.

Precisamente, la ductus de Las Viudas, se encontraba intercambiando opiniones al respecto, a tenor de las miradas que le estaban dirigiendo, con otra cainita a la que no reconoció, mas Molli 8 no se detuvo, y cogiéndole de la mano, se dirigió directamente hacia donde estaban los

Pastores de Caín y les informó de la intención de Lupus de convertirse en sacerdote de su cofradía. Benezri le concedió su aprobación inmediata, conminándole a officiar la ceremonia con posterioridad, teniendo en cuenta las especiales circunstancias en que se encontraban, pero dándole a entender que, desde aquel mismo momento, podría desempeñar su función y por descontado, acudir al cónclave en ciernes. Minutos después, las puertas de la Eternidad, se abrieron y Beatrice l'Angou les hizo pasar a todos.

Una hora más tarde, una gran comitiva, partía en procesión desde la capilla de los Santos Vacíos hacia Mont Royal. Decenas de aparecidos Bratovitch y sus perros encabezaban la marcha. Unos cuantos Grimaldi del cuerpo de la policía montada del Canadá, cubrían los flancos con sus monturas Ghoul y daban a la celebración una apariencia oficial para cualquier observador inesperado; aunque la congregación religiosa dirigida por los Pastores, habitualmente utilizaba aquellas vestimentas y símbolos y solían caminar de noche, lo que les otorgaba una perfecta tapadera para su ceremonial viacrucis. El coro de niños castrati Obertus, entonaba los cánticos característicos que solían acompañar las homilías cainitas que oficiaban, lo que terminaba de convertir aquel inusual acontecimiento en un evento más dentro de la extraordinaria riqueza cultural del Montreal nocturno.

Prácticamente todos los sabbat de la ciudad desfilaban en el grupo. Cubiertos con sayos grises y encapuchados, seguían a la cofradía posiblemente más notoria, en cuanto al aspecto espiritual, de toda la secta. Los Pastores de Caín, ataviados con sus engalanadas túnicas negras y doradas, conducían los pasos del resto, con especial sentimiento y devoción, a ojos de Lupus. Sus semblantes y la firme determinación daban cuenta de lo sobradamente preparados y acostumbrados que estaban a liderar aquel tipo de representaciones. Tras ellos, andaban los sacerdotes y demás elegidos que había acudido al cónclave, rodeando a un buen puñado de mortales, que habían sido seducidos, mesmerizados o manipulados de alguna forma para acompañarlos en la misa. Aunque no lo supieran, seguramente aquel sería su último viaje.

- ¿Te han dicho para qué es todo esto Lupus? – Pantera se había acercado a él desde dónde se encontraba su manada, algo más atrás, junto con el resto de sabbats no convocados a la reunión. Su imagen, con las gafas de sol bajo la capucha de su túnica, resultaba poco menos que irrisoria, pero el gángrel se contuvo de decirle nada al respecto.

- Sé lo poco que te gusta ir a ciegas, jefe. – comenzó a responderle, intentando no sonreír. - Pero esta vez, creo que es de vital importancia que sepamos lo menos posible. Hay ojos y oídos

por todas partes. No sabemos quién puede traicionarnos. Lo único que nos han dicho es que estemos preparados para enfrentarnos a nuestras peores pesadillas. Podría ser la batalla final.

-Eso podía imaginarlo, teniendo en cuenta que vamos con todo lo que tenemos. – El ductus había adoptado el rictus que le caracterizaba cuando no controlaba una situación. - Pero me gustaría saber, por lo menos, hacia dónde vamos y por qué arriesgamos todo a una misma carta. Si la cosa sale mal, el Sabbat entero de Montreal podría ser borrado de la existencia.

-Me doy cuenta de que esto será duro para ti, hermano. – Lupus adoptó una actitud tan seria que incluso a él mismo le sorprendió. - Se vuelve a repetir la misma historia de Ottawa, ¿Eh? Pero si quiero convertirme en sacerdote de nuestra manada, esta vez necesito que confíes en mí.

La cara de contrariedad Pantera no cambió demasiado cuando dijo: - Puedo confiar en ti, amigo. Eres mi hermano y sé que darías tu vida por nosotros. Pero eso no significa que confíe en quien nos dirige, quizás a una destrucción en masa.

-Si hubieras visto su mirada, lo entenderías. – dijo Lupus, esta vez, con misteriosa devoción.

- ¿Zhou? – elucubró el lasombra acertado.

-Resulta que acabó sus cuadros, ¿sabes? - empezó contándole, mirando a todos lados, como si estuviera haciendo algo prohibido. Y prosiguió: - En realidad eran un jodido mapa que le permitiría encontrar sus propias notas reunidas y escondidas durante años para que el demonio no pudiera rastrearle. El pavo, luego, con la ayuda de Sangris y el interrogatorio de Cedilia de la Lengua, consiguió descifrar los enigmáticos galimatías de Jacob ‘cables cruzados’. Parece ser, que en sus accesos de verborrea aparentemente sin sentido, en realidad, el puto tremere antitribu está, de alguna forma, hablando desde la propia consciencia del Decanus. Proyectando muchos de sus secretos y miedos. – Hizo una pausa melodramática y abrió mucho los ojos para terminar: -Y el maestro Zhou, ha sido capaz de descifrarlos, encontrando algo que, según él, nos podría conducir hacia su derrota. No se sabe si definitivamente, pero, por lo menos, conseguiremos quitárnoslo de en medio por una buena temporada. – Lupus estaba totalmente convencido después de haber visto y oído al Pastor oriental. Pero aquello no parecía terminar de tranquilizar, ni mucho menos a Pantera, que insistió:

-Eso está muy bien, hermano. Y puede que sea verdad. Pero dime: ¿Han dicho cuánto va a costarnos?, ¿Tenemos alguna idea de a qué vamos a enfrentarnos esta noche? Tengo la impresión de ser un cordero arrastrado al sacrificio.

Lupus frunció el ceño y sacó el morro, tras unos instantes de reflexión, miró de nuevo a ambos lados y bajando la voz más aún, confesó:

-Por lo poco que sé, no te equivocas en que habrá sacrificados. Pero ellos mismos han elegido hacerlo. Sin contar, claro está, a algunos de estos mortales. – lo último, lo dijo con su habitual sonrisa pícara. – Todo lo que se nos ha dicho es que debemos llegar a la cruz de Mont Royal y defender la posición ante lo que venga, durante el ritual.

En realidad, Lupus sabía alguna cosilla más que no le había dicho a su ductus, pero era sólo por precaución, ya que nunca se podía estar seguro de qué oídos podrían estar escuchando en la noche y todo lo que se había hablado en el Alexandrium había estado protegido por los poderosos rituales taumatúrgicos que poseía la ancestral biblioteca. Además, aquellos detalles no le habrían tranquilizado más al lasombra mejicano, que se despidió del gángrel antitribu con un cabeceo y volvió a su lugar en la procesión.

No tardaron mucho en alcanzar la falda de la pequeña montaña al lado del Oratorio de San José, actual refugio de Los Pastores de Caín y emplazamiento desde el cual, iniciarían la ascensión hacia su destino. Podía vislumbrarse desde allí, la oscura sombra de la cumbre, tenuemente iluminada por las farolas que alumbraban el característico parque del lugar. Nunca había sido un sitio especialmente transitado por los sabbat de la ciudad, sobre todo por las historias que circulaban acerca de desapariciones y avistamientos extraños, pero, en aquella ocasión, la atmósfera que lo rodeaba, le pareció a Lupus verdaderamente aterradora. Y por lo que pudo observar entre sus acompañantes, era una sensación que estaba afectando a todo el mundo por igual. La niebla que habían tenido el día anterior, volvía a formarse, provocando aquellos singulares juegos de luces y sombras. En los momentos en los que los canticos del coro y los rezos se detenían, los sonidos que normalmente reinaban en la nocturnidad de la zona, se hallaban en completo silencio. Parecía como si ni los grillos se atrevieran a hacerse notar, lo que ayudaba a crear aquel inquietante ambiente. Posiblemente por este mismo motivo, el pastor Alfred Benezri, se deslizó hacia atrás la capucha y adelantándose unos pasos a la comitiva, se dio la vuelta y la hizo detenerse elevando los brazos al cielo:

- ¡Escuchadme hermanos! – Comenzó arengando. Todo quedó en silencio, excepto los ocasionales resoplidos de las monturas equinas y los jadeos de los perros ghoul, ansiosos por seguir el camino. – Hoy es una noche crucial para todos nosotros. El orgullo y la complacencia, nos ha cegado durante años ante el peligro de la enfermedad que se extendía silenciosa entre nuestras filas. Los pecados de nuestra comunidad han hecho mella en su espíritu y esa debilidad, ha provocado que lleguemos a este momento, que nos veamos de esta guisa, avocados a una prueba de fe, que sólo el altísimo sabe cómo terminará. – Su aura brillaba como una vela en un lugar oscuro, dando esperanza y calor a todo el que le observaba. Tras una pequeña pausa, continuó. – No habrá paz sin lucha, ni esperanza sin sacrificio. No voy a engañaros. Esta noche, la luna será testigo de la sangre derramada por muchos. Las estrellas contarán con más almas sabbat a las que hacer sitio allá arriba, ya que muchos no sobreviviremos al amanecer. Mas no nos puede temblar el pulso. No debemos tener miedo, porque nuestra es la verdad y nuestro es el camino de Caín, el desheredado, el maldito, nuestro padre. Y como él, caminamos en la oscuridad para toda la eternidad, porque ese es nuestro sino, porque la sangre obliga. ¡Oremos! –

Y con aquellas palabras, el coro Obertus, resurgió del silencio, entonando altísimos registros sonoros que rasgaron la quietud imperante y la procesión reanudó la marcha, habiendo reforzado sus espíritus y reavivado su fuerza interior, ataviados ahora con nuevas energías que los impulsaban hacia lo desconocido. Hacia el incierto destino de la batalla que los esperaba en la cima de la montaña.

Lo primero que les atacó, fueron los árboles. Las ramas deshojadas y las raíces del suelo atraparon y engulleron caballos, perros y aparecidos con voraz apetito, sin que apenas pudieran hacer nada para evitarlo. Aunque cortaron su madera y quemaron sus troncos, a riesgo de socavar su propia moral, los antinaturalmente animados especímenes vegetales se ensañaron con la comitiva, desde el momento en que comenzó a ascender la montaña.

Una vez que hubieron tomado la determinación de alejarse de las zonas con mayor vegetación para poder controlar, en cierta medida aquellas furibundas defensas, se encontraron lindando con los antiguos cementerios que ocupaban todo el lado Norte del parque: el del mismo nombre, Mont-Royal y Nuestra señora de las nieves, a su lado. Y fue allí, donde descubrieron con horror, el destino de aquellos a los que, durante años, se los enterró para que resurgieran como sabbats y nunca lo hicieron. El propio monte, pareció elegir aquel momento para

escupirlos; hambrientos, desesperados y en un absoluto y descontrolado frenesí, para nuevamente intentar frenar aquella mística procesión que lo amenazaba.

Una encarnizada y cruenta lucha tuvo lugar entre los cainitas y aquellas decenas, casi cientos de cabezas de pala salvajes que iban surgiendo bajo la tierra. No había ningún tipo de conciencia en sus almas, pues habían sucumbido a la bestia desde el momento de su creación y nunca la habían abandonado en años de intranquilo letargo. Así que no fue una batalla fácil, ni exenta de bajas, aunque en realidad, sólo era el preludio. Pues tras haber conseguido acabar con toda la plaga que emergió de los cementerios, aún tuvieron que hacer frente, más adelante, a lo que les esperaba en la cima.

El aura de terror que rodeaba la nueva cruz de neón colocada en el más alto mirador del parque, no era ni por asomo la que había tenido hasta la fecha, sino mucho más poderosa. Tanto, que los propios Pastores de Caín dudaron, una vez alcanzado el camposanto, antes de acercarse. Era como si el antiguo monumento, el verdadero de piedra, desaparecido hacía décadas, estuviera de alguna forma nuevamente presente en el lugar. Finalmente, y tras hablarlo con brevedad, Lupus, observó cómo el mismo Cardenal Strathcona, instaba a los suyos a seguir adelante con lo planeado. La atmosfera era terrorífica, el frío atezador, nada que ver con la temperatura lógica para aquella época del año. Los bancos de niebla, jugaban con la vista, haciendo aparecer y desaparecer sombras y bultos, creando de la nada voces, gritos y susurros aquí y allá. El sacerdote de Silver Rockets, en algún momento, creyó incluso escuchar los latidos lejanos de su propio corazón, detenidos hace ya décadas.

El coro de niños Obertus alzó de nuevo sus vocecillas, aunque esta vez, sus cantos parecían dubitativos, sobrepasados por la situación. El hermano Marc, sin embargo, les reprendió con fuerza y consiguió que se repusieran, mejorando notablemente su interpretación. El resto de aparecidos fueron distribuidos en posiciones defensivas y también muchos de los sabbat que habían acudido sin saber lo que iba a suceder. Lupus vio como a sus cofrades los colocaban en uno de los caminos que accedían al mirador, justo antes de que Yithzak se acercara a su grupo y les instara a preparar a los mortales a los que habían traído. Como sacerdotes, debían apoyar en la elaboración del ritual y estar siempre dispuestos a lo que hiciera falta.

Justo cuando Raphael Catarari y Sabrina acababan de preparar los cálices y Christanius Lionel ayudado por Mary-Ange Gagnon acondicionaban un altar en la base de la cruz, un cántico disonante con respecto a las armonías de los aparecidos, comenzó a sonar en lontananza.

La poderosa voz, que barría, incluso a aquella distancia, toda la intensidad del coro obertus, sólo podía pertenecer a alguien. Musa se acercaba, y seguramente, traía con ella el principal contingente de las bestias de Metathiax. Pero, ¿Por dónde?

El propio Ezekiel, desprendiéndose del sayo, se dirigió a los cainitas que había elegido como sus lugartenientes para la batalla. Soldat, Reza Fatir, Yasmin y Elías La Ballena, le rodearon para recibir sus órdenes. Lupus no podía oír nada ya que el hermano Marc, estaba forzando a los niños para que cantaran lo más alto posible, pero sí pudo observar como los capitanes se encaminaban en diferentes direcciones hacia las posiciones en las que habían desplegado las defensas. También fue consciente de que Erinyi, la Gárgola de los Navegantes, volaba ahora en círculos sobre todos ellos, seguramente buscando también la procedencia del enemigo. Pero al parecer, aún nadie era capaz de localizarlo.

Teniendo en cuenta la probable proximidad del ataque y el apremio que todo ello provocaba, los preparativos se aceleraron, Los Pastores y Los Bibliotecarios trabajaban frenéticamente, poniendo velas, encendiéndolas, dibujando círculos con tiza o con polvo y sal, reuniendo vitae y condimentos, preparando pequeños rituales de apoyo, etc. Y en el centro de todos, con la túnica arremangada y un enorme tomo negro ribeteado en plata, viejo y deslustrado, Sangris en el cuerpo de De Soto se retiró la capucha. Su cara era la misma, pero sus ojos... sus ojos brillaban con un fulgor diferente desde la última vez que Lupus le había visto. Y luego estaba su aura. Sin duda alguna, el cambio que se había producido en aquel cainita era notable. Su poder se tenía que haber multiplicado, así como sus conocimientos de manera imposible de medir. El gángrel antitribu pensó que alguien así, podía ser rival incluso para un demonio ultraterreno, pero claro, no estaba seguro de si eso era, de alguna forma posible. Sólo esperaba que el Decanus no se diera cuenta del ardid hasta que no fuera demasiado tarde...

Alfred Benezri y el cardenal, se acercaron a los círculos concéntricos y colocaron frente a Sangris el cuerpo desmadejado y sin vida que había pertenecido al falso Sangris, y que, según habían contado en la reunión, habían descubierto que, en realidad, era de Terrence DeBouville, un mortal infernalista de los primeros fundadores de Montreal, y el primero que invocó al Decanus a este lado del mundo. El serpiente de la luz, lo utilizaría como recipiente para contener a Metathiax, una vez convocado.

Una vez estuvo todo preparado y en su sitio, los Pastores los Bibliotecarios y los sacerdotes del resto de manadas allí reunidos, formaron un último círculo alrededor del monumento y el

improvisado altar y, cogiéndose de las manos, comenzaron un singular mantra repetitivo que encajaba a la perfección con la melodía coral y ayudaba a protegerse de la, cada vez más potente y dañina, voz de la hija de la cacofonía, que amenazaba con introducirse en sus mentes.

Y así comenzó el ritual.

Ajeno a todo lo que existía más allá de aquel círculo, Lupus apenas era consciente de los temblores de tierra, explosiones, disparos y combates que se produjeron fuera de él, durante los siguientes largos minutos. Pero pudo ser testigo de primera mano, de como aquel antiguo cainita infernalista confeso y ahora arrepentido, invocaba magistralmente los poderes más oscuros y peligrosos que podían ser invocados por un ser terrenal. Utilizando la sangre de niños, vírgenes, ancianos y animales, pronunciando antiguos vocablos arcanos de impías rimas y ritmos imposibles. Infringiéndose terribles heridas y sufriendo dolores inimaginables. Al final, el Decanus acudió. El cuerpo de DeBouville se alzó y comenzó a levitar, sus ojos, dos pozos de oscuridad insondable, su cuerpo, rodeado por una fina línea roja fosforescente se mantenía en una posición relajada, como si estuviera siendo sostenido en vilo por un hilo invisible, que mantenía brazos y piernas ligeramente separados y la cabeza alzada:

-Rggiirrreaatka hhraddrruuuum krrreaataaa mrrrrrtueeeennsssss. – Las incomprensibles palabras que pronunció aquel ser, dolían en los oídos como si le clavaran a uno una aguja en el tímpano.

-He sido yo, Maestro. Tu humilde servidor en este plano. Sabes quién soy, porque te debo mi existencia y mi alma y sé que estás ávido por obtenerlas. – Sangris hablaba con voz potente y profunda, con los ojos entornados y un rictus tenso debido claramente al dolor que producía tan solo mirar directamente a aquel contenedor de maldad que era el cuerpo de Terrence.

- ¿Tú? ¡Pérfido traidor! ¡Sabandija cobarde y desleal! – Pronunció el ser, en perfecto inglés. - ¿Cómo te atreves a convocarme, a dirigirte a mí siquiera? Estás muerto, estáis ya todos muertos y serás mío en cuanto esto haya acabado. – La voz arrastraba ecos en forma de susurros, voces femeninas y de niño. La sensación era increíblemente alucinante, incluso en lo desagradable. Lupus estaba sufriendo una epifanía sensorial de tal magnitud, que conseguía mantenerse consciente, cuando otros habían caído ya, abatidos por el dolor, el cansancio o por no poder mantener su bestia a raya, sucumbiendo al frenesí o al Röttschreck.

-Tus deseos son inevitables, Maestro. Soy consciente de ello. Pero antes deberías saber algo que quizás te interese. – Sangris conseguía mantener la compostura, incluso en aquel maelstrom de energía que se había formado dentro del círculo y que mantenía a aquellos que seguían conscientes, con la cabeza gacha por la fuerza que desprendía.

- ¿Pretendes encandilarme otra vez con tus patéticas habilidades seductoras, ladrón de almas?
– Tronó la voz enfadada - Metathiax no se deja engañar una segunda vez. Consumiré tu alma y la de todos los que se han atrevido a desafiarme hoy. ¿No creerás poder atraparme durante mucho tiempo en este mísero círculo de brujo de pacotilla?

-Ni se me hubiese ocurrido semejante estupidez, Maestro. Pero sé que aún puedo serte útil. Pues supongo que te habrás dado cuenta de que ahora soy mucho más poderoso... porque no soy solo yo. – dijo con orgullo.

-Sí, lo he notado. Yo lo sé todo. – la voz ultraterrena, casi dudó un segundo. - Pero eso que habita en ti, contigo, no puedo alcanzarlo. No llego a ver qué... ¿Es otro de tus trucos, serpiente ingrata?

-Nada de trucos, Maestro. – Prosiguió despacio Sangris, sin alterarse. - Aunque no lo creas y no confíes en mí, soy tu humilde siervo y siempre lo he sido. He pasado todo este tiempo, oculto, preparándome. Al acecho de tu mayor enemigo en esta ciudad. He sacrificado mi existencia a sabiendas de que desconfiarías de mí y entrarías en cólera. Pero finalmente he cumplido mi misión y te he llamado para ofrecerte mi regalo y cancelar mi deuda para contigo.

-Sigues jugando con mi paciencia insignificante insecto, - El Decanus volvía a encolerizarse. - tú no tienes nada que ofrecerme salvo tu alma que ya es mía. Ningún trato podrá saldar esa deuda.

- ¿Ni siquiera si te ofrezco la forma de romper tus cadenas? ¿De ser libre por fin de aquello que te ata a este lugar eternamente? – Dejó caer como de forma casual, el serpiente.

-Si tuvieras esa información yo lo sabría... - La voz adoptó de pronto un tono mucho más prudente.

-A no ser que no puedas verla. – le respondió conspicuo el ex arzobispo. Pero continuó explicándose. – Para que veas que no tengo nada que ocultarte, te informo de que aquello que no puedes alcanzar en mi interior, es el alma diablerizada de Zhou, el cainita oriental de los Pastores que andaba tras tu rastro y hacía peligrar tu existencia oculta. – No hubo respuesta ni interrupción. Lupus conocía esta información, por lo que no se sorprendió al oírla. – Él llegó a conocer tus secretos, tus anhelos y mucho más... él era tu verdadero enemigo, tu némesis terrenal y yo lo he matado por ti. Y no sólo eso, sino que he consumido su alma y adquirido sus conocimientos y su poder, para usarlos a tu servicio. – El silencio continuó, haciendo, por un momento, presentes los gritos y sonidos apagados, provenientes de fuera del círculo. El demonio estaba pensando. Aquello parecía haberlo dejado confundido. Volvía a haber tablas en aquel juego de ajedrez entre inmortales.

-Pero no sólo has consumido el alma del oriental...- comenzó a susurrar el Decanus. – Nunca has tenido bastante ¿Verdad haitiano? Tus ansias de poder te ciegan. Siempre lo han hecho. Te crees muy listo, pero solo eres un niño con ínfulas, una hormiga jugando a juegos de titanes.

La cara de Sangris no cambió, excepto para mirar con ambos ojos hacia la izquierda, según Zhou, un gesto simple y claro, que nadie podía evitar al mentir, si no estaba preparado. Parecía que el plan estaba funcionando, pero de pronto, el suelo desapareció bajo sus pies y todo el círculo de invocación cayó a las profundidades de la montaña a una velocidad vertiginosa.

Cuando Lupus recuperó la consciencia de sí mismo y de su entorno, se encontró en una gigantesca caverna apenas iluminada. La cabeza le daba vueltas y casi no conseguía recordar cómo había llegado hasta allí. La temperatura había ascendido ostensiblemente y el olor a azufre era insoportable. Al incorporarse, se dio cuenta de que había caído desde el techo repleto de estalactitas, que ahora estaba unos cien metros más arriba, pero allí no se veía agujero alguno. Sin embargo, una capa de polvo y algunos escombros que había sobre él, daban cuenta de lo que había experimentado. A su alrededor, pudo ver a varios cainitas más, algunos inconscientes o algo peor y unos pocos en su misma situación, tratando de ubicarse. Invocó sus ojos de visión en la oscuridad mentalmente y por fin, fue consciente de la escena completa que lo rodeaba. Se hallaban en una gruta efectivamente enorme, posiblemente tan grande como la loma donde se encontraba el mirador. Y por lo que pudo otear, era posible que todo lo que había en el mirador unos minutos antes, se encontrara ahora allí abajo. En cuanto escuchó lejanamente el primer quejido, se dio cuenta de que no oía nada, porque un pitido constante le había estado impidiendo hacerlo desde que volviera en sí.

Aquel sitio, le recordaba mucho en su aspecto, olor y sensación a los pasadizos por los que habían caminado en su visita anterior, cuando encontraron al danzante de la Espiral Negra. Estaba claro que habían sido transportados al lugar maldito, a la mismísima guarida del demonio. Y aquello, pensó Lupus, debería seguir siendo algo bueno, según el plan, aunque, una vez allí, toda su seguridad comenzó a hacerse añicos.

Lo primero que empezó a introducirse en su mente, fue el canto de Musa. No sabía de dónde provenía, pero fue abriéndose paso en sus oídos según iba recuperándolos y, con la melodía, algunas de las sombras y bultos que andaban esparcidas por doquier, comenzaron a moverse y a gruñir y aparentemente a volver a la lucha.

Cerca del gángrel, sin embargo, también se habían levantado varios de los suyos. Fue un alivio ver a Strathcona entre ellos, algo desaliñado, pero con su Claymore y su orgulloso gesto imperturbable. Junto a él, el nuevo arzobispo, con dos largos y afilados cuchillos y cara de rabia, parecía dispuesto a no perder la oportunidad de alargar por algún tiempo más su breve reinado recién conquistado. Soldat y Reza Fatir, Miguel Santo Domingo, Celeste y Elías. Parecía que, al menos, los más fuertes, habían sobrevivido al primer envite y serían ellos los que se enfrentarían a la última de las cruzadas.

El Silver Rocket se temió lo peor con respecto a sus hermanos, no era capaz de hallarlos por allí, aunque la caverna era tan amplia que podían haber caído lo suficientemente lejos para no verlos, ni siquiera con sus rojos ojos de protean. Un grito infantil asombrosamente lleno de rabia despertó a Lupus de su ensimismamiento. Pasó junto a él, como una centella, la niña perteneciente a la cofradía de los Pastores, a la que nunca había prestado demasiada atención. Deshaciéndose de su túnica, la pequeña, vestida toda de cuero negro y correas y con dos navajas, saltó hacia las criaturas que los acechaban con valentía o ciega determinación y comenzó a producir una escabechina de tamaño magnitud, que provocó la subida de moral necesaria para que los sabbat, al grito de su Cardenal, atacaran sin dudar.

Lupus gastó sus últimas reservas en alargar sus mortíferas garras y cargar de forma salvaje. Encontró su camino para cabalgar el frenesí y dejarse llevar, como una vez le enseñó la Bestia, su hermano caído, y luchó como nunca lo había hecho hasta ese momento. Su larga coleta bailoteaba de un lado a otro con sus movimientos. Decenas de criaturas sucumbieron bajo sus acometidas, formando una montaña de cuerpos a sus pies a la que se iba encaramando para poder tener ventaja sobre sus atacantes que le embestían desde todos los flancos. La sangre lo

cubría por completo. Garras golpes y mordiscos iban mermando poco a poco su increíble resistencia, hasta llevarle casi al abatimiento, pero entonces llegó la caballería.

Los certeros disparos en la cabeza de sus enemigos, solo podían significar una cosa. Sus hermanos venían al rescate. Pronto vio la cimitarra de Quate, la sangre de las criaturas hervir y salirles por todos los poros, obra, por supuesto, de Lilith. La potencia del lasombra enviando a varios de ellos contra una estalagmita y derribándola. Y sus miedos desaparecieron por completo. Aunque estaba exhausto, la visión de sus cofrades le inflamó de nuevas energías y consiguió recomponerse a base de voluntad.

Poco tiempo más tuvieron que luchar en aquel flanco, pues, de pronto, una descomunal voz se alzó incluso sobre la melancólica canción de la hija de la cacofonía, haciendo que las criaturas salieran corriendo en la dirección de la que provenía.

- ¡Eres mío! Tú y toda la escoria que has traído contigo, estáis acabados. – La voz podía escucharse por toda la gruta, aunque no tuvieran línea directa de visión con lo que estaba ocurriendo. Lupus cruzó los dedos y arrugó la nariz. Un poquito de suerte, solo necesitaban eso.

El grito de agonía que siguió era de Sangris.

-Eres astuto, pero no lo suficiente. – dijo entonces la voz de Metathiax. – Ella me ha confesado tu plan. Cedilia la loca, la otra listilla. ¿Crees que no puedo oírla en tu interior? Tenías que comértela a ella también, imbécil. La ambición te ha podido y ahora estás a mi merced, en mi casa y bajo mis reglas. Veamos qué tienes ahí, te lo sacaré.

Los Silver Rockets, viendo que toda la acción se había desplazado hacia un lado de la caverna, se dirigieron hacia allí cautelosos. Por el camino, fueron encontrando a algunos otros cainitas y los que pudieron, fueron uniéndoseles. Avanzando, llegaron hasta un cortado donde la gruta se dividía en dos alturas bastante separadas, con una caída de unos cuantos metros. Allí, en el borde, estaban los Pastores Benezri, Catarari, el hermano Marc y Yithzak, algunos heridos otros exhaustos, observando la escena en actitud reverencial. La otra Pastora, Sabrina, estaba atendiendo a la pequeña guerrera que tanto sorprendiera a Lupus, dándole parte de su vitae para que curase sus heridas. Los gritos del haitiano volvieron a acaparar la atención de los presentes. Y el Decanus dijo:

-Nadie saldrá de aquí ya salvo yo. Tú serás mi salvoconducto y las almas de los tuyos me ayudarán a romper mis cadenas. Este será mi momento de triunfo. –

Lo que se podía ver ahí abajo era extraño. Todas las criaturas, se habían reunido en torno a un pequeño lago interior, formado en una esquina, en el que una enorme cruz de piedra se hallaba medio sumergida y una sombra incorpórea zarandeaba por el aire y el agua el frágil cuerpo de De Soto, habitado por Sangris. Lo golpeaba y agitaba y de algún modo lo engullía una y otra vez, tratando de alguna forma de extraer algo de él. Algo que parecía brillar en su interior con una curiosa luz azul. Musa había dejado de cantar y se encontraba cómodamente sentada, bastante apartada de lo que estaba ocurriendo, observándolo en silencio. Los gritos del taumaturgo oscuro eran cada vez más débiles.

Strathcona apareció con Elías y Araña, el resto de los 25:17, los Navegantes y los Bibliotecarios. Se acercó al improvisado balcón y dijo cansado, dirigiéndose a los Pastores:
- ¿Funcionará?

A lo que Raphael Catarari respondió:

-Si hay infierno, tiene que haber cielo. – Su aura se iluminó por un instante y una fugaz visión de un ángel, se dibujó en las mentes de los que le observaban, con sus prístinas alas blancas y todo.

-Yo no estaría tan seguro de eso. – La magia del momento de iluminación pareció romperse con las lúgubres e incrédulas palabras del cardenal.

-La Beatificación es real. – Intervino Benezri. -Yo he visto con mis propios ojos la santidad, la he sentido. Zhou alcanzó su plenitud, ahora es un mártir.

-Si el sujeto realmente ha trascendido, alcanzando su meta existencial, - añadió Yithzak - el ritual lo glorifica, signifique lo que eso signifique, en términos metafísicos, su pureza es indudable. Y la pureza es dañina para las criaturas de corrupción.

-A Sangris no pareció dañarlo. – Incidió el antiguo mandatario.

Lupus, había visto como Sangris diabolizaba a Zhou en pleno ritual de Beatificación, justo en el momento en el que su existencia se extinguía para trascender a otra realidad, a otro plano de

existencia superior, o como colmillos lo llamen. El caso es que ahora solo faltaba que el decanus acabase finalmente con la no vida de Sangris y al absorber su alma, se tragase un regalito de pureza celestial que lo mandara a freír espárragos de este plano. El problema, era que había que conseguir engañar a Metathiax para que no sospechara y descubriera el pastel, evitando zamparse la sorpresa. De ahí todo el ritual, la diablerie de una desinformada Cedilia, el secretismo y demás. Pero si aquello no funcionaba, estaban todos acabados. El Hermano Marc tomó la palabra mientras todos observaban los últimos estertores de Sangris:

-Él accedió a sacrificarse al final. – La voz del Pastor sonaba vieja y cansada - Por su pro genie, por sus antiguos camaradas, por el Sabbat. Ese acto de contrición no limpiará su alma por completo. Pero ha servido para ser capaz de portar en su interior el arma que desterrará el infierno de esta tierra tantos años maldita.

La seguridad que irradiaba aquel grupo de viejos caducos colgados de vitae adulterada de alucinógenos hasta las cejas, no dejaba de sorprender al gángrel antitribu. Porque todo aquel galimatías parecía tener sentido en términos maniqueos y simplistas. Pero joder, ellos eran putos vampiros y además con pocos escrúpulos hacia lo que estaba bien o mal, según los estándares mortales, así que ¿Qué sentido tenía aquello?

Pero el caso es que, cuando finalmente Sangris murió definitivamente, lo único que pudo escucharse antes de una explosión tremenda que hizo tambalearse los cimientos de la caverna y que obligó a todo el mundo a salir por patas de allí fue un:

- ¿Pero qué mierrr... PRRRRUGGHHHTT GLIFFTTRRRRR GRRRRRR AAAAHGGG?

Epílogo: La letanía de la Sangre.

Lázaro caminaba cerca de las paredes del gran mausoleo principal del Templo de los Susurros Eternos observando los murales. Los largos y singularmente tratados trozos de piel, en cierto modo viva, y escritos en sangre, que contaban la historia de la secta y de sus miembros. Estos, eran reproducciones más grandes de los originales, expuestas para el disfrute de los sabbats que acudían desde todos los rincones de América, e incluso del viejo continente, a aquella celebración anual de su cultura que era la Conferencia de Caín. Habían pasado solo unas pocas noches desde el traumático suceso de Mont Royal y la moral de la población cainita de la ciudad, estaba aún algo mermada. Sin embargo, el Cardenal Strathcona, Los Pastores, Los Bibliotecarios y el nuevo arzobispo de la ciudad, habían creído conveniente y casi, necesario, el no cancelar la convocatoria, precisamente para elevar los ánimos y dar renovada fuerza al espíritu colectivo.

Era pronto y aún había poca gente. Habían puesto, en los altavoces preparados para el concierto que pronto empecería, de WyldChyld, la banda local, música para abrir boca. Y estaba sonando el 'Who wants to live forever' de Queen. La letra de aquella canción tan conocida, le traía a la mente recuerdos de su vida mortal, pero cuando sus pasos le llevaron a la parte del mural del Libro de los Caídos y vio allí, entre los últimos nombres, el de su hermano, La Bestia, el Pander lloró y la vitae le escurrió por la mejilla. Lloró de pena por no haberle conocido más. Lloró de impotencia por no haber podido estar allí para evitar su caída y de rabia por no haber estado a su altura, según su propio criterio, en la última batalla que había librado la secta y en la que cayó en letargo poco después de empezar el combate.

Pero aquello sería una lección para él. Aprendería y se haría más fuerte, seguiría las enseñanzas de Caín y sus hazañas serían recordadas y escritas en aquellos murales, quedando registradas para siempre en los anales de la historia del Sabbat.

...

Algo más tarde, tras la ceremonia de apertura, el concierto ya había comenzado, las cofrades de los Navegantes interpretaban una versión del Enter Sandaman de Metallica y varias decenas de sabbats se arremolinaban bailando y coreando bajo el estrado preparado para la ocasión. Las oscuras gafas de Pantera, que se había separado del resto de su manada un rato,

para mirar un nombre en concreto en el Libro de los Caídos, reflejaron, en un lateral, la característica figura adusta y seria del cainita llamado Tobías Smith:

- Así que priscus, ¿eh? ¿Es el premio por traicionar a tú manada y a tu chiquilla? – Los priscus eran cargos dominantes, de algún modo independientes y sin territorio fijo, que ayudaban a los cardenales a controlar a los arzobispos. Su autoridad era indiscutible. La pregunta del lasombra de los Silver Rockets, pareció coger por sorpresa a su interlocutor.

-Y yo que venía a ver si por fin nos hacíamos ‘amigos’. – Volvió a utilizar el término en español, como la primera vez. – Deberías medir mejor tus palabras ya que, efectivamente, estás hablando con un superior. -

-Ya sabes que no es mi estilo hacer diferencias ni deferencias. Y te repito que no estoy interesado en esos, tus ‘amigos’. – zanjó, pero un segundo después continuó: -Pero lo que sí me gustaría saber es: ¿La entregaste por despecho? Es cierto que al final se le fue de las manos, pero, en cierto modo, fue empujada a ello por alguien. – Pantera, no miraba directamente al otro lasombra, seguía con el rostro dirigido al mural donde estaba escrito con las letras tachadas, que simbolizaban la ignominia y el rechazo, el nombre de Carolina Valez. El silencio de Smith, se prolongó durante el tiempo suficiente como para que el Silver Rocket supiera que había dado en el clavo. -

-La entregué por traición a la secta. – dijo, sin embargo, intentando exculparse. – Yo estaba al tanto de sus devaneos imaginarios con su nieta mortal, de sus inconfesables secretos hedonistas. Un Arzobispo del Sabbat no puede poner sus propios deseos personales, por encima de los intereses de su ciudad, de...

- ¿Por encima del amor a su sire? – Escupió con veneno el lasombra mejicano, interrumpiéndole. Esta vez sí lo miró directamente.

-Ten mucho cuidado, Pantera. – le dijo el antiguo con frialdad. – Ahora eres un héroe de guerra, un protegido del Cardenal. Pero nunca sabes lo que puede traerte el futuro. Nuestra existencia puede hacerse muy larga, y las cosas cambian de una noche para otra. Has elegido caminar sólo, sin el apoyo que puede ofrecerte tu clan.

-Yo soy Sabbat y soy un Silver Rocket. – Le respondió con orgullo. – Nunca estaré solo. No necesito amigos cuando tengo hermanos.

...

Poco después, Pantera había vuelto con los suyos y fue Quatemoc el que anunció que se ausentaría por un rato para hablar con alguien. Quería resolver algunas dudas que le habían quedado y no encontró mejor momento para hacerlo que aquel, ya que Reza Fatir, se encontraba por allí sólo, escuchando como WyldChyld ejecutaba una versión bastante particular del 'People are Strange' de los Doors.

-Salam aleikum. – Lo saludó.

-Wa alaikum assalam – Le respondió Fatir, con una sonrisa sincera de agradecimiento por la deferencia y un cabeceo a modo de reverencia. El Silver Rocket, se colocó a su lado, pero no dijo nada, aguardó a que el otro mostrara interés en conversar con él, para no importunarlo. Un hábito que formaba parte de su carácter respetuoso. – Supongo que tienes preguntas que hacerme. ¿No es así? – Le preguntó finalmente el 25:17.

-Así es. – fue la parca contestación.

-No sé hasta qué punto mis respuestas podrán ser satisfactorias para tu curiosidad. Pero creo que te has ganado el derecho a hacerlas. – Su media sonrisa mostraba cierta satisfacción.

- ¿Qué ocurrió con Polidori?

-No tengo una respuesta mejor que la que tú mismo hayas podido elucubrar. Sabemos que regresó poco tiempo después de la huida de Cranston y creemos que Bellemare lo destruyó a traición. Ha sido una gran pérdida para la Mano.

- ¿Fue real el ataque del Niktuku? – Quatemoc ya sabía lo que iba a contestarle de antemano, pero tenía que probar.

-No tengo permiso para responderte a eso.

-Polidori me hizo una oferta para mí y mi manada.

-Como Dominio, tenía poder para hacerlo, pero era algo suyo, personal. El nuevo Dominio tendrá que tomar sus propias decisiones al respecto.

- ¿Quién es el nuevo Dominio? – Preguntó, directamente.

-Por suerte o por desgracia, estás hablando con él ahora mismo. A todos los efectos, esa oferta ya no existe. – Quatemoc lo miró buscando alguna explicación a la tajante afirmación. – No lo tomes como algo personal. En estos momentos y con los recientes acontecimientos, he decidido ser prudente. De todos modos, tu sí serás ascendido y de momento estarás a mi cargo. Siempre que los planes del Cardenal no se interpongan...

- ¿Qué planes? – preguntó el indio asomado sorprendido.

La sonrisa y el silencio del Dominio dejaban claro que no iba a responder a eso: - Disfrutad de la celebración y el merecido descanso, aún queda mucha noche.

...

Lupus llevaba ya un rato buscando a La Rosa. Estaba seguro de que había visto, en un momento dado, rondando por allí a Jade, pero tanto mortal con sangre adulterada en las vaulderies, le tenía los sentidos más abotargados de lo normal.

Había en el mausoleo, un montón de manadas nuevas que no conocía, cainitas llegados de todos los rincones de Norteamérica para la ocasión. Aunque casi todos de las zonas más próximas: La Belle Morte, Los Crip-ticos, Los Gitanos Muertos, Los Cuervos, Los Discípulos de la Generación Negra..., pero ni la manada de Corben, ni siquiera alguna de las que vieron en Atlanta o Nueva York. Ni, por supuesto, a los que más echaría de menos, Los Cosechadores, los que, sin embargo, consiguió que estuvieran en el Libro de los Caídos, haciendo un rogatorio específico a Christanius Lionel. Aquel Nosfe antitribu era un cabeza cuadrada. Muy inteligente, pero excesivamente puntilloso.

El Silver Rocket estuvo intercambiando impresiones y sangre con muchos de ellos, y con algunos de los locales, como, por ejemplo, Querubín, la niña Brujah de los Pastores que tanto le sorprendió la noche de la batalla.

Había perdido a su manada, desperdigada ya hace rato, cuando Celeste, la cantante del grupo que actuaba, con la que tuvo aquel malentendido noches atrás, pero que le estaba sorprendiendo gratamente, anunció que tocarían el 'Pride and Joy' de Stevie Ray Vaughan a continuación. Aquello terminó de animarle la noche al gángrel de ciudad, que siempre había soñado con interpretar aquel tema con su propio grupo. Estaba seguro de que finalmente conseguiría que los Silver Rockets formasen una banda. Ahora que era el sacerdote, lo implementaría como parte de los ritos de manada. Emocionado, se puso a bailar solo como un loco, mezclándose con el resto del público, casi olvidándose del propósito de su búsqueda.

Y fue entonces cuando la vio. Al fondo, mirándole a él directamente. Había cambiado su pelo, su ropa e incluso sus rasgos para parecer un varón. Vestida con un traje negro, fromal y fumando un cigarrillo largo con pipa. Aquello le llamó mucho la atención. Ella sabía que ese no era su estilo, ni algo que le agradara. No entendía si quería castigarle, confundirle o quitárselo de encima. Pero el caso es que le estaba mirando solo a él y de forma claramente provocativa.

Se acercó.

- ¿Vienes a por mí? – dijo sin rodeos Lupus. Haciéndose el duro.

-Lo cierto es que me han dicho que esta noche los locales van a jugar un partido en Ottawa contra las cofradías visitantes justo antes del amanecer – Su voz era la de un varón, pero delicada, sus maneras, ambiguas y desconcertantes. – La pelota será Juguete, el samedi. Pensé que te interesaría y me pasé a informarte.

- ¿Estás enfadada? – Probó el Silver Rocket, completamente confundido.

-Ja, ja, ja, ja. No. Sólo estoy jugando. – Respondió – Puteándote un poquito. ¿Realmente quieres hacerlo?

- ¿El Consolamentum? – Ya no estaba seguro de nada, su mente aún retozaba aletargada.

-Si prefieres el partido, lo entenderé... - continuó La Rosa con el jugueteo.

-Lo cierto es que lo he dudado últimamente...No porque no quiera – se trabó, la mirada de la tzimisce le amedrentaba – es sólo que, si es lo mejor que me va a pasar en la no vida. ¿Igual debería retrasarlo un poco?...

- ¡Oh!, mi virginal doncella. Ja, ja, ja, ja. – La Rosa se rió de veras. - Retrasémoslo hasta el matrimonio, entonces será más puro. – interpretó, como si de una película romántica se tratara. – Pero cuando vio que él dudaba, se puso algo más seria y explicó: - Sabes que puede repetirse, ¿verdad? Y nunca experimentas lo mismo... - dijo y levantó la ceja, retadora.

- ¡Qué demonios! - dijo Lupus, y lo cierto es que no volvió a vérselo en unas cuantas noches.

...

Lilith se acercó a los murales de la Letanía, aprovechando que Lupus andaba ocupado buscando a La Rosa en un descanso del concierto. Además, De Paso acababa de irse, con la excusa de que aquella música no era muy de su agrado y que prefería aprovechar para visitar el Alexandrium todo lo posible, ahora que tenían permiso para hacerlo por las puertas abiertas debidas a la Conferencia de Caín; Quatemoc se había esfumado y Pantera y Lázaro no estaban especialmente comunicativos.

Observando la artística obra, y tras ver el nombre de su cofradía y de todos sus miembros, entre los más reputados defensores de la secta, repasó los nombres y la historia de las manadas que habían ido apareciendo y desapareciendo en la ciudad desde sus anales. Eran increíbles todos los cambios que podían darse, incluso entre criaturas que podían existir, en teoría, a lo largo de varias generaciones humanas. Allí vio los nombres de Predicador, Veronique la Cruelle, Ignace, Soeur Jeanne. Personalidades destacadas del devenir de la urbe de las que apenas había oído hablar. Definitivamente, el Sabbat, no era el lugar para alguien que quisiera ser literalmente inmortal. Aquello le hizo recordar las palabras de un impertinente gato parlante...

-Es increíble, ¿Verdad? Lo que puede llegar a hacerse con trabajo y dedicación. – La voz que le sacó de sus cavilaciones era inconfundible. Sobre todo, para alguien que prácticamente la había criado como protegida, durante sus primeros años de cainita. No podía creer que por fin

el cardenal se hubiese dignado a hablar con ella. Pero, pese a que deseaba, desde hacía mucho tiempo, tener aquella conversación, el rencor la hizo mostrarse fría, distante.

-Aha. – fue su corta respuesta.

-Me han dicho que ahora te haces llamar Lilith ¿No es así? – Strathcona, sin embargo, parecía casi divertido con la actitud de su pupila. Como un abuelo tratando con su nieta enfurruñada.

-Si a su eminencia le place, puede llamarme como desee. – Ella, continuó en su papel.

-Vamos pequeña, no me castigues. Solo trato de hacerlo lo mejor posible. – su sonrisa era tremendamente encantadora, como siempre.

- ¿Ignorándome? – Pero Lilith continuó haciéndose la dura.

-Evitando sobreprotegerte, dejándote libertad. Tú lo pediste. – Se explicó Strathcona - Aún recuerdo aquella vez que me dijiste que si nunca iba a permitirte andar por ahí con una manada solo por el hecho de ser una tremere antitribu.

-Pero de ahí a ni siquiera hablar conmigo... - Y tras un corto silencio, añadió: - Estuve muerta, ¿sabes? Muerta del todo, por segunda vez.

-Lo sé y lo siento. Tus hermanos ya recibieron una reprimenda. Me asusté mucho, de veras. – dijo poniendo cara de circunstancias.

-Por mí o por lo que represento para el Sabbat. – Era una duda que siempre la perseguiría.

-Sabes que eres como una hija para mí. No debes dudarle. – Siempre encandilándola con sus palabras.

-Pues tu hija ha cambiado. Ahora soy otra persona, mi espíritu se ha fusionado con otro ser y ahora, a lo mejor, ya no te necesito. – Argumentó ella resuelta.

Él la puso ojitos y morritos diciendo: - ¿Tanto te ha cambiado ese silfo? – Hizo una pausa y prosiguió. - Sabes que yo también leo mucho, ¿no? Y que tengo acceso a grandes

conocimientos. Pues resulta que sé que eso que te revivió, además de un insuflador de energía muy potente, es un poderoso alucinógeno. Tal que puede afectar incluso a los de nuestra especie, ya que es de procedencia arcana. Pero por mucho que he rebuscado y preguntado, nadie cree posible que sea un ser, un alma o un espíritu. Por lo que Lilith, eres solo tú. Una tú evolucionada, mejor, si quieres, algo que habitaba en tu propio subconsciente posiblemente. Pero nada más. – Aquello la dejó sin palabras...

- Además, si lo que te preocupa es que no cuente contigo para mis planes o que no tenga en consideración tu consejo o tu aprobación, creo que eso podemos solucionarlo ahora mismo. – Era evidente que el cardenal siempre sabía lo que tenía que decir y cuando. Ella ya casi había olvidado su rencor.

-Tengo en mente un proyecto para vosotros, los Silver Rockets. No te preocupes, no está todavía ni mucho menos cerrado, pasarán semanas, o meses, hasta que podamos ponerlo en marcha, pero ahora que hemos recuperado la estabilidad en nuestro bastión, la reciente desaparición de la manada de Valez, me ha recordado y revivido mi interés por Los Ángeles, esa ciudad tiene que ser Sabbat algún día... - En aquel momento, el concierto se retomaba y las WyldChild comenzaron a tocar los primeros acordes del 'Highway to Hell'.

...

De Paso se dirigió directamente a las Puertas de la Eternidad, no era que despreciara una charla sobre Caín como las que estaban impartiendo algunos de Los Pastores en La Capilla que llevaba su nombre. Eran verdaderos eruditos y maestros en la materia, como se había demostrado, pero aquello le recordaba todavía demasiado a su cofrade Bestia, por el que aun guardaba una especie de luto. Así que, harto de fiestas, celebraciones y charlas, prefirió hacer una visita al lugar que más le había llamado a él la atención de la ciudad de los milagros eternos: El Alexandrium. Y así podría, además, estar un rato solo, lejos del mundanal ruido y las relaciones sociales, algo que nunca había sido muy de su agrado.

Beatrice l'Angou, lo recibió con la educación y hospitalidad dignas de una maestra bibliotecaria y le aconsejó que le pidiera a Molly 8 aquello sobre lo que deseaba investigar, ya que ella debía atender a los visitantes que no habían estado allí nunca y la chiquilla de Mary-Ange, había acabado con su trabajo de confección de los murales.

Una vez se puso a ello, primero decidió preguntar por el arquitecto del templo. Desde que llegó, había querido saber si era verdad que se encontraba encerrado, no vivo, en una de las criptas subterráneas. Y en efecto, Molly 8 le dijo que la tumba de Dumas, el toreador camarilla encargado de su construcción, más o menos una vez cada década, despertaba del letargo y organizaba un jaleo importante, a base de tirarse una y otra vez contra las paredes hasta volver a dormirse agotado. Ya no gritaba porque hacía tiempo que se había tragado su propia lengua.

Preguntó también por la Inquisición. Toda aquella lucha en la que se habían visto envueltos, le hizo querer saber más sobre aquella facción del Sabbat y entender por qué en esta lucha no parecían haber sido partícipes explícitos. La propia bibliotecaria, le explicó que la institución inquisitorial, al parecer, se hallaba en horas bajas. Los Pastores y Montreal, eran los últimos representantes en América de la organización, y prácticamente habían perdido contacto con sus contrapartidas de más allá del charco. De hecho, Zhou, había sido el último juez inquisidor antes de su desaparición y el propio Cardenal, que era uno de los principales valedores de ésta, había dejado de nombrar caballeros inquisidores después de que casi todos ellos hubieran muerto o desaparecido años atrás en extrañas circunstancias. La tzimisce irlandesa, le confesó a De Paso, que ella creía, que, en cierto modo, los Silver Rockets, habían sido enviados allí a modo de caballeros inquisidores encubiertos, aunque ni ellos mismos lo supieran, para evitar que el Decanus los descubriese de nuevo.

Aquella teoría le dejó al cainita de origen argentino bastante afectado. Molly 8, como todos sus cofrades, era una mente prodigiosa, pero sus conclusiones, lograron dejarle, si cabe, más preocupado de lo que ya estaba, con todo aquel tema de los demonios, el cielo y el infierno. Así que prefirió no adentrarse más en aquellos temas y buscar otros misterios más mundanos que resolver. Le estaban empezando a entrar ganas de retirarse de sus andanzas y convertirse él también en un bibliotecario, evitando así, volver a ponerse en aquellas situaciones extremas.

Fue entonces, cuando recordó que, estando en México, cargados de juventud y con ganas de aventuras, habían oído hablar de la tumba oculta de un matusalén, que llevaba enterrado con sus tesoros, desde tiempos de los Mayas. Si había información en algún lugar más fidedigna con respecto a ello, sólo podría estar allí. Un Matusalén podía ser peligroso, incluso mortal, pero su existencia se limitaba a una metafísica con la que el tzimisce podía lidiar. Era un pariente lejano, seguramente con malas pulgas y pocas ganas de que lo molestasen, pero, al

fin y al cabo, era la labor principal de la lucha de la Gehena el acabar con estos abuelos parasitarios, antes de que las noches finales llegasen. Así que se puso a investigar.

Horas más tarde había recopilado muchos datos inciertos, menciones vagas e información contradictoria sobre el emplazamiento de la tumba de Mictlantecuhltli, posiblemente un gángrel de cuarta o quinta generación, que llevaba cientos de años en letargo en Centroamérica. Pero lo que más le sorprendió encontrar, ya que nunca antes había oído nada sobre la existencia de algo semejante, fue la mención de un antiguo saber arcano, llamado el ritual de la Rosa Amarga, que según explicaban, permitía practicar una diablerie a varios cainitas a la vez, sobre un mismo vampiro. Cuando se lo mostró a Molly 8, ésta, algo sorprendida, le preguntó al respecto a Lionel, que andaba en ese momento por allí aleccionando a unos aparecidos obertus.

-Ese manuscrito solo te traerá problemas, créeme. Muchos lo han buscado en vano y otros que lo encontraron, acabaron mal. – El bibliotecario se mostró bastante reticente al respecto del tema.

-Así que es real, existe. – preguntó De Paso entusiasmado.

-Te mentiría si te dijese que no. – Confesó Christanius - Pero igualmente, lo último que se supo de él es que estaba en poder de una organización extraña a nuestra estirpe y a nuestro mundo, llamada Pentex. Y no conozco a ningún chupasangre de nuestra secta o de cualquiera de las otras que trate con esa gente. No son trigo limpio, según he oído, aunque en principio no son abiertamente enemigos.

Antonio De Paso, entonces, termino de rellenar sus notas y apuntes, lo recogió todo y se despidió de los Bibliotecarios, dirigiéndose sin dilación, a informar a Pantera y los demás de lo que había descubierto.